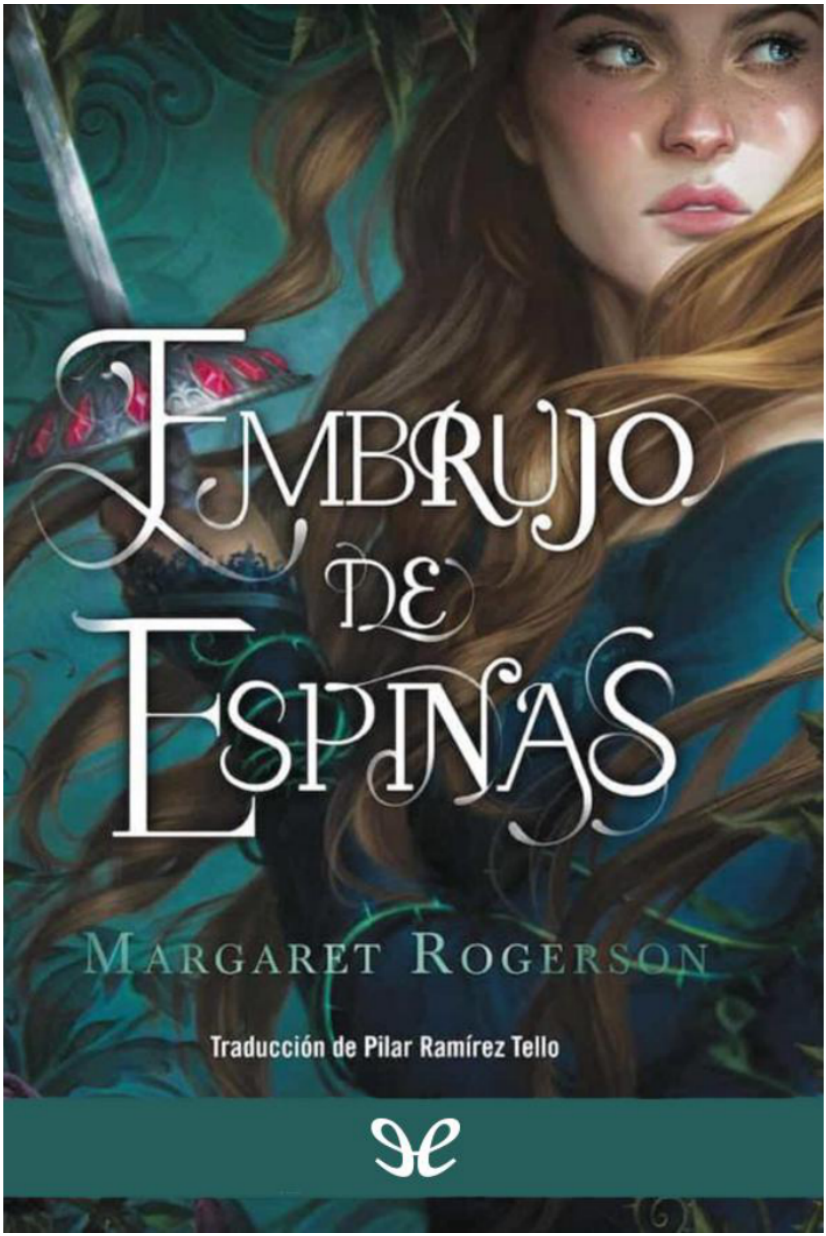
Embrujo de Espinas
Margaret Rogerson
Traducción de Pilar Ramírez Tello

Desde que la abandonaron de niña en una de las bibliotecas mágicas de Austermeer, Elisabeth ha crecido entre grimorios que susurran en los estantes y que, ante la menor provocación, se transforman en monstruos de tinta y cuero. Allí espera terminar su aprendizaje para encargarse de custodiarlos y proteger a los demás de su poder.

Cuando alguien sabotea la seguridad de la biblioteca para liberar el grimorio más peligroso que alberga, Elisabeth se ve implicada en el crimen y sin nadie a quien recurrir con la excepción de su enemigo jurado: el hechicero Nathaniel Espinosa, siempre acompañado de su misterioso sirviente.

Será al ver que ante ella comienzan a desplegarse unas posibilidades que nunca podría haber imaginado cuando Elisabeth empiece a cuestionar todo lo que le han enseñado sobre sus adoradas bibliotecas, sobre la hechicería e incluso sobre sí misma.

Margaret Rogerson

Embrujo de espinas

ePub r1.0
Titivillus 01.04.2023

Título original: *Sorcery of Thorns*
Margaret Rogerson, 2019
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

MARGARET ROGERSON

Embrujo de espinas

Traducción del inglés

Pilar Ramírez Tello

Para todas las chicas que descubrieron quiénes eran gracias a los libros.

Uno

La noche caía cuando la muerte entró en la Gran Biblioteca de Summershall. Llegó dentro de un carruaje. Elisabeth estaba en el patio y vio a los caballos cruzar las puertas con gran estruendo; tenían los ojos desorbitados y lanzaban espumarajos por la boca. Sobre ellos, los últimos rayos del atardecer iluminaban las ventanas de la torre de la Gran Biblioteca, como si las habitaciones del interior estuvieran ardiendo; pero la luz se retiraba rápidamente, se encogía hacia el cielo y apartaba sus largos dedos de sombras de los ángeles y gárgolas que protegían los parapetos empapados de la biblioteca.

En el lateral del carruaje, una insignia dorada reflejó la luz al pararse el vehículo, entre traqueteos: una pluma y una llave cruzadas, el símbolo del Collegium. Los barrotes de la parte de atrás lo transformaban en una celda. A pesar del frescor nocturno, a Elisabeth le sudaban las palmas de las manos.

—Escriba —le dijo la mujer que tenía al lado—, ¿tienes la sal? ¿Los guantes?

Elisabeth se dio unas palmaditas en las correas de cuero que llevaba cruzadas sobre el pecho y palpó tanto las bolsas que contenían como el bote de sal que le colgaba de la cadera.

—Sí, directora.

Solo le faltaba una espada, aunque no se la ganaría hasta ascender a alcaide, después de muchos años de entrenamiento en el Collegium. Pocos bibliotecarios llegaban tan lejos. O se rendían o

morían.

—Bien.

La directora guardó silencio. Era una mujer fría y elegante con rasgos pálidos como el hielo y cabellos rojos como llamas. Una cicatriz le recorría la cara, desde la sien izquierda hasta la mandíbula, y le formaba un frunce en la mejilla que le tiraba de la comisura de los labios por ese lado. Al igual que Elisabeth, llevaba correas de cuero sobre el pecho, pero vestía uniforme de alcaide bajo ellas, no una túnica de aprendiza. La luz de las lámparas se reflejaba en los botones de latón de su abrigo azul oscuro y en las lustrosas botas. La espada que le colgaba del cinturón, en el costado, era estilizada y ahusada, con granates en el pomo.

Esa espada era famosa en Summershall. Se llamaba *Asesina de Demonios* y la directora la había usado para luchar contra un malefactor cuando tenía tan solo diecinueve años. Así se había ganado la cicatriz, que, según se rumoreaba, le provocaba un dolor atroz cada vez que tenía que hablar. Elisabeth dudaba de la precisión de dichos rumores, pero era cierto que la directora escogía sus palabras con cuidado y jamás sonreía.

—Recuerda —siguió diciendo la mujer al fin—: si oyes una voz dentro de la cabeza cuando lleguemos a la cámara, no escuches lo que te diga. Se trata de un clase ocho que tiene cientos de años, no podemos tratarlo a la ligera. Desde su creación, ha vuelto locas a decenas de personas. ¿Estás preparada?

Elisabeth tragó saliva. El nudo que se le había formado en la garganta le impedía responder. Todavía no se creía del todo que la directora le estuviera hablando y menos que la hubiera llamado para ayudarla a transportar una entrega a la cámara acorazada. Lo más habitual era que semejante responsabilidad recayera sobre alguien con un rango muy superior al de aprendiza de bibliotecaria. La esperanza le rebotaba en el pecho como un pájaro atrapado dentro de una casa: alzaba el vuelo, caía y volvía a volar de nuevo, exhausto con la promesa del cielo abierto al otro lado. El terror lo perseguía como una sombra.

«Me está ofreciendo la oportunidad de demostrar que merece la pena entrenarme para ascender a alcaide —pensó—. Si fracaso, moriré. Así, por lo menos, valdré para algo. Pueden enterrarme en el jardín para servir de alimento a los rábanos».

Se secó las sudorosas palmas de las manos en la túnica y asintió con la cabeza.

La directora se dispuso a cruzar el patio y Elisabeth la siguió. Oía crujir la grava bajo sus pies. Un hedor horrendo espesó el aire al acercarse, como el del cuero mojado que se pudre en la playa. Elisabeth había crecido en la Gran Biblioteca, rodeada del olor a tinta y pergamino de los tomos mágicos, pero aquello no tenía nada que ver. La pestilencia hacía que le picaran los ojos y le ponía la piel de gallina. Incluso estaba inquietando a los caballos, que tiraban de sus correas sin dejar que el conductor los calmara. En cierto modo, los envidiaba, ya que al menos ellos no sabían lo que habían transportado desde la capital.

Un par de alcaides se bajaron de la parte delantera del carruaje y plantaron las manos en las empuñaduras de las espadas. Elisabeth se obligó a no encogerse cuando la fulminaron con la mirada, y procuró permanecer erguida y con la barbilla alta, e incluso imitar su expresión inmutable. Quizá nunca se ganara una espada, pero al menos podía parecer lo bastante valiente como para blandir una.

El llavero de la directora tintineó y las puertas traseras del carruaje se abrieron con un crujido tembloroso. En un primer momento, la celda revestida de hierro parecía vacía en la penumbra. Entonces, Elisabeth distinguió un objeto en el suelo: un cofre plano y cuadrado, de hierro, protegido por más de doce candados. Para una persona lega en la materia, las precauciones resultarían absurdas…, aunque no por mucho tiempo. En aquel silencio crepuscular, un único golpe reverberó en el interior del cofre, un golpe lo bastante fuerte como para sacudir el vehículo y hacer temblar las puertas en sus goznes. Uno de los caballos relinchó de miedo.

—Deprisa —dijo la directora.

Agarró una de las asas del cofre y Elisabeth, la otra. Levantaron la carga entre ellas y se dirigieron a una puerta con una inscripción grabada en la parte superior; unos ángeles llorosos sostenían el pergamino en arco, uno a cada lado. OFFICIUM ADUSQUE MORTEM, se leía a duras penas, oscurecido casi del todo por las sombras. Era el lema de los alcaides: «El deber hasta la muerte».

Entraron en un largo pasillo de piedra bruñido por la luz saltarina de las antorchas. A Elisabeth se le empezaba a resentir el

brazo por culpa del peso del cofre. No volvió a moverse, aunque eso no la tranquilizó porque sospechaba el motivo: el libro de su interior estaba escuchando. Estaba esperando.

Otro alcaide montaba guardia junto a la entrada de la cámara. Cuando vio a Elisabeth junto a la directora, el odio le iluminó los ojillos. Se trataba del alcaide Finch, un hombre de pelo corto y gris con un rostro hinchado en el que sus rasgos parecían hundirse como pasas en un pudin de pan. Entre los aprendices, era tristemente célebre por tener la mano derecha más grande que la izquierda, puro músculo de tanto ejercitarla azotándolos.

Elisabeth apretó el asa del cofre hasta que se le quedaron blancos los nudillos y se preparó de forma instintiva para un golpe, pero Finch no podía hacerle nada delante de la directora. Sin dejar de mascullar entre dientes, el alcaide tiró de una cadena. La verja levadiza se levantó centímetro a centímetro y sus afilados dientes negros se alzaron sobre ellas. Elisabeth dio un paso adelante.

Y el cofre se sacudió.

—Firme —le espetó la directora cuando ambas se dieron contra la pared de piedra, manteniendo el equilibrio a duras penas.

A Elisabeth le dio un vuelco el estómago. Una de sus botas colgaba del borde de una escalera en espiral que se zambullía vertiginosamente en la oscuridad. Entonces comprendió la horrible verdad: el grimorio había intentado que cayeran. Se imaginó el cofre dando tumbos escaleras abajo, golpeándose contra los adoquines del fondo, abriéndose… Y todo habría sido culpa suya…

La directora le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, Escriba. No ha pasado nada. Agárrate al pasamanos y sigue adelante.

A Elisabeth le costó darle la espalda al ceño fruncido de Finch. Bajaron. Un frío subterráneo subía desde el fondo y traía consigo el olor a roca fría, moho y algo menos natural. La piedra en sí supuraba una malicia antigua que llevaba siglos languideciendo en la oscuridad: la de consciencias que no dormían, la de mentes que no soñaban. Amortiguado por toneladas de tierra, el silencio era tan profundo que Elisabeth solo oía su pulso latiéndole en los oídos.

Se había pasado la infancia explorando la infinidad de rincones y recovecos de la Gran Biblioteca, fisgoneando en sus innumerables misterios, pero nunca había entrado en la cámara. Su presencia la

había acechado bajo la biblioteca como si fuera un ente atroz que se ocultaba bajo su cama.

«Esta es mi oportunidad», se recordó. No podía tener miedo.

Salieron a una sala que parecía la cripta de una catedral. Las paredes, el techo y el suelo eran de la misma piedra gris. Las columnas estriadas y los techos abovedados habían sido erigidos con maestría, incluso con adoración. A lo largo de las paredes se veían nichos con estatuas de ángeles y velas titilantes a sus pies. Sus ojos tristes y ensombrecidos observaban las hileras de estantes de hierro que formaban pasillos en el centro de la cámara acorazada. A diferencia de las estanterías de las zonas superiores de la biblioteca, aquellas estaban soldadas al suelo. Unas cadenas sujetaban los cofres cerrados, que se deslizaban entre los estantes como si fueran cajones.

Elisabeth se aseguró que era su imaginación la que conjuraba los susurros que oía brotar de los cofres al pasar junto a ellos. Una gruesa capa de polvo cubría las cadenas. Nadie había tocado en décadas la mayoría de los cofres y sus habitantes permanecían profundamente dormidos. Sin embargo, notó que se le ponía de punta el vello de la nuca, como si la observaran.

La directora la guio más allá de los estantes, hacia una celda con una mesa atornillada al suelo en el centro. Una única lámpara de aceite proyectaba una luz amarillenta sobre su superficie manchada de tinta. Resultaba inquietante que el cofre siguiera colaborando con ellas cuando lo dejaron junto a las cuatro enormes rajas que marcaban la madera y que parecían zarpazos. Elisabeth no podía dejar de mirar con disimulo las rajas. Sabía cómo se habían hecho, lo que sucedía cuando se perdía el control de un grimorio.

«Malefactor».

—¿Qué precaución tomamos primero? —le preguntó la directora, sacándola de golpe de sus pensamientos. El examen había comenzado.

—Sal —respondió, y sacó el bote que llevaba a la cadera—. Como el hierro, la sal debilita las energías demoníacas.

Le temblaba un poco la mano mientras sacaba los cristales y formaba con ellos un círculo torcido. Se ruborizó de vergüenza al ver los bordes desiguales. ¿Y si, al final, resultaba no estar preparada?

Una levísima chispa de amabilidad ablandó el rostro severo de la directora.

—¿Sabes por qué decidí quedarme contigo, Elisabeth?

Elisabeth se quedó paralizada, con el aliento atrapado en el pecho. La directora nunca se había dirigido a ella por su nombre, solo por su apellido, Escriba, o a veces la llamaba «aprendiza», según lo gordo que fuera el lío en el que se hubiera metido, que a menudo era de un tamaño considerable.

—No, directora.

—Hum. Había tormenta, si mal no recuerdo. Los grimorios estaban inquietos esa noche. Hacían tanto ruido que apenas oí que llamaban a la puerta principal. —Elisabeth se imaginaba la escena: la lluvia azotando las ventanas, los tomos aullando, sollozando, y haciendo sonar sus cadenas y candados—. Cuando te encontré en los escalones, te recogí y te llevé adentro, estaba segura de que llorarías. No obstante, miraste a tu alrededor y te echaste a reír. No tenías miedo. En ese momento supe que no podía enviarte a un orfanato, que pertenecías a la biblioteca tanto como cualquiera de sus libros. Que este era tu sitio.

A Elisabeth ya le habían contado la historia, pero nunca su tutora, nunca la directora en persona. Una palabra le retumbó en la cabeza con la vitalidad del latido de un corazón: «pertenecías». Eran las palabras que quería escuchar desde hacía dieciséis años y esperaba de corazón que fueran ciertas.

En silencio y sin aliento, vio a la directora sacar las llaves y elegir la más grande, una tan antigua que el óxido la convertía en un objeto casi irreconocible. Estaba claro que para la directora ya había pasado el momento sentimental. Elisabeth se contentó con repetirse el voto mudo que hacía desde que tenía uso de memoria: un día, ella también sería alcaide y la directora estaría orgullosa de ella.

La sal cayó sobre la mesa al abrirse con un crujido la tapa del cofre. El hedor a cuero podrido que se extendió por la habitación era tan potente que estuvo a punto de sentir arcadas.

Dentro había un grimorio. Era un grueso volumen con páginas amarillentas y desordenadas metidas entre bloques de grasiento cuero negro. Podría haber parecido un libro corriente de no ser por las protuberancias bulbosas que sobresalían de la cubierta. Parecían

verrugas gigantes o burbujas en la superficie de un estanque de brea. Cada una de ellas era del tamaño de una canica grande y había doce en total, de modo que deformaban casi cada centímetro de la superficie de piel.

La directora sacó unos pesados guantes forrados de hierro. Elisabeth se apresuró a imitarla. Se mordió el interior de la mejilla cuando la mujer sacó el libro del cofre y lo colocó dentro del círculo de sal. En cuanto lo soltó, las protuberancias se abrieron. No eran verrugas, sino ojos. Ojos de todos los colores, inyectados en sangre y moviéndose de un lado a otro mientras las pupilas se dilataban y contraían hasta parecer alfileres, mientras se revolvía en las manos de la directora. Con los dientes apretados, lo abrió a la fuerza. Automáticamente, Elisabeth metió las manos en el círculo y agarró el otro lado; notaba las convulsiones del cuerpo a través de los guantes. Furioso. Vivo.

Aquellos ojos no eran conjuros mágicos. Eran reales, arrancados de cráneos humanos tiempo atrás, sacrificados para crear un volumen lo bastante poderoso como para contener los hechizos grabados en sus páginas. Según la historia, la mayoría de esos sacrificios no habían sido voluntarios.

—El *Libro de ojos* —dijo la directora sin perder ni un segundo la calma—. Contiene hechizos que permiten a los hechiceros introducirse en la mente de los demás, leer sus pensamientos e incluso controlar sus actos. Por suerte, solo se ha concedido permiso para leerlo a un puñado de hechiceros del reino.

—¿Por qué iban a querer hacerlo? —soltó Elisabeth antes de poder contenerse.

La respuesta era evidente: los hechiceros eran malvados por naturaleza, estaban corrompidos por la magia demoníaca que empleaban. De no ser por las Reformas, que habían ilegalizado la encuadernación de libros con partes humanas, los grimorios como el *Libro de ojos* no serían tan escasos. Sin duda, los hechiceros habían intentado replicarlo a lo largo de los años, pero los hechizos no podían escribirse usando materiales normales. El poder de la magia reducía la tinta y el pergamino a cenizas.

Se sorprendió al ver que la directora se tomaba su pregunta en serio, aunque ya no miraba a Elisabeth, sino que estaba concentrada en hojear las páginas e inspeccionarlas por si habían sufrido daños

durante el viaje.

—Puede que llegue un momento en el que este tipo de hechizos sean necesarios, por muy infames que nos parezcan. Tenemos una gran responsabilidad con nuestro reino, Escriba. Si se destruyera este grimorio, sus hechizos se perderían para siempre. Es el único de su clase.

—Sí, directora.

Eso lo entendía. Los alcaides protegían a los grimorios de los peligros del mundo y al mundo de los peligros de los grimorios.

Se preparó cuando la directora hizo una pausa y se inclinó para examinar una de las páginas. El transporte de grimorios de clase alta era arriesgado, ya que cualquier deterioro accidental podía provocar su transformación en un malefactor. Tenían que inspeccionarlos con atención antes de confinarlos en la cámara. Elisabeth estaba segura de que varios de los ojos que se asomaban a la cubierta la miraban a ella… y brillaban de astucia.

De algún modo, sabía que no debía devolverles la mirada. Con la esperanza de distraerse, miró hacia las páginas. Algunas de las frases estaban escritas en austermeérico o la lengua antigua. Pero otras estaban garabateadas en enoquiano, el idioma de los hechiceros, como puesto por extrañas runas picudas que brillaban en el pergamino como brasas ardientes. La única forma de aprender aquel idioma era asociarse con los demonios. El mero hecho de mirar las runas hacía que le palpitaran las sienes.

Aprendiza…

El susurro se le introdujo en el cerebro, tan ajeno e inesperado como el frío tacto de un pez bajo el agua de un estanque. Elisabeth dio un respingo y levantó la vista. Si la directora también había oído la voz, no daba muestras de ello.

Aprendiza, te veo…

Elisabeth contuvo el aliento. Hizo lo que la directora le había ordenado e intentó no prestar atención a la voz, pero era imposible concentrarse en otra cosa con tantos ojos observándola con siniestra inteligencia.

Mírame… Mira…

Despacio pero segura, como si la atrajera una fuerza invisible, la mirada de Elisabeth empezó a bajar.

—Ya —dijo la directora. La voz le llegaba apagada y

distorsionada, como si le hablara desde debajo del agua—. Hemos terminado. ¿Escriba?

Como Elisabeth no respondía, la mujer cerró el grimorio de golpe, cortándolo a medio susurro. Elisabeth recuperó los sentidos. Respiró hondo y notó que le ardía la cara de humillación. Los ojos parecían querer salirse de la cubierta y las miraban a ambas.

—Bien hecho —dijo la directora—. Has aguantado mucho más de lo que esperaba.

—Casi me tenía —susurró Elisabeth.

¿Cómo podía felicitarla la directora? Un sudor frío se le pegaba a la piel, y eso, unido a la temperatura de la cámara, la hizo estremecer.

—Sí. Eso era lo que quería enseñarte esta noche. Se te dan bien los grimorios, sientes una afinidad por ellos que no había visto antes en ningún aprendiz. Pero, a pesar de eso, todavía te queda mucho por aprender. Quieres ser alcaide, ¿no es así?

Las quedas palabras de Elisabeth, pronunciadas ante la directora, con las estatuas de los ángeles como testigos, sonaron casi como una confesión:

—Nunca he deseado otra cosa.

—Procura recordar que tienes muchos posibles caminos ante ti. —La deformidad de la cicatriz aportaba un cierto aire de tristeza a su boca—. Antes de elegir, tienes que estar segura de que la vida de alcaide es lo que de verdad deseas.

Elisabeth asintió porque no se sentía capaz de hablar. Si había pasado el examen, no entendía por qué la directora le aconsejaba considerar la posibilidad de renunciar a su sueño. Puede que algo la hubiera llevado a pensar que no estaba lista. En ese caso, tendría que intentarlo con más ahínco. Le quedaba un año para cumplir los diecisiete y ser candidata a alumna del Collegium, así que tenía ese tiempo para demostrar sin lugar a dudas que era capaz y ganarse la aprobación de la directora. Solo esperaba que fuera suficiente.

Juntas metieron a la fuerza el grimorio en su cofre. En cuanto tocó la sal, dejó de resistirse. Los ojos rodaron hacia arriba y dejaron a la vista unas medias lunas de color blanco lechoso antes de que las cubrieran los párpados. El golpe de la tapa al cerrarse rompió el silencio sepulcral de la cámara acorazada. No volvería a abrirse hasta dentro de muchos años, puede que décadas. Estaba a

buen recaudo. Ya no era ninguna amenaza.

Sin embargo, no lograba quitarse de la cabeza el sonido de su voz ni la sensación de que no sería la última vez que viera el *Libro de ojos*…, ni la última vez que el libro la viera a ella.

Dos

Elisabeth se acomodó en el asiento y admiró la vista desde su escritorio. La habían asignado a traslados, en la tercera planta, un punto de observación privilegiado desde el que podía ver toda la biblioteca, hasta el otro lado del patio interior. La luz del sol entraba por el rosetón que se encontraba sobre las puertas principales y proyectaba prismas de rubís, zafiros y esmeraldas sobre las barandas de bronce de los balcones circulares. Las estanterías se elevaban hacia el techo abovedado, seis plantas más arriba, y rodeaban el patio interior como las capas de una tarta de boda o las gradas de un coliseo. Se oían murmullos por todo el resonante espacio, salpicados por alguna que otra tos o por un ronquido. La mayor parte de esos sonidos no pertenecían a los bibliotecarios de túnica azul que se paseaban por el suelo de baldosas del atrio, sino a los grimorios que mascullaban desde los estantes.

Cuando inhalaba, el olor dulce a pergaminos y cuero le llenaba los pulmones. Las motas de polvo flotaban en los rayos de sol, inmóviles como copos de pan de oro atrapados en resina. Y las inestables pilas de papeles amenazaban con caérsele de la mesa en cualquier momento y enterrarla en una avalancha de solicitudes de traslado sin atender.

A regañadientes, se concentró en las imponentes pilas. La Gran Biblioteca de Summershall era una de las seis grandes bibliotecas del reino. Se tardaba tres días enteros en llegar hasta sus vecinas

más cercanas, que estaban repartidas en círculo, a intervalos regulares, alrededor de Austermeer, con los caminos de tinta que las conectaban con la capital, en el centro, como los radios de una rueda. Trasladar grimorios entre ellas era una tarea delicada. Algunos volúmenes albergaban tal resentimiento entre ellos que tenían que mantenerse a varios kilómetros de distancia para no aullar o estallar en llamas. Incluso había un cráter del tamaño de una casa en la espesura de las Tierras Vírgenes porque dos libros se habían enfrentado por un asunto relacionado con la doctrina taumatúrgica.

Como aprendiza, la tarea de Elisabeth consistía en aprobar los traslados de los libros de las clases uno a tres. Los grimorios se clasificaban en una escala de diez puntos, según su nivel de riesgo, de modo que cualquiera por encima de la clase cuatro requería un confinamiento especial. Summershall no guardaba nada por encima de la clase ocho.

Cerró los ojos y cogió el primer papel de la pila. «Knockfeld», supuso, pensando en la vecina del noreste de Summershall. Sin embargo, cuando volvió la hoja vio que se trataba de una solicitud de la Biblioteca Real. No se sorprendió; allí se dirigían más de dos tercios de los traslados. Quizá un día ella también recogiera sus pertenencias y viajara allí. La Biblioteca Real compartía terrenos con el Collegium del centro de la capital y, cuando no estuviera ocupada con su entrenamiento como alcaide, podría pasearse por sus salones. Se imaginaba pasillos de varios kilómetros de longitud repletos de libros, pasadizos y salas ocultas en las que se guardaban todos los secretos del universo.

Pero solo si se ganaba la aprobación de la directora. Había pasado una semana desde esa noche en la cámara y seguía sin descifrar su consejo.

Todavía recordaba el momento exacto en el que había jurado convertirse en alcaide. Tenía ocho años y había huido a los pasadizos secretos de la biblioteca para escapar de una de las clases del señor Hargrove. No había sido capaz de soportar otra hora rebulléndose sobre un taburete en el asfixiante almacén reconvertido en aula, recitando declinaciones en la lengua antigua, y menos en una tarde en la que el verano golpeaba con sus puños los muros de la biblioteca y espesaba el aire hasta otorgarle la

consistencia de la miel.

Recordaba que el sudor le caía por la espalda mientras se arrastraba a cuatro patas entre las telarañas del pasadizo. Al menos, estaba a oscuras, lejos del sol. El brillo dorado que se filtraba entre las tablas del suelo proporcionaba la luz suficiente para ver y para evitar las formas saltarinas de los piojos de los libros, que salían corriendo, presas del pánico, cuando tocaba sus nidos. Algunos crecían hasta alcanzar el tamaño de ratas, atiborrados de pergaminos encantados.

Ojalá el señor Hargrove hubiera aceptado llevarla a la ciudad aquel día. No era más que un paseo de cinco minutos colina abajo a través del huerto de árboles frutales. El mercado habría estado repleto de gente vendiendo cintas, manzanas y natillas glaseadas, y a veces acudían viajeros de otros lugares para comerciar con sus mercancías. Una vez oyó música de acordeón, vio bailar a un oso e incluso presenció la demostración de un hombre que tenía una lámpara que ardía sin aceite. Los libros de su clase no habían sido capaces de explicarle cómo funcionaba la lámpara, así que suponía que se trataba de magia y, por tanto, de algo malvado.

Puede que por eso al señor Hargrove no le gustara llevarla a la ciudad. Si se encontrara con un hechicero fuera de la biblioteca, sin protección, podría llevársela. Una niña como ella sería un sacrificio muy oportuno para un ritual demoníaco.

Las voces pusieron a Elisabeth en alerta. Procedían de un punto justo debajo de ella. Una era la del señor Hargrove y la otra…

La directora.

A la niña se le aceleró el corazón. Se aplastó contra las tablas del suelo para asomarse por un nudo de la madera; la luz que entraba por él le iluminaba la enredada cabellera como si fuera de fuego. No veía gran cosa: un pedacito del escritorio cubierto de papeles, la esquina de un despacho desconocido. Al pensar que podría tratarse del despacho de la directora se le aceleró el pulso, emocionada.

—Es la tercera vez este mes —decía Hargrove— y ya estoy desesperado. Esa niña es medio salvaje. Desaparece vete a saber dónde y se mete en todo tipo de líos. ¡La semana pasada, sin ir más lejos, soltó una caja entera de piojos de los libros en mis aposentos!

Elisabeth estuvo a punto de protestar a través del nudo de la madera. Había recogido aquellos piojos vivos con la intención de

estudiarlos, no de liberarlos. Para ella, su pérdida había sido un golpe tremendo.

Pero lo que dijo Hargrove a continuación hizo que se olvidara de los piojos:

—No me queda más remedio que cuestionar si la decisión de criar a una niña en una Gran Biblioteca ha sido acertada. Seguro que quien la dejara en nuestra puerta sabía que tomamos a expósitos como aprendices, pero no aceptamos a menores de trece años. No me gusta darle la razón al alcaide Finch en nada, pero creo que deberíamos considerar lo que lleva diciendo desde el principio: que puede que a la joven Elisabeth le vaya mejor en un orfanato.

Aunque era inquietante, Elisabeth ya había escuchado aquello antes. Había soportado los comentarios sabiendo que la voluntad de la directora le aseguraba su plaza en la biblioteca. El porqué no sabría decirlo. La directora rara vez hablaba con ella. Era tan distante e intocable como la luna, e igual de misteriosa. Para Elisabeth, la decisión de acogerla poseía una cualidad casi mística, como algo sacado de un cuento de hadas. No podía cuestionarse ni deshacerse.

Contuvo el aliento y esperó a que la directora contradijera la sugerencia de Hargrove. La idea de saber que iba a oír su voz le erizó el vello de los brazos.

Sin embargo, lo que la directora dijo fue:

—Me he preguntado lo mismo, señor Hargrove. Casi todos los días durante los últimos ocho años.

No, eso no podía ser. A Elisabeth se le heló la sangre en las venas. Le latía tan fuerte el corazón en los oídos que apenas oía nada más.

—Años atrás, no tuve en cuenta el efecto que podría tener en ella el crecer aislada de otros niños de su edad. Los aprendices más jóvenes siguen siendo cinco años mayores que Elisabeth. ¿Ha demostrado algún interés en hacer amigos?

—Me temo que lo ha intentado, pero con poco éxito. Aunque puede que ella ni siquiera lo sepa. Hace poco oí por casualidad que un aprendiz le decía que los niños normales tienen madres y padres. La pobre Elisabeth no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Le respondió alegremente que tenía libros de sobra para hacerle compañía.

La directora suspiró.

—Su apego a los grimorios es…

—¿Preocupante? Sí, sin duda —repuso Hargrove—. Si no sufre por la falta de compañía, me temo que es porque ve a los grimorios como amigos, a falta de personas.

—Es una forma peligrosa de pensar. Pero las bibliotecas son lugares peligrosos. No hay forma de evitarlo.

—¿Demasiado peligrosos para Elisabeth?

«No», suplicó la niña. Ella sabía que los libros que se guardaban en la Gran Biblioteca no eran normales. Susurraban en los estantes y se estremecían bajo sus cadenas de hierro. Algunos escupían tinta y se enrabietaban; otros cantaban solos en notas claras y agudas durante las noches sin viento, cuando la luz de las estrellas entraba a través de las ventanas enrejadas como si fueran rayos de mercurio. Y otros eran tan peligrosos que los metían en una cámara subterránea, empaquetados en sal. No todos eran sus amigos. Eso lo entendía perfectamente.

No obstante, sacarla de allí habría sido como colocar un grimorio entre libros inanimados que ni se movían ni hablaban. La primera vez que vio un libro así, pensó que estaba muerto. Su sitio no estaba en un orfanato, fuera eso lo que fuera. En su cabeza era como una cárcel, gris y envuelta en una bruma húmeda, cerrada con una verja levadiza, como la entrada a la cámara acorazada. Aquella imagen le formó un nudo de terror en la garganta.

—¿Sabe por qué las grandes bibliotecas acogen huérfanos, señor Hargrove? —le preguntó al fin la directora—. Es porque no tienen ni hogar ni familia. Nadie los echa de menos si mueren. Me pregunto si…, si Escriba ha aguantado tanto tiempo porque la biblioteca así lo ha querido. Si es mejor dejar intacto su vínculo con este lugar, para bien o para mal.

—Espero que no esté cometiendo un error, directora —repuso él en tono amable.

—Yo también lo espero. —La directora sonaba cansada—. Por el bien de Escriba y por el nuestro.

Elisabeth esperó y siguió pegando la oreja, pero, al parecer, habían concluido las deliberaciones sobre su destino. Oyó crujidos de pisadas y el ruido de la puerta del despacho al cerrarse.

Por ahora, le habían concedido un indulto. ¿Cuánto duraría?

Aquella sacudida a los cimientos de su mundo la había dejado con la impresión de que el resto de su vida podría derrumbarse en cualquier momento. Una única decisión de la directora podía enviarla lejos para siempre. Nunca se había sentido tan insegura, tan indefensa, tan pequeña.

Fue entonces cuando hizo su juramento, agachada entre el polvo y las telarañas, aferrándose al único salvavidas que tenía a su alcance. Si la directora no estaba segura de que la Gran Biblioteca fuera el mejor sitio para Elisabeth, tendría que demostrárselo. Se convertiría en una alcaide fantástica y poderosa, como la directora. Les demostraría a todos que aquel era su lugar, hasta que ni siquiera el alcaide Finch pudiera negarle ese derecho.

Sobre todo…

Sobre todo los convencería de que ella no era un error.

—Elisabeth —le susurró una voz que la devolvió al presente—. ¡Elisabeth! ¿Estás dormida?

Sorprendida, se enderezó de golpe y el recuerdo desapareció como agua por un sumidero. Miró a su alrededor hasta que encontró el origen de la voz: el rostro de una chica se asomaba entre dos estanterías cercanas. La trenza le cayó sobre el hombro cuando se volvió para asegurarse de que no había nadie más a la vista. Unos anteojos le agrandaban los ojos, que eran oscuros y astutos, y unas notas garabateadas a toda prisa le marcaban la piel marrón de los antebrazos, de modo que la tinta se le atisbaba bajo las mangas. Como Elisabeth, llevaba una llave colgada de una cadena al cuello, brillante contra el azul pálido de la túnica de aprendiza.

Quiso la suerte que Elisabeth no se quedara para siempre sin amigos. Había conocido a Katrien Dignapluma el día que ambas empezaron su aprendizaje, a los trece años. Ninguno de los aprendices quería compartir habitación con Elisabeth por un rumor que decía que guardaba bajo la cama una caja llena de piojos de los libros. Pero Katrien se había acercado a ella por esa misma razón. «Espero que sea cierto —le había dicho—. Llevo queriendo experimentar con los piojos de los libros desde que me enteré de su existencia. Al parecer, son inmunes a la hechicería… ¿Te imaginas las implicaciones científicas?». Habían sido inseparables desde entonces.

Elisabeth empujó los papeles a un lado con disimulo.

—¿Pasa algo? —susurró.

—Creo que eres la única persona de Summershall que no sabe lo que pasa. Incluido Hargrove, que se ha pasado toda la mañana en la letrina.

—No habrán degradado al alcaide Finch, ¿no? —preguntó, esperanzada.

Katrien sonrió.

—Todavía estoy trabajando en eso. Seguro que en algún momento encontraré algo incriminatorio. Cuando suceda, serás la primera en saberlo. —Orquestar la caída del alcaide Finch era su proyecto favorito desde hacía años—. No, es un magíster. Acaba de llegar para visitar la cámara.

Elisabeth estuvo a punto de caerse de la silla. Echó un vistazo a su alrededor antes de salir corriendo para colocarse detrás de la estantería junto a la que estaba Katrien y se agachó a su lado. Katrien era tan baja que Elisabeth solo le veía la coronilla.

—¿Un magíster? ¿Estás segura?

—Del todo. Es la primera vez que veo tan tensos a los alcaides.

Ahora que lo pensaba, aquella mañana las señales habían sido bastante evidentes. Los alcaides caminaban con las mandíbulas apretadas y las manos sobre las espadas. Los aprendices formaban grupitos en los pasillos y susurraban en las esquinas. Incluso los grimorios parecían más inquietos de lo habitual.

Un magíster. El miedo la recorrió como una nota que temblaba a lo largo de las cuerdas de un arpa.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotras? —preguntó.

Ninguna de las dos había visto a un hechicero de verdad. En las raras ocasiones en las que visitaban Summershall, los alcaides los llevaban por una puerta especial que conducía a una sala de lectura. Estaba segura de que a un magíster lo tratarían con una precaución aún mayor.

A Katrien le brillaban los ojos.

—Stefan ha apostado conmigo a que el magíster tiene orejas puntiagudas y pezuñas hendidas. Se equivoca, como es natural, pero tengo que encontrar el modo de demostrárselo. Voy a espiar al magíster. Y necesito que corrobores mi versión.

Elisabeth contuvo el aliento. Miró con aire reflexivo su

escritorio, ahora abandonado.

—Para hacer eso tendríamos que salirnos de la zona permitida.

—Y Finch nos colgará de un pino si se entera —coincidió ella—. Pero no lo hará. No sabe nada de los pasadizos.

Por una vez, Finch no era la preocupación principal de Elisabeth. Recordó por un instante la mirada inyectada en sangre del *Libro de ojos*. Cualquiera de aquellos ojos podría haber pertenecido a alguien como Katrien o como ella.

—Si el magíster nos pilla, hará algo peor que colgarnos de un pino.

—Lo dudo —replicó Katrien—. Desde las Reformas, los hechiceros tienen prohibido matar, salvo en defensa propia. Como mucho, hará que se nos caiga el pelo o nos cubrirá de furúnculos. —Arqueó las cejas varias veces, tentadora—. Venga. Es una oportunidad única en la vida. Para mí, por lo menos. ¿Cuándo si no voy a ver a un magíster? ¿Cuántas oportunidades de tener furúnculos mágicos se me van a presentar?

Katrien quería ser archivista, no alcaide. En su trabajo no tendría que tratar con hechiceros. Elisabeth, por otro lado…

Una chispa se le encendió en el pecho: Katrien estaba en lo cierto, aquello era una oportunidad. La noche anterior había decidido esforzarse más por impresionar a la directora. A los alcaides no les daban miedo los hechiceros y, cuanto más supiera sobre ellos, más preparada estaría.

—De acuerdo —le dijo a su amiga mientras se enderezaba—. Lo más probable es que lo lleven a la sala de lectura del ala oeste. Por aquí.

Mientras Katrien y ella avanzaban entre las estanterías, Elisabeth intentó desechar sus recelos. Era cierto que procuraba no incumplir las normas, pero también que, curiosamente, nunca lo conseguía. El mes anterior, sin ir más lejos, se había producido un desastre con la lámpara de araña del refectorio; por suerte, la nariz de la anciana señora Adalid volvía a tener un aspecto casi normal. Y aquella vez que derramó mermelada de fresa por todas partes… Bueno, mejor no hurgar en el pasado.

Cuando llegaron al busto de Cornelio el Sabio, que Elisabeth usaba para orientarse, miró a su alrededor en busca de cierta encuadernación carmesí. La encontró en una estantería, a media

altura, con el título dorado demasiado desgastado y descascarillado para leerse. Las páginas del grimorio susurraron un saludo adormecido cuando levantó una mano para rascarlo de la forma correcta. Se oyó un clic en el interior de la estantería, como el de una llave al abrir una cerradura, y todo el panel de estantes se abrió hacia dentro y dejó al descubierto la entrada polvorienta de un pasadizo.

—No puedo creerme que solo funcione contigo —dijo Katrien cuando se metieron dentro—. He intentado rascarlo un millón de veces. Y Stefan también.

Elisabeth se encogió de hombros. Ella tampoco lo entendía. Se concentró en no estornudar mientras conducía a su amiga por el pasillo, que era estrecho y serpenteante, mientras apartaba a manotazos las telarañas que colgaban de las vigas como guirnaldas espectrales. El pasadizo acababa detrás de un tapiz de la sala de lectura. Se detuvieron a escuchar para asegurarse de que la habitación estaba vacía antes de zafarse de la pesada tela y salir tosiendo en las mangas.

Los aprendices tenían prohibido entrar en la sala de lectura, así que Elisabeth se sintió tan aliviada como decepcionada al descubrir que parecía una habitación de lo más corriente. Era un espacio de aspecto masculino, con mucha madera pulida y cuero oscuro. Frente a la ventana había un enorme escritorio de caoba, y varios sillones de cuero rodeaban una chimenea encendida cuyos troncos crepitaron y lanzaron una fuente de chispas al entrar ellas, dándole un susto tremendo.

Katrien no perdió el tiempo: mientras Elisabeth miraba a su alrededor, la muchacha fue directa al escritorio y empezó a rebuscar por los cajones.

—Por la ciencia —explicó, que era lo que solía decir justo antes de que algo estallara.

Elisabeth se fue hacia la chimenea.

—¿Qué es ese olor? No es el fuego, ¿no?

Su amiga se detuvo para llevarse el aire a la nariz con una mano.

—¿Humo de pipa? —aventuró.

No, era otra cosa. Olisqueando con aplicación, Elisabeth siguió el rastro hasta uno de los sillones de cuero. Inhaló el aire sobre el

cojín y retrocedió al instante, mareada.

—¡Elisabeth! ¿Estás bien?

La interpelada tomaba grandes bocanadas de aire fresco mientras parpadeaba para espantar las lágrimas. El olor cáustico se le había quedado pegado a la lengua de tal manera que casi podía saborearlo: un perfume sobrenatural, a chamuscado, como se imaginaba el olor del metal quemado si el metal pudiera arder.

—Eso creo —respondió entre resuellos.

Katrien abrió la boca para hablar, pero entonces miró hacia la puerta.

—Escucha. Ya vienen.

Las dos se escondieron a toda prisa detrás de la hilera de estanterías alineadas contra la pared. Katrien entraba sin problema, pero el espacio era demasiado estrecho para Elisabeth. A los catorce años, ya era la chica más alta de Summershall. Dos años después, superaba en altura a la mayoría de los chicos. Mantuvo los brazos rígidos, pegados a los costados, y procuró no respirar hondo con la esperanza de apaciguar a los grimorios, que mascullaban para dejar claro su desagrado por la intrusión.

Se oyeron voces en el pasillo y después alguien giró el pomo.

—Aquí es, magíster Espinosa —dijo un alcaide—. La directora acudirá en breve para escoltarlo a la cámara.

El corazón le dio un vuelco cuando una figura alta y encapuchada entró en la sala, con la capa verde esmeralda arremolinada en torno a los talones. El desconocido se acercó a la ventana y abrió las cortinas para contemplar las torres de la biblioteca.

—¿Qué está pasando? —preguntó Katrien por debajo del hombro de su amiga—. Desde aquí no veo nada.

La perspectiva de Elisabeth consistía en una franja horizontal por encima de los lomos de los libros. Tampoco veía gran cosa. Despacio, con cuidado, se movió hacia un lado para obtener un mejor ángulo. Entonces vio la punta de la nariz pálida del magíster. Se había bajado la capucha. Tenía el pelo negro como la brea y ondulado, más largo que los hombres de Summershall, con una mecha de color plata intenso a la altura de la sien izquierda. Otro par de centímetros hacia ese lado y…

«No es mucho mayor que nosotras», pensó, sorprendida. Tanto la

mecha gris como el título la habían preparado para alguien mucho mayor. Quizá su aspecto fuese engañoso. Podría conservar su aspecto juvenil bañándose en sangre de vírgenes… Una vez había leído algo similar en una novela.

Negó levemente con la cabeza en respuesta a Katrien. El cabello del magíster era demasiado tupido como para distinguir si tenía orejas puntiagudas o no. En cuanto a las pezuñas, si las había, el borde de la capa las tapaba.

Elisabeth le hizo otra señal, más apremiante, con la cabeza; el magíster se había vuelto hacia ellas y tenía la vista clavada en las estanterías. Sus ojos grises eran de un tono extraordinariamente claro, como el cuarzo, y la cara con la que examinaba los grimorios le heló la sangre. Nunca había visto unos ojos tan crueles.

No compartía la opinión de Katrien, que estaba convencida de que no les haría nada si las descubriera. Había crecido rodeada de historias de hechicería: ejércitos que se levantaban de sus fosas comunes para luchar por algún rey, inocentes sacrificados en rituales sangrientos, niños despellejados como ofrendas a los demonios. Y ahora ya había estado en la cámara y había visto en persona la obra de un hechicero.

Cuando el magíster se les acercó, Elisabeth descubrió, horrorizada, que no podía moverse. Un grimorio le había agarrado la túnica entre sus hojas. Gruñía alrededor de la tela y tiraba de ella como un terrier enfadado. El hechicero entornó los ojos y buscó el origen del sonido. Desesperada, se agarró la túnica y tiró de ella justo cuando el grimorio decidió soltarla, de modo que salió lanzada hacia los estantes…

Y la estantería entera se derrumbó y se la llevó con ella.

Tres

A Elisabeth le pitaban los oídos. Se ahogaba en una nube de polvo. Cuando se le aclaró la vista, el magíster estaba a su lado.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre.

El grito de miedo de la muchacha fue más bien un graznido. Se apartó de él como pudo, a rastras entre la pila de libros y estantes rotos. Medio ciega de terror, tardó más de lo normal en darse cuenta de que se sentía bien, salvo por varias astillas muy poco mágicas. El magíster no le había lanzado ningún hechizo. Frenó su huida hasta quedarse quieta. Después, volvió la vista atrás.

Y se quedó paralizada.

El hechicero había hincado una rodilla en el suelo y entrelazado las manos. La luz del fuego le bailaba sobre los rasgos, pálidos y angulosos. Intentó no mirarlo a los ojos, pero no pudo. Mientras el corazón le palpitaba con violencia, se preguntó si el magíster estaría usando su magia para evitar que apartara la vista o si, simplemente, estaba demasiado aterrada para hacerlo. Todo en aquel hombre rezumaba iniquidad, desde las cejas oscuras y arqueadas hasta la curvatura sarcástica de los labios.

—¿Estás herida? —preguntó al fin.

Ella no dijo nada.

—¿Puedes hablar?

Si no respondía, quizá le hiciera daño para provocarle una reacción, así que hizo lo que pudo para dejar escapar otro graznido. Él la miró con ojos burlones.

—Me advirtieron que vería algunas cosas extrañas en las zonas rurales —dijo—, pero debo reconocer que no esperaba encontrarme a una bibliotecaria asilvestrada merodeando por las estanterías.

Elisabeth solo tenía una vaga idea del aspecto que presentaba en aquellos momentos, aparte de las zonas de su cuerpo que podía ver. Llevaba las uñas manchadas de tinta y polvo en la túnica. No recordaba la última vez que había recordado cepillarse el pelo, que le salía disparado en mechones enredados de color castaño. Aunque con cautela, se animó un poco. Si estaba lo bastante sucia y fea, quizá el hechicero decidiera que no merecía la pena malgastar en ella su magia.

—Yo tampoco esperaba que me encontrase —se oyó decir, y, horrorizada, se tapó la boca.

—Veo que puedes hablar. Entonces, ¿es que prefieres no hablarme? —Arqueó una ceja cuando ella asintió con la cabeza—. Una precaución muy sabia. Los hechiceros somos pura maldad, al fin y al cabo. Acechamos en el bosque, robamos doncellas para nuestros rituales impíos…

Elisabeth no tuvo tiempo para reaccionar porque, justo en ese momento, alguien llamó a la puerta.

—¿Todo en orden, magíster? Hemos oído un estrépito.

Esa voz grave y profunda pertenecía al alcaide Finch. La muchacha retrocedió, alarmada, y se agarró las muñecas como si deseara protegerlas. Si Finch la encontraba en una zona prohibida (y, encima, hablando con un magíster), no se molestaría con la vara; la azotaría con el bastón hasta dejarla medio muerta. Los verdugones le durarían varios días.

El magíster la observó durante un momento antes de girarse hacia la puerta.

—Todo en orden —contestó—. Preferiría que no me molestaran hasta que la directora esté lista para llevarme a la cámara, si no le importa. Asuntos de hechiceros. Muy privados.

—Sí, magíster —respondió Finch en tono gruñón, aunque se apartó de la puerta de todos modos.

Demasiado tarde, Elisabeth se percató de su estupidez. Debería haber gritado para pedirle ayuda a Finch. Se le ocurrían varias razones por las que el magíster podría querer estar a solas con ella, y una paliza era poca cosa en comparación.

—Bueno —dijo el hechicero al volverse hacia ella—, supongo que debería limpiar todo este destrozo antes de que alguien me culpe por él, así que tienes que moverte.

Levantó las manos de la rodilla y le ofreció una. Sus dedos eran largos y gráciles, como los de un músico.

Ella se quedó mirándolos como si la estuviera apuntando al pecho con una daga.

—Venga —insistió él, impaciente—, que no te voy a convertir en salamandra.

—¿Puede hacer eso? —susurró Elisabeth—. ¿En serio?

—Por supuesto —respondió él, y le apareció una chispa traviesa en la mirada—. Pero solo convierto a las muchachas en salamandras los martes. Por suerte para ti, es miércoles, que es el día que bebo sangre de huérfano en copa para cenar.

Hablaba muy serio. Al parecer, no se había fijado en la túnica de Elisabeth, que la señalaba como aprendiza y, por tanto, huérfana por defecto.

Decidida a distraerlo, le dio la mano. No había olvidado su misión para Katrien. Cuando la levantó, fingió tambalearse y aterrizó con los dedos enterrados en su melena negra y plata. El hechicero parpadeó, sorprendido. Era casi tan alto como ella, así que sus rostros estuvieron a punto de tocarse. El magíster abrió la boca, como si fuera a hablar, pero no brotó sonido alguno.

A ella se le aceleró la respiración. Con aquella cara de sorpresa, parecía más un joven corriente que un hechicero que trataba con demonios. Tenía el pelo muy suave, como la seda. No sabía por qué se había fijado en semejante detalle. Apartó las manos y retrocedió a toda prisa.

Consternada, vio que él sonreía.

—No te preocupes —le dijo el joven mientras se peinaba con los dedos—. Las jóvenes me han tocado en sitios mucho más comprometidos. Entiendo que a veces cuesta reprimir el impulso.

Sin esperar a la reacción de la chica, se giró para examinar los daños. Al cabo de unos segundos de consideración, levantó la mano y pronunció una serie de palabras que zumbaron en los oídos de Elisabeth y la volvieron del revés. Aturdida, se dio cuenta de que estaba hablando enoquiano. No se parecía a ningún otro idioma que conociera. Era como si pudiera reconocer las palabras, pero, en

cuanto intentaba repetirlas para sí, las sílabas se le escapan de la cabeza y dejaban tan solo un silencio puro y resonante, como el aire tras el estallido ensordecedor de un trueno.

Recuperó el oído con un bisbiseo de papeles. La pila de grimorios caídos había empezado a agitarse. Uno a uno, volaron por el aire y flotaron frente a la mano extendida del hechicero, envueltos en un remolino de luz esmeralda. Giraron, se movieron y cambiaron de sitio hasta colocarse solos en orden alfabético mientras, detrás de ellos, la estantería se enderezaba con un suspiro fatigoso. Los estantes rotos se fusionaron, enteros de nuevo; los grimorios regresaron a sus posiciones originales, aunque unos cuantos rezagados reacios se cambiaron de sitio en el último segundo.

«Magia —pensó Elisabeth—. Esto es magia. —Y entonces, antes de poder reprimirse, añadió—: Es precioso».

Jamás se atrevería a decir algo así en voz alta. El sentimiento casi podía considerarse una traición a sus votos, a la Gran Biblioteca. Pero parte de ella se rebelaba ante la idea de que, para ser una buena aprendiza, debía cerrar los ojos y fingir no haberlo visto. ¿Cómo iba una alcaide a defenderse de algo que no comprendía? Seguro que era mejor enfrentarse al mal que amilanarse ante su presencia y no aprender nada.

Las chispas esmeralda todavía bailaban por los estantes, ya ordenados. Dio un paso adelante para tocar los grimorios y sintió que la magia le patinaba por la piel, reluciente y cosquilleante, como si hubiera metido las manos en un cubo de champán. Se sorprendió al comprobar que la sensación no era dolorosa. A su cuerpo no le pasó nada, sus manos no cambiaron de color ni se arrugaron como una ciruela pasa.

Cuando alzó la vista, sin embargo, el hechicero la miraba como si le hubiese crecido una segunda cabeza. Esperaba verla asustada, sin duda.

—¿Dónde está ese olor? —preguntó ella, envalentonada.

El magíster puso cara de desconcierto.

—¿El qué? —preguntó.

—Ese olor, como a metal quemado. Eso era un embrujo, ¿no?

—Ah —respondió él, y una arruga le apareció entre las cejas. Elisabeth temió haberse excedido. Pero el joven siguió hablando—:

No del todo. A veces acompaña a la magia si el hechizo es lo bastante potente. Técnicamente, no es el olor de la magia, sino una reacción cuando la sustancia del Altermundo (es decir, el reino de los demonios) entra en contacto con la nuestra…

—¿Como una reacción química?

El hechicero la miró con una cara aún más extraña.

—Sí, en efecto.

—¿Tiene nombre?

—La llamamos combustión etérea. Pero ¿cómo has…?

Dejó la frase a medias cuando llamaron de nuevo a la puerta.

—Estamos listos para usted, magíster Espinosa —dijo la directora desde el otro lado.

—Sí —contestó él—. Sí…, un momento.

Volvió la vista hacia Elisabeth, como si temiera que, al darle la espalda, hubiera desaparecido como un espejismo. Le clavó la mirada con aquellos ojos tan pálidos. Por un instante dio la impresión de que haría algo más: despedirse o conjurar un hechizo para castigarla por su insolencia. Ella cuadró los hombros y se preparó para lo peor.

Entonces, una sombra cruzó el rostro de Espinosa y este cerró los ojos. Pivotó sobre los talones y se dirigió a la puerta sin decir nada. Se trataba de un recordatorio final de que él era un magíster y ella, una simple aprendiza de bibliotecaria, del todo indigna de su atención.

Elisabeth, sin aliento, se coló de nuevo detrás de los estantes. Una mano salió disparada para agarrarse a la suya.

—¡Elisabeth, has perdido la cabeza! —le susurró Katrien entre dientes tras materializarse, salida de la oscuridad—. No puedo creerme que lo hayas tocado. He estado a punto de abalanzarme sobre él para pegarle con un grimorio. Venga, dime, ¿cuál es el veredicto?

A la joven le vibraban las terminaciones nerviosas de puro júbilo. Sonrió y, entonces, por el motivo que fuera, se echó a reír.

—No tiene orejas puntiagudas —respondió entre jadeos—. Son normales.

La puerta de la sala de lectura se abrió con un crujido. Katrien le puso una mano en la boca a su amiga para ahogar sus risas. Y justo a tiempo: la directora estaba esperando fuera. Parecía tan severa

como siempre, con la mata de pelo rojo reluciente como cobre fundido, en contraste con el azul oscuro de su uniforme. Miró hacia el interior de la habitación y se detuvo; al cabo de un momento de búsqueda, su mirada dio inequívocamente con la de Elisabeth a través de las estanterías. La joven se quedó paralizada, pero la directora guardó silencio. Le tembló la comisura de los labios, que le tiró de la cicatriz de la mejilla. Entonces se cerró la puerta, y el magíster y ella se marcharon.

Cuatro

La visita del magíster fue el último acontecimiento emocionante de la estación. El verano llegó envuelto en un calor abrasador. Poco después, una epidemia de lomos quebradizos los dejó a todos exhaustos y abatidos, obligados a masajear a los grimorios afectados con ungüentos apestosos durante semanas y más semanas. Elisabeth debía cuidar de un clase dos llamado *Los decretos de Bartholomew Lancurdia*, que adquirió la costumbre de contonearse con aire provocador cada vez que la veía venir. Para cuando la primera tormenta de otoño sopló sobre Summershall, no quería volver a ver otro tarro de pomada en su vida. Estaba lista para dejarse caer en la cama y dormir varios años seguidos.

No obstante, se despertó de golpe en plena noche, convencida de haber oído algo. El viento azotaba los árboles y aullaba a través de los aleros. Las ramitas bombardeaban la ventana a ritmo de staccato. Se sentó en la cama y se quitó de encima la colcha.

—¿Katrien? —susurró.

Katrien se puso de lado y masculló en sueños. Ni siquiera se despertó cuando Elisabeth alargó la mano por encima del espacio entre sus camas y le sacudió el hombro.

—Chantajéalo —murmuró la joven contra la almohada, todavía soñando.

Elisabeth frunció el ceño y salió de su cama. Encendió una vela en la mesita de noche y miró a su alrededor en busca de algo raro.

El dormitorio que compartía con Katrien estaba en la zona alta

de una de las torres de la biblioteca. Era pequeño y circular, con una estrecha ventana similar a las de los castillos por la que entraba la corriente cada vez que el viento soplaba del este. Todo estaba igual que cuando Elisabeth se había ido a dormir. Había libros abiertos sobre la cómoda y tirados en pilas a lo largo de las paredes de piedra, además de las notas del último experimento de Katrien, que estaban repartidas por la alfombra. Elisabeth procuró no pisarlas al caminar hasta la puerta y salir al pasillo, envuelta en el brumoso resplandor de la vela. Los gruesos muros de la torre acallaban el aullido del viento hasta transformarlo en un murmullo lejano.

Descalza, vestida tan solo con el camisón, bajó la escalera como si fuera un fantasma. Tras unos cuantos giros, llegó a una imponente puerta de madera de roble reforzada con tiras de hierro. La puerta separaba la biblioteca de la zona residencial y siempre permanecía cerrada. Antes de cumplir los trece años, no era capaz de abrirla ella sola; tenía que esperar a que pasara por allí un bibliotecario y la ayudara a pasar. Ahora tenía una granllave, capaz de abrir las puertas exteriores de cualquier Gran Biblioteca del reino. La llevaba siempre colgada del cuello, incluso cuando dormía o se bañaba, como símbolo tangible de sus votos.

Levantó la llave, pero se detuvo un momento para recorrer con la punta de los dedos la áspera superficie de la puerta. Recordó algo: las marcas de uñas en la mesa de la cámara acorazada, que habían marcado la madera como si de mantequilla se tratara.

No, eso era imposible. Los grimorios solo se transformaban en malefactores si sufrían daños. No era algo que pudiera suceder en plena noche, sin visitantes y con todos los grimorios bien encerrados. No con alcaides patrullando los pasillos a oscuras y con la colosal campana de llamada de la Gran Biblioteca colgando sobre ellos, impertérrita.

Decidida a desestimar sus miedos infantiles, se coló por la puerta y volvió a cerrarla a su paso. La luz de las lámparas del atrio se había atenuado para pasar la noche y, tras reflejarse en los pasamanos que conectaban las escaleras con ruedas con la parte superior de las estanterías, arrancaba destellos a las letras doradas de los lomos de los libros. Escuchó con atención, pero no oyó nada fuera de lo normal. Miles de grimorios dormían en paz a su

alrededor y sus ronquidos hacían ondear las cintas de terciopelo entre sus páginas. En una vitrina de cristal cercana, un clase cuatro llamado *Florilegio de lord Fustán* se aclaró la garganta con aire de importancia para intentar llamar su atención. Era necesario elogiarlo en voz alta al menos una vez al día para que no se cerrara como una almeja y se negara a abrirse de nuevo durante varios años.

Siguió avanzando con sigilo y alzó más la vela. «Todo va bien. Hora de regresar a la cama».

Fue entonces cuando lo percibió: un olor inconfundible que irritaba los ojos. Se olvidó de los últimos meses y, por un momento, volvió a encontrarse en la sala de lectura, inclinada sobre el Nilón de cuero. El corazón se le paró un segundo y después empezó a latirle con ganas en los oídos.

Combustión etérea. Alguien había conjurado un hechizo en la biblioteca.

Apagó la vela a toda prisa y, justo entonces, el ruido de un golpe la sobresaltó. Esperó hasta que sucedió de nuevo, más bajo, casi como un eco. Ya con la sospecha de lo que se trataba, rodeó una estantería hasta que vio las puertas principales de la biblioteca. Estaban abiertas y se agitaban con el viento.

¿Dónde estaban los alcaides? A esas alturas, ya debería haber visto a alguien, pero la biblioteca parecía vacía por completo. Helada de miedo, se dirigió a las puertas. Aunque todas las sombras habían adquirido un tinte siniestro, esquivó los rayos de luz de luna para que no la vieran.

Cuando llevaba recorrido medio patio interior, un estallido de dolor le atravesó el pie descalzo. Se había golpeado contra algo. Algo frío y duro, algo que brillaba en la oscuridad…

Una espada. Y no cualquier espada, sino *Asesina de Demonios*. Los granates del pomo brillaban en la penumbra.

Atontada, Elisabeth la recogió. No le gustó tocarla. *Asesina de Demonios* nunca abandonaba el cinturón de la directora. Nunca la perdía de vista, a no ser que…

Elisabeth ahogó un grito y corrió hacia la forma que yacía tirada en el suelo, cerca de ella. Cabello rojo con el halo de la luz de la luna y una mano pálida extendida. La agarró por el hombro y el cuerpo no ofreció resistencia al darle la vuelta. Los ojos de la

directora miraron al techo, sin verlo.

El suelo se hundió bajo los pies de la joven; la biblioteca empezó a girar en un torbellino vertiginoso. No era posible. Era una pesadilla. En cualquier momento se despertaría en su cama y todo regresaría a la normalidad. Mientras esperaba a que eso sucediera, los segundos siguieron pasando y sintió arcadas. Se apartó del cadáver de la directora y se fue hacia las puertas, donde tosió amarga bilis. Cuando extendió las manos para sujetarse a algo, las palmas le resbalaron en el marco de la puerta.

«Sangre», pensó, aunque la sustancia que le manchaba la mano era otra cosa, algo más espeso y oscuro. No sangre, sino tinta.

Al instante, supo lo que significaba. Se limpió la mano en el camisón y agarró el pomo de *Asesina de Demonios* con ambas manos, demasiado temblorosa para sostenerla con una sola. Salió a la noche. La fuerza del viento le enredó el pelo. Al principio no vio nada más que la luz titilante de las pocas lámparas que seguían encendidas en Summershall. Sus llamas vacilaban con el aire que también azotaba los árboles del huerto. Una verja alta de hierro forjado, rematada con afilados pináculos que apuñalaban el cielo inquieto, rodeaba el patio de grava de la biblioteca, pero la puerta estaba abierta y colgaba sobre sus goznes, chorreando tinta.

Entonces, a lo lejos, una silueta enorme se movió entre los árboles. La luz de la luna se reflejaba en su superficie grasienta. Caminaba cojeando hacia el pueblo con unos andares irregulares y desgarbados, como un oso deforme que intentaba torpemente caminar sobre dos patas. No cabía duda de lo que era: un grimorio escapado de la cámara. Tras alimentarse del poder de la hechicería que guardaba entre sus páginas, se había hinchado hasta transformarse en un monstruo de tinta y cuero.

Se suponía que Elisabeth debía alertar al alcaide más cercano sobre la presencia del malefactor o, si eso no era posible, correr escaleras arriba para tocar la campana de llamada de la Gran Biblioteca. La campana avisaría a todos los alcaides para que tomaran las armas y urgiría a los aldeanos a que abandonaran sus casas y se dirigieran al refugio construido bajo el ayuntamiento. Pero no había tiempo. Si Elisabeth daba media vuelta, el monstruo llegaría a Summershall antes de que nadie tuviera tiempo de levantarse de la cama. Habría innumerables víctimas en las calles.

Sería una matanza.

Officium adusque mortem. El deber hasta la muerte. Había pasado miles de veces por debajo de aquella inscripción. Todavía no era una alcaide, cierto, pero jamás podría considerarse una si ahora daba un paso atrás. Proteger Summershall era su responsabilidad, aunque le costara la vida.

Elisabeth salió corriendo del patio y bajó la colina. La afilada grava del suelo dio paso a una alfombra de musgo húmedo y hojas caídas que le dejó empapado el dobladillo del camisón. Tropezó con una raíz y estuvo a punto de soltar la espada, pero el malefactor no se detuvo, sino que siguió caminando con pasos pesados en dirección contraria.

Estaba lo bastante cerca como para sentir arcadas por el hedor a podrido del monstruo. Y para ver lo grande que era, mucho más que un hombre, con extremidades gruesas y retorcidas como tocones. El miedo le llegó en oleadas y la dejó paralizada. De repente, *Asesina de Demonios* le pesaba en la mano. Ella no era una heroína, sino una chica en camisón que, por casualidad, llevaba una espada. ¿Así se sintió la directora cuando se enfrentó a su primer malefactor?

«No tengo que vencerlo», pensó. Si lograba distraerlo durante el tiempo suficiente y armar un buen escándalo, quizá salvara la aldea. «Al fin y al cabo, alborotar es lo que mejor se me da. Casi siempre me sale sin tan siquiera intentarlo». Recuperó el valor y el movimiento. Respiró hondo y gritó con todas sus fuerzas.

El viento le hizo jirones la voz, pero el monstruo por fin se detuvo con torpeza. El grasiento cuero negro de su piel tembló un poco, como si reaccionara a una mosca. Al cabo de una larga pausa reflexiva, se volvió para mirarla.

Era voluminoso y tenía forma de hombre, más o menos, aunque torcida y basta, como si un niño lo hubiera moldeado con un puñado de arcilla. Docenas de ojos saltones le asomaban a la superficie, por todas partes y de todos los tamaños, desde pequeños como tazas de té a grandes como platos llanos. Las pupilas se le habían contraído hasta no ser más que alfilerazos y todas miraban a Elisabeth. El grimorio más peligroso de la biblioteca andaba suelto. El *Libro de ojos* había regresado.

Tras observarla un momento, vaciló, dividido entre el pueblo y ella. Despacio, sus ojos empezaron a girarse hacia Summershall.

Seguramente, no la consideraba una amenaza. Comparada con todas las personas que lo esperaban en la aldea, ella no merecía la pena. Elisabeth tenía que convencerlo de lo contrario.

Levantó *Asesina de Demonios* y cargó contra él saltando sobre las ramas caídas y esquivando árboles. La enorme forma del malefactor se alzaba sobre ella y tapaba la luz de la luna. Contuvo el aliento para protegerse de su hedor nauseabundo. Varios de sus ojos se movieron para concentrarse en ella, con las pupilas dilatadas por la sorpresa, aunque fue lo único que pudieron ver antes de que la hoja los cortara y derramara su tinta en un arco que atravesó las sombras.

El rugido del monstruo sacudió el suelo. Elisabeth siguió corriendo; sabía que no podía enfrentarse cuerpo a cuerpo al *Libro de ojos*, así que se metió en el huerto y patinó hasta agacharse detrás de las ruinas cubiertas de musgo de un viejo pozo mientras respiraba a toda prisa para llenarse los pulmones de aire limpio.

De algún modo, ocultarse del monstruo era peor que enfrentarse a él. No veía lo que su enemigo estaba haciendo, de modo que su imaginación rellenaba los huecos. Sin embargo, no le cabía duda de que la estaba buscando. Aunque se movía con una cautela inquietante, era demasiado grande para pasar entre los árboles sin traicionar su presencia. Oyó partirse algunas ramas y manzanas que caían al suelo con un ruido sordo. Los sonidos se acercaban poco a poco. Elisabeth dejó de jadear; le ardían los pulmones por el esfuerzo de contener el aliento. Una manzana golpeó el pozo y estalló bañándola en fragmentos pegajosos.

Aprendiza… te encontraré… Solo es cuestión de tiempo…

Los susurros le acariciaban la mente como una mano flácida. Retrocedió sujetándose la cabeza.

Será mejor que te rindas ahora…

La grasienta sugerencia se le introdujo en los pensamientos, atractiva en su pragmatismo incruento. Su misión era imposible. Demasiado difícil. Lo único que tenía que hacer era rendirse, dejar la espada y acabar con su sufrimiento. El *Libro de ojos* sería rápido.

El *Libro de ojos* mentía.

Elisabeth apretó los dientes y levantó la vista: el malefactor estaba justo a su lado, pero todavía no la había visto. Los ojos le daban vueltas en las cuencas, cada uno con su movimiento

independiente, y examinaban el huerto. Los que había herido antes estaban cerrados y lloraban riachuelos de tinta, como si fueran lágrimas.

Aprendiza…

Resistirse a los susurros era como intentar no hundirse con la ropa empapada, apenas capaz de mantener la nariz y la boca por encima de la superficie. Se obligó a soltarse la cabeza y apretó con fuerza la espada. «Solo un poco más», se dijo. El monstruo se acercó y un ojo amarillo bajó la vista. Cuando la vio, la pupila se le dilató tanto que todo el iris parecía negro.

«Ahora», pensó Elisabeth.

Empujó *Asesina de Demonios* hacia arriba y le atravesó el ojo. La tinta le cayó en cascada por los brazos y goteó sobre el musgo. El berrido del malefactor hizo temblar la noche. Esta vez, cuando se alejaba como podía, vio más luces encenderse en la aldea. Se le unían más aún con cada segundo que pasaba, contagiándose de casa en casa como brasas apiladas cobrando vida. Summershall despertaba. Su plan estaba teniendo éxito.

Y se quedaba sin tiempo.

Un brazo salió disparado de la oscuridad y la lanzó por los aires como si fuera una muñeca de trapo. Una sacudida de dolor la estremeció cuando se golpeó el hombro contra un tronco y salió dando vueltas por la hierba mojada. La boca le sabía a cobre y, al sentarse e intentar recuperar el aliento, el paisaje empezó a girar. Un tirante del camisón le colgaba suelto, desgarrado y ensangrentado. La forma oscura del malefactor se erguía sobre ella.

Se acercaba. Tenía una cabeza bulbosa, pero no rostro ni rasgos, salvo por los innumerables ojos saltones.

Eres una chica extraña. Aaah… Hay algo en ti…, la razón por la que te has despertado esta noche, mientras que los demás dormían…

La espada de la directora estaba sobre la hierba. Elisabeth la recuperó y la sostuvo entre ellos. La hoja tembló.

Podría ayudarte —la intentó engatusar—. *Veo las preguntas dentro de tu cabeza. Tantas preguntas y tan pocas respuestas… Pero podría contarte secretos… Sí, y qué secretos, secretos que no te imaginarías ni en tus sueños más extravagantes…*

Como si estuvieran atrapados en un remolino, los pensamientos de la joven siguieron los susurros del monstruo hacia un lugar

oscuro y hambriento, un lugar del que sabía que su mente nunca regresaría. Tragó saliva, con la garganta seca. Su mano dio con la llave que le colgaba del pecho y recordó a la directora cerrando el grimorio para interrumpir la voz del malefactor.

—Mientes —afirmó Elisabeth.

Oyó una risa gutural en la cabeza y atacó a ciegas. El monstruo retrocedió y *Asesina de Demonios* hendió el aire. Al alejarse ella de espaldas, oyó ruido de madera al astillarse. El *Libro de ojos* había golpeado el árbol que había estado detrás de ella un instante antes; de haberle dado a ella, la habría aplastado como a un juguete.

Huyó dando traspiés por encima de las manzanas caídas. Desorientada, estuvo a punto de estrellarse contra una forma pálida entre los árboles. Algo blanco con alas y un rostro triste y solemne, erosionado por el tiempo. Un ángel de mármol.

Sintió una chispa de esperanza. La estatua marcaba la posición de un escondite con provisiones que podían usar los alcaides o los aldeanos durante una emergencia. Rebuscó en el hueco de barro bajo el pedestal hasta que dio con un bote resbaladizo por la lluvia.

La voz del malefactor la persiguió:

Te contaré la verdad sobre lo que le ha sucedido a la directora —susurró—. *¿Quieres escuchar ese secreto? Hay un responsable… Alguien me liberó…*

Los dedos de Elisabeth, que estaban intentando abrir el bote, se quedaron paralizados.

¡Podría decirte quién ha sido, aprendiza!

El aire vibró con el movimiento, pero no fue lo bastante rápida. El cuero viscoso la rodeó por todas partes y la capturó en un abrazo asfixiante y apestoso. El monstruo la había capturado. La levantó en el aire hasta que los pies le quedaron colgando y la observó con unos ojos que estaban tan cerca como para verles las venas hemorrágicas que los recorrían como hilos escarlata. El puño empezó a apretarla. Elisabeth sintió que las costillas se le doblaban hacia dentro y la respiración se le escapó en un débil jadeo.

«Este no es el final», pensó mientras luchaba contra la oscuridad. Iba a ser alcaide, guardiana de libros y palabras. Era su amiga, su sirvienta, su carcelera. Y, en caso necesario, su destructora.

Liberó el brazo y lanzó el contenido del bote al aire. El malefactor dejó escapar un aullido de dolor cuando una nube de sal

le rodeó el cuerpo. La soltó un poco y ella cayó al suelo; se oyó un crujido aterrador al golpearse contra la estatua del ángel. Parpadeó para dejar de ver estrellas. Por un momento, no fue capaz de moverse, no sentía las extremidades y se preguntó si se habría roto la espalda. Entonces recuperó la sensación en los dedos, junto con un dolor atroz. Tenía *Asesina de Demonios* contra la piel. No la había soltado.

Antes de que los susurros del monstruo pudieran volver a hincarle las zarpas, rodó para ponerse de lado y se encontró frente a un ojo azul lechoso gigantesco. Estaba poniéndose rojo y lloroso, temblando de dolor mientras intentaba permanecer abierto el tiempo suficiente para enfocarla. Con sus últimas fuerzas, Elisabeth logró ponerse en pie. Alzó la espada de la directora sobre el cuerpo del monstruo y la dejó caer con todas sus fuerzas, de modo que quedó clavada hasta la empuñadura en la piel grasienta del monstruo.

La pupila se dilató y se contrajo.

No —borboteó el malefactor—. *¡No!*

De la herida brotaron burbujas de tinta. Elisabeth apretó las mandíbulas y retorció la hoja. El monstruo jadeó y la lanzó a un lado. *Asesina de Demonios* siguió clavada en su cuerpo, lejos del alcance de la joven, aunque ya no la necesitaba. Los ojos parpadearon como locos hasta que se quedaron quietos, se pusieron en blanco, y los párpados se relajaron. Como si envejeciera aceleradamente, la piel de cuero empezó a tornarse gris, después se resquebrajó y se peló. Una película lechosa le cubrió los ojos. Pedazos del cuerpo se le desprendieron hacia dentro generando fuentes de ceniza. El malefactor se desintegró ante sus ojos.

Recordó lo que le había contado la directora en la cámara: el grimorio era el único de su clase. Elisabeth era su responsable y lo había destruido. Sabía que no tenía elección, pero, aun así, pensó: «¿Qué he hecho?».

Las cenizas se arremolinaban en torno a ella como si fueran copos de nieve. Un ruido estridente rompió el silencio. Por fin, demasiado tarde, la campana de la Gran Biblioteca había empezado a sonar.

Cinco

—Esto es una locura. La muchacha no ha hecho nada. Sabe que es inocente…

—Eso no puedo saberlo, señor Hargrove —dijo el alcaide Finch —. Solo dos personas manejaron el *Libro de ojos* cuando llegó a Summershall. Ahora, una de las dos está muerta. Dígame, ¿por qué estaba Escriba fuera de la cama cuando se liberó el malefactor?

Hargrove dejó escapar una risa incrédula.

—¿De verdad está sugiriendo que Escriba ha tenido algo que ver con esto? ¿Que ha saboteado un grimorio de clase ocho? Ridículo. ¿Qué razón iba a tener para hacer algo así?

—La encontraron fuera de su cama, fuera de la zona permitida, con la espada de la directora.

—¡Que la Directora le había dejado en su testamento, por amor de Dios! Ahora es propiedad de Escriba.

A Elisabeth le temblaron los párpados. Estaba tumbada bajo una manta áspera y fina, en una cama desconocida. «No es una cama, es un catre». Tenía los pies fríos; le sobresalían del catre. El muro de piedra que tenía enfrente no era el de su dormitorio, y la discusión entre Finch y Hargrove no tenía ningún sentido.

—Las llaves de la directora no estaban en su llavero —gruñó Finch— y las encontramos en la entrada de la cámara. Alguien se las llevó. Escriba era la única que estaba allí. Se había cerrado la biblioteca para pasar la noche, nadie más podría haber entrado.

—Estoy seguro de que existe otra explicación. —Nunca había

oído a Hargrove tan enojado, ni siquiera después del incidente de los piojos de los libros. Todavía medio soñando, se lo imaginó gesticulando como siempre hacía durante sus clases, con las manos, que eran frágiles y estaban cubiertas de las manchas de la edad, agitándose en el aire como si dirigieran una orquesta—. Tenemos que investigarlo. Debemos hablar con Escriba y usar la lógica para entender lo que sucedió anoche.

—Ya he enviado un informe al Magisterium. Se ha destruido un grimorio de valor incalculable y los hechiceros querrán que alguien responda por ello. Le sacarán la verdad, de un modo u otro.

Una larga pausa siguió a sus palabras.

—Le suplico que lo reconsidere —dijo Hargrove con la voz algo amortiguada, como si hubiese retrocedido, intimidado—. La directora confiaba en Escriba; la quería, incluso. Los dos sabemos que no era dada a sentimentalismos. Eso debería contar para algo.

—Cuenta. Me cuenta que la directora quería a la persona equivocada y que el error la ha matado. Puede marcharse, Hargrove.

—Alcaide Finch…

—Director —lo corrigió Finch—. Si se le ha olvidado cuál es su lugar, Hargrove, seguro que puedo encontrarle uno nuevo.

«¿Por qué dice Finch que es el director?».

La memoria de Elisabeth regresó de golpe al luchar por despertarse. Cenizas. Campanas. Alcaides que la rodeaban con las espadas en alto, Finch que salía del grupo para agarrarla de un brazo. La había arrastrado escaleras abajo y la había encerrado en la celda. Recordaba la rabia que desfiguraba su rostro picado de viruela a la luz de la antorcha. Y recordaba la humedad que le brillaban en las mejillas cuando le dio la espalda y la dejó allí dentro.

Se arrepintió de haber despertado. Le dolía cada centímetro del cuerpo. Le palpitaban los moratones en los brazos y la espalda, y, cada vez que respiraba, las costillas se le clavaban en los pulmones. Pero mucho peor que el dolor era la súbita comprensión de lo que pasaba.

«Me culpa por lo sucedido. —No esperaba que la aclamaran como a una heroína, pero ¿aquello?—. Y si ahora es el director…».

Se mordió el interior de la mejilla y se obligó a sentarse. Se llevó

aquella manta tan áspera al pecho al ver que seguía vestida con el camisón, que estaba tieso de tinta y manchado de su sangre. Al mirar a su alrededor, no vio ni rastro de Hargrove, pero Finch estaba al otro lado de los barrotes de la puerta de la celda. Miraba el pasillo con el rostro surcado por profundas arrugas. Una única antorcha ardía en la pared, detrás de él, y proyectaba su sombra, larga y amenazadora, sobre la celda. Elisabeth se esforzó por encontrarle sentido a su último recuerdo de aquella noche. ¿Por qué tenía Finch la cara mojada? No estaba lloviendo.

Entonces comprendió la verdad.

—Estaba enamorado de la directora —dijo en voz alta.

Aunque su voz no había sido más que un graznido bajo, Finch se volvió hacia ella como si lo hubiese insultado.

—Cierra la boca, niña.

—Por favor —insistió ella—. Yo también la quería. Tiene que escucharme. —Las palabras le salieron a borbotones, como si se hubiera roto una presa en su interior—. Otra persona liberó el *Libro de ojos* anoche. Bajé la escalera y…

Mientras ella contaba la historia a trompicones, Finch acercó la mano a la empuñadura de su espada y apretó el cuero hasta que crujió. Elisabeth se calló.

—Siempre contando historias —dijo él. Le brillaban los ojos como escarabajos negros a la luz de la antorcha—. Siempre causando problemas. ¿Esperas que te crea después de todas las normas que has incumplido?

—Estoy diciendo la verdad —respondió ella deseando que pudiera verle la sinceridad en la cara—. No puede enviarme con los hechiceros. Fue un hechicero el que hizo esto.

—¿Y por qué iba un hechicero a liberar un grimorio sabiendo que lo destruirían, si no te importa explicármelo? Ahora esos hechizos ya no existen. No hay forma de recuperarlos y todos los hechiceros son más débiles por haberlos perdido.

Tenía razón. No tenía sentido que hubiera sido un hechicero, pero Elisabeth sabía que lo que había percibido era real. Si consiguiera que Finch la creyera…

—Anoche pasó otra cosa —soltó, intentando recuperar el recuerdo—. Aparte de la directora, no había más guardianes de patrulla. No vi a nadie en los pasillos. Fue un hechizo, no tiene otra

explicación. Puede comprobar los registros, preguntar a los alcaides. Alguien más tuvo que darse cuenta.

—Mentiras y más mentiras.

Finch escupió en el suelo con gran satisfacción.

Elisabeth estaba aterrada. Tenía la sensación de haberse internado en un bosque oscuro y, de repente, darse cuenta de que estaba perdida sin remedio. Finch jamás la creería porque no quería hacerlo. La culpa de la joven era el mejor regalo que pudiera haber recibido. La directora había decidido querer a Elisabeth, no a él, y por fin se le presentaba la oportunidad de castigarla por ello.

—Eres idiota —decía el nuevo director—. Siempre lo he pensado. Irena nunca me creyó, afirmaba que tenías potencial, pero yo sabía que no merecía el esfuerzo darte cobijo y sustento. Lo sabía desde que eras un bebé gordo que lloraba todo el día.

Irena. ¿Ese era el nombre de la directora? Se había muerto sin que Elisabeth lo supiera.

—Le estoy diciendo la verdad —susurró de nuevo. Le picaba la cara, que le ardía de humillación—. Olí un hechizo en la biblioteca. Como a metal quemado. Combustión etérea. Lo juro.

El hombre esbozó una mueca de desdén.

—¿Y cómo es que conoces ese olor?

—La…, la primavera pasada… —Se paró en seco, mareada. Si explicaba que se había colado en la sala de lectura y había hablado con un magíster, solo empeoraría las cosas. Apartó la vista y negó con la cabeza—. Lo conozco —concluyó con voz débil.

—Lo has leído en un grimorio, seguro —gruñó—. Uno que no deberías haber leído y que te ha llenado la cabeza de demonios. ¿Tienes trato con ellos, niña? ¿Has intentado hacer magia y por eso lo sabes?

Ella retrocedió en la cama hasta que la espalda dio contra la pared.

—¡No! —gritó.

¿Cómo podía acusarla de algo así? Ella había hecho sus votos, como él. Si los rompía intentando hacer algún hechizo, nunca se convertiría en alcaide, nunca se le permitiría volver a pisar la Gran Biblioteca.

—No tardaremos en descubrirlo. —Le dio la espalda y cogió la antorcha de la pared—. He oído lo que el Magisterium les hace a los

traidores. Sus interrogatorios son peor que la tortura. Cuando terminen contigo, niña, no valdrás ni para barrer los suelos de la biblioteca.

La luz empezó a alejarse, llevándose con ella la sombra de Finch.

Elisabeth se quitó como pudo la manta y fue dando traspiés hasta la puerta de la celda para agarrarse a los barrotes.

—¡Deje de llamarme niña! —le gritó—. Soy una aprendiza.

Tras una terrible pausa, Finch, con voz fea y gran placer, respondió:

—Ah, ¿sí?

Su antorcha se alejó bamboleándose y la abandonó en la oscuridad. Poco a poco, la joven se llevó la mano al cuello en busca de la llave que no se había quitado en tres años y medio, desde que se la diera la directora, pero no tocó más que aire.

Allí no había nada.

Los días de Elisabeth se confundían unos con otros. La mazmorra de la Gran Biblioteca estaba a gran profundidad, lejos de cualquier atisbo de luz solar, y la habían dejado sola. Descansaba en su catre escuchando el correteo de las ratas y los piojos de los libros, agradecida por su compañía. Sin ellos, un silencio denso y opresivo caía sobre la celda y la atormentaba con extrañas imaginaciones.

Finch no volvió a visitarla; tampoco lo hizo el señor Hargrove. A intervalos regulares, la luz de una antorcha bañaba el pasillo y un alcaide le empujaba una bandeja de comida por debajo de la puerta. Con menos frecuencia, la abría y sustituía el cubo de residuos de la esquina. Siempre lo hacía el mismo alcaide. Intentó suplicarle las primeras veces, pero no escuchaba. Por cómo la miraba, estaba claro que se creía todo lo que el alcaide Finch (el director) le había contado.

«Que soy una traidora —pensó— y una asesina».

La desesperación la dejaba atontada. La tristeza acudía a ella como una marea incesante. No sabía que la directora la quería, y mucho menos que la quería tanto como para legarle *Asesina de Demonios*, su posesión más preciada. Elisabeth habría deseado viajar al pasado y llevarse consigo ese conocimiento para hacerlo todo de otra manera. Por fin tenía pruebas de que la directora había

creído en ella desde el principio, pero las había conseguido demasiado tarde y a un precio demasiado alto.

A medida que transcurrían los días y se quedaba sin lágrimas, se obsesionó repasando mentalmente el ataque, intentando averiguar qué había pasado de verdad. Le costaba imaginarse a la directora tomada por sorpresa, aunque todas las pruebas apuntaban a que un hechicero la había emboscado, le había robado las llaves y había bajado a la cámara acorazada para liberar el *Libro de ojos*. Nadie lo había interrumpido porque había usado un hechizo para… ¿qué?

Para atrapar al resto de la biblioteca en un sueño embrujado. Eso era lo que el *Libro de ojos* había dado a entender al decirle que ella había despertado, mientras que los demás seguían durmiendo. Katrien tenía un sueño ligerísimo, pero no había logrado despertarla, ni siquiera sacudiéndola. Por otro lado, el hechicero necesitaba a la directora despierta y sola para poder robarle las llaves…

Pero ¿cómo había logrado entrar en la biblioteca? Todas las cerraduras eran de hierro sólido, imposibles de abrir con magia.

Daba igual. Había encontrado el modo. Y ahora iban a entregar a Elisabeth a los hechiceros, cuando cualquiera de ellos podía ser el saboteador, a la espera de su oportunidad para eliminar un cabo suelto. En el Magisterium no la esperaba la justicia, sino la muerte.

Se rio, un sonido extraño y desagradable que apenas reconocía como suyo. El alcaide acababa de llegar para llevarle su comida diaria y la miró con recelo al empujar la bandeja por debajo de la puerta. «Cree que me he vuelto loca». Cuando la oscuridad regresó a la celda colándose por las esquinas como el agua por la cubierta de un barco que se hunde, se preguntó si estaría en lo cierto. Le parecía que era el resto del mundo el que se había vuelto loco, no ella, pero, al ser la única que lo pensaba, ¿de verdad podía considerarse cuerda?

Los cardenales de los brazos, a los que echaba vistazos a menudo a la luz de la antorcha, habían pasado de un morado intenso a un amarillo moteado enfermizo. En el mundo, sobre ella, transcurrió una semana. La rutina de Elisabeth nunca variaba, hasta que un día, después de que la verja levadiza subiera con un chirrido de hierro contra piedra, dos pares de botas recorrieron el pasillo, en lugar de uno.

Elisabeth sabía lo que eso significaba: los hechiceros por fin habían ido a buscarla.

Seis

La luz y el sonido asaltaron sus sentidos. Cerró los ojos con fuerza para protegerlos del resplandor, ensordecida por el taconeo de las botas de los alcaides que la llevaban por el pasillo. Finch la agarraba de los hombros con tanta fuerza que le rechinaban los huesos. Después de tanto tiempo bajo tierra, no se sentía demasiado humana, sino más bien como una criatura diminuta arrancada de su madriguera por las garras de un halcón, temerosa y asustada, desconcertada por cualquier ruido. Un vestido que no era de su talla le pellizcaba las costillas y se le arremolinaba en torno a las pantorrillas; era una sensación extraña tras tantos años vistiendo una cómoda túnica. Sin duda, era el más largo que habían conseguido encontrar y, aun así, era tan alta que le faltaban unos quince centímetros, de largo.

Una voz conocida la llamó desde un lugar cercano.

—¡Katrien! —respondió ella, aunque con voz ronca por falta de uso.

Miró a su alrededor como loca hasta que vio a su amiga, que intentaba colarse entre dos alcaides. Tenía ojeras y varios mechones fuera de su trenza medio deshecha.

Elisabeth sintió un nudo en el pecho.

—No deberías estar aquí —graznó.

—Intenté visitarte, pero los alcaides no me dejaban —jadeó Katrien, que al parecer no la había oído. Un alcaide le puso un brazo delante para intentar obligarla a retroceder, pero la joven se

metió por debajo y siguió detrás de su amiga—. Después monté una distracción. Disfrazamos a Stefan de bibliotecario mayor y le pedimos que corriera entre los archivos con los pantalones bajados. Pero uno de los alcaides siempre permanecía en su puesto, así que no podía colarme.

Aunque estaba mareada de miedo, a Elisabeth se le escapó una carcajada entre los sollozos.

—No nos habríamos rendido —insistió Katrien—. De haber tenido unos cuantos días más, habría encontrado el modo de llegar hasta ti. Lo juro.

—Lo sé.

Elisabeth fue a cogerle la mano, pero, en ese momento, Finch la empujó hacia la puerta. Las puntas de sus dedos se rozaron antes de que los alcaides las separaran, y la joven tuvo la horrible sensación de que esa sería la última vez que Katrien y ella se tocaran.

—¡Vol-volveré! —le gritó por encima del hombro, aunque no creía que fuera cierto—. Te escribiré cartas. —Estaba casi segura de que tampoco podría hacer eso—. Katrien —añadió cuando Finch la empujaba para sacarla por la puerta—. Katrien, por favor, no me olvides.

—No lo haré. No me olvides tú tampoco, Elisabeth…

La puerta se cerró de golpe. Elisabeth trastabilló y parpadeó para dejar de ver puntos negros. Estaba en el patio. Unas nubes de otoño empapadas ocupaban el cielo y, aun así, la luz natural le golpeaba la cabeza como un martillo contra un yunque. Cuando se le acostumbró la vista, descubrió que había salido por la misma puerta por la que la directora y ella habían llevado el *Libro de ojos*, la puerta con la inscripción arriba, que ahora, al leerla con más detenimiento, parecía más bien una acusación.

«¿Por qué he sobrevivido yo y no la directora?».

Un casco de caballo barrió la grava y llamó su atención. Dos enormes caballos negros esperaban delante de Elisabeth mordiendo los bocados y, detrás de ellos, se hallaba un carruaje. Tenía cortinas de color esmeralda en las ventanas y la madera llevaba grabado un intrincado diseño de espinas entrelazadas. El artesano había puesto especial cuidado en representar las espinas con todo lujo de detalles realistas; casi sentía el pinchazo de las crueles puntas desde donde estaba.

Una sombra recorrió el patio. El viento cobró fuerza y desperdigó las hojas sueltas del suelo, que dejaron escapar un suave crujido seco. Desesperada, miró a su alrededor hasta que dio con una de las muchas estatuas del patio: un enorme ángel de mármol con una espada sujeta contra el pecho. La yedra le recorría la túnica y formaba asideros naturales. Por experiencia, sabía que podía subirse a lo alto en cuestión de segundos, siempre que no le importara despellejarse una rodilla. Con suerte, estaría saltando por los tejados antes de que el hechicero la atrapara. Tomó aire y salió corriendo, de modo que sus botas escupieron grava por todas partes.

Un olor a metal ardiendo le escaldó los pulmones y, entonces, le llegó el ruido de piedra desmoronándose y rompiéndose. Paró en seco frente a la estatua: había empezado a moverse.

El mármol se restregó contra el mármol al abrir sus ojos inexpresivos y alzar la cabeza. Con expresión serena, desenvainó la espada y extendió las alas por encima del patio. Chispas esmeralda bailaron sobre los bordes de sus álulas al separarse las plumas, que parecían casi traslúcidas a la luz de la mañana. Después bajó la espada y apuntó con ella a Elisabeth. El rostro plácido del ángel la miró sin piedad.

La joven retrocedió, solo para descubrir que el patio entero había cobrado vida. Los hombres encapuchados de las hornacinas que había más arriba volvieron sus caras en sombra hacia ella. Las gárgolas se estiraron y probaron el efecto de sus garras en los bordes del tejado. Hasta los ángeles que sostenían el pergamino por encima de la puerta la miraron con frialdad y sin compasión alguna. Elisabeth reprimió un grito. Ahora entendía por qué Finch no se había molestado en atarle las manos. No se podía escapar de un hechicero.

Dio un paso atrás, y otro, hasta que una sombra cayó sobre ella: la de un hombre. No lo había oído salir del carruaje. La sangre se le convirtió en escarcha y la dejó helada en el sitio.

—Elisabeth Escriba —dijo el propietario de la sombra—, me llamo Nathaniel Espinosa. He venido a escoltarla hasta Brassbridge para su interrogatorio y le desaconsejo la huida. Intentar escapar solo servirá para demostrar su culpabilidad ante el canciller.

Ella se volvió. Era él. La capa esmeralda se le arremolinaba

alrededor de los talones y el viento le enredaba el pelo negro con el mechón de plata. Los ojos, grises, eran tan pálidos y penetrantes como los recordaba, pero, si él la reconocía, no daba muestras de ello. Una sonrisa tenue y amarga le tiraba de una de las comisuras de los labios.

Dio un paso atrás. Por supuesto. Él debía de ser el verdadero culpable. ¿Por qué si no iba un magíster a embarcarse en un recado tan modesto? Sin duda, al saboteador le resultaría muy conveniente que Elisabeth no llegara nunca a Brassbridge, que la única testigo de su crimen desapareciera en un accidente por el camino.

—Me tiene miedo —comentó él.

Ella se estremeció, aunque se mantuvo en su sitio. Si no revelaba lo que sospechaba de él, quizá sobreviviera lo suficiente para escapar.

—Es usted un hechicero —repuso con la sensación de que no bastaba con eso. Entonces, para intentar distraerlo, le preguntó—: ¿Quién es el canciller?

Él entornó los ojos.

—Si va a hacerse la tonta, será mejor que se esfuerce más.

—No lo hago. —Se clavó las uñas en las palmas de las manos—. ¿Quién es el canciller?

—¿De verdad que esa palabra no le dice nada?

Ella negó con la cabeza. El hechicero se inclinó para mirarla mejor y le escudriñó el rostro con aquellos ojos tan pálidos. Elisabeth esperó a que pasara algo: una puñalada de dolor para obligarla a confesar o una presencia extraña en su mente, en busca de la verdad. Detrás de él, las estatuas agacharon la cabeza como si debatieran sobre el destino de la prisionera. Incluso las oyó susurrar, pero el hechicero se limitó a dejar escapar una única carcajada sin alegría y se apartó. La joven se sintió muy aliviada.

—El canciller Ashcroft es la segunda persona más poderosa del reino. Es el actual jefe del Magisterium. —Hizo una pausa—. Sabrá lo que es el Magisterium, ¿no?

—Es el gobierno de los hechiceros. Me van a llevar allí. —«Si no me matas primero». Ataviada tan solo con aquel vestido tan corto y harapiento, nunca se había sentido tan indefensa—. Se tardan tres días en llegar a la ciudad —se aventuró a decir, ya que se le había ocurrido una idea—. No tengo ninguna de mis cosas.

El magíster, Nathaniel, miró hacia la puerta.

—Ah, sí. Casi se me olvida. Un momento.

Inclinó la cabeza y murmuró un encantamiento. Las palabras en enoquiano crepitaron al contacto con el aire, como grasa en una cocina caliente.

Elisabeth se puso en tensión, sin saber bien lo que pretendía hacer. Preparada para lo peor, estuvo a punto de perderse el curioso silbido que llegó del cielo. Una sombra apareció en el suelo, a su lado, y empezó a crecer. Se apartó de un salto cuando un objeto de buen tamaño cayó a plomo y aterrizó con estruendo en la grava.

El objeto era su baúl. Miró a Nathaniel, boquiabierta, y corrió al baúl para abrir los cierres. En el interior había varios vestidos que no se había puesto desde los trece años, bien doblados. Su cepillo para el pelo, tan poco usado. Ropa para dormir. Medias. No estaban las túnicas de aprendiza, pero, claro, tampoco las esperaba. Al disiparse el hechizo, un brillo esmeralda cubrió el contenido del baúl.

—¿Por qué me mira así? —le preguntó el hechicero.

—¡Ha usado un encantamiento demoníaco para hacerme la maleta!

Él arqueó una ceja.

—Tiene razón, no suena a algo que haría un verdadero hechicero malvado. La próxima vez, no le doblaré la ropa.

No podía rebuscar en el baúl sin levantar sospechas, pero lo cierto es que había esperado tener la oportunidad de recoger en persona sus posesiones. Dudaba que Nathaniel hubiera incluido algo con lo que pudiera armarse, y menos *Asesina de Demonios*, pero quizá hubiera algo útil. Tendría que echar un vistazo más tarde, en privado.

Se enderezó y la sangre se le subió de golpe a la cabeza. Se tambaleo, mareada de repente. La mazmorra la había dejado débil.

Una mano la agarró por el codo.

—Tranquila, señorita —le dijo una voz suave.

Al volverse, vio a un criado a su lado, sujetándola, y se dio cuenta de que debía de ser el cochero, aunque no lo había visto hasta el momento. Era un joven vestido con una librea anticuada y con el pelo meticulosamente empolvado de blanco. Parecía ser más o menos de la edad de Nathaniel, y era delgado y bastante bajo, no

tanto como Katrien, pero mucho más que Elisabeth. En todos los demás aspectos, era muy fácil de olvidar. «Qué persona tan corriente», pensó, y frunció el ceño. Nunca había pensado eso de nadie. ¿De dónde había salido semejante idea?

Aquel criado tenía algo raro. Por más que lo intentaba, no lograba describir nada más de su aspecto, ni siquiera el color de sus ojos, a pesar de tenerlo a menos de un brazo de distancia.

—Disculpe —le dijo con su voz susurrante y cortés—, ¿le llevo el baúl?

Ella asintió, atontada. Cuando el criado se inclinó para levantarlo, ella alargó una mano porque le dio la impresión de que debía ayudarle. Era tan flaquito que temía que se hiciera daño.

—No se preocupe por Silas —dijo Nathaniel—. Es más fuerte de lo que parece.

El tono de la frase insinuaba alguna broma privada.

¿Estaba Nathaniel burlándose de él? Examinó al criado en busca de alguna señal de incomodidad, pero no vio nada. De hecho, estaba esbozando una débil sonrisa. Mientras que la sonrisa de Nathaniel era pérfida, la del chico era digna de un santo. Elisabeth se preguntó por qué hasta ese momento no se había percatado de lo bello que era, casi etéreo, como si estuviera hecho de escarcha o alabastro en vez de carne y hueso. Nunca había visto a nadie tan bello ni había creído que fuera posible; se le formaba un nudo en la garganta de solo mirarlo.

Como si percibiera su atención, el criado alzó la vista y la miró a los ojos. Y, entonces, un grito se le atravesó en la garganta.

«Tiene los ojos amarillos. No es humano. Es…».

La observación se desvaneció como si apagase una vela. «Sí, es una persona sin nada digno de mención», pensó mientras el criado regresaba a su lado.

—¿Puedo ayudarla a subir al carruaje, señorita? —le preguntó el joven.

Ella asintió y le dio la mano; él llevaba guantes. Confiaba en aquel chico, aunque no sabía por qué. Qué extraño; podría haber jurado…, podría haber jurado que había algo…

—¿Es Nathaniel cruel contigo? —le preguntó entre dientes. Ni se imaginaba lo que era ser el criado de un hechicero, obligado a presenciar su depravación un día tras otro.

—No, señorita. Nunca. Verá, le resulto esencial. —Cuando la ayudaba a subir los escalones, bajó aún más la voz—. Ya habrá oído que los hechiceros entregan años de vida a los demonios a cambio de su poder.

Elisabeth frunció el ceño, pero Nathaniel habló antes de que la joven pudiera asimilar las palabras de Silas:

—Póngase cómoda, señorita Escriba. Tenemos un largo viaje por delante. Cuanto antes empecemos, antes podré seguir atormentando a viudas y escandalizando a los ancianos con mis perversas artes malignas.

Elisabeth corrió a meterse dentro sin necesidad de que añadiera nada más. El interior del carruaje era tan opulento como el exterior, repleto de terciopelo verde oscuro y molduras relucientes. Era la primera vez que montaba en uno. Lo más parecido que había experimentado era sentarse en la parte de atrás de una carreta que la llevaba a Summershall, con un pollo en el regazo.

Se pegó a la esquina con las piernas levantadas y dobladas contra el cuerpo para encajar en el mínimo espacio y esperó a que entrara Nathaniel. ¿Se sentaría a su lado o frente a ella? Se tensó cuando el carruaje se hundió con el peso de alguien, pero la puerta se cerró y la dejó dentro, sola y con la boca seca.

Se oyeron los cascos de los caballos y el carruaje se puso en movimiento. Para distraerse del estómago revuelto, abrió las cortinas. El hechizo empezaba a desvanecerse en el patio; el ángel envainó la espada, regresó a su posición original y cerró los ojos como si se quedase dormido. Las gárgolas bostezaron, parpadearon y escondieron la cabeza bajo la cola. Por todas partes, los rostros se paralizaban y las plumas se plegaban; los hombres encapuchados se giraron y juntaron las manos en una plegaria silenciosa. Elisabeth dejó escapar el aliento contenido cuando la última estatua se quedó inmóvil y el patio volvió a ser de piedra sin vida, como si sus ocupantes nunca se hubieran movido, ni hablado, ni abierto sus ojos de mármol.

Dejaron el patio atrás y las puertas cayeron tras ellos. Al pasar junto al huerto de árboles frutales y ganar velocidad, una conversación ahogada le llegó a través de la pared. Examinó las ventanas y después abrió el pestillo con la esperanza de escuchar algo útil. La voz de Nathaniel le llegó flotando con una brisa de aire

fresco:

—Preferiría que dejaras de sacar en público el tema de los demonios —decía.

La voz suave del criado respondió, apenas audible por culpa del ruido de los cascos de los caballos:

—No puedo evitarlo, señor. Forma parte de mi naturaleza.

—Bueno, pues tu naturaleza me irrita.

—Mis más sinceras disculpas. ¿Le gustaría que cambiara?

—Ahora no —respondió Nathaniel—. Asustarías a los caballos y, la verdad, no tengo ni idea de cómo se conduce un carruaje.

Elisabeth frunció el ceño. ¿Asustar a los caballos? ¿De qué estaba hablando?

—Debería aprender a hacer las cosas solo, señor —contestó el criado—. Le resultaría útil saber cómo hacerse el nudo del pañuelo, por ejemplo, o, por una vez, conseguir ponerse la capa con el lado correcto hacia fuera…

—Sí, sí, lo sé. Pero tú intenta comportarte de una forma más normal delante de la chica. No sería buena idea que se enterase. —Nathaniel hizo una pausa—. ¿Está abierta esa ventana?

Elisabeth se apartó a toda prisa cuando un remolino de luz verde se enrolló en el pestillo y cerró la ventana, de modo que no pudo seguir escuchando. Lo podía intentar más tarde, pero sospechaba que el pestillo se quedaría bien cerrado durante el resto del viaje.

Lo poco que había escuchado la aterraba. Daba la impresión de que el criado era cómplice de Nathaniel en su plan para matarla. Antes de que el carruaje se detuviera para pasar la noche, tenía que elaborar un plan. La planificación siempre había sido el punto fuerte de Katrien, no el suyo. Sin embargo, si no lograba escapar, moriría, y si moría, nunca llevaría ante la justicia al asesino de la directora.

En su búsqueda desesperada de inspiración, miró de nuevo por la ventana, aunque se encontró con un paisaje que no reconocía: ovejas pastando en una colina rodeada de bosque. Buscó con la mirada la Gran Biblioteca y la encontró más allá de los árboles, entre el mosaico de granjas, con sus torres amenazantes alzándose sobre el campo, coronadas por nubes grises. Había mirado desde aquellas torres toda su vida, soñando con un futuro lejos de allí. Seguro que había contemplado aquel mismo camino entendiendo el

paisaje como si fuera un pájaro, de modo que, visto desde el suelo, le resultaba extraño y desconocido.

Apoyó la frente en el cristal y se tragó el nudo de dolor de la garganta. Nunca había estado tan lejos de Summershall. Después de tanto soñar, le parecía cruel hasta lo indecible que su primera y seguramente última experiencia en el mundo fuera como prisionera, como traidora a todo lo que le importaba.

El carruaje tomó una curva en el camino y los tejados de Summershall desaparecieron detrás de la colina. Los árboles no tardaron en taparle la vista y, sin más, la Gran Biblioteca desapareció.

Siete

El carruaje se sacudió y despertó a Elisabeth. La joven se sentó e hizo una mueca al crujirle el cuello; entonces se quedó inmóvil, con todos los sentidos alerta. Solo oía el canto de los insectos; ni cascos de caballo ni ruedas traqueteando por el camino. El carruaje se había detenido. El exterior estaba oscuro, pero una lámpara la desorientaba con la luz que se filtraba a través de la rendija de las cortinas. Al asomarse entre ellas, descubrió que se habían parado junto a una vieja posada de piedra.

En ese momento se abrió el pestillo de la puerta. Se dejó caer en la postura en la que se había despertado mientras mil ideas se le pasaban por la cabeza. A través de las pestañas, vio a Nathaniel asomarse al interior; su rostro era un borrón pálido en la oscuridad. El viento le había alborotado el pelo y hacía que le brillara más el mechón plateado.

—Espero que no se haya muerto usted, señorita Escriba —le dijo.

Ella no se movió y apenas se permitió respirar.

—Sería muy inoportuno que lo hiciera —siguió diciendo él—. Me supondría tener que asistir a todo tipo de reuniones tediosas, pasar por una investigación, un par de acusaciones de asesinato… ¿Señorita Escriba?

Elisabeth seguía sin moverse.

Nathaniel dejó escapar un suspiro y entró en el carruaje. A Elisabeth se le aceleraba el pulso a medida que él se acercaba;

llevaba con él el olor a aire nocturno y hechicería. Lo que la joven pretendía hacer era peligroso, pero no le quedaba alternativa; o, al menos, no se le ocurría ninguna mejor.

El magíster fue a tocarle el hombro y ella cobró vida. Como Nathaniel no llevaba guantes, gritó cuando ella le mordió la mano. En un segundo, Elisabeth bajó de un salto del carruaje y echó a correr. Las luces de la posada subían y bajaban mientras ella volaba hacia el camino. Se perdieron de vista cuando bajó patinando por el terraplén del otro lado y, durante un horrible momento, tropezando entre las rocas, no vio nada: delante de ella solo había negrura. Entonces llegó al final y aterrizó en algo mojado. El agua le mojó las medias, acompañada del hedor a lodo y malas hierbas podridas. Había caído en una acequia. Más allá, distinguía un enredo de ramas en penumbra; un matorral.

Se metió dentro. Las ramitas le arañaban la cara y las hojas se le enganchaban en el pelo. Se le encogió el corazón cuando algo le sujetó el hombro, pero no era más que otra rama molesta por su paso. Casi esperaba que los árboles cobraran vida a su alrededor; que sus raíces salieran culebreando de la tierra como serpientes y se le enrollaran en los tobillos. Sin embargo, no parecía que la siguieran. De hecho, no parecía que hubiera ningún ser vivo a su alrededor.

Si había animales en aquel bosque (pájaros, ardillas), guardaban silencio y la dejaban sola con el ruido de su respiración entrecortada y el estruendo de su progreso a través de la maleza. Al principio, el silencio no la molestaba, ya que era muy tarde. Entonces pensó: «¿Dónde se han metido los grillos?».

Llegó a un claro y se paró de golpe. El criado de Nathaniel, Silas, estaba frente a ella. Llevaba las manos entrelazadas a la espalda y esbozaba una sonrisita de disculpa. Ni un solo mechón de pelo se le había escapado de la cinta con la que se lo sujetaba. Estaba tan pálido que parecía un fantasma con los árboles en sombra de fondo.

El terror le atenazó la garganta con sus dedos asfixiantes.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó con un hilo de voz.

Debería haberlo visto perseguirla. Como mínimo, debería haberlo oído. Era como si hubiera surgido de la nada.

—Todos los buenos criados tienen sus secretos y es mejor no contarlos para no arruinar la ilusión que tanto aprecian el señor y

sus invitados. Venga —le dijo ofreciéndole una mano—, aquí fuera hace frío y está muy oscuro. En la posada la espera una cama caliente.

Tenía razón. De repente, Elisabeth se sintió muy tonta por haber huido por el bosque a esas horas. No recordaba ni por qué lo había hecho. Dio un paso hacia él, pero entonces retrocedió y miró a su alrededor. ¿Por qué confiaba en Silas? No lo conocía. El criado ayudaba a Nathaniel…

—Por favor, señorita —le dijo él en voz baja—. Es por su bien. Mientras el mundo humano duerme, hay criaturas espantosas deambulando entre las sombras. No quiero que le pase nada malo.

La preocupación y la tristeza transformaron sus rasgos en los de un ángel, y eso la calmó. Nadie tan bello, tan rebosante de tristeza, podría querer nada malo para ella. Dio un paso adelante, como hipnotizada.

—¿Qué clase de criaturas espantosas? —susurró.

Sin mayor esfuerzo, Silas la cogió en brazos.

—Es mejor que no lo sepa —murmuró en voz tan baja que apenas logró oírlo.

Elisabeth levantó la vista, maravillada. La luna brillaba en el cielo y las ramas negras se enredaban bajo ella como dedos unidos en plegaria. Escarchado por su brillo, Silas parecía hecho de luz de luna. La llevó entre los árboles silenciosos, por encima de la zanja y de vuelta al camino.

Cuando llegaron al patio de la posada, un chico estaba llevando los caballos de Nathaniel al establo. El más cercano echó atrás las orejas y se le dilataron los orificios nasales. Un relincho agudo rompió el silencio de la noche.

Elisabeth perdió de golpe aquella sensación de paz, como si le quitaran de un tirón una pesada manta de encima. Contuvo el aliento.

—¡Bájame! —gritó mientras forcejeaba con Silas.

¿Qué acababa de pasar? Había intentado huir, lo sabía. Pero ¿cómo se había ensuciado tanto? No podía haber llegado demasiado lejos antes de que Silas la atrapara. Su último recuerdo era haber alcanzado la carretera y después… tuvo que golpearse la cabeza en la refriega.

Nathaniel bajó de un salto del carruaje.

—Dios mío, me ha mordido —le dijo a Silas, incrédulo—. Creo que me ha hecho sangre.

Eso esperaba Elisabeth.

—¡Es lo que te mereces por beber sangre de huérfanos! —gritó, y el chico del establo se detuvo para mirarlos.

Inesperadamente, el magíster se echó a reír.

—Eres todo un peligro —comentó—. Supongo que es culpa mía por dar por sentado que eras inofensiva. —Sacudió la mano—. Por el Altermundo, esto pica. Me consideraré afortunado si no he contraído ninguna enfermedad. Silas, asegúrate de que su habitación tenga candado. Uno de los buenos.

Elisabeth dejó de forcejear tanto cuando Silas la llevó hacia la posada. Era cierto, el criado era más fuerte de lo que parecía, y ella necesitaba conservar su energía, que empezaba a menguar a más velocidad de la esperada, incluso después de la mazmorra. El magíster la observaba, aunque no distinguía su expresión en la oscuridad.

Silas la dejó en el suelo al entrar en el edificio. Aliviada, vio que la posada era un hervidero de actividad. Los caminos de tinta eran las carreteras más cuidadas de Austermeer, mantenidas por el Collegium y muy transitadas. La luz de las lámparas brillaba en las paredes encaladas, en las que las sombras de los clientes se estiraban, reían y brindaban. El estómago le gruñó al oler las salchichas grasientas y cargadas de especias. El hambre la dejó un poco mareada.

Una camarera pasó a toda prisa junto a ellos, pero ni siquiera los miró. En la posada, nadie parecía haberse fijado en Elisabeth, que chorreaba agua sobre la alfombra, ni en Silas, que permanecía en silencio a su lado.

Antes de poder pedir ayuda, Silas la guio hacia la escalera.

—Por aquí. Ya nos han preparado las habitaciones. —Le apoyó una mano en la espalda para sujetarla cuando tropezó—. Con cuidado. Si la dejara caer, el señor Espinosa no me lo perdonaría.

No tenía más elección que obedecer. Sentía la cabeza como si la tuviera rellena de algodón. El ruido de la gente de la posada le palpitaba en las sienes como un segundo pulso: vítores, risas y el estrépito de la cubertería. Arriba, Silas la condujo por el pasillo hacia una puerta del final. Al abrirla, Elisabeth vio que el criado

tenía puestos los mismos guantes blancos de por la mañana, pero sin tan siquiera una manchita en ellos, a pesar de haberse pasado todo el día llevando las riendas.

—Espera —le dijo cuando se volvió para marcharse—. Silas…

—¿Sí? —respondió él tras pararse.

A la joven le dolía la cabeza. Se le había olvidado algo importante. Algo que necesitaba saber.

—¿De qué color tienes los ojos? —preguntó.

—Son castaños, señorita —respondió en voz baja, y ella se lo creyó.

Echó la llave desde fuera. De repente, el dolor de cabeza mejoró. La habitación era pequeña y cálida, con el fuego ardiendo en la chimenea y una alfombra trenzada cuyo dibujo colorido la entristeció porque le recordaba la colcha de su cama, en casa. Primero probó a abrir la ventana y vio que no era posible. Después tiró del pomo de la puerta, sin éxito. Por el momento no se le ocurrían más opciones, así que se quitó el vestido y las medias empapadas, y lo dejó todo sobre las piedras calientes, para que se secase. A pesar del calor, empezó a temblar.

Estaba ocupada reviviendo junto al fuego, intentando decidir qué hacer a continuación, cuando una luz verde apareció en la esquina. Se levantó de un salto, agarró el atizador de la chimenea y lo lanzó hacia la luz. El atizador rebotó con un ruido sordo. No fue Nathaniel el que se materializó, sino su baúl, que ahora tenía una nueva abolladura encima.

Olvidado su cansancio, corrió al baúl y lo abrió para buscar algo útil. Los vestidos y las medias salieron volando por la habitación. Su cepillo de dientes patinó por el suelo hasta acabar bajo la cama. Ya casi había llegado al fondo y se había resignado a una causa perdida cuando, en vez de encontrarse con otra capa de lino o algodón, sus dedos rozaron cuero.

Cuero caliente, imbuido de vida propia.

La recorrió un escalofrío. Con precaución, sacó el objeto del fondo del baúl. Era un grimorio, un volumen especialmente grueso y pesado, encuadernado en un reluciente cuero color borgoña. En el lomo se leía el título, con letras doradas: *Lexicón de las artes mágicas*. Sin vacilar, se lo acercó a la nariz y respiró hondo. Los bordes del papel se habían vuelto suaves como terciopelo por la

edad y poseía un aroma cálido y dulce, como a natillas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó, ya segura de la cordialidad del libro. Los grimorios hostiles solían oler a humedad o a agrio—. Estás tan lejos de casa como yo.

Las páginas del lexicón susurraron como si intentara responder. Le dio la vuelta y vio el número I estampado en la contracubierta. Lo habitual era que los grimorios de clase uno fueran obras de referencia o compendios. No podían hablar directamente con las personas, como ocurría con los de clase siete o superior, ni siquiera vocalizar, una habilidad con la que contaban la mayoría de los grimorios a partir de la clase dos.

La cubierta le empujó la mano. Desconcertada, la soltó, y un trozo de papel cayó de entre las hojas, frunció el ceño y lo recogió.

«Elisabeth —decía la nota con una letra descuidada que conocía bien—, si has encontrado esto es que he acertado y el hechicero ha embrujado tu baúl para meterlo en el carruaje. He ocultado este grimorio dentro por si te ayudaba a prepararte para lo que esté por venir. Nunca olvides que el conocimiento es tu mejor arma. Cuanto más conocimiento, mejor, para poder golpear con él en la cabeza al magíster y dejarlo conmocionado. Por eso he elegido uno tan grande.

Te diría que fueras valiente, pero no me hace falta. Ya eres la persona más valiente que conozco. Te prometo que volveremos a vernos.

K

PD: No me preguntes cómo conseguí sacar el grimorio de la zona prohibida. No me han pillado y eso es lo importante».

A Elisabeth empezaron a escocerle los ojos por culpa de las lágrimas. Katrien lo decía como si fuera poca cosa, pero podría haber perdido su puesto de aprendiza si la hubieran encontrado robando un grimorio. Se había arriesgado mucho al sacarlo de la biblioteca. Sin duda, sabía cómo le levantaría el ánimo a su amiga sostener en las manos un trocito de su hogar.

Recorrió con dedos reflexivos la cubierta del lexicón mientras se preguntaba por dónde empezaría Katrien. Seguro que allí dentro había algo que le diera más información sobre Nathaniel. Cuanto más supiera sobre él, mejor equipada estaría para defenderse.

Lo sostuvo en alto.

—¿Tienes un apartado sobre magísteres, por favor? —preguntó.

Siempre era buena idea ser educada con los libros, te oyeran o no.

El lexicón se abrió en sus manos, y un brillo dorado se encendió entre las páginas y le bañó de luz el rostro. Las hojas susurraron, como agitadas por la brisa. Se movieron cada vez más deprisa, pasándose solas, hasta llegar a un punto, más o menos a la mitad. Después se detuvieron con una floritura y se alisaron con elegancia. Una cinta de terciopelo rojo se colocó en su sitio para marcar la página. El brillo perdió intensidad hasta reducirse a un resplandor lustroso, como la luz de una vela reflejada en bronce pulido.

«Las casas magisteriales del reino de Austermeer», rezaba el título del apartado. A continuación, bajo el título, decía:

> De todas las familias hechiceras, no hay ninguna más poderosa que los descendientes de los grandes magos a los que el rey Alfred concedió el título de «magíster» durante la Edad Dorada de la Hechicería, como recompensa por las hazañas milagrosas llevadas a cabo en nombre de la corona. Fueron estos primeros magísteres los que fundaron el Magisterium a principios del siglo XVI. La organización, que empezó siendo una sociedad ocultista privada, se desarrollaría más tarde hasta convertirse en un consejo de gobierno donde se elige un canciller de la Magia cada treinta años…

Elisabeth pasó unas cuantas páginas y ojeó los párrafos hasta que le llamó la atención un nombre conocido.

> La casa Ashcroft, que adquirió relevancia gracias a Cornelius Ashcroft, también conocido como Cornelius el Sabio, es célebre por su participación en varias obras públicas que han dado forma al paisaje de la Austermeer actual. Cornelius Ashcroft trazó los caminos de tinta y transportó miles de toneladas de caliza para construir las grandes bibliotecas en 1523, mientras que su sucesor, Cornelius II, construyó el famoso Puente de los Santos en Brassbridge, alzándolo de las aguas del río Crepuscular en un solo día.
>
> Por otro lado, la casa Espinosa es conocida por la más oscura

de las magias, la necromancia, con la que el fundador de la casa, Baltasar Espinosa, repelió la invasión de Founderlander en 1510, usando para ello un ejército de soldados muertos y alzados de sus tumbas para luchar por el rey Alfred. Aunque la necromancia está clasificada como un arte prohibido desde las Reformas de 1672, se permite su uso en tiempos de guerra. A la poderosa casa Espinosa se le atribuye el mérito de la continua independencia del reino frente a sus vecinos, que no han amenazado el suelo de Austermeer desde la Guerra de los Huesos.

Dejó de leer. Tenía la piel de gallina. Las historias sobre la Guerra de los Huesos le provocaban pesadillas de pequeña. No parecía posible que todos esos horrores fueran obra de un solo hombre, el antepasado de Nathaniel. Corría más peligro de lo que pensaba.

El grimorio se agitó entre sus manos. Sin necesidad de que le diera más indicaciones, pasó a otro apartado. Solo tuvo tiempo de leer el título del capítulo, «Criados demoníacos y su invocación», antes de que alguien llamara a la puerta. Se quedó paralizada, poseída por la imperiosa necesidad de fingir que no estaba allí. Despacio, con sigilo, cerró el grimorio y lo dejó a un lado.

—Sé que está despierta, señorita Escriba —dijo Nathaniel a través de la puerta—. La he oído hablar sola.

Elisabeth se mordió el labio. Si no respondía, podría entrar por la fuerza.

—Estaba hablando con un libro —respondió.

—La verdad es que no me sorprende en absoluto. Bueno, le he traído la cena, si me promete no volver a morderme. Ni a lanzarme algo, ya puestos.

Ella miró el atizador.

—Sí, la hemos oído desde abajo. La propietaria me ha obligado a abonar un depósito adicional. Estoy bastante seguro de que cree que está aquí encerrada abriendo agujeros en las paredes. —Hizo una pausa—. No lo está haciendo, ¿no? Porque me temo que no le dará tiempo a excavar un túnel hacia la libertad antes de que amanezca, por mucho que lo intente.

Le pareció que la mejor respuesta era un silencio evasivo, pero, justo entonces, las necesidades de su cuerpo la traicionaron. El

estómago se le retorció de hambre y la dejó medio mareada, para después emitir un sonoro gruñido. Apenas era capaz de pensar por culpa del olor a salchicha que se colaba por debajo de la puerta.

¿Por qué le había traído la cena Nathaniel? Quizá estuviera envenenada. Lo más probable era que intentara calmarla para que sintiera una falsa sensación de seguridad antes de que llegaran a un área remota, donde podría matarla y deshacerse de su cadáver con más facilidad. No tenía sentido que la asesinara en una posada, rodeada de testigos potenciales. De hecho, prácticamente lo había reconocido cuando estaban en el carruaje.

Mejor aceptar la comida, pensó, y conservar las fuerzas, que morirse de hambre y estar demasiado débil para luchar.

—Un momento —dijo mientras se acercaba a la puerta.

Con precaución, probó a girar el pomo. Estaba abierta. La abrió de golpe, en un súbito arranque de valor, para después volver a cerrársela en las narices a Nathaniel. Había recordado, demasiado tarde, que solo llevaba puesta la combinación.

—No estoy decente —explicó mientras se abrazaba el pecho.

—No pasa nada —contestó él—. La verdad es que yo casi nunca lo soy.

La fracción de segundo durante la que lo vio en el pasillo se le quedó grabada en la mente. Llevaba una camisa interior blanca, abierta por el cuello, con las mangas enrolladas hasta los codos. La luz de los candeleros dejaba a la vista una cicatriz larga, retorcida y brutal que le recorría el interior del antebrazo izquierdo. Después de pasarse todo el día cabalgando, tenía las mejillas sonrosadas y los labios rojos, lo que le otorgaba un aspecto sorprendentemente libertino, impresión acentuada por el pelo alborotado y la mirada, que era cínica y penetrante. Tal era el efecto del conjunto que casi ni se fijó en la bandeja con la que cargaba.

No, la verdad era que él no parecía nada decente. ¿Cuánto habría visto el magíster de ella? Aquellos ojos grises parecían no perderse nada.

Al cabo de un momento, el joven suspiró.

—Dejaré la bandeja en el suelo. Puede cogerla cuando me vaya. Y no intente huir, porque Silas está vigilando la escalera. La puerta se cerrará con magia cuando termine.

Un tintineo de cubertería y vajilla siguió a sus instrucciones.

Elisabeth esperó hasta que oyó que se alejaba y entonces entreabrió la puerta. A través de aquel espacio estrecho, examinó la bandeja, que estaba cargada de pan oscuro y queso con hierbas. Y allí estaban las salchichas. No parecía una trampa. Se agachó y abrió un poco más la puerta.

Nathaniel ya casi había llegado al final del pasillo. Al observarlo, distinguió la marca de su bocado en la piel de la mano derecha; parecía dolorosa. Era la prueba de que se le podía hacer daño, como a un hombre normal. Aunque hubiera matado a la directora, no era invencible. Mientras Elisabeth viviera, había esperanza.

Reunió valor.

—Nathaniel —dijo.

Él frenó y se detuvo. Ladeó la cabeza, a la espera.

—Siento… —Tragó saliva cuando se le quebró la voz; lo intentó de nuevo—: Siento haberte mordido.

El magíster se giró hacia ella y la recorrió con la mirada, contemplando sin mucho interés cómo la joven alargaba los brazos y se aferraba al borde de la bandeja, como si alguien fuera a quitársela. Se fijó en los moratones, ya desvaídos, que le marcaban los brazos tras su batalla contra el malefactor. A medida que el momento se alargaba, Elisabeth tuvo la desagradable sensación de que la estaba volviendo del revés para examinarla, como si fuera un bolsillo vacío.

—¿En serio? —preguntó al fin, y ella asintió con la cabeza, aunque resultaba poco convincente—. Veo que no tienes mucha práctica mintiendo —dijo sin dejar de examinarla—. Se te da muy mal. Y, aunque no mintieras, esa táctica no funcionaría conmigo.

—¿Qué táctica?

—Fingir ser dócil y obediente con la esperanza de que baje la guardia lo justo para intentar escaparte. Ya has demostrado ser un agente del caos. No pienso olvidarlo. ¿Necesitas algo más antes de irme?

Elisabeth notó que el calor le subía a las mejillas. Los bordes de la bandeja se le clavaban en los dedos. Había sido una tontería pensar que podía engañarlo. Sin embargo, si estuviera dispuesto a contestar preguntas, al menos podía aprovechar la oportunidad para aprender más.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Ella se sentó, sorprendida.

—¿De verdad?

—No he sacrificado vírgenes para conseguir estos pómulos perfectos, si te refieres a eso. Las vírgenes, en general, tienen menos propiedades mágicas de lo que la gente suele creer.

Elisabeth intentó no parecer demasiado aliviada por aquel dato.

—Es que eres muy joven para ser un magíster —aventuró a responder.

La joven no supo interpretar la expresión de Nathaniel. Después, él esbozó una sonrisa escalofriante.

—La explicación es sencilla. Todos los que se interponían entre el título y yo están muertos. ¿Satisface eso tu curiosidad, señorita Escriba?

De repente, ella se percató de que así era. No quería saber el porqué de aquella expresión en el rostro de alguien tan joven, como si le hubieran tallado los ojos en hielo y el corazón se le hubiera vuelto de piedra. Ya no deseaba enfrentarse a la persona que había asesinado a la directora a sangre fría. Bajó la vista y asintió con la cabeza.

Nathaniel se disponía a marcharse, pero se detuvo.

—Antes de irme, ¿puedo preguntarte yo algo?

Sin apartar la vista de su cena, Elisabeth esperó la pregunta.

—¿Por qué me tiraste del pelo aquel día, en Summershall? —inquirió—. Sé que no fue por accidente, pero, por más vueltas que le doy, no consigo encontrarle una explicación racional.

El alivio le relajó el nudo del estómago. Temía que le preguntara algo terrible. Tuvo un pensamiento fugaz: «Al final resulta que sí que me recuerda de la sala de lectura».

—Estaba intentando averiguar si tenías orejas puntiagudas.

Él guardó silencio un momento para meditar su respuesta.

—Ya veo —dijo con cara seria—. Buenas noches, señorita Escriba —se despidió, y desapareció al doblar la esquina.

Elisabeth no perdió el tiempo metiendo la bandeja en la habitación. Tenía tanta hambre que se dispuso a cenar en el suelo, devorándolo todo con las manos. Entre bocado y bocado, no se dio cuenta de que alguien se reía en otra parte de la posada.

Ocho

El carruaje recorría el paisaje de Austermeer. Pasaron junto a granjas, prados ondulados repletos de flores silvestres y colinas boscosas teñidas de oro por los colores del otoño. La niebla se acumulaba en los huecos entre los valles y, a veces, extendía sus dedos hasta el camino. Cuando aumentaron las sombras de la tarde, el carruaje entró traqueteando en el Bosque Negro, que hendía el reino como el corte de un cuchillo. Todo se volvió oscuro y húmedo. De vez en cuando, entre la maleza destacaban unas sorprendentes hileras blancas de abedules, como fantasmas que flotaban entre los vestidos negros de un funeral. Mientras contemplaba las hojas que caían con suavidad, las gruesas alfombras de helechos y los ciervos que se ocultaban de un salto entre las plantas, a Elisabeth la envolvió una mortaja de terror, como si la niebla se hubiera introducido en el carruaje y la rodeara.

Estaba segura de que allí sería donde Nathaniel intentaría matarla. Cuando llegara sin ella a la ciudad, podía decir que la chica había huido y desaparecido entre los árboles. En un lugar como aquel, nadie encontraría su cadáver. Nadie se molestaría en buscarlo.

La huida cada vez le parecía menos posible. Lo había intentado de nuevo la noche anterior, pero, después de romper la ventana de su habitación y bajar por el tejado, Silas la estaba esperando en el jardín de la posada. Curiosamente, no recordaba el resto. Lo más probable era que el cansancio la hubiera vencido. Después había

tenido un sueño inquietante en el que estaba de vuelta en el huerto de Summershall, desenterrando el bote de sal de emergencia debajo de la estatua del ángel. Pero, esta vez, la estatua había cobrado vida y la había mirado con unos ojos amarillos muy vivos.

Un golpecito en la mano interrumpió sus cavilaciones. Frunció el ceño, apartó la vista del bosque y miró el grimorio, que estaba en su regazo. Era la tercera vez que le había dado con la cubierta, como un perro suplicando atención.

—¿Qué pasa? —preguntó, y el lexicón le dio otro toquecito insistente, hasta que ella lo soltó un poco y el libro se abrió con un aleteo ansioso.

Se había abierto por el mismo apartado que la noche anterior, «Criados demoníacos y su invocación». Elisabeth se estremeció. Le pasaron por la cabeza las ilustraciones de otros libros: dibujos de pentagramas y doncellas sangrando, de demonios con cuernos, hocico y rabo dándose un festín de entrañas que parecían tiras de salchichas. Pero el lexicón quería que leyera aquello por algún motivo, así que se preparó y se inclinó sobre las páginas.

> Se sabe poco sobre los demonios, incluso dentro de la comunidad mágica, en parte debido al peligro de tratar con ellos, ya que tienen fama de embusteros y aprovechan cualquier oportunidad para traicionar a sus amos. Porque, una vez que se sella un trato con un demonio, al demonio le interesa que su señor muera; así podría llegar a otro trato con un nuevo amo y aprovechar al máximo la cantidad de vida humana que recibe como pago.
>
> Los demonios pueblan un reino conocido como el Altermundo, un plano adyacente al nuestro, fuente de toda la energía mágica. Sin la conexión establecida por un trato demoníaco, los humanos no pueden extraer energía del Altermundo. Por lo tanto, la misma existencia de la hechicería depende de la invocación y la servidumbre de los demonios; un mal lamentable pero necesario. Es tanto una bendición como una maldición que los demonios ansíen la vida mortal por encima de todas las cosas y, por tanto, estén deseando tratar con los humanos…

¿Podría ser ese el punto débil de Nathaniel? Intentó aferrarse a ese pensamiento, pero no había manera. Sentía la cabeza abotargada, como si se hubiese pasado horas leyendo, en vez de segundos. El grimorio volvió a darle un toquecito en la mano y se dio cuenta de que había estado mirando al infinito. Decidida, se restregó los ojos y siguió leyendo.

> El Altermundo rebosa hordas de demonios menores: diablos, trasgos, goblins y demás, que, aunque fáciles de invocar, no son criados fiables, ya que su inteligencia no se diferencia mucho de la de los animales comunes. Al ser cosa de criminales y aficionados inexpertos, desde las Reformas es ilegal invocar demonios menores. Los verdaderos hechiceros solo solicitan los servicios de demonios de alta jerarquía, ya que, a pesar de los riesgos que implican, están obligados a cumplir las condiciones de su invocación y, por tanto, deben obedecer las órdenes de sus amos.

—¿Dónde narices está el demonio de Nathaniel? —murmuró Elisabeth.

Era raro que viajara sin él. Tuvo la breve sensación de estar al borde de una revelación, pero la epifanía se le escapó entre los dedos como arena y la dejó con tan solo un pitido metálico en los oídos. Pasó a la página siguiente.

> Existen más especulaciones sobre la naturaleza de los demonios y el Altermundo, pero, en líneas generales, las fuentes son muy contradictorias —cuando no inventadas— y los estudiosos contemporáneos desestiman su valor. El ejemplo más infame es el *Codex Daemonicus*, de Aldous Prendergast, escrito en 1513, antaño tenido en alta estima, pero que ahora se considera poco más que los desvaríos de un lunático. Cornelius el Sabio, amigo de Prendergast, lo declaró loco por afirmar que había entrado en el Altermundo y descubierto un terrible secreto que ocultó en forma de código dentro de su manuscrito…

—Señorita Escriba.

Elisabeth dio un respingo y cerró de golpe el grimorio. Estaba tan concentrada en leer que no se había percatado de que se había detenido el carruaje.

—Hemos llegado a nuestra parada para pasar la noche —siguió diciendo Nathaniel mientras abría más la puerta—. Es mejor no viajar a oscuras por este bosque.

La joven dejó el lexicón y él la siguió con los ojos, pero no comentó nada sobre la presencia del libro.

Cuando Silas la ayudó a bajar, ella se puso en tensión. El carruaje se había salido de la carretera y estaba parado en un claro del bosque. Las estrellas brillaban en el cielo y los árboles los rodeaban, oscuros y vigilantes, exhalando niebla. Estaban lejos de cualquier rastro de civilización; no había ni siquiera una posada.

Aquel era el lugar. Tenía que serlo. Cerró los puños cuando Nathaniel se metió en el prado y miró a su alrededor, como si buscara algo. ¿Un lugar donde enterrarla? Elisabeth volvió la vista atrás, pero tenía a Silas al lado. Aunque mantenía la mirada baja, muy educado, sentía el peso de su atención.

—No hay edificios en el Bosque Negro —dijo como si le hubiera leído la mente—. Al pueblo del musgo no le gusta que invadan su territorio. Aunque quedan pocos, todavía son peligrosos si se lo proponen.

Elisabeth se quedó sin aliento. Había leído historias sobre el pueblo del musgo y siempre había esperado ver a una de aquellas criaturas, pero el señor Hargrove le había asegurado que los espíritus del bosque llevaban mucho tiempo muertos, si es que habían existido alguna vez.

—Que Silas no te asuste —dijo Nathaniel—. Siempre que procuremos no revolver la tierra cuando acampemos y mantenernos alejados de los árboles, no nos molestarán.

Hizo una pausa y bajó la vista. Después se arrodilló y apoyó una mano en el suelo. Ella lo vio mover los labios y percibió el chasquido de la magia en el aire. El embrujo no era en absoluto lo que se esperaba. Una luz esmeralda se desplegó alrededor del magíster y tomó la forma de dos tiendas de campaña, con sacos de dormir incluidos, con metros de elegante seda verde por los laterales. Nathaniel examinó su trabajo. Después, hizo un gesto para señalar la tienda más alejada.

—Esa es la tuya.

Ella se quedó rígida por la sorpresa.

—¿Me das una tienda para mí sola?

Él arqueó las cejas y miró a su alrededor. Un mechón de pelo surcado de gris le había caído sobre la frente.

—¿Por qué? ¿Es que prefieres compartir una? No me lo esperaba de ti, Escriba, pero supongo que algunas especies se muerden entre sí como preludio del cortejo.

A Elisabeth se le arrebolaron las mejillas.

—Eso no era lo que quería decir.

Después de estudiarla durante un momento, el magíster perdió la sonrisa.

—Sí, te doy una tienda para ti sola. Pero recuerda lo que te he dicho sobre huir. Silas hará guardia esta noche, y te aseguro que es mucho más difícil burlarlo que abrir una puerta cerrada con llave.

¿Por qué le daba una tienda de campaña si pretendía matarla? Tenía que ser una trampa. Después de meterse en su tienda, permaneció despierta durante mucho tiempo, alerta y a la escucha. No se quitó las botas. Transcurrieron las horas, pero la fogata seguía ardiendo, y los murmullos de la conversación entre Nathaniel y Silas entraban a través de las paredes de tela. Aunque no distinguía ninguna palabra, las fluctuaciones de su intercambio le recordaban más a las de dos viejos amigos que a las de un señor y su criado. De vez en cuando, Nathaniel decía algo y Silas se reía muy bajito.

Al final, la conversación cesó. Esperó en torno a una hora, lo bastante para que el brillo de las brasas pasara a ser de un rojo apagado al otro lado de la tienda de campaña. Entonces, incapaz de seguir aguantando la tensión, salió a rastras del saco de dormir y asomó la cabeza por la abertura. El aire olía a pino y humo de leña, y los grillos entonaban un argentino coro nocturno. No veía a Silas por ninguna parte. Con la cintura doblada, dio un paso fuera. Y se detuvo.

—¿Vas a dar un paseo vespertino, Escriba?

Nathaniel seguía despierto. Estaba sentado en un tronco caído, cerca de la linde del bosque, con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas, mirando los árboles. Las brasas que humeaban tras él le dejaban el rostro en sombra. No se volvió, pero ella sabía que podía lanzar un hechizo en cuando intentara huir.

No tenía elección. Podía escapar a su destino o enfrentarse a él de cara. Al cabo de un momento de silencio, caminó entre las flores silvestres con la extraña sensación de estar atrapada en un sueño.

—¿No duermes? —le preguntó al magíster al acercarse.

—Muy poco. Pero es algo mío, no de los hechiceros en general.

Mientras hablaba, no apartaba la vista de los árboles. Ella siguió su mirada y se quedó inmóvil.

Una silueta se movía entre los helechos y los pálidos abedules, iluminada por la luz de la luna. Un espíritu del bosque. Estaba inclinado, recogiendo objetos del suelo. Una cortina de pelo musgoso le colgaba de la cabeza y unas astas le coronaban la frente. La piel era blanca como la cal y agrietada, como la corteza de los abedules, y los brazos, largos y torcidos, le llegaban hasta las rodillas y acababan en unas uñas nudosas con aspecto de ramitas. Un escalofrío recorrió los brazos de Elisabeth. Despacio, dio un paso adelante y se sentó en el extremo opuesto del tronco.

Nathaniel se dignó mirarla.

—No te da miedo —comentó, casi a modo de pregunta.

Ella negó con la cabeza, incapaz de apartar la vista del bosque.

—Siempre he querido ver al pueblo del musgo. Sabía que era real, aunque todo el mundo me decía lo contrario.

El fuego, a espaldas del magíster, le perfilaba la mandíbula y los pómulos, pero no llegaba a iluminarle el hueco de los ojos.

—La mayoría de las personas dejan atrás los cuentos de hadas cuando crecen —observó—. ¿Por qué seguiste creyendo en ellos si el resto del mundo no lo hacía?

Elisabeth no sabía bien cómo responder. Para ella, la pregunta no tenía mucho sentido; o, si lo tenía, no era un sentido que deseara comprender.

—¿Qué sentido tiene la vida si no crees en nada? —preguntó a su vez.

Él le dedicó una larga mirada, aunque su rostro medio oculto era indescifrable. La joven se preguntó por qué había estado allí sentado observando al espíritu del musgo, solo, durante tanto rato.

Un movimiento le llamó la atención. Mientras hablaban, el espíritu había recogido algo pequeño, una bellota, para examinarla a la luz de la luna. Eso era lo que había estado recogiendo y seguro que había encontrado muchas, pero aquella en concreto parecía

tener algo especial. Con las uñas torcidas apartó las hojas del suelo y excavó un agujero en la marga. Allí enterró la bellota y volvió a colocar las hojas encima. Un suspiro agitó el bosque en ese preciso momento, una brisa que brotó del corazón de la espesura y le alborotó el cabello a Elisabeth al pasarle por encima.

Las historias afirmaban que los miembros del pueblo del musgo eran los servidores del bosque. Atendían a sus árboles y sus criaturas, y los cuidaban desde que nacían hasta que morían. Tenían su propia magia.

—¿Por qué quedan tan pocos? —preguntó cuando sintió una punzada de tristeza que no lograba explicarse.

Por un instante, pensó que no iba a responderle. Entonces, Nathaniel dijo:

—¿Sabes quién es mi antepasado, Baltasar Espinosa?

Ella asintió y esperó que no se le viera la piel de gallina a la luz del fuego. Las brasas crepitaban y chascaban.

—A principios del siglo XVI, el Bosque Negro cubría medio Austermeer. Era un terreno virgen, tan gobernado por el propio bosque como por los humanos.

«Pero ya no», concluyó ella para sí.

—¿Qué hizo?

—Fue por el ritual necromántico que practicó durante la Guerra de los Huesos —respondió el magíster—. Para conceder vida, o la apariencia de vida, hay que arrebatar otra, usarla como moneda de cambio. No es de extrañar que levantar a miles de soldados de la tumba exigiera mucho. La vida procedía de la tierra. Su magia dejó muertos y moribundos dos tercios del Bosque Negro en una sola noche. El pueblo del musgo está unido a la tierra; los que sobrevivieron se vieron afectados como por una roya. —Nathaniel hizo una pausa y, en tono irónico, añadió—: Por supuesto, a Baltasar le dieron un título.

Elisabeth clavó las uñas en la madera del tronco, bajo ella, que estaba suave y esponjosa, en plena descomposición. Ahora que se fijaba mejor en el espíritu del bosque, vio que tenía una de las rodillas hinchada y desfigurada, como un cancro en el tronco de un roble.

—Supongo que estarás orgulloso. Gracias a eso eres magíster.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —preguntó él, como

si le hiciera gracia—. ¿Meditar con cariño sobre las hazañas de mi antepasado?

—No lo sé. Espero que no. Nadie debería deleitarse con algo semejante.

«Ni siquiera alguien como tú».

Quizá su capacidad para las burlas no fuese tan infinita como ella suponía, porque Nathaniel se limitó a contemplar el bosque un momento más y después se levantó.

—Es tarde. —Señaló al espíritu con la cabeza—. Tienes suerte de haberlo visto. Dentro de cien años, no quedará ninguno.

Se llevó un dedo a los labios y, antes de poder detenerlo, un silbido rompió el silencio.

El espíritu dio un respingo, como un ciervo asustado, y los miró. En la penumbra, le vio los ojos, que eran verde azulado y tenían un brillo incandescente, como fuego fatuo. Enseñó los dientes, que eran afilados, torcidos y marrones, y desapareció dejando tan solo tras él un puñado de helechos temblorosos.

—Eso no puedes saberlo con certeza —le dijo Elisabeth, aunque no sonaba demasiado segura. Al mirar la colina vacía, donde antes caminaba la magia y ya no, casi podía imaginarse que Nathaniel estaba en lo cierto.

—Al final no he respondido a tu pregunta —repuso él mientras se alejaba hacia su tienda—. Si no crees en nada —dijo volviendo la vista atrás—, tienes mucho menos que perder.

La noche siguiente, cuando llegaron a Brassbridge, Elisabeth todavía estaba viva y se enfrentaba a la inquietante posibilidad de haberse equivocado con Nathaniel Espinosa. A solas con sus preguntas, miraba por la ventana la luz del atardecer, que se derramaba sobre la ciudad y transformaba el río en una cinta de oro fundido.

Aun de lejos, su primer atisbo de la capital la había dejado sin aliento. Brassbridge se extendía en una escala de tamaño inimaginable a lo largo de la serpenteante orilla del río. Los tejados de pizarra en pico formaban un laberinto interminable y de sus chimeneas brotaban hilos de humo hacia el cielo rojizo. Sobre ellos se erguían los sobrios edificios de catedrales y academias, con

chapiteles rematados en figuras de bronce que ardían como antorchas contra los tejados a oscuras y que aumentaban de intensidad a medida que las sombras se extendían. Buscó el Collegium y la Biblioteca Real entre el barullo de torres, pero no lograba distinguir los edificios entre sí.

Los cascos de los caballos no tardaron en pisar los adoquines del puente y pasar por encima del río, con su hedor a peces y algas. Por la ventana vio las estatuas pasar a toda prisa; sus siluetas encapuchadas resultaban siniestras con aquel cielo nublado de fondo.

Las dudas la carcomían y aumentaban a medida que el sol se ocultaba bajo las cabezas gachas de las estatuas. La noche anterior, en el Bosque Negro, Nathaniel no había intentado matarla. Ni siquiera la había tocado. De haber querido hacerle daño, estaba casi seguro de que ya lo habría hecho. Pero, si él no era el hechicero que había saboteado la biblioteca, eso significaba que…

El clamor del tráfico se intensificó al abrirse la puerta del carruaje. Nathaniel, envuelto en un remolino de seda verde, se metió dentro. Sonrió a Elisabeth, cerró la puerta y se sentó en la esquina opuesta.

—Será mejor que no me vean —le explicó—. No quiero enardecer al público. Es que se vuelven locos cuando ven a un famoso y preferiría que no asaltaran el carruaje. El número de propuestas de matrimonio que un hombre puede soportar tiene un límite.

Elisabeth lo miró, perpleja.

—¿No les das miedo?

Nathaniel se inclinó hacia la ventana y usó el reflejo para peinarse el pelo alborotado.

—Puede que esto te sorprenda, pero la mayoría de la gente no considera que los hechiceros sean malvados. —Hizo un gesto hacia la ciudad—. Bienvenida al mundo moderno, Escriba.

Elisabeth miró por la ventana. Las lámparas de hierro forjado proyectaban un brillo naranja sobre la acera del puente. Un grupo de chiquillos manchados de hollín corrían en paralelo al carruaje de Nathaniel señalando y gritando. Una mujer que vendía pasteles intentó saludarlos y estuvo a punto de volcar su bandeja en el intento. Estaba claro que reconocían el carruaje, con sus espinas y

sus cortinas esmeralda. Lo reconocían y no lo temían.

Empezó a asimilar la verdad, por pasmosa que fuera.

—Todo eso que me dijiste sobre beber sangre y convertir a las personas en salamandras…

El magíster apoyó un codo en la puerta y se tapó la boca con la mano. Se le veía la risa reprimida en los ojos.

Elisabeth se quedó estupefacta.

—¡Me estabas tomando el pelo!

—Para ser justos, suponía que no te creerías lo de la sangre de los huérfanos. ¿Son como tú todos los bibliotecarios o solo los salvajes criados por piojos de los libros?

La joven quería protestar, pero sospechaba que tenía razón. Casi todo lo que sabía lo había aprendido del señor Hargrove, que llevaba medio siglo sin ir más lejos del retrete exterior, o de los libros, muchos de los cuales estaban anticuados desde hacía cientos de años. El resto eran las historias que le contaban los bibliotecarios mayores, con detalles tan horripilantes que ella procuró portarse como debía hacerlo una buena aprendiza y dejó de hacer preguntas sobre los hechiceros. Ahora se preguntaba cuántas de aquellas historias serían mentira. Apretó los dientes; se sentía traicionada.

—¿Por qué fuiste tú a recogerme a Summershall? —quiso saber, volviéndose de repente hacia Nathaniel—. ¿Por qué tú y no otra persona?

La ferocidad de su voz lo tomó por sorpresa. Perdió la sonrisa y el brillo de los ojos, que se quedaron tan fríos y grises como brasas extinguidas.

—Cuando llegó el informe al Magisterium, reconocí tu nombre.

—¿Cómo? No te lo dije.

—La directora sí. —Al ver la expresión de la joven, explicó—: Quería conocer el nombre de la muchacha que había estado a punto de asesinarme con una estantería. Me pareció lo más inteligente, por si alguna vez volvía a cruzarme contigo.

—¿Te dijo algo más sobre mí?

—No. —Después, al cabo de una pausa, añadió—: Lo siento.

A Elisabeth se le formó un nudo en la garganta y se volvió hacia el paisaje. Mientras contemplaba el azul del cielo tornarse añil, el estómago se le revolvió de desesperación. El viaje no tardaría en llegar a su fin y no sabía qué ni quién la esperaba. Ya no podía

ponerle rostro al asesino de la directora.

A oscuras, su primera impresión de las calles de la ciudad fue imponente. Edificios casi tan altos como la Gran Biblioteca se alzaban de entre la niebla, con las ventanas iluminadas por velas titilantes. Nunca había visto tantas estructuras en un único sitio; y ni siquiera una fracción de la gente. Mientras el carruaje se abría paso entre los otros vehículos, los peatones iban a toda prisa por la calle: hombres con bastones y sombreros de copa, y mujeres con vestidos de cuello alto y ribetes de encaje. Llevaban paquetes con compras, caminaban por la calle, y se subían y bajaban de los carruajes con una urgencia que a Elisabeth le resultaba ajena, acostumbrada al ritmo adormecido de la vida del campo. El brillo brumoso de las lámparas lo pintaba todo, y Nathaniel le contó que no funcionaban con magia, como ella había supuesto, sino con una invención llamada luz de gas.

El carruaje por fin se detuvo en un callejón estrecho y oscuro. Atontada, siguió al magíster al exterior. La niebla le envolvió las botas y se le arremolinó en el bajo del vestido. La farola más cercana se había apagado y los dejaba inmersos en las sombras. No había nadie más a la vista.

—El Magisterium te ha buscado una habitación en esta pensión —le dijo Nathaniel—. Puede que mañana te vea brevemente en la audiencia, pero, si no, ya te has librado de mí.

Elisabeth levantó la vista para contemplar en silencio la pensión. En el pasado había sido un edificio de ladrillo majestuoso. En aquel momento, sus imponentes muros estaban ennegrecidos por culpa del hollín y los barrotes colocados en las ventanas dejaban churretones de óxido en los ladrillos. Cruzó los brazos sobre el estómago para reprimir un escalofrío.

—Qué raro —dijo él hablando para sí—. Se supone que debería haber alguien esperándonos… Bueno, no importa, te puedo acompañar a la puerta.

Sin mirarla, le ofreció el brazo.

Elisabeth apenas vio el gesto, ya que todavía contemplaba la pensión. Le recordaba al orfanato que se había imaginado de pequeña, aquel lugar sombrío donde la abandonarían y se olvidarían de ella.

—¿Me vas a dejar aquí? —consiguió decir con voz

empequeñecida.

Nathaniel vaciló, sin expresión en el rostro. Pasaron unos segundos. El magíster parecía joven y muy pálido en la oscuridad. Después, dio un paso adelante e hizo un gesto a la joven para que lo siguiera.

—No me digas que has sucumbido a mis encantos —le dijo tras girarse—. Te aseguro que nada bueno saldría de una aventura entre nosotros. Tú, una bibliotecaria de pueblo; yo, el soltero más deseado del reino. No te mofes, Escriba, es cierto. Pregúntaselo a cualquiera que pase por la calle. Soy bastante famoso.

Pero Elisabeth no se había mofado. El sonido que se le había escapado era un grito ahogado de alarma. En un callejón cercano, detrás de la farola apagada, un grupo de figuras los observaba: grandes, ojos brillantes y el vaho de su aliento en el aire. Parpadeó y desaparecieron, pero estaba segura de que no se los había imaginado.

Abrió la boca para avisar a Nathaniel, que iba ya unos pasos por delante, pero, antes de poder emitir otro sonido, una mano áspera la agarró por la cintura y tiró de ella hacia el callejón. Otra mano le tapó la boca y la punta fría de una navaja le rozó el cuello.

Nueve

La mano que le tapaba la boca a Elisabeth apestaba a sudor. Cuando intentó morderla, no pudo engancharle los dientes. El sabor de aquella piel le inundó la boca: amargo y metálico, como monedas sucias. Presa del pánico, forcejeó con ella, pero solo consiguió que le sujetaran con más fuerza la navaja contra el cuello. Se quedó quieta, perturbada por su propia indefensión. El hombre retrocedió un paso con ella a rastras. Y otro.

No sabía lo que la esperaba en el callejón, pero sospechaba que sería mucho peor que aquel hombre y su navaja.

Nathaniel se detuvo con un pie en el primer escalón de la pensión.

—Escrib… —empezó a decir al volverse, pero se calló para evaluar con calma la escena—. Por amor de Dios, ¿qué está pasando ahora?

El que tenía sujeta a Elisabeth tuvo que sonreír, porque su aliento apestoso le calentó la mejilla.

—¿Qué quieres? —insistió Nathaniel—. ¿Dinero? —Miró primero la navaja, después a Elisabeth y luego al hombre que la tenía agarrada, e hizo una mueca—. No, deja que lo adivine. ¿Un remedio para las verrugas? Supongo que, de estar en tu lugar, yo también me dejaría llevar por la desesperación.

No parecía tener ninguna prisa, pero, mientras hablaba, juntó discretamente el pulgar y el índice, un movimiento que quedaba casi oculto bajo los pliegues de su capa. Una única chispa verde

salió volando de las puntas de sus dedos. No sucedió nada más.

—No puedes embrujar mi navaja —vibró la voz ronca del hombre contra el cuello de Elisabeth; parecía muy satisfecho de sí mismo—. Es de hierro puro. Me aseguré de ello.

—Bueno, no puedes culparme por intentarlo. —Nathaniel miró hacia el callejón, como si nada, y después de nuevo a ellos—. Es que la alternativa es un lío. Es imposible quitar las manchas de sangre de la seda, y ni te imaginas la de veces que mi criado ha tenido que limpiar manchas de origen dudoso de mi capa.

Se oyó un suspiro de resignación muy cercano. El captor de Elisabeth dio un respingo y tiró de ella para girarse hacia el origen del sonido, pero no había nadie: solo una calle vacía mal iluminada con periódicos tirados por el suelo.

—Me temo que he perdido la cuenta —dijo la voz susurrante de Silas justo detrás de ellos.

El fantasma de un aliento le alborotó el pelo a Elisabeth.

Su captor volvió a girarse, pero, de nuevo, no había nada. La joven notaba que al hombre se le había acelerado el corazón. La hoja le temblaba en la mano sudorosa. Una imagen flotó hasta la superficie del cerebro de Elisabeth, como una flor fantasmal ahogada que se alzaba desde las profundidades de un estanque: Silas de pie en un bosque oscuro, con las manos entrelazadas a la espalda. Pero eso no había sucedido de verdad, ¿no? Lo había visto en un sueño.

—No te acerques —le advirtió el hombre—. Si te mueves, la rajo. Me da igual que esté viva o muerta. Y tampoco estoy solo…

—Nunca me ha explicado de qué eran algunas de esas manchas, señor —dijo Silas.

—Mejor lo dejo a tu imaginación —contestó Nathaniel.

—¿Dónde demonios estás? —rugió el captor de la joven.

Y, entonces, el rugido se transformó en grito. Tanto la navaja como la mano cayeron de golpe y Elisabeth dio un par de traspiés hacia delante, pero Nathaniel estaba allí y la sujetó antes de que cayera.

Ella reprimió una arcada y escupió en el suelo, desesperada por librarse del sabor del hombre.

—Hay más —jadeó—, más hombres, en el callejón.

—Lamento muchísimo tener que decirte esto, tanto por ti como

por mí, pero eso no son hombres —repuso Nathaniel.

Como si lo hubiera oído, un gruñido estremeció la oscuridad. Una sombra se apartó de la entrada del callejón y se acercó al brillo proyectado por las farolas lejanas. La luz delineó un hocico largo, demasiado grande para pertenecer a un perro. Las fosas nasales, con forma de rendijas, se dilataban para olisquear el aire y exhalaban vapor. Después emergieron un par de cuernos afilados en curva que apuntaban hacia delante. La niebla acariciaba unas escamas negras que se movían cuando los fuertes músculos se abultaban bajo ellas. No era un hombre ni tampoco un animal.

—Son demonios —susurró ella.

—Demonios menores. Diablos. —Nathaniel volvió la vista atrás —. Es ilegal invocarlos, en parte porque harían lo que fuera a cambio de… Em, bueno, no importa.

—¿A cambio de qué?

Nathaniel puso una mueca.

—Una comida. Es probable que el encantador caballero de la navaja les haya dicho que podrán comerte.

Dado lo que sabía sobre los demonios, Elisabeth no se sorprendió. Cuando pudo ver bien al diablo, vio que las costillas se le pegaban a los famélicos costados. Las vértebras le sobresalían de la columna como si fueran nudillos. Parecía un enorme sabueso demacrado al que hubieran despellejado y blindado con escamas.

Antes de poder contestar, otras dos criaturas aparecieron de entre las sombras y les cortaron la ruta que se alejaba de la pensión. Sus alientos nublaban el aire y los ojos les brillaban con luz roja. Los relinchos de miedo de los caballos rasgaron el aire, pero la atención de los demonios no se desvió: siguieron mirando a Elisabeth con ojos hambrientos.

En silencio, Nathaniel señaló con la cabeza el edificio. Ella lo miró a los ojos para hacerle saber que lo entendía. Juntos retrocedieron hacia los escalones procurando seguir los mismos movimientos deliberados. Mientras andaban, Nathaniel murmuró un encantamiento y, tras juntar las manos formando una copa, un hilo de luz esmeralda le brotó entre las manos y se enrolló como una cuerda.

—La chica es demasiado fibrosa —insistió Nathaniel mientras los diablos avanzaban, como quien charla normalmente—. Sabe un

poco fuerte. ¿No veis todo ese pelo? Debajo no tiene casi nada.

Detrás de ellos se oyó un rugido que hizo temblar la espalda de Elisabeth. Un aliento caliente y fétido le cruzó la nuca. Se volvieron a la vez para encontrarse con un cuarto diablo agachado en el escalón de la entrada, bloqueando la puerta. De la mandíbula le colgaban hilillos temblorosos de saliva.

—Merece la pena intentarlo —dijo Nathaniel, y tiró de Elisabeth hacia él para abrazarla con fuerza.

El mundo estalló a su alrededor. Una lluvia de ladrillos, madera y metal entró en erupción y aterrizó formando una enorme nube de polvo. La joven era consciente de los latidos del corazón del magíster contra los suyos, de los músculos de sus hombros tensándose mientras tiraba para recoger algo: una cuerda de fuego esmeralda, un látigo. Volvió a lanzarlo y, esta vez, la joven vio que el látigo golpeaba el lateral del edificio, que se derrumbó tan deprisa que pareció volverse líquido y derramarse en una cascada de piedra. Debajo de los escombros sonó un único gañido.

Nathaniel la soltó, pero la mantuvo sujeta por la muñeca para apartarla del derrumbe. Elisabeth no sabía dónde estaban enterrados los demonios. El silencio era tan denso y asfixiante como el polvo que apelmazaba el aire, salpicado del ruido de un ladrillo al caer al suelo, ya que los escombros todavía se estaban asentando.

—Tienes que meterte en el carruaje —explicó Nathaniel, que por fin había perdido un poco la compostura y dejaba que se le notara la urgencia—. No tardarán en levantarse. ¿Qué estás haciendo?

Elisabeth se zafó de él, apartó de una patada un ladrillo caído y agarró una barra metálica que había salido rodando de los escombros. La recogió, frunció el ceño y lo miró. Él la evaluó con la mirada. En su rostro, algo cambió, como si modificara sus planes.

—Muy bien, peligro andante. Ayúdame a mantenerlos a raya —dijo, y señaló con la cabeza el asiento del conductor.

Ella subió primero. No veía a Silas por ninguna parte. Se agarró a la barandilla para guardar el equilibrio cuando el carruaje se estremeció y avanzó precariamente unos centímetros. El crujido de las ruedas con los frenos no resultaba demasiado agradable. En cualquier momento, los caballos saldrían corriendo, con carruaje o sin él. A juzgar por la capa de sudor que les cubría la piel, ese momento no tardaría en llegar. Elisabeth contempló el

incomprensible enredo de riendas.

En vez de saltar a su lado, Nathaniel vaciló. Volvió la vista atrás. El polvo oscurecía la calle detrás de ellos, pero, en un punto, una corriente agitaba la nube.

En cuanto ella se fijó en el punto, un diablo lanzó un rugido atronador y salió corriendo de allí. Nathaniel restalló el látigo y acertó al demonio en el aire. Un fuego verde le rodeó el cuello y, con un movimiento pausado de muñeca, lo envió volando de vuelta a los escombros.

Los caballos relincharon y tiraron de sus sujeciones. Nathaniel lanzó el látigo a un lado, tiró de los frenos y saltó sobre el carruaje cuando esté se puso en movimiento. Se quedó colgado del borde durante un aterrador instante mientras las ruedas saltaban sobre los ladrillos sueltos y sacudían el vehículo adelante y atrás como si fuera un barco en un mar agitado por la tormenta. Elisabeth le ofreció una mano. Él la aceptó y ella tiró con fuerza y lo levantó por los aires. Otro tirón y Nathaniel aterrizó en el banco, a su lado. Sin esperar a ver su reacción, la joven volvió la vista. Él tomó las riendas y azuzó los caballos, que enderezaron su curso.

Fueron dejando edificios atrás y el viento empezó a llevarse por todas partes los jirones de polvo de las ruinas. Unas figuras salieron de entre los escombros y unos ojos carmesí cobraron vida en la oscuridad. Elisabeth agarró con fuerza la barra metálica.

—Creía que no sabías conducir un carruaje —gritó ella por encima del estruendo de los cascos.

—Tonterías —gritó él—. Aprendo deprisa con la motivación correcta.

El carruaje dobló la esquina y entró en otra calle vacía; iban tan deprisa que las ruedas del otro lado se levantaron del suelo con la fuerza del giro. Estaban ganando velocidad muy rápido, pero los demonios se habían unido a la persecución. Salían de las ruinas enseñando los dientes y sacudiéndose el polvo de los cuernos. Elisabeth contó seis y el pánico se apoderó de ella.

—¿Cuenta esto como la motivación correcta? —preguntó.

—Eso depende. ¿A qué distancia están?

Un diablo se adelantó a la jauría y les dio alcance a una velocidad sorprendente. Corría como un galgo en paralelo a las ruedas traseras y, tras ladear la cabeza, examinó a Elisabeth con

una reluciente mirada roja; ella se dio cuenta de que calculaba la distancia para saltar. En cuanto plegó las patas traseras, ella atacó con su arma improvisada.

Se oyó un crujido. Le tembló todo el cuerpo con el impacto y unas gotas de baba le salpicaron la cara. El demonio perdió el equilibrio y acabó aferrado al lateral del carruaje, más o menos como Nathaniel unos minutos antes, donde redujo a astillas las bellas tallas de madera en su intento por agarrarse bien. Cada una de sus uñas era tan grande como el dedo de un hombre, aunque sucia y ganchuda. Podía destrozarla de un solo zarpazo y, a juzgar por su mirada de odio, era justo lo que pretendía hacer.

Pero el golpe de Elisabeth le había dejado una herida abierta en el hocico escamoso. La saliva crepitó e hirvió en la barra que llevaba en las manos, y se evaporó como agua en una sartén caliente. Eso hizo que cambiara su enfoque: la barra era de hierro.

Envalentonada, golpeó de nuevo y oyó otro crujido muy satisfactorio. El demonio se quedó sin fuerzas. Se soltó de la madera. Cuando cayó al suelo, fue dando tumbos hasta que se quedó tirado, intentando levantarse y echando vapor por la cabeza herida. Los otros demonios saltaron por encima de él, con la vista fija en el carruaje.

Elisabeth, con su arma todavía humeante, se giró hacia Nathaniel.

—A muy poca —contestó.

Nathaniel la miró una vez, después otra y después una tercera antes de volver a concentrarse en el camino.

—Me estoy aplicando al máximo —le aseguró.

El carruaje dobló otra esquina. Alguien gritó. Un caballo se encabritó y forcejeó con su dueño, forcejeo que se saldó con una cesta de coles tirada por la calle. Habían dejado atrás las zonas más apartadas y vacías. Mientras avanzaban a toda velocidad por la calle, esquivando carros y carretas, Elisabeth vislumbró las caras de asombro a la luz de gas. Los peatones corrían a ponerse a salvo en la acera para huir de ellos.

El primer demonio dobló la esquina tras el carruaje. No se molestó en esquivar el tráfico, sino que tomó una ruta directa saltando por encima de los carros como si fueran piedras en un río. El carbón, las manzanas y los utensilios de cocina salieron volando

por todas partes. Los peatones retrocedieron y se protegieron la cabeza con las manos, y el caos se apoderó de la calle.

—¡Para! —gritó la joven—. ¡Van a hacerle daño a alguien!

—¿Y qué propones? ¿Que ice bandera blanca? ¿Que les pida amablemente que no nos coman?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Nathaniel, lo que dejaba claro su frustración.

—¡Usa tu magia! —exclamó Elisabeth, atónita de tener que ser ella la que lo sugiriese.

Durante un sorprendente momento, la miró como si fuera a reírse.

—La hechicería requiere concentración —le dijo, sin llegar a hacerlo—. Concentración. Hay límites. No puedo lanzar hechizos mientras…

Viró bruscamente, a punto de estrellarse contra un carro que no se había apartado de su camino lo bastante deprisa. El poni enganchado al carro se asustó de los cascos de los caballos de Nathaniel y se chocó con un puesto repleto de cestas de arenques. Los adoquines del suelo desaparecieron bajo una marea de escamas plateadas. Elisabeth se agachó cuando las ruedas del carruaje les lanzaron a la cabeza uno de los peces.

—Te he visto dar vida a un patio lleno de estatuas. Eres un magíster. Estas personas cuentan contigo. Defiéndete.

Con una sola mirada, él le hizo saber que la encontraba difícil, irritante y, probablemente, loca, pero, mientras seguían cabalgando a toda prisa hacia una plaza, tiró de las riendas y dio la vuelta al carruaje. Ella se sujetó como pudo cuando las ruedas se subieron a la acera. Se pararon con una sacudida en los adoquines, justo al lado de los grandes edificios de ladrillo que bordeaban la plaza, con una fuente entre ellos y la calle.

En cuanto el carruaje dejó de moverse, Elisabeth se bajó del banco del conductor y se subió al tejado plano de madera. Desde allí veía todo el camino que habían seguido después de meterse en la calle principal. Observó la confusión de carretas volcadas, caballos rebeldes y artículos tirados por el suelo. La brisa nocturna transportaba los gritos, mezclados con los relinchos agudos de los caballos. Más cerca, el puñado de vendedores que se hallaba cerca de la fuente se apresuraba a guardarlo todo en sus carros. Los

peatones habían visto llegar el carruaje y ya habían vaciado la plaza. Unos cuantos rezagados subían a toda prisa los escalones de los edificios cercanos y los de dentro tiraban de ellos. Se cerraban las puertas. Los rostros se pegaban a las ventanas. El aire olía a castañas asadas y, a pesar de todo, a Elisabeth le gruñó el estómago.

Repasó el caos con la mirada. Al principio no vio ni rastro de los demonios. Entonces, un lomo encorvado y escamoso se escabulló entre dos carretas abandonadas; una nube de vapor brotó detrás de un carro volcado. Se fijó en aquel punto hasta que apareció un diablo, y el corazón le dio un vuelco. Tenía la mitad de la cabeza quemada, y el ojo izquierdo destrozado y lloroso. Era el demonio que había echado del carruaje de un golpe.

—¿Por qué es tan difícil matarlos? —preguntó mientras Nathaniel pasaba por encima de la baranda y se unía a ella.

—Eso depende de tu definición de matar. —El viento le alborotó el pelo y le tiró del abrigo—. En el mundo mortal no podemos matar lo que sale del Altermundo; solo podemos devolverlo a casa. Sus espíritus siguen vivos después de que destruyamos sus cuerpos.

Parecía peligroso hablar cuando la plaza había quedado sumida en un silencio tenso y expectante. La joven se percató de que alguien había perdido el sombrero, que después el viento había empujado hasta el agua de la fuente. Había un guante de mujer en la alcantarilla. Los demonios avanzaban caminando sinuosamente entre los carros. Se habían separado y se les acercaban desde seis puntos distintos.

—Vale —se corrigió ella—, ¿cuántas veces tengo que golpearlos para que no vuelvan a levantarse?

A Nathaniel se le escapó un amago de sonrisa.

—Creo que le pillarás el truco tú sola, Escriba. No te falta entusiasmo. Ahora, dame un momento. Necesito… quince segundos. Puede que veinte.

Cerró los ojos.

Elisabeth creía que la hechicería era algo inmediato, como desenvainar una espada. Sin embargo, al ver la concentración en el rostro inmóvil de Nathaniel, se preguntó por primera vez cómo sería lanzar un hechizo. El esfuerzo que requería, no del cuerpo, sino de la mente.

El magíster tomó aire y empezó a hablar sin abrir los ojos. Las

palabras enoquianas que salían de sus labios parecían tener bordes afilados y aguijoneaban el aire. El viento ganó intensidad y se encabritó a su alrededor, lanzando hojas y jirones de periódico al cielo, y agitando el agua que rociaba la fuente. A Elisabeth se le puso el vello de punta. Mientras tanto, la expresión de Nathaniel seguía siendo muy serena.

Aquello no era como desenvainar una espada, sino como dirigir un ejército. Como convertirse en un dios.

Por encima de ellos, el cielo se oscureció. Unas nubes negras se agruparon y formaron un embudo sobre la plaza, un torbellino en plena ebullición. El aire se cargó de humedad asfixiante. La luz de las farolas perdió fuerza. Un brillo verdoso brotó del interior de las nubes y lo baño todo del insólito crepúsculo que precedía a una tormenta.

No sabía qué estaba haciendo el magíster, pero le quedaba claro que los demonios no le iban a conceder quince segundos. En cuanto empezó su encantamiento, el del ojo herido salió disparado. Gruñó a los otros, como dando una orden. A cada lado del primer demonio, otros dos avanzaron a saltos hacia la plaza; se les veían claramente los abultados músculos con cada zancada que los acercaba al carruaje a una velocidad imposible. Tenían la lengua fuera, carmesí y humeante.

Elisabeth se sacudió el pelo que el viento se empeñaba en echarle a la cara y levantó la barra por encima del hombro. La hirviente rotación de las nubes era un reflejo de las desagradables turbulencias de su estómago.

Dientes afilados. La joven golpeó. Un crujido hendió la noche y un estallido de fuego esmeralda la dejó medio ciega.

Cuando dejó de ver manchitas, descubrió que seguía en pie. Los dos demonios estaban tirados en el suelo, frente al carruaje. El primero estaba despatarrado, con el cuello doblado en un ángulo antinatural. Lo había hecho ella. Pero al segundo le había pasado algo distinto. Estaba tirado en el suelo, con la carne quemada llena de ampollas y chisporroteando, como carne en un asador.

Nathaniel extendió una mano. Un relámpago esmeralda salió de las nubes, dividido en dos, y golpeó una, dos veces, con un fuerte crujido y un enorme estruendo que hizo temblar el suelo y sacudió las ventanas; y, cuando pasó, otro demonio yacía en el suelo,

calcinado. Chispas verdes bailaban entre los dedos de Nathaniel. Se giró para atacar al siguiente diablo.

Era el líder, el del ojo destrozado. Mientras Elisabeth y Nathaniel estaban ocupados con los otros, este se había acercado con sigilo a un carro tirado. Y allí estaba, observándolos en silencio, enseñando los dientes hasta las encías.

Los relámpagos atravesaban las nubes y bajaban en forma de telaraña formando un laberinto de filamentos dentados. El poder rodeaba al magíster, listo para responder a su llamada. Pero no lo hizo.

Estaba mirando la pata delantera del demonio, que estaba apoyada en el carro; un carro que estaba caído sobre el pecho de un niño que se había quedado atrapado bajo él. El chico parecía más pequeño que Elisabeth y tenía la cara hacia un lado, inconsciente. Un grupo de personas observaba de lejos, junto a un edificio que no los había dejado entrar. La mujer que estaba delante del grupo gritaba; dos hombres jóvenes la sujetaban para que no saliera corriendo hacia el demonio. Los tres tenían el mismo pelo rojizo que el chico tirado bajo el carro.

—No puedo —dijo Nathaniel sin apenas mover los labios, como en un trance—. No sin darle también a él.

Elisabeth reaccionó por instinto y se preparó para bajar de un salto del carruaje.

—Haré de cebo —anunció.

Él la sujetó por un brazo.

—Eso es justo lo que quiere: que te quedes sola para tener un blanco fácil. No seas tonta, Escriba.

Ella miró al chico, que moriría si no hacían nada, y después a Nathaniel. «No seas tonta».

—¿Así es como lo llamas? —preguntó.

Algo que no logró identificar cruzó el rostro del joven. Pero desapareció muy deprisa.

Las botas de Elisabeth aterrizaron en los adoquines. Avanzó hacia el demonio por la plaza vacía mientras el viento hacía revolotear los periódicos. Sopesó la barra de hierro que llevaba en las manos. El demonio estiró más los labios para esbozar una sonrisa inhumana. Flexionó las zarpas y empujó más el carro contra el chico atrapado. No se movería hasta el último segundo.

Elisabeth oyó un rayo caer tras ella e iluminar la calle de verde, pero no apartó la vista del demonio.

Una gota cayó en el suelo, a sus pies. La joven salió corriendo y sintió que la barra se convertía en una extensión de su brazo. Después de eso, todo ocurrió muy deprisa. Colmillos, garras, gruñidos. El estremecedor golpe del arma, que rebotó en un cuerno, un estallido de dolor que le desgarró el hombro. Con cada aliento, inhalaba el hedor a carroña y azufre. Se concentró en retroceder mientras esquivaba los golpes del demonio para apartarlo del niño inconsciente.

La lluvia empezó a caer con más fuerza, como una manta de agua sobre la plaza, y a Elisabeth se le metía en los ojos y le nublaba la vista. Otro relámpago transformó a su oponente en un crudo grabado de luces y sombras. Un segundo destello, un tercero. ¿Es que Nathaniel no había acertado a los otros demonios? Solo deberían haber quedado dos. Al girarse, vio más siluetas arrastrándose hacia ella con ojos relucientes como brasas a través de la manta de lluvia. Demasiados para contarlos. El horror la hizo vacilar.

No sentía dolor, pero, de repente, el mundo se puso del revés y los adoquines corrieron a reunirse con ella, fríos, mojados y resbaladizos, y le robaron el aire de los pulmones. Se le escapó la barra, que quedó fuera de su alcance. Luchó por respirar, ya que sentía como si le apretaran el pecho con un tornillo de banco.

Un rayo hendió el cielo tan cerca de ella que, por un momento, aturdida, estuvo convencida de que le había dado a ella. Entonces, el cuerpo humeante del líder se derrumbó a su lado, apagada ya la luz de su único ojo rojo.

—Aguanta, Escriba —dijo Nathaniel mientras la levantaba del suelo y la colocaba sobre su regazo.

—El chico —graznó ella.

—Su familia lo ha recogido —dijo él—. No te preocupes. Estará bien.

«Pero nosotros no». Había demasiados demonios. Estaban rodeados. Ella miró a los ojos grises del magíster y se preguntó si su cara sería lo último que viera. Las gotas de lluvia se le pegaban a las oscuras pestañas y le chorreaban por la nariz. De cerca, le pareció que sus ojos no eran tan crueles como se había imaginado. Estaba

tan asustada de él que no se había parado a pensar en lo guapo que era; qué pena.

Nathaniel frunció el ceño, como si viera algo preocupante en la expresión de Elisabeth. Apartó la vista y entornó los ojos para protegerlos del aguacero.

—Silas —dijo.

—¿Sí, amo?

La voz del criado no era más que un susurro en la tormenta.

Por el motivo que fuera, Elisabeth se había olvidado de Silas. Le costaba mantener los ojos abiertos. Y allí estaba el criado, vestido impecablemente, en perfecto equilibrio sobre el borde de un tejado, encima de ellos. Contemplaba la escena con un interés distante e implacable. La lluvia no tocaba su grácil silueta.

«¿Cómo se ha subido ahí arriba?».

Las sombras avanzaban, rodeándolos. Acechaban en los límites del campo visual de Elisabeth y su hedor a carroña impregnaba la niebla.

—No nos vendría mal un poco de ayuda —dijo Nathaniel—. Cuando termines de admirar el paisaje.

Silas sonrió.

—Será un placer, señor.

Primero se quitó el guante derecho, después el izquierdo, y se metió los dos en el bolsillo con sumo cuidado. Después saltó del borde del tejado, lo que suponía una caída de cuatro plantas.

Elisabeth no pudo verlo más. Se le cerraron los ojos, con los que miraba hacia aquella rendija de cielo, ahora vacía, mientras, a su alrededor, se alzaba un coro de gañidos, crujidos y aullidos, salpicados de vez en cuando por algo sin fuerzas y pesado que se estrellaba contra una pared. Todo le parecía muy lejano. En la cabeza solo se le había quedado grabada una imagen: las manos de Silas cuando se había quitado los guantes.

No tenía uñas humanas, sino garras.

—¿Elisabeth? —preguntó Nathaniel, y se llevó el sonido de su voz a la oscuridad.

Diez

Elisabeth se despertó rodeada de luz. Aunque no tenía ni idea de dónde estaba, la envolvía una sensación de bienestar y tranquilidad. Unas sábanas sedosas le susurraban contra la piel desnuda cada vez que se movía. Cuando giró la cabeza, el entorno reluciente y borroso que la rodeaba tomó forma: era un dormitorio. Un papel pintado de lilas cubría las paredes y daba la sensación de que los delicados muebles se romperían si se apoyaba en ellos con demasiado entusiasmo, lo que, suponía, quería decir que eran caros.

No estaba sola. Oía cerca el reconfortante tintineo de la porcelana. Prestó atención un momento, y después se sentó en la cama y se le cayó de los hombros un edredón de plumas. Desconcertada, se examinó. Llevaba el camisón de repuesto y le habían vendado con mucho esmero el brazo. No solo eso: alguien la había bañado y le había cepillado el pelo.

Le palpitaba la cabeza. Se la tocó con precaución y encontró un nudo que le dolía al rozarlo. Quizá eso explicara por qué no recordaba nada. Al otro lado de la habitación, Silas estaba de pie, de espaldas a ella, levantando la tapa de un azucarero. Como siempre, vestía su librea esmeralda y parecía estar preparándole una taza de té.

—¿Dónde estoy? —preguntó Elisabeth.

—Está en uno de los dormitorios de invitados de la casa de mi señor —contestó Silas—. Nos pareció que lo más seguro era traerla aquí después del ataque.

«El ataque». La joven clavó la vista en los guantes blancos impolutos y se le heló la sangre.

De repente, de golpe recordó lo ocurrido la noche anterior: los rugidos y el caos, los relámpagos y la lluvia, y también los recuerdos del viaje a Brassbridge, los que había reprimido de algún modo. Ahora se acordaba con claridad de que él la había atrapado en el bosque, cerca de la posada; que le había borrado de la memoria que tenía los ojos amarillos, y no lo había hecho una única vez, sino varias. Siempre que estaba a punto de comprender lo que era, él desviaba sus pensamientos.

—Eres un demonio —dijo Elisabeth con una voz que sonaba torpe en aquella habitación tan delicada, demasiado alta, fuera de lugar entre las lilas y la porcelana elegante.

Silas ladeó la cabeza para reconocer lo evidente.

—¿Toma el té con azúcar, señorita?

Elisabeth no respondió. Se deslizó hasta el lado opuesto de la cama, lo más lejos que pudo, y agarró una palmatoria de la mesita de noche. Era pesada, de plata maciza.

—Sé lo que eres —le advirtió—. No puedes obligarme a olvidar de nuevo.

Él agitó el té una última vez y colocó con cuidado la cuchara sobre un paño doblado.

—Da la casualidad de que tiene razón. Es sorprendente lo mucho que se resiste a mi influencia; dudo que hubiera sido capaz de mantenerla durante mucho más tiempo.

—¿A qué te refieres con tu influencia? ¿Qué me has hecho? Y ¿por qué?

Silas se volvió hacia ella. La miró, sin más, mientras ella temblaba, aferrada a una palmatoria, a punto de lanzársela a la cabeza como acto reflejo al mínimo atisbo de provocación. Al cabo de unos segundos de silencio elocuente, Elisabeth se vio obligada a reconocer que Silas tenía razón.

—Humanos —repuso él con un suspiro—. Qué criaturas más nerviosas. Al menos no ha gritado, cosa que le agradezco. Algunos demonios disfrutan del sonido que emiten los mortales al chillar y suplicar por su vida, pero a mí nunca me ha gustado el melodrama, a no ser que se limite a los confines de la ópera. —Desvió la mirada hacia la palmatoria—. Eso no le servirá de nada, por cierto.

Poco a poco, Elisabeth la dejó sobre la colcha. Observó a Silas cruzar el dormitorio. Cuando el sirviente puso la bandeja a su lado, ella dio un respingo, pero él se retiró sin tocarla y se quedó en una educada pose, con las manos entrelazadas a la espalda. Era la misma postura que le había visto en los matorrales. Se preguntó si intentaba resultar menos amenazador, y esa idea le resultó tan peculiar que se le escapó una carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—No sabía que los demonios pudieran adoptar nuestra forma. Esperaba… —No sabía bien lo que esperaba. Cuernos y escamas, como un diablo. Lo que sin duda no esperaba es que fuera tan bello —. Otra cosa —concluyó.

La sombra de una sonrisa revoloteó sobre el rostro de Silas. No llevaba el pelo empolvado, como ella había dado por sentado al principio. Todo él era del blanco impoluto del mármol, incluidas las largas pestañas pálidas que le daban sombra a los ojos sulfúreos.

—Los demonios de alta jerarquía, como yo, podemos cambiar de forma para adaptarnos a los deseos de nuestros amos. En sociedad, adopto la forma de un gato blanco, pero, cuando estoy en casa o tengo que hacer recados, el señor Espinosa prefiere esta forma. Salvo en esas circunstancias, soy, como dice usted, «otra cosa».

Elisabeth se estremeció. Recordó las palabras de advertencia del lexicón. El grimorio daba a entender que el mero hecho de hablar con un demonio ya era peligroso. Sin embargo, después de todo lo que Nathaniel había hecho para conseguir llevarla sana y salva a la ciudad, suponía que no la dejaría a solas con Silas si lo considerara una amenaza. Recordó la noche en el Bosque Negro y la risa tranquila de Silas; ambos bromeaban como si fueran viejos amigos.

—Por favor, ¿no va a tomarse su té? —preguntó Silas, lo que la sacó de sus inquietantes cavilaciones.

Vaciló antes de coger la taza. El vapor le envolvió la cara al darle un sorbito cauto, consciente de la mirada expectante de Silas. Abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Está bueno.

De hecho, era la mejor taza de té que había probado en su vida. No era lo que esperaba, teniendo en cuenta que la había preparado un…

Dejó la taza apresuradamente y se derramó parte del líquido

caliente en los dedos. El calor y el vapor le habían traído a la memoria un recuerdo visceral del hombre que le había puesto una mano en la boca, de su aliento húmedo en el cuello. Y de que después había desaparecido, sin más. ¿Qué le había hecho Silas?

—Lo maté, señorita —dijo en voz baja el demonio—. Él le habría hecho lo mismo a usted, y no habría sido su primera víctima. Se lo olí… Mucha muerte. Con razón los diablos estaban dispuestos a seguirlo.

Ella dejó escapar un sonido estrangulado.

—¿Puedes leerme la mente? —preguntó.

—No exactamente.

—Entonces, ¿cómo…?

—Me he pasado cientos de años observando a la humanidad durante mi servicio a la familia Espinosa. No pretendo insultarla, pero los mortales no son seres complicados.

Ella se estremeció, se miró las manos, miró aquella taza de té demasiado perfecto y se preguntó qué más podía averiguar el demonio con tan solo mirarla.

—¿Se encuentra mal? Quizá debería seguir descansando.

Ella negó con la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

—Ya he descansado lo suficiente.

—En tal caso, tengo una noticia que puede que la tranquilice.

Silas cogió un periódico de la mesita de noche y se lo dio. Ella lo aceptó con precaución, mirándole los guantes, pero no le veía ni rastro de las zarpas.

—El intento de acabar con su vida ya ha llegado a los periódicos de la mañana —añadió el criado.

Elisabeth casi tuvo que mirarlo dos veces para creérselo. El titular de la primera plana decía: «¿Sospechosa… o heroína?». Lo acompañaban de un boceto de Nathaniel y ella misma de pie en el techo del carruaje, rodeados de demonios. Uno de los rayos de Nathaniel rasgaba el cielo cruzado de relámpagos y el artista se había tomado la libertad de sustituir la barra de hierro de Elisabeth por una espada. Volvió a mirar el titular.

—¿Se refiere a mí?

Silas inclinó la cabeza.

Incrédula, empezó a leer el artículo: «La joven, identificada como la señorita Elisabeth Escriba, demostró un valor y un vigor

poco comunes en su lucha contra los atacantes demoníacos, hasta el punto de salvarle la vida a un transeúnte inocente… Se cree que la joven está en Brassbridge como sospechosa de los actos de sabotaje en las grandes bibliotecas, aunque quizá debamos cuestionarnos la sensatez del Magisterium al considerarla sospechosa, dado que este despiadado intento de asesinarla indica justo lo contrario. Queda claro que el verdadero culpable esperaba silenciarla usando cualquier medio a su alcance…».

A Elisabeth se le encendieron las mejillas cuando el artículo pasó a elogiarla porque, «gracias a fuentes de confianza», sabían que había derrotado ella sola a «un malefactor desenfrenado antes de que pusiera en peligro las vidas de los inocentes habitantes del pintoresco pueblo de Summershall». Eso sí, le resultó muy irritante que dedicaran la siguiente columna a «El magíster Nathaniel Espinosa, el soltero más deseado de Austermeer: ¿Cuándo elegirá esposa?».

Volvió al principio para releer las primeras frases porque algo le había llamado la atención.

—Espera un momento —dijo en voz alta—. Aquí habla de «actos de sabotaje».

Silas alargó el brazo hacia ella, pero, aunque Elisabeth se puso en tensión, lo único que pretendía el criado era pasar la página. Tras examinar por encima la continuación del artículo, se quedó sin aliento.

—¿Han atacado la Gran Biblioteca de Knockfeld? —Movió los labios mientras repasaba a toda prisa el texto apretujado—. «Otro malefactor de clase ocho… Tres alcaides muertos, incluido el director… Primero se consideró un trágico accidente, ahora se cree que está relacionado con el incidente de Summershall». ¡Eso pasó dos semanas antes de lo del *Libro de ojos*! —Miró a Silas—. ¿Por qué creías que esto me iba a tranquilizar?

—Lo ocurrido anoche supuso un cambio considerable en sus circunstancias. El clamor popular, incitado por la prensa, ha obligado a suspender su audiencia. Cuando esté lo bastante recuperada como para un paseo en carruaje, el señor Espinosa tiene órdenes de llevarla con el canciller.

Ella se quedó allí sentada, incrédula, oliendo el aroma a tinta barata y papel prensa del periódico. Notaba la cabeza vacía y el eco

de las palabras de Silas le rebotaba dentro.

—¿Por qué quiere verme el canciller?

—No me lo han explicado. —Algo similar a la pena ensombreció los rasgos de alabastro del demonio—. Quizá considere la posibilidad de vestirse. Puedo ayudarla si lo desea. Me he tomado la libertad de hacerle algunos arreglos al atuendo de hoy.

Elisabeth frunció el ceño. Su mejor vestido estaba colgado de un gancho en el armario, pero lo habían alargado con unos modernos paneles de seda. Ahora sí que parecía de su talla. ¿Lo había hecho Silas? Se tocó el pelo, tan bien cepillado, y recordó que antes había pensado que alguien la había bañado y cambiado de ropa. Cuando sumó dos más dos, se echó hacia atrás.

—¿Me has desvestido?

—Sí. Tengo décadas de experiencia… —Al percatarse de su horror, levantó una mano para tranquilizarla—. Mis disculpas. No siento interés alguno por los cuerpos humanos. Al menos, no en sentido carnal. A veces se me olvida… Debería habérselo comentado antes.

Elisabeth no permitiría que la tomara por idiota.

—He leído lo que les hacen los demonios a las personas. Nos torturáis, derramáis nuestra sangre y devoráis nuestras entrañas. Las de las doncellas, sobre todo.

Silas apretó los labios.

—Los demonios menores comen carne humana. Son criaturas viles con apetitos vulgares.

—¿Y tú eres distinto?

El criado apretó los labios más todavía. Contra todo pronóstico, sus ojos amarillos brillaron de indignación y, al hablar, lo hizo marcando más de la cuenta las consonantes, aunque sin perder la cortesía y el tono susurrante habitual:

—Los demonios de alta jerarquía solo consumimos la fuerza vital de los mortales y, aun así, solo después de haber llegado a un trato. No nos interesa nada más.

Ella se acomodó de nuevo en la cama, con el corazón acelerado. Se calmó poco a poco. Silas parecía decir la verdad. No intentaba esconder que era malvado, sino que aclaraba la naturaleza de sus fechorías. Curiosamente, eso hizo que confiara en él, al menos en ese asunto.

Pensó en el mechón plateado del pelo de Nathaniel, tan poco común en un chico de dieciocho años. «¿Cuánta vida le has quitado?», se preguntó.

—Bueno, creo que ya es suficiente —dijo Silas en voz tan baja que apenas lo oyó—. Si está segura de que no necesita ayuda…

—No la necesito, gracias —respondió Elisabeth a toda prisa—. Puedo arreglarme sin ninguna ayuda.

El criado arqueó las cejas para dejar a la vista sus dudas, pero inclinó la cabeza con educación antes de salir y dejó a la joven sola con mil preguntas y una taza de té medio fría.

Cuando abrió la puerta, quince minutos después, no vio a Silas por ninguna parte. Asomó la cabeza fuera y examinó el pasillo. Aunque nunca había pasado demasiado tiempo en una casa de verdad, aquella parecía enorme en comparación con los hogares de Summershall. El pasillo se alargaba durante una distancia considerable, estaba forrado de madera oscura y tenía una asombrosa cantidad de puertas. Por algún motivo, las cortinas estaban echadas, lo que reducía el día soleado a una penumbra crepuscular.

Salió con sigilo y recorrió el pasillo. A pesar de su grandiosidad, la casa parecía algo abandonada. No vio sirvientes, ni demoníacos ni de ningún otro tipo, y el aire permanecía tan imperturbable que el metódico tictac de un reloj de pie le vibraba a través de las suelas de las botas, como el latido de un corazón. Todo desprendía un leve olor a combustión etérea, como si la magia hubiera empapado hasta los cimientos del edificio.

Después de varias vueltas por los pasillos laberínticos, el olor se intensificó. Giró a derecha e izquierda olisqueando el aire y, por fin, decidió que aquel aroma salía por debajo de una puerta cerrada concreta: una puerta cuyos paneles de madera estaban cubiertos de ventisqueros de polvo y que tenía profundos arañazos alrededor del recargado pomo, como si a alguien se le hubiera resbalado la mano al intentar abrirlo repetidas veces.

Elisabeth vaciló. No iba a tocar una puerta de aspecto siniestro en el hogar de un hechicero. Pero quizá…

Contuvo el aliento y bajó la cabeza para mirar por la cerradura.

La habitación estaba a oscuras. Se inclinó hacia delante.

—Señorita Escriba —dijo Silas en voz baja, justo detrás de ella.

La joven se dio la vuelta y se golpeó tan fuerte contra la pared que le castañetearon los dientes. ¿Cómo podía Silas moverse sin hacer ruido? Le había hecho lo mismo al hombre de la noche anterior, justo antes de matarlo.

La expresión de Silas era distante, como si estuviera tallada en mármol, pero habló con la misma cortesía de siempre:

—No pretendía asustarla, pero me temo que es mejor no acercarse a esa habitación.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Elisabeth, que tenía la boca seca como la suela de un zapato.

—Será mejor que no lo vea. Por aquí, por favor.

La guio de vuelta por donde había venido y después la condujo a una amplia escalera en curva, enorme y enmoquetada en terciopelo, que llevaba hasta el vestíbulo, dos plantas más abajo. Del techo colgaban lámparas de araña apagadas y los cristales lanzaban destellos en la penumbra; los pasos de la joven le arrancaban ecos al suelo de mármol a cuadros. Era todo tan espléndido que le recordó a un castillo de cuento de hadas abandonado. Su imaginación le retiró la triste capa de descuido, la sustituyó por luz, risas y música, y se preguntó por qué mantenían así la casa cuando podría haber sido un lugar precioso.

—El señor Espinosa se reunirá con nosotros dentro de un momento —dijo Silas. Después añadió—: Puede echar un vistazo si lo desea.

Sin permiso, Elisabeth ya había cruzado el vestíbulo para coger un candelabro de cristal macizo. Con aire culpable, lo dejó en su sitio. Mientras lo hacía, vio los ojos grises de Nathaniel reflejados en sus muchas caras, multiplicados por doce, y ahogó un grito. Sin embargo, cuando se volvió, no había nadie detrás de ella. El cristal le había enseñado el reflejo de un retrato colgado en la pared. Y el hombre del retrato era demasiado mayor para ser Nathaniel, aunque el parecido era enorme, ya que hasta compartían el mismo mechón de plata en el pelo negro. Su sonrisa, por otro lado…, era cálida y abierta, mucho más feliz que las que le había visto al magíster hasta el momento.

—El padre de mi señor, Alistair Espinosa —le explicó Silas—.

También lo serví a él.

«Está muerto —comprendió ella, sobresaltada—. No tiene otra explicación». De repente, le resultó incómodo mirarlo a los ojos, así que desvió la vista hacia el gato blanco que el artista había pintado en el regazo de Alistair. Era una criatura refinada de pelo largo, retratada en pleno proceso de asearse la pata.

El aire se agitó y Silas apareció a su lado para examinar el siguiente retrato, en el que se veía a una mujer rubia con un vestido lila. Esta vez, Elisabeth reconoció algunos rasgos de Nathaniel en su cara, como el brillo de los ojos, que indicaba que reprimía la risa por alguna broma privada. En su rostro, aquella expresión resultaba acogedora y no burlona, iluminada por el amor.

—Su madre, Charlotte —dijo Silas.

Elisabeth sintió una punzada de melancolía.

—Es preciosa.

—Lo era.

La joven miró a Silas y abrió la boca para disculparse, pero él, inmutable, seguía contemplando los retratos. Al instante, se sintió tonta por disculparse con un demonio, un ser que no había querido a ninguno de ellos, ya que los demonios no podían sentir amor ni compasión ni pérdida.

En silencio, el criado señaló el tercer y último retrato.

Elisabeth se acercó para examinarlo más de cerca. Era un cuadro de un niño de alrededor de siete años, pálido y solemne, con un cuello oscuro abotonado hasta arriba. Estaba muy serio. Quizá fuera algo consustancial al apellido Espinosa. ¿Conocería ya por aquel entonces las historias sobre Baltasar? Le resultaba raro pensar en Nathaniel de niño. Inocente.

—Así que no nació con el mechón plateado —dijo al final mirando a Silas.

—No. La plata es la marca de nuestro trato. Cada hechicero tiene una marca única, dependiendo del demonio que le sirva. Pero este retrato no es del señor Espinosa, sino de su hermano menor, Maximilian. Falleció un año después de pintarlo.

Elisabeth dio un paso atrás. Se le erizó el vello de los brazos. La casa era como un mausoleo, y sus pasillos fríos y vacíos estaban repletos de fantasmas. A Nathaniel no le quedaba familia. Recordó las palabras del lexicón: «Porque, una vez que se sella un trato con

un demonio, al demonio le interesa que su señor muera…».

—¿Qué les pasó? —susurró, sin saber bien si quería conocer la respuesta.

Silas había guardado silencio. Tardó un momento en responder y, cuando lo hizo, sus susurros flotaron por el vestíbulo como niebla:

—Charlotte y Maximilian fallecieron juntos en un accidente. Una tragedia sin sentido para la esposa y el hijo de un hechicero. Sé lo que está pensando, pero yo no estaba cerca cuando sucedió el accidente. Alistair los siguió unos meses después, y esa vez sí que estuve presente. Resultó ser… un año difícil para mi señor.

—Lo mataste —dijo Elisabeth—. A Alistair.

La respuesta de Silas le llegó en un aliento apenas más alto que el lejano tictac del reloj de pie.

—Sí.

—¿Lo sabe Nathaniel?

—Sí.

A Elisabeth le costó asimilar la información.

—Y, aun así, decidió…

—Me invocó para que lo sirviera justo después. Solo tenía doce años. Seguro que el ritual lo atemorizó, pero, claro, para entonces ya me conocía bastante bien. —Silas se acercó a un espacio en blanco en la pared de madera, donde quedaba un hueco para el último retrato. Levantó la mano enguantada y rozó la pared con ella —. Verá, yo estaba presente cuando el señor Espinosa llegó al mundo. Lo oí pronunciar sus primeras palabras y lo vi dar sus primeros pasos. Y estaré allí cuando el señor Espinosa muera, del modo que sea.

Elisabeth dio otro paso atrás y estuvo a punto de chocarse con un perchero. Nathaniel le había dicho que no quedaba nadie más para optar al título, pero ni se le había pasado por la cabeza que fuera por aquello. No se imaginaba que se hubiera quedado solo en el mundo con doce años y que hubiera tenido que entregarle parte de su vida al demonio que acababa de matar a su padre. Al demonio que lo mataría a él.

Se oyó el crujido de un escalón y Elisabeth se volvió hacia la escalera. Nathaniel bajaba por ellas con una mano en el bolsillo y la otra en el pasamanos. Tenía un aspecto impresionante con su traje

caro a medida; el corte del chaleco de brocado verde le realzaba los fuertes hombros y la estrecha cintura. Se quedó mirándolo para intentar que aquella pose descuidada le cuadrara con lo que acababa de saber. Él le devolvió la mirada sin vacilar, con una ceja arqueada, como retándola.

Cuando llegó al pie de la escalera, Silas se le acercó al instante. Con la eficiencia silenciosa de un ayuda de cámara profesional, se dispuso a realizar unos ajustes mínimos en su vestimenta: colocarle bien los gemelos, enderezarle el cuello, retocar la caída de la chaqueta. Después, con el ceño algo fruncido, le deshizo el nudo del pañuelo del cuello y se lo quitó.

—¿De verdad tiene que apretar tanto? —se quejó Nathaniel cuando Silas se lo volvió a atar con una complicada serie de nudos, moviendo los dedos enguantados con destreza certera.

«Silas podría asfixiarlo fácilmente con eso», pensó Elisabeth, atónita. Sin embargo, el magíster parecía relajado por completo, confiado en la ayuda de su criado, como si tuviera las manos de un demonio asesino en el cuello todos los días.

—Me temo que sí, si desea ir a la moda —contestó el sirviente —. Ninguno de los dos queremos que se repita un incidente como el de lady Gwendolyn.

Nathaniel resopló.

—¿Cómo iba yo a saber que atarlo de esa forma significaba que pretendía pedirle matrimonio? Tengo cosas mejores que hacer que aprender señales secretas con pañuelos y corbatas.

—Si me hubiera escuchado, se lo habría advertido y le habría ahorrado la copa de champán que le echó en la cara. Aunque es cierto que después oí decir a varias personas que fue su momento favorito de la cena. Ya está.

Retrocedió para admirar su trabajo.

Nathaniel se llevó la mano automáticamente al pañuelo, pero la dejó caer en cuanto Silas entornó los ojos a modo de advertencia. Con la sonrisa torcida, el joven recorrió el vestíbulo hacia Elisabeth, taconeando sobre el suelo de mármol.

—¿Está lista, señorita Escriba? —le preguntó mientras le ofrecía el brazo.

A la joven se le aceleró el corazón. Quizá hubiera juzgado mal a Nathaniel, pero sí había acertado en algo: un hechicero la quería

muerta. Y la esperaba ahí fuera, en algún lugar.

Helada hasta la médula, asintió con la cabeza y aceptó su brazo.

Once

El carruaje pasó junto a casas altas y majestuosas de piedra gris, apretujadas unas contra otras como libros en una estantería. Coloridas flores de dedalera y de mortífera belladona se derramaban por los balcones, y unas verjas de hierro forjado las protegían por delante, junto con estatuas y gárgolas que movían la cabeza para observar los vehículos que pasaban. En los frontones, sobre las puertas principales, había grabados emblemas heráldicos. Resultaba evidente que muchas de las casas tenían varios siglos de antigüedad y sus fachadas elegantes estaban envueltas en un aire de riqueza intocable.

Vio a una mujer con joyas relucientes en las orejas salir de un carruaje. Un niño le abrió la puerta y Elisabeth dio por sentado que se trataba de su hijo, hasta que la mujer le entregó sus bolsas de la compra con un gesto desdeñoso. Por un momento, vio un destello naranja en los ojos del niño, antes de que se cerrara la puerta. No era un niño, sino un demonio.

—¿Todo este barrio pertenece a los hechiceros? —preguntó a Nathaniel.

Se le revolvió el estómago como si fuera un nido de serpientes. El saboteador podía vivir en cualquier de aquellas casas. Podía estar observándola en aquel preciso instante.

—Casi todo —contestó. Estaba mirando por la otra ventana—. Se llama Hemlock Park. A los hechiceros les gusta que respeten su intimidad; nuestros demonios son un poco como la ropa sucia: no

un secreto, sino un aspecto de nuestras vidas en el que preferimos que no piensen demasiado y que rara vez ven. Aquí hay muchas familias antiguas, como podrás ver. Linajes de hechiceros que se remontan a cientos de años atrás, como el mío.

La curiosidad hizo que Elisabeth bajara la guardia.

—Creía que todos los hechiceros pertenecían a familias antiguas. ¿No es algo de nacimiento?

—Supongo que eso es así en el sentido de que la magia es una herencia. —Nathaniel se dignó mirarla—. O, mejor dicho, los demonios lo son. Un demonio de alta jerarquía solo puede invocarlo alguien que conozca su nombre enoquiano, y las familias transmiten ese nombre de generación en generación, como cualquier otra reliquia. Pero, de vez en cuando, un aficionado sin herencia mágica encuentra el nombre de un demonio importante en algún texto desconocido y logra invocarlo. Tienen que mantener al demonio en la familia durante unas cuantas décadas para que las casas de más abolengo empiecen a considerarlos respetables.

«Criminales y aficionados», así se había referido el lexicón a las personas que invocaban demonios menores, como los diablos. Los hechiceros de verdad no se rebajaban a ese nivel.

A no ser que desearan eliminar a un testigo y culpar a otra persona del asesinato.

Inquieta, la joven meditó sobre el asunto mientras pasaban junto a un parque repleto de robles antiguos y sinuosos caminos de gravilla, y después junto a un bosque urbano que la hizo sentirse de vuelta a las afueras del Bosque Negro. El carruaje se metió por un camino flanqueado por dos pedestales de mármol. Sobre ellos había un par de grifos de piedra que agitaban la cola y ponían al sol sus alas musgosas. Por fin, una estructura apareció a la vista al otro lado de un seto, primero como un relámpago de luz reflejada en una cúpula de cobre.

—¡Oh! —exclamó ella, con la cara pegada a la ventana—. ¡Es un palacio!

Sintió que Nathaniel la miraba. Curiosamente, cuando el magíster habló por fin, la corrigió, pero de mala gana:

—No, solo es la mansión Ashcroft.

Pero no había ningún «solo» en el edificio al que se dirigían, una inmensa mansión blanca rodeada de jardines exuberantes. Su tejado

de torres, cúpulas y elaboradas cornisas parecía la silueta de una ciudad en miniatura, y la luz del sol proyectaba unos prismas deslumbrantes a través de la galería con techo de cristal anexa. El camino rodeaba una gran fuente que estaba justo frente a la puerta y, al acercarse, la joven vio que el agua se elevaba sola y salpicaba formando unos vórtices que cambiaban sin cesar de forma: primero, se transformaron en un grupo de doncellas traslúcidas que daban saltos en el aire como bailarinas de ballet, después se unieron para formar una esfera armilar giratoria que, a su vez, se dividió para dar vida a un par de caballos piafantes, con crines que lanzaban gotas de agua por el camino. Unas cuantas de ellas mojaron las ventanas del carruaje y se quedaron pegadas al cristal, brillando como diamantes.

—Y Silas dice que yo soy desmesurado con mi magia —masculló Nathaniel.

Elisabeth tuvo que esforzarse para no seguir boquiabierta cuando llegaron a la mansión. Un grupo de personas esperaban repartidas por el camino, pero, por lo que veía, no eran ni hechiceros ni sirvientes. Todos vestían chaquetas de *tweed* marrón, llevaban cuadernos bajo el brazo y no dejaban de consultar sus relojes de bolsillo, como si tuvieran mucha prisa. Cuando oyeron que se acercaba el carruaje, levantaron la vista, ansiosos y hambrientos, como perros esperando los restos de la cena.

—¿Quiénes son esas personas? —preguntó Elisabeth, incómoda —. Parece que nos esperan.

Nathaniel se acercó a su lado del vehículo, miró afuera y soltó una palabrota.

—El canciller Ashcroft ha permitido que la prensa entre en su propiedad. Supongo que no hay forma de escapar. Valor, Escriba. Todo acabará pronto.

Cuando Silas abrió la puerta, una ola de sonido inundó el carruaje de inmediato. Nadie dedicó ni una sola mirada al sirviente, sino que se centraron en Elisabeth, que salió mientras todos se empujaban para conseguir colocarse en primera fila.

—¡Señorita Escriba!

—¿Tiene un momento…?

—Soy el señor Feversham, de *El Informador de Brassbridge*…

—¡Aquí, señorita Escriba!

—¿Puede decirnos cuánto mide, señorita Escriba?

—Hola —respondió ella, perpleja. Todos los hombres se parecían mucho. Era la primera vez que veía tantos bigotes juntos en un mismo lugar—. Lo siento, no tengo ni idea.

Había crecido desde la última vez que Katrien la había medido.

—¿Es cierto que derrotó a un malefactor de clase ocho en Summershall? —preguntó uno de los hombres, que ya estaba garabateando frenéticamente en su cuaderno.

—Sí, es cierto.

—¿Usted sola?

Ella asintió. Al hombre casi se le salen los ojos de las órbitas, así que Elisabeth añadió en tono amable:

—Bueno, tenía una espada.

Otro reportero vestido de *tweed* consiguió meterse por un hueco.

—Veo que ha pasado mucho tiempo a solas con el magíster Espinosa. ¿Ha declarado ya sus intenciones?

—Ojalá lo hiciera —respondió ella—. La mitad de las veces no entiendo ni lo que dice. Conocer sus intenciones me resultaría útil.

Nathaniel dejó escapar un sonido ahogado.

—No se refiere a eso —les aseguró a todos, y tomó a Elisabeth del brazo—. Verán, es una bibliotecaria asilvestrada, criada por piojos de los libros, una historia muy trágica…

Tiró de ella para sacarla del bullicio y subir los escalones de la entrada de la mansión.

Las puertas dobles tenían grabados grifos de estilo barroco. Un sirviente vestido con una librea dorada los esperaba. Elisabeth lo miró con suspicacia, pero no tenía ojos de colores raros ni repelía sus pensamientos como hacía Silas cuando ejercía su influencia. Era un hombre, no un demonio.

—El canciller llegará enseguida —dijo, y Nathaniel gruñó.

—¿Qué? —preguntó Elisabeth.

—A Ashcroft le gusta hacer entradas espectaculares. Es un presuntuoso insufrible. A la prensa le encanta.

A ella le pareció que era muy hipócrita quejarse de que la gente hacía entradas espectaculares cuando él había llegado a Summershall en un carruaje con espinas talladas por todas partes y les había dado vida a las estatuas del patio (una de ellas, como

mínimo, con una espada en alto), pero decidió callárselo porque acababa de captar un olorcillo a combustión etérea.

Retrocedió dando traspiés cuando un hilo de luz dorada atravesó el aire en zigzag delante de ella, como un desgarrón en un trozo de tela. Las puertas de la mansión se ondularon y deformaron cuando un hombre apartó a un lado una solapa de aire y pasó a través del hueco tras volver un momento la vista atrás, a un estudio bañado en luz cálida. Elisabeth parpadeó para intentar encontrarle sentido a lo que veía. Era como si el mundo se hubiera transformado en una escena pintada en unas cortinas y aquella otra habitación era lo que estaba detrás de ellas. El hombre (el canciller) soltó el aire, o la cortina o lo que fuera aquello, y la rendija que daba al estudio se cerró tras él. La realidad regresó a su ser tan deprisa como lo había abandonado.

El canciller Ashcroft sonreía de oreja a oreja y les hizo una reverencia a los periodistas, que aplaudían. Aunque era lo bastante mayor como para ser su padre, su atractivo era indudable. La resplandeciente sonrisa le marcaba unas arrugas alrededor de los ojos que le daban un aire travieso, y en el pelo rubio, tupido y brillante no se veía ni rastro de gris. Llevaba una capa dorada sobre un traje de color perla, con un chaleco con bordados de oro debajo.

—Me alegro mucho de verte, Nathaniel —lo saludó—. Y usted debe de ser la señorita Escriba. Soy Oberon Ashcroft, el canciller de la Magia. Es un placer conocerla.

Le tomó la mano y se la besó. A Elisabeth se le borraron todas las palabras de la cabeza, como una bandada de palomas sorprendidas. Nadie la había besado antes, ni siquiera en la mano. Cuando Ashcroft se enderezó, vio que su ojo derecho era azul intenso, mientras que el izquierdo era de un carmesí reluciente que reflejaba la luz como un rubí. Recordó lo que le había contado Silas y supuso que el ojo carmesí era la marca de su demonio.

—Señorita Escriba, debo disculparme por el peligro que corrió anoche. Ni se me pasó por la cabeza que algo así pudiera suceder, demonios corriendo sueltos por las calles… Pero eso no es excusa para haber descuidado de tal modo su seguridad estando bajo la protección del Magisterium.

—¿No querrá decir bajo su custodia? —preguntó, y unos cuantos de los reporteros dejaron escapar exclamaciones ahogadas, así que

Elisabeth se quedó paralizada y sintió que le entraba el pánico.

Pero Ashcroft no parecía enfadado, sino que esbozó una sonrisa de arrepentimiento.

—No, tiene toda la razón. El Magisterium cometió un error y sería de mal gusto fingir lo contrario. ¿Cómo se encuentra?

Su preocupación la tomó por sorpresa.

—Pues…

—Ha pasado por una experiencia horrenda. Acusada de un crimen que no había cometido, encarcelada, atacada por demonios y, por supuesto, la pérdida de su directora, Irena. Era una mujer extraordinaria. Tuve el placer de conocerla hace unos años.

De repente, las lágrimas amenazaron con asomar a los ojos de Elisabeth.

—Estoy bien —respondió, y cuadró los hombros mientras se obligaba a reprimir el llanto. Era la primera vez que alguien insinuaba que tenía derecho a lamentar la muerte de la directora, en vez de acusarla de ser responsable de ella. Ashcroft incluso la conocía por su nombre—. Solo quiero que atrapen al responsable.

—Sí —asintió él mirándola con aire solemne—. Sí, lo entiendo. Perdóneme un momento… —Se giró hacia los periodistas—. He convocado esta rueda de prensa para hacer un breve anuncio. Tras los acontecimientos de anoche y la constatación de ciertas discrepancias en el informe oficial de Summershall, la señorita Elisabeth Escriba ya no es sospechosa en nuestra investigación. —La joven se quedó conmocionada—. Todo lo contrario: el Magisterium le da las gracias por su valentía en Summershall, con la que salvó innumerables vidas. La pérdida de un grimorio de clase ocho es una mala noticia para la magia de Austermeer, pero la señorita Escriba tomó la mejor decisión posible en una situación crítica y lo hizo de una forma impecable. Yo mismo me aseguraré de enviar una carta al Collegium para recomendar a los preceptores que la admitan en los estudios para el puesto de alcaide cuando termine su periodo de aprendizaje.

Elisabeth se mareó de la impresión. Una mano la sujetó, un contacto inesperado y amable entre los hombros. Nathaniel permaneció a su lado, con la vista fija al frente.

—Como ya saben —decía Ashcroft—, mi antepasado, Cornelius, construyó las grandes bibliotecas, así que mi compromiso con llevar

al saboteador ante la justicia va mucho más allá de lo profesional…

La joven se percató de que ya no podía seguir prestando atención a su discurso. Era como si el corazón le hubiese crecido demasiado como para mantenerse dentro de los confines de la caja torácica. Intentó mantenerse recta, desesperada por parecer merecedora de las alabanzas del canciller, mientras que por dentro, aunque se avergonzara de ello, otra parte de ella deseaba esconderse. No sabía que la esperanza pudiera doler tanto, como cuando la sangre regresa a una extremidad dormida.

Se sintió agradecida cuando, después, mientras los reporteros se dispersaban, Ashcroft se llevó a Nathaniel a un lado para hablar con él a solas. Examinó los grifos de la puerta para fingir que no oía retazos de su conversación, a pesar del ruido de las ruedas de los carruajes sobre la grava.

—Antes de marcharte —decía el canciller en voz baja—, quería darte las gracias por lo que has hecho por la señorita Escriba. —Hizo una pausa—. Ah. Ya veo. No se lo has contado, ¿no?

No consiguió entender la respuesta de Nathaniel. ¿De qué estaban hablando? Si pudiera verles la cara… El sirviente pasó junto a Elisabeth cargado con su baúl y ella se apartó. Cuando levantó la vista, Nathaniel no estaba por ninguna parte. Miró a su alrededor, frenética, y lo vio caminando a paso ligero hacia el carruaje, con la capa esmeralda aleteándole alrededor de los tobillos.

—¡Nathaniel! —lo llamó cuando él ya empezaba a subirse al vehículo. Él dio un respingo al oírla. Después, ladeó la cabeza, a la espera.

—Ibas a marcharte sin despedirte.

—Adiós, Escriba —repuso el magíster a toda prisa, sin mirarla—. Ha sido todo un placer, salvo por lo del mordisco. Procura no volcarle las estanterías al canciller.

Elisabeth notó una sensación extraña en el pecho, como si acabaran de rasgar un trozo de pergamino suave, solo un poquito. Quizá no volviera a verlo. Todavía no lo conocía mucho, pero la noche anterior habían luchado juntos (y salvado vidas juntos), y seguro que eso tenía que contar para algo. Seguro que con eso bastaba para que Nathaniel quisiera estrecharle la mano o, al menos, mirarla a los ojos antes de irse.

Deseó tener algo mejor que decir, pero no se le ocurría nada, así que solo contestó:

—Adiós.

Nathaniel vaciló un instante. Silas, sentado en el asiento del conductor, los miró a ambos, como si pudiera ver algo entre ellos que Elisabeth no veía. Entonces, el joven asintió con la cabeza de un modo muy formal, terminó de subir al carruaje y cerró la puerta. Silas sacudió las riendas. El vehículo empezó a moverse.

«Así que se acabó», pensó.

Contempló el avance del carruaje por el camino, el reflejo del sol en su techo lacado, cada vez más pequeño, y la embargó una sensación de pérdida que no lograba explicarse.

Doce

—Señorita Escriba.

Sobresaltada, Elisabeth levantó la vista. Ashcroft estaba a su lado y ya no se veía el carruaje de Nathaniel. Le daba la impresión de que el canciller llevaba un rato hablando con ella, pero no había oído ni una palabra. Tartamudeó unas disculpas, seguidas de una serie de agradecimientos inconexos por todo lo que había dicho en su discurso, aunque ni a ella le sonaba coherente lo que oía.

A él se le ablandó el rostro.

—No se preocupe por eso ahora. ¿Por qué no entra?

Ella lo siguió al interior de la mansión y abrió mucho los ojos, pasmada. Todas las lámparas de araña estaban encendidas y lanzaban un resplandor líquido sobre el mármol pulido y el estuco dorado. Unos espejos con recargados marcos de oro reflejaban la luz desde todos los ángulos. Sirvientes con libreas doradas a juego corrían de un lado a otro y solo se detenían para inclinar la cabeza en su dirección.

—Aquí estará a salvo —le dijo Ashcroft—. El terreno está bien protegido; no hemos tenido un intruso en la propiedad desde hace cientos de años. De hecho, en el siglo XVII, la mansión Ashcroft repelió el ataque de un ejército.

Con el resplandor de la mansión reflejado en su pelo rubio y sus rasgos atractivos, el canciller parecía un héroe sacado de las páginas de un libro de cuentos. La timidez envolvió a Elisabeth como una capa de tul, vaporosa y extraña. Por una vez, tuvo que reunir valor

para hablar.

—Señor, ¿qué es lo que no me ha contado Nathaniel?

—Ah, veo que nos ha oído. —Una sonrisa le bailó en los labios —. Bueno, insistió en ir él a recogerla a Summershall. Al parecer, le causó una honda impresión la primavera pasada y estaba convencido de su inocencia. Nathaniel rara vez piensa lo mejor de los demás, así que no fui capaz de negarle la petición.

La sorpresa la dejó sin palabras. Miró con aire reflexivo hacia las ventanas, pero el carruaje se había marchado hacía tiempo. ¿Nathaniel estaba preocupado por ella? Parecía imposible. Al menos, no había dado muestras de ello. ¿O sí?

—¡Ah, señor Hob! —llamó Ashcroft a un mayordomo que pasaba por allí—. Veo que ya ha subido las maletas de la señorita Escriba. ¿Le importaría enseñarle su habitación? —Se volvió hacia Elisabeth—. Señorita Escriba, me temo que el deber me llama. No obstante, me gustaría hablar con usted mañana sobre el incidente de Summershall. Cualquier dato que pueda darme, cualquier idea que se le ocurra sobre la razón por la que el saboteador la atacó anoche, sería de gran ayuda para nuestra investigación.

Ella asintió y después vaciló cuando el mayordomo la condujo a las escaleras. Tenía información para el canciller; era la única persona que sabía que el sabotaje era obra de un hechicero. ¿Por qué no contárselo ya, en vez de esperar al día siguiente? Solo tardaría un momento. Se detuvo en el primer escalón, empequeñecida ante la extensión de mármol blanco y pasamanos dorados.

—Señor.

Ashcroft se volvió y la luz de las arañas de luces se le reflejó en el ojo color rubí. Aunque, más que molesto, parecía demostrar una educada curiosidad, la convicción de Elisabeth flaqueó. Quizá no fuera el momento correcto, al fin y al cabo; no con el mayordomo y los demás criados delante.

—¿Dónde está su sirviente demoníaco? —decidió preguntar.

Ashcroft se quedó algo sorprendido.

—Durante el día no suelo tenerla a la vista, dado que los demonios inquietan a mi esposa, Victoria. Es mejor así. Lorelei siempre me ha servido fielmente, pero no se debe mantener un trato demasiado familiar con esas criaturas. Es mejor tener siempre

presente que solo nos obedecen porque están obligados a ello. Muchos hechiceros han pagado con creces el error de olvidarlo.

—Como el padre de Nathaniel —se atrevió a sugerir ella.

—Bueno… —Al canciller se le nubló el rostro—. No conozco toda la historia. Solo que había ciertas… —Negó con la cabeza—. Alistair era un buen hombre. Pero, al final, ya no era él mismo. Prefiero no hablar mal de los muertos.

Elisabeth no dejó de darle vueltas a la historia mientras seguía al mayordomo escaleras arriba. ¿Qué iba a decir Ashcroft antes de dejar el resto de la frase en el aire?

Ni se imaginaba cómo sería el vínculo entre Nathaniel y Silas, cómo era posible que Nathaniel lo tratase como a un amigo cuando no solo sabía lo que era, sino lo que había hecho. Aun así, Silas no parecía haberle hecho daño nunca al señor Espinosa. ¿Por qué no había aprovechado la oportunidad de acabar con él cuando era un niño de doce años, vulnerable y asustado?

Frunció el ceño y dejó a un lado aquellos pensamientos. No debía perder el tiempo pensando en el magíster. Si él quería arriesgar la vida confiando en un demonio, no era asunto suyo.

—Su habitación, señorita —dijo el mayordomo al pararse frente a una puerta.

La voz del sirviente sonaba amortiguada, como si le costara hablar. Sorprendida, alzó la vista y sintió una leve desazón. Era un hombre enorme, fornido y bastante más alto que Elisabeth, incluso, lo que lo convertía en la persona más alta que había visto en su vida. El traje le quedaba raro, y tenía el rostro ceroso y la mirada desenfocada.

Una criada de mejillas sonrosadas apareció a toda prisa, algo aturullada. Unos mechones de pelo castaño claro se le escaparon del moño.

—Ay, santo cielo, es usted la señorita Escriba, ¿verdad? Vamos, venga… Me llamo Hannah, querida, y voy a cuidar de usted mientras la tengamos de invitada en la mansión. Gracias, señor Hob.

El señor Hob asintió y se fue arrastrando los pies.

—No se preocupe por el viejo señor Hob —susurró Hannah al percatarse de la mirada de Elisabeth—. Tuvo un ataque hace unos años y apenas puede hablar desde entonces, pero el señor Ashcroft

lo contrató cuando nadie más quería hacerlo. Fue una decisión muy caritativa, y el señor Hob no le haría daño ni a una mosca, aunque las personas que no lo conocen a veces se asustan.

Elisabeth se ruborizó. Decidió no volver a mirar de aquel modo al mayordomo nunca más y no tenerle miedo. Obediente, siguió a Hannah al interior de la habitación.

Al principio, no lograba concebir que aquello fuera un dormitorio. Le daba la impresión de haber entrado en una escultura de hielo. Todo estaba pintado, tapizado o bordado en unos tonos plateados y blancos muy delicados. Del techo colgaba una lámpara de araña que se reflejaba en el espejo del tocador. Los muebles de madera lucían elaboradas florituras talladas que le recordaban a los dibujos que la escarcha formaba en las ventanas de Austermeer durante los meses más fríos; los pomos eran de cristal macizo. Y lo más asombroso de todo era que, sobre la cama, la esperaba un vestido de color zafiro. Entre todos los colores invernales, aquel azul lustroso e intenso destacaba como una gema en la nieve.

—Debe de haber algún error —dijo. Maravillada, tocó con cuidado la mesa del tocador temiendo que se deshiciera como una ilusión en un castillo encantado. Después miró el vestido de reojo, como si fuera a desaparecer si lo mirara directamente—. Este vestido no es mío. Nunca he tenido una prenda tan elegante.

—Tonterías. El señor Ashcroft tiene compañía esta noche y se espera que esté usted presentable. Dé gracias de que hayamos logrado encontrar algo más o menos de su talla, señorita. Esta mañana ha sido una locura, una locura absoluta. Por suerte, la sobrina de lady Victoria está de viaje por el extranjero y también es una joven altísima. Hemos tomado prestadas algunas prendas de su armario y les hemos hecho unos arreglos en el último momento.

Elisabeth se había quedado pendiente de una sola palabra.

—¿Compañía? —preguntó.

—No esperará que un hombre de su importancia pase todas las noches ocioso. Esta noche vienen a cenar varios miembros del Parlamento y sus esposas.

A la joven se le aceleró el pulso.

—¿Son hechiceros?

Hannah la miró con cara rara.

—No, querida. Los invitados del señor Ashcroft son del

Parlamento, no del Magisterium… Y, por mí, estupendo. No soportaría tener a todos esos demonios alrededor. Sé que son necesarios, pero son unos seres antinaturales. —Se estremeció y no se fijó en que Elisabeth se relajaba—. Ahora, vamos a quitarle ese viejo vestido… Ay, pero mire qué arañazo tiene en el hombro, pobre criatura…

Una eternidad después, Elisabeth seguía viva a duras penas tras todos los esfuerzos por acicalarla. Notaba la piel sensible por culpa de los restregones de Hannah y el largo baño de agua caliente en la bañera con patas de estilo garra le había dejado las puntas de los dedos como albaricoques secos. Después de la tortura infligida por Hannah con un peine, pasaba del picor al dolor del cuero cabelludo. Olía un poco a gardenias, lo que le resultaba un poco inquietante.

Montones de seda color zafiro le crujían por todas partes mientras Hannah le abrochaba el vestido. Era precioso, pero tenía mucha tela de sobra; era como nadar en su propio mar en miniatura. Entonces, Hannah empezó a atarle el corsé a la espalda y Elisabeth se quedó sin aliento.

—No puedo respirar —dijo mientras se tiraba de la tela del pecho.

Hannah le sujetó las manos y se las apartó.

—Es la moda, señorita.

A Elisabeth le pareció muy preocupante la idea de que no respirar estuviese de moda.

—¿Y si tengo que correr? ¿O luchar contra algo?

—¿En la casa del señor? —Hannah parecía estupefacta—. Sé que ha tenido unas experiencias espantosas últimamente, querida, pero es mejor que se guarde esas ideas para usted. No son propias de una dama. Vaya, pero mire qué guapa está.

Le dio la vuelta a Elisabeth para que se colocara frente al espejo. La joven contempló a la muchacha que se reflejaba en él y apenas se reconoció. La melena le caía sobre los hombros formando ondas suaves y relucientes, y jamás había estado tan limpia. Sus ojos, de color azul, ofrecían un marcado contraste con las mejillas rosas y refregadas. Aunque nunca había tenido muchas curvas, el vestido zafiro hacía que su figura resultara orgullosa y escultural. «Igual que la directora», pensó, y se le formó un nudo en la garganta. Además, el color del vestido le recordaba al uniforme de un alcaide.

No entendía por qué no era apropiado hablar de lucha, y menos cuando tenía aquel aspecto.

—Encantadora —dijo Hannah tras suspirar—. El azul le resalta el color de los ojos, ¿verdad?

Elisabeth acarició la tela sedosa del vestido, pensativa.

—Diría que ya es hora de acompañarla abajo. No se preocupe, yo la llevo. En esta casa es facilísimo perderse… ¡Ay, querida, no tropiece! Solo tiene que levantarse un poco el vestido si tiene que…

El crepúsculo pintaba la propiedad de diversos tonos de índigo y violeta, pero el interior de la mansión seguía iluminado como si fuese de día. El perfume flotaba por los pasillos y se mezclaba con el aroma de los lirios que ocupaban los jarrones de todas las mesas. Cuando Hannah urgió a la joven a entrar en el comedor, la habitación brillaba tanto que la vista se le llenó de manchitas negras. La luz se reflejaba en todas partes: los cubiertos de plata, las gemas que temblaban como gotas de lluvia gigantes colgadas de las orejas de las mujeres, los bordes de las copas de champán cuando los invitados se volvieron para ver quién acababa de entrar.

Ashcroft estaba absorto en una conversación al otro lado del cuarto, pero una mujer preciosa de aspecto frágil se le acercó a toda prisa y se presentó como la mujer de Ashcroft, Victoria. Llevaba los rizos caoba amontonados sobre la cabeza en un intrincado recogido y tenía la costumbre de tocarse sin cesar las perlas del cuello, como para asegurarse de que seguían allí. Con sus movimientos ligeros y nerviosos y su reluciente vestido le recordó a la paloma que, hacía unas cuantas primaveras, había hecho su nido en la cantería del exterior de la habitación que compartía con Katrien; el pájaro gorjeaba, nervioso, cada vez que alguna de las dos se asomaba a la ventana.

—Me temo que Oberon no puede escaparse de lord y lady Ingram —comentó la mujer, que esbozó una sonrisa amistosa—. ¿Por qué no la acompaño y le presento a algunas personas antes de sentarnos? Todo el mundo está deseando verla. Han leído sobre usted en la prensa.

Victoria dedicó los minutos siguientes a pasearla por la habitación, de modo que Elisabeth se tuvo que aprender los nombres de distintas personas de aspecto importante mientras intentaba hacerles reverencias con resultados diversos. Al final se

rindió y explicó que aprender a hacer reverencias no entraba dentro de su plan de estudios de la Gran Biblioteca, comentario que, por algún motivo, fue recibido con grandes carcajadas. Al darse cuenta de que creían que estaba de broma, procuró sonreír.

Ashcroft no tardó en dar unos golpecitos con un teñidor en su copa. Todos guardaron silencio mientras él se dirigía a la cabeza de la mesa y un criado le ponía una copa de champán a Elisabeth en la mano. Embelesada, escuchó al canciller dar un discurso sobre el progreso, comparando los nuevos avances en la industria del carbón, la energía de vapor y el gas natural con la hechicería.

—Como ocurre con la magia —dijo—, la tecnología asusta a aquellos para los que su funcionamiento interno es un misterio, pero, por el bien del progreso, la humanidad debe dar la bienvenida al cambio con los brazos abiertos. Siempre he creído que los hechiceros no nos hacemos ningún favor viviendo apartados de las personas corrientes y dedicándonos en secreto a nuestros asuntos. Como canciller, considero que mi objetivo es sacar la hechicería de la oscuridad y llevarla hacia la luz.

Se oyeron algunos gritos ahogados cuando un resplandor dorado bañó la habitación, una luz mucho más intensa que la de las velas. Los arreglos florales de lirios repartidos por las mesas habían empezado a brillar a través de sus delicados estambres, que emitían una luminosidad incandescente, titilante y etérea, y la proyectaban sobre los rostros de los invitados.

Ashcroft alzó la voz para hacerse oír por encima de los aplausos:

—Por el progreso —proclamó al levantar su copa.

Elisabeth imitó a los demás invitados y se atrevió a tomar un traguito de champán. Sabía más agrio de lo que esperaba, pero las burbujas le hicieron cosquillas en la garganta y le avivaron brasas en el estómago. Sonrió y aplaudió, llevada por una marea de felicidad que le duró toda la cena. Los criados llegaron con bandejas cargadas de una sopa verde muy aromática y pescado blanco flotando en una salsa de hierbas, seguidos de fuentes de faisán glaseado y venado en una cama de espárragos. Nunca había comido nada tan sublime. Se había pulido ya su segundo plato e iba dando buena cuenta del tercero («Supongo que sí que es usted muy alta, querida», comentó lady Ingram para excusarla) cuando alguien mencionó el nombre de Nathaniel cerca de la cabeza de la mesa.

Elisabeth dejó de masticar para escuchar lo que decían.

—Debe pensar en casarse sin más demora, por supuesto, por el bien de Austermeer —bramaba categóricamente uno de los políticos, aunque arrastraba las sílabas por culpa del alcohol—. Sí, sí, solo tiene dieciocho años, pero su majestad la reina está cada vez más preocupada. ¿Y si entráramos en guerra y no contáramos con ningún Espinosa para sembrar el miedo en el corazón de nuestros enemigos?

Dio un puñetazo en la mesa y la cubertería tintineó.

—Lord Kicklighter, no creo que corramos peligro de entrar en guerra —comentó otra persona.

El bigote de lord Kicklighter tembló de indignación.

—¡Una nación siempre corre peligro de entrar en guerra! Si no ahora, ¡dentro de cincuenta años! Y si el magíster Espinosa no engendra un heredero, ¿qué pasará? No contamos con la población necesaria para defendernos de Founderlander.

Elisabeth frunció el ceño y se volvió hacia lady Ingram.

—Ese hombre habla de Nathaniel como si fuera ganado.

Lady Ingram resopló.

—Los hombres como el magíster Espinosa tienen la responsabilidad de casarse, sobre todo cuando no existen más parientes vivos —contestó—. El grimorio de necromancia de Baltasar Espinosa solo se abrirá para los de su linaje, lo que significa que, en estos momentos, Nathaniel es el único que puede leerlo. Su absoluta falta de interés por el cortejo tiene a todos nuestros gobernantes con el alma en vilo.

—En mi opinión, es de mal gusto recurrir a hordas de muertos vivientes en vez de a los buenos hombres de Austermeer… —mascullaba otro hombre.

—… Pero se trata de un último recurso, ¿entiende usted? Y nos ha servido para conservar la paz desde la Guerra de los Huesos…

—Pero ¿y lo que le pasó al pobre Alistair? Está claro que su destino es una señal de que la necromancia es una reliquia de la Edad Media, no un arma de la era moderna.

La afirmación arrancó una oleada de murmullos escandalizados.

—Qué gran tragedia fue la pérdida del hermano menor —comentó una mujer desde el otro lado de la mesa, tras suspirar—. Ni siquiera sabemos si el magíster Espinosa está interesado en las

damas. Nunca ha bailado con ninguna en el Baile Real. Si al menos Maximilian siguiera con vida, no habría tanto escándalo con lo de mantener vivo el nombre de la familia.

Elisabeth apretó los dientes.

—Pero…

Otra mujer, lady Childress, llevaba un buen rato observando con atención a Elisabeth.

—Querida, lo has llamado por su nombre —la interrumpió—. Eso denota bastante familiaridad.

De repente, todas las cabezas se volvieron hacia ella.

Nunca se había sentido tan cohibida con su altura, pero en ese instante deseó ser más baja para que no pudieran verla todos los invitados sentados a la mesa. No sabía qué se suponía que debía decir. No era consciente de que existiera una norma que le impidiera referirse a una persona de su edad por su nombre en vez de por el apellido. Lo cierto era que creía que Nathaniel la llamaba Escriba porque no le caía bien. Tuvo la espeluznante sensación de que, si decía todas aquellas reflexiones en voz alta, pensarían que era idigna.

—Díganos, señorita Escriba, ¿le interesan las damas al magíster? —preguntó lady Childress.

—No lo sé —respondió ella, encrespada—. No me lo ha dicho. Supongo que eso significa que no es asunto mío.

Gracias a la llegada de los postres, todos pudieron fingir no haber oído la respuesta de la joven. Elisabeth tenía el ceño fruncido cuando le pusieron delante un plato cargado de bollos rellenos de ciruela. Empezaba a comprender a qué se debía el aire cínico de Nathaniel. No le gustaba imaginarse lo que debía sentirse al ver que los detalles de tu vida privada eran objeto de escrutinio constante, al saber que en las fiestas de Austermeer se cotilleaba sobre cada faceta de tu existencia.

Se sintió agradecida cuando Ashcroft desvió la conversación hacia la energía de vapor, un tema que ella no comprendía, pero que le resultaba fascinante. Recuperado su buen humor, dio buena cuenta de la crema de vainilla y de un par de bollitos. Casi sin percatarse, llegó el momento en que los invitados empezaron a levantarse, algo bamboleantes y apestando a licor, y los criados los ayudaron a ponerse los abrigos. Elisabeth se había bebido dos copas

de champán y la mansión estaba ahora envuelta en una pátina brillante, como si hubieran envuelto con oropel las ventanas y las lucernas.

Siguió a los invitados hasta el vestíbulo, pero ya nadie le prestaba atención. Ashcroft estaba fuera, intentando liberar sus dígitos del entusiasta apretón de manos de lord Kicklighter, y Victoria conversaba con lady Childress. Se suponía que Hannah iba a recogerla, pero no la veía por ninguna parte. Un reloj cercano le indicó que era casi la una y media de la madrugada. Después de esperar unos minutos, Elisabeth vislumbró el delicado tocado de la criada por un pasillo, así que corrió tras ella, convencida de que se perdería en la mansión si la dejaban a su suerte.

Hannah le llevaba una ventaja considerable y la joven no tardó en descubrir que no podía correr por aquellos suelos tan resbaladizos llevando zapatos de satén. Al cabo de unos cuantos giros, perdió de vista a su presa y se encontró abandonada en un pasillo desconocido. La majestuosidad de la mansión la envolvía en un reluciente mundo de mármol, oro y espejos. Con el champán ardiéndole dentro como una estrella recién nacida, le daba la impresión de haber entrado en un sueño.

Se detuvo para examinar un candelero decorado con filigranas que chorreaba cera derretida y después recorrió con los dedos los rasgos de un busto de mármol. El modelo de la estatua era alguien joven y guapo, y se descubrió pensando en qué estaría haciendo Nathaniel en esos momentos. ¿Estaría solo en aquel mausoleo sombrío que tenía por casa, incapaz de dormir, con un demonio como única compañía? Quizá volviera a verlo cuando fuera alcaide. Pero, si se veían entonces, no podrían hablar sobre la vez que lucharon juntos contra demonios ni sobre la noche que vieron juntos el espíritu del musgo en el Bosque Negro. Intercambiarían unas cuantas palabras superficiales de camino a una sala de lectura, como si fueran desconocidos.

Oyó unos acordes y apartó deprisa la mano del busto. En algún lugar cercano, alguien había empezado a cantar. El sonido se desplegaba por los pasillos como un hilo plateado tan bello que dolía, con una melodía extraña y sin palabras. A Elisabeth se le enganchó como un anzuelo en el corazón; por el motivo que fuera, parecía expresar justo la emoción de anhelo inarticulado que se

había apoderado de ella. Incapaz de resistir su atracción, fue en busca de la fuente; pasó junto a salones, un salón de baile y un invernadero lleno de palmeras y orquídeas.

Por fin llegó a una sala de música. Una mujer elegante estaba de pie junto a un pianoforte, con el rostro en sombra, dándole vueltas a un lirio entre los gráciles dedos envueltos en guantes de encaje. Elisabeth no la había visto durante la cena. La habría recordado. La mujer tenía una melena negra reluciente que le llegaba hasta la cintura y lucía un vestido negro exquisito sobre una piel pálida y perfecta, tan blanca como la cera de las velas. Dejó de cantar cuando entró Elisabeth; no movió más los dedos y el lirio cayó a la alfombra, olvidado.

—Hola, querida —le dijo con una voz musical mientras se ponía a la luz—. Me preguntaba cuánto tardarías en encontrarme.

A Elisabeth se le murió la respuesta en los labios cuando la sonrisa escarlata de la mujer dio paso a unos ojos del mismo color que no sonreían en absoluto.

No era una mujer. Era un demonio.

Trece

—Vaya, tienes un aspecto adorable. —El demonio dio un paso adelante y apoyó las muñecas en los hombros de Elisabeth; los ojos de color carmesí reflejaban la luz de las velas. Su belleza inhumana era tan atractiva como repelente, como una escultura hecha de hielo—. Por otro lado, a los mortales no os cuesta parecer adorables. Sois delicados, de una suavidad y una fragilidad entrañables, como gatitos. ¿Vienes conmigo?

La joven notó una sensación de calma y atontamiento que le resultaba familiar. Se le caían los párpados, pesados de repente, y se dejó caer en los fríos brazos del demonio. Pero, aunque ya no controlaba su cuerpo, su mente seguía clara. El deseo de rendirse y confiar en la criatura no la poseía como antes. No sabía por qué, pero la influencia del demonio no estaba funcionando como debía.

¿Qué había dicho Silas? Que ella se le había resistido. Quizá lo estuviese haciendo de nuevo.

El demonio no parecía consciente de que algo iba mal. Sonrió y le apartó un mechón de pelo de la mejilla, como si fuera una muñeca. Después, tomó la mano de Elisabeth entre las suyas, que estaban heladas como la muerte bajo el encaje del guante.

—Eres una joven muy dulce —le dijo, y la sacó de la sala de música para llevarla de vuelta al pasillo.

Elisabeth se vio de reojo en los espejos por los que pasaban: ondas de seda de color zafiro y rizos castaños, y el rostro tan inexpresivo como un maniquí mientras caminaba junto al demonio.

El pánico que sentía era algo distante y acorchado, un intruso llamando a la puerta en un rincón oculto de su mente. Curiosamente, se sentía agradecida por ello, ya que la falta de miedo le permitía pensar. Supuso que se trataba de la sirviente de Ashcroft, Lorelei. El color de sus ojos era idéntico al del ojo rojo del canciller, pero ¿qué quería de ella? ¿Adónde iban?

Se internaron en la mansión, de la mano. Lorelei la llevó a través de un salón en el que Hannah abrillantaba la plata con expresión soñadora, tarareando para sí… Era la misma melodía que Lorelei había estado cantando hacía unos minutos, aunque algo desafinada. Ni siquiera las miró.

Varios giros más tarde llegaron a una puerta de madera de roble pulida. Bajo ella, la luz del fuego titilaba sobre el parqué. Lorelei entró sin llamar y Elisabeth vio que se trataba del mismo estudio del que había salido Ashcroft antes, cuando había aparecido de la nada delante de todo el mundo.

El fuego ardía en la chimenea, a un lado de la habitación. Al otro había una enorme ventana en forma de arco que daba a un océano negro de árboles, más allá del cual destellaban las luces rutilantes de la ciudad. Ashcroft estaba sentado a un escritorio frente a la puerta. No solo sentado, sino mirando un grimorio, con los brazos a ambos lados del libro y las manos aferradas a los bordes de la mesa. Tenía la mirada perdida y los brazos le temblaban por la tensión. El aire estaba cargado de una presión siniestra. El grimorio flotaba sobre la mesa y sus páginas se movían, ingrávidas, como si flotaran suspendidas en el agua. Los otros grimorios de los estantes de las paredes susurraban y se agitaban, inquietos.

Lorelei dejó a Elisabeth en un diván. En cuanto la joven tocó los cojines, se quedó sin fuerzas. Una de las piernas se le resbaló y quedó colgando en un ángulo extraño, pero se sentía incapaz de moverla. Era como una marioneta con las cuerdas cortadas.

—Señor —dijo Lorelei.

Ashcroft tomó aire como pudo, salió de su trance y regresó a la superficie. Las miró, desconcertado, con el ceño fruncido. Después parpadeó y volvió en sí. Se desabrochó la capa y tapó con ella el grimorio para ocultarlo. A Elisabeth se le destaponaron los oídos cuando la presión del estudio volvió a la normalidad.

—¿Qué es esto? ¿Le ha pasado algo a la señorita Escriba?

Cruzó la habitación de un par de zancadas rápidas y cogió la muñeca de la joven para tomarle el pulso con el pulgar. Después miró a Lorelei, perplejo y molesto.

—La has embrujado. Te había dicho que…

—Que no le hiciera daño. He pensado que debíamos hablar, señor.

—No te enfades —dijo Ashcroft—. Todo ha salido a la perfección.

—¡Podía haberme contado lo que planeaba! —susurró ella entre dientes—. ¡Ha invitado a todos esos humanos para que la vean! ¡A esos reporteros!

—Querida mía, ya sabes cómo me gusta llevar mis asuntos. Cuanto más los publicite, menos espacio se deja a la especulación.

Lorelei se acercó a la ventana y corrió las cortinas.

—No son solo los reporteros. Ha involucrado a ese hechicero, Espinosa. No me gusta. Su sirviente tiene una reputación…

—¿No la tenemos todos?

—No lo entiende. Crecí escuchando historias sobre Silas en el Altermundo. ¿Se imagina lo que hace falta para que una criatura sea consideraba infame en nuestro reino? —Se abrazó y se acarició la piel desnuda. Miraba las cortinas, como si todavía viera la noche y la ciudad lejana a través de ellas—. No debería llamar la atención de alguien como él.

—Puede que sea temible, pero no es omnisciente. Me aseguré de que nuestros ayudantes no estuvieran a la vista.

Lorelei no contestó. Ashcroft se acercó al armario del estudio y se sirvió una bebida de una licorera de cristal. Se sentó en un sillón, frente a Elisabeth, y, pensativo, le dio vueltas al líquido. La examinó un momento y bebió un trago.

La joven, con los ojos vidriosos y tirada en el diván, sabía que creían que no se enteraba de nada. Hablaban como si ella ni siquiera estuviera en la habitación. Y empezaba a darse cuenta de que algo iba pero que muy mal.

Ashcroft se echó hacia atrás y apoyó un tobillo sobre la rodilla contraria mientras sujetaba el vaso en la mano, relajado.

—Mejor que sea Nathaniel que cualquier otra persona del Magisterium —dijo al fin—. Si la chica vio algo que no debía, ¿no

crees que otro hechicero podría haberle sacado la prueba mucho antes de que llegara a Brassbridge? Pero Nathaniel… Sabía que él no le haría daño. Debo decir que me sentí muy aliviado cuando él mismo aportó la solución a ese problema. —Dio otro trago—. De lo contrario, tendría que haber recurrido a métodos más drásticos. Y ya sabes lo poco que me gusta ensuciarme las manos.

Elisabeth se sentía mareada. El instinto le gritaba que corriera, que luchara, pero no era capaz ni de mover el meñique.

—Debería haber enviado a más diablos, señor. Debería haber acabado con esto en vez de seguir alargándolo. Ahora ya no puede matarla. Hay demasiados humanos implicados.

—Nunca he pretendido matarla —repuso Ashcroft—. Solo necesitaba una excusa para traerla aquí. Esto no ha hecho más que empezar, Lorelei. No puedo permitirme que el error de Summershall vuelva a repetirse. No puede haber más testigos supervivientes.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con ella? —escupió el demonio.

—¿Quién dice que sea una testigo? Puede que no haya visto nada.

—Aunque sea cierto, no deja de ser un riesgo.

Ashcroft se levantó.

—Sé cómo tratar con ella. Lorelei, déjala en el suelo, por favor. Como si se hubiera caído. Que parezca convincente. Después déjanos solos y ve a buscar a Hannah.

Las manos frías del demonio agarraron a Elisabeth por las axilas.

—Es usted exasperante, señor —murmuró.

—Ya, pero por eso mi vida os sabe tan bien a los demonios. —Alzó el vaso de cristal, que proyectó prismas sobre su atractivo rostro, y guiñó un ojo—. Cuanto más audaz y brillante el espíritu, mejor es la cosecha.

La mejilla de Elisabeth tocaba la alfombra de lana. Ya solo veía una extensión de fibras estampadas bañadas por la luz rojiza de la chimenea. Los pensamientos le daban vueltas por la cabeza como buitres, lóbregos e inexorables, mientras Lorelei le colocaba las extremidades laxas: Ashcroft era el saboteador. Él había matado a la directora. Él había enviado a los diablos. Él era el responsable de todo. Nada parecía real, ni la rugosidad de la alfombra contra la mejilla, ni el calor del fuego que le llegaba a través del vestido. Se sintió helada hasta la médula. Hacía unas horas, había estado a

punto de sellar su destino contándole lo que sabía a Ashcroft.

Oyó los pasos de Lorelei al alejarse. Unos segundos después, alguien le tocó con delicadeza el hombro. Ella dio un respingo de verdad, una reacción física. El embrujo empezaba a desvanecerse.

—¿Señorita Escriba? —le preguntó Ashcroft en voz baja—. Señorita Escriba, ¿me oye?

Elisabeth estaba deseando levantarse de golpe, defenderse y gritar lo bastante fuerte como para despertar a toda la mansión, pero seguirle el juego era su única baza para sobrevivir. Se enderezó apoyándose en los codos, con el pelo colgándole como una cortina alrededor de la cara. La acidez del champán le subió por la garganta y el estómago se le revolvió.

—¿Recuerda algo? ¿Está herida? Deje que la ayude.

—No…

Elisabeth negó con la cabeza y mantuvo la cabeza gacha mientras Ashcroft la ayudaba a levantarse. Ella tropezó con una arruga de la alfombra.

—Con cuidado. Se ha dado un buen golpe. Hannah… —dijo al abrirse la puerta—, ¿podría llevar a su habitación a la señorita Escriba? Al parecer, ha tenido un accidente.

—¡Ay, señorita Escriba! —exclamó la criada.

Tras aquello hubo muchas palabras y ajetreo, aunque Elisabeth no se enteró de casi nada porque la cabeza le palpitaba de miedo, aturdida. El canciller no pretendía que los diablos la mataran, sino que esperaba que Nathaniel y ella fueran capaces de derrotarlos y que el suceso llegara a los periódicos. Lo había organizado todo para poder cancelar el interrogatorio del Magisterium y llevarse a Elisabeth a su mansión, de invitada.

De prisionera.

—Sí —decía Ashcroft—, ha entrado en el estudio y se ha desmayado, sin más. No tengo ni idea de qué estaba haciendo dando vueltas por la mansión…

—Ay, señor, ¡lo siento muchísimo! Me temo que es culpa mía. La he estado buscando por todas partes…

—No se culpe, por favor —dijo él con amabilidad—. Llamaré a un médico a primera hora de la mañana. Tenga por seguro que la señorita Escriba recibirá la mejor de las atenciones.

Al día siguiente, Elisabeth estaba sentada mirando las molduras plateadas de la pared del dormitorio mientras el médico le ponía el estetoscopio en el pecho. Se había pasado los últimos veinte minutos respirando y espirando, siguiendo sus instrucciones, permitiéndole mirarle la boca, los ojos y los oídos, y quedándose muy quieta mientras le palpaba el cuello y las axilas, sin dejar de mascullar para sí sobre glándulas.

Mientras esperaba, se aferraba como podía a la esperanza. Ashcroft no sabía que Elisabeth lo había oído todo la noche anterior. Solo necesitaba un momento a solas con el médico para explicarle la situación y pedir ayuda. Sin embargo, Hannah, que había estado encima de ella todo el día, se negaba a apartarse de su lado. Estaba sentada en el cómodo sofá blanco junto a la cama, retorciéndose las manos. El señor Hob se encontraba plantado cerca de la puerta, esperando a que el médico terminara para acompañarlo abajo.

La joven no podía confiar en nadie más que en el médico. A juzgar por lo que veía en Hannah, los criados tenían en muy alta estima a su jefe. En el mejor de los casos, no creería a Elisabeth; en el peor, iría a contárselo al canciller. Y, si lo hacía, la joven estaba condenada.

—Hm —dijo el médico cuando apartó la trompeta de marfil del estetoscopio.

Frunció el ceño y apuntó algo en su libreta.

A ella no le habría sorprendido averiguar que sus latidos tuvieran algo raro. Apenas podía quedarse quieta en la silla y no había dormido nada. Su reflejo en el espejo del tocador le decía que estaba pálida como un fantasma y tenía círculos oscuros bajo los ojos.

—Y dice que creció en una biblioteca —siguió diciendo el médico—. Interesante. ¿Lee usted muchos libros, señorita Escriba? ¿Novelas?

—Sí, por supuesto. Todas las que puedo. ¿No lo hace todo el mundo?

—Hm, justo lo que pensaba. —Garabateó otra nota—. Un exceso de lectura de novelas, combinado con la emoción de los últimos días…

Elisabeth no entendía por qué aquello era relevante.

—¿Puedo hablar con usted a solas? —le preguntó.

—Por supuesto, señorita Escriba —contestó el hombre en un tono indulgente que la sacó de quicio. Al menos, consiguió que sacara a Hannah y al señor Hob de la habitación—. ¿De qué le gustaría hablarme?

La joven respiró hondo y esperó a que se cerrara la puerta. Después se puso de inmediato con su historia, explicando a toda prisa todos los detalles, desde la combustión etérea en Summershall, pasando por el intento de acabar con su vida hacía dos noches, hasta concluir con lo que había oído en el estudio de Ashcroft. Hablaba en voz baja pero enérgica, consciente de que Hannah podría intentar escuchar a escondidas al otro lado de la puerta.

—Así que, como ve, debe avisar de inmediato a alguien, a una persona que no tenga nada que ver con el Magisterium, por si hay más hechiceros leales al canciller. Podría ser un miembro del Collegium, o incluso la reina.

El médico había estado tomando notas con mucha diligencia durante toda la explicación.

—Ya veo —dijo, y añadió una última floritura—. ¿Y desde cuándo cree que el canciller es el responsable?

—No es que lo crea responsable, es que sé que lo es. —Elisabeth se sentó más recta—. ¿Qué está escribiendo?

Entre las palabras que había garabateado el médico, distinguió la palabra «delirios».

El médico cerró el cuaderno de golpe.

—Sé que todo esto debe de asustarla mucho, pero intente tranquilizarse. Los nervios solo sirven para empeorar la inflamación.

Ella se quedó mirándolo.

—¿La… qué?

—La inflamación de su cerebro, señorita Escriba —le explicó él con paciencia—. Es bastante común entre mujeres que leen novelas.

Antes de que a Elisabeth se le ocurriera una réplica a aquel comentario tan desconcertante, el médico llamó a Hannah, que parecía muerta de preocupación.

—Por favor, dígale al canciller que prescribo un estricto periodo de reposo en cama para la paciente —le dijo—. Está claro que se trata de un caso clásico de histeria. La señorita Escriba debe

esforzarse lo menos posible. Una vez que la inflamación del cerebro disminuya, su mente quizá recupere la normalidad.

—¿Quizá? —preguntó Hannah con voz ahogada.

—Siento decir que a veces estos casos son crónicos, incluso incurables. Entiendo que es una expósita que se queda aquí bajo la tutela del canciller Ashcroft, ¿no? Deje que le escriba una recomendación para el hospital Leadgate. Conozco bien al jefe de medicina. Si la señorita Escriba no se recupera, el canciller solo tiene que enviar una carta…

A Elisabeth le hervía la sangre de rabia. Ya había escuchado suficiente. Aquel médico era como el alcaide Finch, como Ashcroft: un hombre que creía que podía hacerle lo que le diera la gana porque tenía la suerte de gozar de una posición de poder. Pero se equivocaba.

Cuando el médico se levantó, la joven lo agarró del brazo con tanta fuerza que lo paró en seco. El hombre intentó en vano zafarse y después la miró, boquiabierto, como si la viese por primera vez; boqueaba como un pez. Ella se lo acercó de un tirón. Como no podía rivalizar en fuerza con ella, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer de bruces en la cama.

—Escúcheme —dijo ella con un murmullo grave y feroz, lo bastante bajo para que Hannah no la oyera—. No crecí en una biblioteca normal. Crecí en una de las grandes bibliotecas. Puede que se mofe de los libros, pero no ha visto un libro de verdad en toda su vida y debería considerarse afortunado por ello, porque no habría sobrevivido ni un minuto a solas con uno. —Le apretó el brazo hasta que ahogó un grito—. Debe ir al Collegium de inmediato. El canciller dijo que esto no ha hecho más que empezar. Sea lo que sea lo que tenga planeado, morirán más personas. ¿Lo entiende? Debe…, debe…

—¿Señorita Escriba? —preguntó el médico, que había palidecido.

Elisabeth lo soltó y señaló el espejo o, mejor dicho, señaló el reflejo del señor Hob, ya que, aunque el mayordomo estaba en el pasillo, gracias al espejo podía verlo tras la esquina, esperando. Salvo que ya no era un mayordomo, ni siquiera un hombre.

—Mire —susurró.

El traje del señor Hob era lo único que seguía siendo igual. Sin

embargo, ahora colgaba de una figura demacrada, encorvada e inhumana. La tez había adquirido un tono lavanda enfermizo y la piel tenía un aspecto grotesco, como fundida, con algunos pedazos colgándole de las mejillas y de la barbilla como gotas de sebo. Las orejas acababan en punta; las manos moradas tenían zarpas. Lo peor de todo eran sus ojos, más grandes, redondos y pálidos de lo normal, como platillos. Iluminaban las sombras del pasillo como dos lunas vidriosas que la observaban.

Hannah, que, indecisa, miraba ora a Elisabeth, ora al médico, abrió del todo la puerta. El señor Hob no reaccionó. Se quedó donde estaba, en silencio, sin parpadear, con aquellos ojos horribles, mientras todos lo miraban.

—Mírelo —susurró Elisabeth—. Es un demonio. Algún tipo de goblin o un duende.

Una larga pausa siguió a sus palabras. Después, la tensión se rompió. El médico se aclaró la garganta y se alejó cojeando rápidamente hacia la puerta, como si la joven fuera a saltar de la cama para atacarlo. Como si ella fuera el demonio y no el señor Hob.

—Como iba diciendo —le dijo a Hannah—, por favor, entréguele mi recomendación al canciller lo antes posible. —Le puso un papel en la mano—. Es evidente que se trata de un caso muy grave. Leadgate cuenta con unas instalaciones de vanguardia…

No parecía nada preocupado por el señor Hob cuando este lo acompañó a la entrada. Oyó su voz por el pasillo, cada vez más lejana, ensalzando las virtudes de los baños en agua helada para los «perturbados mentales». Elisabeth estaba pasmada y temblorosa, intentando asimilar lo sucedido. Nadie había sido capaz de ver la verdadera forma del mayordomo, salvo ella.

El espejo enmarcó su reflejo, sola. Temblaba bajo un camisón fino, pálida, y tuvo que reconocer que tenía todo el aspecto de la muchacha por la que el doctor la tomaba. Y estaba atrapada en la mansión Ashcroft igual que había estado encarcelada en la mazmorra de la Gran Biblioteca de Summershall, a merced de su mayor enemigo.

Catorce

A lo largo de los días siguientes, el canciller Ashcroft se mostró preocupado por Elisabeth y le dedicó todas las atenciones posibles. La joven estaba confinada en su habitación por la mañanas y por la noche, pero por la tarde Hannah la vestía y la bajaba al invernadero un rato, para que tomara el aire. Allí descansaba bajo la supervisión de la criada en un sillón de mimbre con cojines, con una manta sobre las piernas, y respiraba el dulzor húmedo y terroso de plantas y flores. La envolvía un derroche de pétalos exóticos y helechos de encaje, todos cubiertos de gotas de agua. Podría haber sido la misma imagen del paraíso, de no ser porque estaba rodeada de demonios.

Ahora que ya había visto la verdadera forma del señor Hob, los encontraba por todas partes. Salían corriendo de un lado para otro para hacer recados. Barrían las hojas de los adoquines, regaban las macetas y podaban las flores. Casi ninguno era tan imponente como el señor Hob: en general, eran más pequeños, con escamas en la piel, en vez de colgajos. Algunos tenían dientes afilados y otros, orejas puntiagudas. Todos iban vestidos de forma incongruente, con la librea dorada de Ashcroft. Los invitados solían pasearse por aquellos senderos, pero nunca se fijaban en los demonios. Para ellos, las criaturas no eran más que criados normales. Y los demonios, del mismo modo, hacían caso omiso de los invitados y seguían con sus tareas, diligentes.

Lo que asustaba a Elisabeth no eran los demonios en sí, sino la

duda de cómo Ashcroft había conseguido que tantos lo obedecieran. Estaba claro que se trataba de demonios menores, no de alta jerarquía, como Silas y Lorelei. ¿Qué les había prometido? ¿Qué oferta podría resultarles lo bastante tentadora como para estar dispuestos a vestir uniforme y servirlo? Las posibilidades eran tan horribles que no quería ni imaginárselas.

Esperó, sin aliento, la oportunidad de hablar con alguien, quien fuera, que no perteneciese a la mansión, pero los invitados no se atrevían a acercarse lo bastante a ella. La observaban de lejos, como si fuera uno de los especímenes excepcionales del invernadero del canciller: una planta insectívora carnívora o una adelfa venenosa.

Aquella tarde, se obligó a no reaccionar cuando un demonio se le acercó con unas tijeras de podar y empezó a recortar una palmera detrás de ella. Tenía la piel de un rojo chillón y los ojos eran negros como el carbón de extremo a extremo. Hannah tarareaba, como si nada, pasando una aguja a través del bastidor en el que bordaba. La melodía era rítmica y extraña; otra de las canciones de Lorelei.

Unos susurros llamaron la atención de Elisabeth. Se trataba de un grupo de chicas de su edad que se asomaban para observarla desde detrás de una fuente de interior, vestidas de seda y encaje. Se hacía una somera idea del aspecto que debía de presentar, inmóvil, lanzándole miradas tensas a un sirviente.

—Qué lástima —dijo una de ellas—. El canciller ha sido muy amable haciéndose cargo de ella. Me han dicho que se ha vuelto loca.

—¡No! —exclamó otra, aferrada a su parasol.

—Sí, sí. Al parecer, atacó a un médico. Estuvo a punto de tirarlo al suelo, según mi padre. Su estado de enajenación le da una fuerza animal.

—No me sorprende. ¡Es enorme! ¿Habíais visto alguna vez a una chica tan alta?

La primera muchacha respondió con picardía:

—Puede que una vez, en una feria ambulante.

—Lady Ingram me contó que se comportó de forma extraña en la cena de la otra noche —apuntó otra joven—. Habló poco y, cuando lo hizo, fue maleducada y parecía como si nadie le hubiera enseñado modales. Las señales de alarma estaban ahí desde el principio, según lady Ingram.

Elisabeth hervía de rabia apenas reprimida. No era una persona que odiara fácilmente, pero, en ese momento, descubrió que odiaba a lady Ingram y a esas muchachas. ¿Cómo podían ser tan crueles y hablar de modales en la misma frase?

Una de ellas ahogó un grito.

—¿Veis cómo nos mira?

—Deprisa, corred…

La furia de Elisabeth se desvaneció cuando huyeron de ella y las cintas de sus vestidos se alejaron contoneándose a través de las hojas de las palmeras. En aquel momento, se percató de que ese era otro elemento del plan del canciller.

Horrorizada, comprendió que tenía mucho sentido. Cuanto más la mostrara en público, más cotillearían sobre ella sus invitados y más se convencerían de que estaba loca. Mientras tanto, verían por sí mismos que Ashcroft no reparaba gastos en mantenerla cómoda y con buena salud. Igual que conjuraba una ilusión para ocultar a sus sirvientes, urdía un engaño mucho peor en torno a su persona, y sin tener que gastar ni una sola gota de magia. Aunque Elisabeth lograra hablar con alguien, esa persona solo vería su intento de buscar ayuda como una prueba más de su enajenación.

No se le ocurría cómo escapar de la trampa que el canciller le había tendido. Huir no era una opción. Si intentaba hacerlo, él sabría que sospechaba y el juego habría terminado. Perdería toda oportunidad de exponerlo, por pequeña que fuera. Su única opción era seguirle la corriente.

En algún lugar del invernadero, un reloj dio la hora.

—Vamos, querida —dijo Hannah, que se levantaba de su sillón —. Ha llegado la hora de su visita diaria al canciller. Qué hombre más amable, cómo se interesa por su recuperación. Espero que sea capaz de apreciar lo que hace por usted.

Elisabeth se mordió la lengua mientras Hannah la sacaba del invernadero. Si la mujer supiera la verdadera razón por la que tenía que ir todos los días al estudio del canciller… El miedo crecía en su interior con cada paso que daba por los relucientes pasillos forrados de espejos de la mansión. Para cuando llegó al estudio, tenía un buen puñado de nudos en las entrañas. Se esforzó por controlar su expresión cuando se abrió la puerta y vio a Ashcroft limpiándose las manos con un trapo.

—Buenas tardes, señorita Escriba. Entre, por favor. —Aunque sonaba tan agradable como siempre, le pareció detectar una chispa de frustración en sus ojos desparejados. Era lo único que indicaba que aquellas visitas no habían dado el fruto que deseaba—. Hannah, ¿nos podría traer un té?

Tras su gesto de bienvenida, Elisabeth entró y se sentó en el sofá, rígida. Se obligó a no mirar hacia el grimorio del escritorio de Ashcroft. Aunque siempre lo cubría con la capa antes de que entrara ella, sabía que era el mismo que había estado estudiando la primera noche que pasó en la mansión. Su presencia le dejaba un sabor agrio, a moho, en la lengua. Por el modo en que el canciller se frotaba las manos, supuso que su tacto sería igual de desagradable.

Ashcroft dejó el trapo a un lado y se sentó frente a ella, en su sillón favorito. Parecía tan preocupado que, a pesar de todo, Elisabeth estuvo a punto de creerse que una pequeña parte de él se interesaba de verdad por su bienestar. Entonces, la luz del sol incidió en su ojo de rubí y le vino a la memoria el pelo rojo de la directora derramado por el suelo.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó con una amabilidad que le puso la piel de gallina.

—Mucho mejor, gracias. —Tragó saliva y reunió valor—. Creo que ya estoy lista para marcharme.

Ashcroft frunció el ceño con aire compasivo.

—Solo unos días más, señorita Escriba. El médico enfatizó mucho la importancia del reposo en cama.

Ella bajó la mirada para intentar que no viera su miedo. Por suerte, el médico no había incluido en las notas lo que le había contado. De haber sido así, el canciller ya no se molestaría con esas reuniones diarias.

Una llamada en la puerta anunció el regreso de Hahnah con una bandeja de té y pasteles glaseados. Elisabeth procuró mordisquearlos, a pesar de que a duras penas lograba tragar. Se le revolvió el estómago cuando se abrió de nuevo la puerta. Esta vez no era Hannah. Solo tuvo unos segundos de advertencia antes de que el embrujo de Lorelei la envolviera como una manta cálida y asfixiante. Entonces, Ashcroft se inclinó hacia ella, con las manos entrelazadas frente a las rodillas.

Así empezaba el interrogatorio todos los días.

—Ahora, señorita Escriba, ¿por qué no volvemos a hablar del ataque a Summershall? Veamos si recuerda algún detalle nuevo, ¿de acuerdo?

Sonaba igual de amable que unos segundos antes, aunque el buen humor ya no se le reflejaba en la cara. Elisabeth sabía que caminaba al borde del abismo. Un resbalón y el canciller descubriría que el embrujo de Lorelei no estaba funcionando como debía y la obligaría a decir la verdad. Un solo error podría conducirla a la muerte. Se esforzó por mantener el rostro inexpresivo y la voz acartonada, agradecida por el efecto entumecedor del hechizo. Sin él, no habría sido capaz de enfrentarse a Ashcroft con calma y, lo que es más importante, no habría sido capaz de mentir.

—¿Me puede decir por qué se despertó esa noche? —preguntó el canciller—. ¿Oyó algo? ¿Vio algo?

Ya le había hecho esa pregunta mil veces. Procuró dar la misma respuesta.

—Estalló una tormenta. El viento soplaba con fuerza… y empujaba las ramas contra mi ventana.

Él frunció el ceño, insatisfecho.

—Y, cuando salió de la cama, ¿notó algo fuera de lo normal?

Quería saber cómo había escapado a su hechizo del sueño, pero ni siquiera Elisabeth tenía la respuesta a esa pregunta. Con un gesto mecánico, negó con la cabeza.

El canciller apretó la mandíbula. Era la primera señal que veía de que su paciencia tenía límites, una reacción que la amedrentó. No quería ser testigo de lo que era capaz de hacer cuando perdía los nervios.

Algo sonó en la esquina, donde Lorelei untaba de colofonia el arco de un violín. Llevaba un vestido carmesí a juego con labios y ojos. Era tan largo que caía sobre la silla como una cascada y formaba un estanque reluciente en la alfombra, como si estuviera sentada en un charco de sangre.

—La chica le está ocultando algo, señor —susurró.

Ashcroft miró a su alrededor.

—¿Estás segura? ¿Es eso posible?

A Elisabeth se le erizó el vello de la nuca. Se obligó a no reaccionar, consciente de que se traicionaría con cualquier

movimiento.

—Si guarda un secreto, puede que el impulso de protegerlo se mantenga a pesar del embrujo. La mayoría de los humanos no son tan fuertes, pero esta chica tiene una voluntad de hierro. Su espíritu brilla como el fuego. —Lorelei miró a Elisabeth por debajo de sus pestañas, un gesto tan propio de Silas que se le puso de gallina la piel de los brazos—. Ojalá pudiera saborearlo.

El canciller se echó hacia atrás y juntó las puntas de los dedos.

—¿Qué sugieres?

—Entre en su mente. Sáquele ese recuerdo por la fuerza y destruya el resto.

—Es demasiado pronto para eso. Deben verla unos cuantos días más antes de que me libre de ella. Si la prensa se entera de su suerte, necesitaré testigos que apoyen el diagnóstico del médico.

Lorelei se encogió de hombros con mucha elegancia.

—De acuerdo, señor. ¿Y está seguro de que su presencia aquí no lo distrae de su trabajo?

Ashcroft miró su escritorio y el grimorio escondido bajo la capa. Por la forma en que había levitado la primera noche, Elisabeth calculaba que se trataba de un clase cinco o, incluso, un clase seis. La propiedad privada de los grimorios de clase cuatro en adelante era ilegal desde las Reformas. Si el canciller estaba dispuesto a guardar algo tan peligroso en su casa, el libro tenía que ser importante.

Se dejó caer de nuevo en el sillón y las sombras le dibujaron profundos surcos en la cara.

—Está siendo muy testaruda —dijo—, pero obtendré mi respuesta antes de Harrows.

A Elisabeth se le aceleró el pulso. La Gran Biblioteca de Harrows se hallaba en la esquina noroeste de Austermeer, donde el Bosque Negro limitaba con las montañas; era la ubicación más remota posible para los grimorios de máxima seguridad. Las descripciones que había leído de aquel lugar lo pintaban como una fortaleza de piedra negra extraída de los huesos de las montañas de Elkenspine. Su cámara acorazada era infranqueable y contenía dos de los grimorios de clase diez del reino. ¿Pretendía atacarla, como había hecho con Summershall y Knockfeld?

Fueran cuales fueran sus planes, el grimorio del estudio tenía un

papel esencial en ellos. Así que, por mucho que se arriesgara, debía descubrir cuáles eran.

La oportunidad se le presentó dos días después, cuando el señor Hob apareció en la puerta en pleno interrogatorio.

—Una visita —anunció con su voz profunda y farfullante—. Lord Kicklighter viene a verlo.

—¿Sin avisar con antelación? —Al canciller se le ensombreció el rostro—. Me reuniré con él en el salón. Lorelei, vigila a Elisabeth.

Salió del estudio y, unos minutos después, el saludo de lord Kicklighter retumbó por el pasillo.

A Elisabeth le empezó a dar vueltas a la cabeza. A juzgar por la duración del apretón de manos de Kicklighter hacía unas noches, Ashcroft estaría ocupado unos cuantos minutos. Percibió la mirada de aburrimiento de Lorelei sobre ella, como un cosquilleo. Solo necesitaba que el demonio saliera del estudio unos segundos. Pero no tenía nada con lo que trabajar. De haber estado más cerca de las estanterías, seguro que podría haber volcado alguna.

Gracias al espejo decorativo de la pared, se veía sentada en el sofá. Parecía demacrada y pálida, lo que no combinaba bien con el extravagante vestido de color amatista que Hannah le había puesto. Estaba acostumbrándose a la opresión en el pecho provocada por esos caros corsés, pero en los momentos de tensión sentía que le faltaba el aire.

La idea la golpeó como un rayo. Dejó escapar un grito ahogado, lo que llamó la atención de Lorelei. Se llevó la mano al pecho. Después puso los ojos en blanco y se derrumbó sobre la alfombra con un golpetazo seco que hizo temblar las tazas de té de la mesita auxiliar.

Silencio. Elisabeth notó el peso de la mirada de Lorelei. Cuando decidió que la joven no fingía, se levantó dejando escapar un susurro de satén y pasó por encima del cuerpo postrado de camino a la puerta. En cuanto se fue, Elisabeth se levantó las faldas y corrió al escritorio. Tras prepararse, apartó la capa de Ashcroft.

El grimorio estaba abierto bajo una cadena de hierro estirada sobre el valle de su lomo, con las páginas repletas de letras inclinadas y picudas. Es lo único que pudo observar antes de que

una ola de malevolencia se estrellara contra ella y la obligara a dar un paso atrás. Una voz de hombre rugió dentro de su mente y la zarandeó en un remolino de angustia y furia.

No le dio tiempo a averiguar si había cometido un error, ya que los bordes de la habitación se oscurecieron; las hojas del grimorio se agitaron como si hubieran dejado abiertas las ventanas del estudio durante un vendaval huracanado. Apretó los dientes y presionó contra la voluntad del libro extendiendo una mano que le temblaba del esfuerzo. La frente se le perló de sudor. Hasta las manecillas del reloj de la chimenea parecieron ralentizarse, como si el aire se hubiera convertido en melaza. Por fin, las puntas de los dedos tocaron el cuero y una mezcla de emociones confusas le recorrieron el cuerpo y la marearon. Anhelo. Ira. Traición. Nunca había sentido algo semejante. Tragó saliva como pudo y deseó tener unos guantes de hierro para amortiguar las emanaciones psíquicas del grimorio.

—No soy tu enemiga —consiguió decir—. Soy prisionera del canciller Ashcroft. Quiero detenerlo, si puedo.

De repente, la voz del hombre guardó silencio y la presión del aire desapareció. Elisabeth cayó hacia delante y tuvo que sujetarse al escritorio, con los músculos temblorosos de cansancio. El grimorio estaba inactivo. Su suposición a la desesperada había dado en el clavo: la malicia y la furia que emanaba estaban dirigidas a Ashcroft, no a ella.

—¿Qué quiere de ti? —murmuró mientras, con cuidado, lo levantaba del mueble.

Estaba encuadernado en un cuero extraño, con escamas, de color carmesí, lo que le trajo a la memoria el inquietante recuerdo de los diablos del invernadero. En la cubierta habían grabado un pentagrama de cinco puntas. El título se había desdibujado con los años, pero las palabras todavía eran legibles: *Codex Daemonicus*.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Había leído antes el título de ese grimorio, no hacía mucho. ¿Dónde había sido? En el carruaje de Nathaniel, cuando atravesaban el Bosque Negro…

«Obtendré mi respuesta antes de Harrows», había dicho Ashcroft. Daba la impresión de que lo que necesitaba, fuera lo que fuera, estaba en el libro. Se devanó los sesos intentando recordar por qué se mencionaba aquel volumen en el lexicón. Estaba en el capítulo sobre los demonios. Lo único que recordaba era que, en

teoría, contenía los desvaríos de un hechicero loco que afirmaba haber escondido dentro un secreto…

Oyó pisadas en el pasillo. Sin aliento, la joven agarró la capa de Ashcroft y la volvió a lanzar sobre el grimorio. Con la esperanza de que solo ella hubiera oído sus gritos psíquicos, corrió por la habitación y se tiró en el suelo imitando en todo lo posible la posición original en la que había caído.

Y justo a tiempo, ya que una sombra cayó sobre ella unos segundos después, antes de que un olor acre le quemara las fosas nasales y le pusiera de punta todos los nervios del cuerpo. Se sentó de golpe, reprimió un grito y Lorelei la sujetó en sus brazos de hierro; notó el leve indicio de sus zarpas a través del encaje de los guantes. El demonio tenía un frasco lleno de lo que parecía ser sal.

—Ya pasó, ya —la tranquilizó con un tono que, de dulce, resultaba empalagoso—. No te ha pasado nada. Solo son sales aromáticas, querida. Has tenido un pequeño desmayo, pero ya pasó.

—Dámela —dijo el canciller—. Estoy harto de esta farsa. Ha llegado el momento.

Lorelei la soltó y dio un paso atrás. Antes de que Elisabeth pudiera reaccionar, Ashcroft la agarró y le dio media vuelta. Daba miedo mirarlo. Era como si hubiera gastado todo su amable encanto con lord Kicklighter y no le quedara ninguno para seguir interpretando su papel.

Ya no le quedaba paciencia con Elisabeth. Estaba a punto de conocer al monstruo que ocultaba aquel hombre.

—Escúchame, niña —dijo, y la sacudió hasta que le castañetearon los dientes—, me vas a decir todo lo que sepas.

Entonces, le colocó la palma de la mano en la frente y los pensamientos de Elisabeth estallaron hacia el exterior como una estrella recién nacida.

El estudio se desvaneció; todo estaba negro como la brea, salvo por Ashcroft, ella y los afilados fragmentos plateados que colgaban en la oscuridad, relucientes, a su alrededor. Imágenes familiares fluían sobre la superficie de los fragmentos como relámpagos silenciosos de color y movimiento. Eran sus recuerdos, que flotaban en un vacío, como los trocitos rotos de un espejo. En cada uno se mostraba una escena distinta. El pelo rojo de la directora a la luz de la antorcha. El alcaide Finch alzando su vara. La risa de Katrien.

Aunque todavía sentía vagamente el brutal apretón de brazo del canciller, en aquel lugar estaba apartado de ella. Ashcroft se volvió para observar los recuerdos fragmentados y después levantó una mano. Los fragmentos empezaron a girar alrededor de los dos formando un ciclón fulgurante y se mezclaron para enseñarle no solo instantáneas aisladas sin orden ni concierto, sino recuerdos completos; la vida de Elisabeth circulando por un río de cristal. A través del vacío llegaba el eco de sonidos distorsionados; risas, susurros, gritos. Se le revolvió el estómago al verse de pequeña, corriendo por los huertos hacia Summershall, con la melena castaña al viento y el señor Hargrove intentando seguirle el ritmo. Aquellos eran sus recuerdos. Ashcroft no tenía ningún derecho a verlos.

—Enséñame lo que me has estado escondiendo —ordenó el canciller con una voz cruel y hueca que resonaba por todas partes.

La soleada tarde de verano se desvaneció y dio paso a una imagen fantasmal de Elisabeth en camisón bajando la escalera de la Gran Biblioteca, con una vela en alto. La magia de aquel hombre le arrancaba el recuerdo de dentro con una fuerza tan inexorable como la resaca de la marea, y el pánico la dejó sin aire en los pulmones. Sentía el recuerdo, lo oía, lo olía. Vio a la Elisabeth del recuerdo abrir la puerta y quedarse mirando la oscuridad con los ojos muy abiertos. En cualquier momento notaría la combustión etérea, prueba de que un hechicero había cometido el crimen.

Quería detenerlo, pero no lograba resistirse al embrujo de Ashcroft. Intuía que, si luchaba contra él, sus recuerdos se harían mil pedazos y desaparecerían para siempre. El canciller le destrozaría la mente, la vida, si era necesario. Tenía que enseñarle algo, lo que fuera.

Buscó en su interior, donde ocultaba sus recuerdos más preciados, y encontró algo que ofrecerle.

—¿Sabes por qué decidí quedarme contigo, Elisabeth? —preguntó la directora.

La joven se quedó sin aliento. El recuerdo había avanzado hasta el momento en que había descubierto el cadáver de la directora. Eran las mismas palabras que le había dirigido en la cámara acorazada, aunque, esta vez, las pronunciaban los labios moribundos de la directora, como unas últimas palabras solo para sus oídos. Había logrado mezclar los dos recuerdos y parecía real

porque lo era. La tristeza y la añoranza le atravesaron el corazón como una flecha. No esperaba volver a oír su voz.

—Había tormenta, si mal no recuerdo. —Las palabras brotaban de los labios agrietados de la directora—. Los grimorios estaban inquietos esa noche…

Ashcroft contempló el recuerdo y frunció el ceño.

—La Gran Biblioteca te había reclamado.

El canciller sacudió la cabeza, asqueado, y le dio la espalda. Hizo un gesto y los fragmentos empezaron a desintegrarse, a caer como una cortina de agua.

—¡No! —gritó Elisabeth.

Hasta que no fue demasiado tarde, no recordó lo que había dicho Lorelei dos días antes: «Sáquele ese recuerdo por la fuerza y destruya el resto».

—Pertenecías a la biblioteca…

La realidad regresó en una tempestad de color y sonido. Alguien gritaba. Elisabeth tenía la garganta dolorida. En realidad, tenía el cuerpo entero dolorido, la boca le sabía a sal y cobre, y el mundo apestaba a metal quemado.

La voz de Ashcroft se deslizaba por encima de su agonía como un barco por un mar en calma.

—No sabía nada. Ese recuerdo que nos ocultó… no era más que una nimiedad sentimental. Puede que importante para ella, pero no para nosotros. Ve a buscar al señor Hob. Ya está todo arreglado. —La voz se alejó o puede que ella fuera la que se alejaba dando tumbos hacia un lugar oscuro del que no había retorno—. Esta noche la enviaremos a Leadgate.

Quince

Al otro lado de las ventanas del carruaje, la noche estaba hecha jirones. Unas nubes grasientas ocultaban la ciudad, blanqueadas por la luna llena, que brillaba como una moneda de plata perdida en un alcantarilla sucia. Elisabeth no había visto esa parte de Brassbridge cuando Nathaniel y ella llegaron la semana anterior, salvo por una deprimente mancha de humo de fábrica en el horizonte. Los viejos edificios de ladrillo estaban ennegrecidos por el hollín y las ruedas del carruaje salpicaban agua mugrienta al pasar por encima de los charcos. Un frío húmedo permeaba el aire. En algún lugar cercano, una campana repicaba con aire fúnebre en la oscuridad.

Estaba echada hacia delante, temblando sin parar. Pensamientos inconexos le llenaban la cabeza como cristales rotos, y un dolor intenso le atravesaba el cráneo y la cegaba cada vez que el vehículo daba con un bache.

«Soy Elisabeth Escriba. Soy de Summershall. El canciller Ashcroft es mi enemigo. Debo exponerlo…».

Recitó aquellas palabras una y otra vez hasta que empezaron a parecerle reales. Uno a uno, unió los bordes dentados de sus recuerdos. El hechizo que el canciller había usado con ella estaba diseñado para destrozarle la mente y dejarla convertida en una carcasa vacía, pero no había funcionado. Seguía siendo ella misma. Incluso el dolor le resultaba útil, ya que le servía para recordarle que estaba viva y tenía un objetivo.

Una valla alta y serrada de metal pasó junto a la ventana. El

carruaje empezó a frenar. Se detuvo de golpe junto a una puerta de hierro forjado, más allá de la cual se encontraba el edificio achaparrado del hospital Leadgate. El hospital era largo y rectangular, con un toque de arquitectura clásica en la fachada con columnas y la capilla abovedada, aunque esas florituras no servían más que para enfatizar el tétrico aire institucional del resto. Se alzaba por encima de la mugre y la miseria que lo rodeaban, como algo surgido de una pesadilla. Por instinto, supo que era un lugar de sufrimiento y no de curación. Un lugar donde las personas a las que nadie quería, como ella, acababan por desaparecer.

Los guardias abrieron las puertas para dejarlos entrar y el carruaje subió por el camino. Elisabeth pegó la cara a la ventana. Un grupo los esperaba a las puertas del hospital: una mujer robusta de rostro duro, ataviada con un delantal almidonado, flanqueada por dos cuidadores varones con uniformes blancos a juego. Cuando el carruaje se paró de nuevo, uno de los cuidadores abrió la puerta. La niebla se coló dentro del vehículo como gachas derramadas.

—Sal, querida —le pidió la jefa de enfermeras, que se dirigía a ella como si estuviera hablando con una niña pequeña—. Si te portas bien, te daremos una buena cena calentita junto al fuego. ¿A que te apetece? Estofado y pan, y pudin con pasas, todo el que quieras. Soy la supervisora Leach y vamos a ser buenas amigas.

Elisabeth salió dando tumbos, procurando mirar al suelo. A través de la cortina de su melena, vio que uno de los hombres la rodeaba para acercársele por detrás con un puñado de correas de cuero y hebillas. Se le revolvió el estómago al percatarse de lo que eran: sujeciones, no solo para las muñecas, sino también para los tobillos. Se obligó a no dejarse llevar por el pánico. Esperó a tenerlo casi encima y después se volvió, enseñando los dientes, y le dio un buen rodillazo entre las piernas. Sintió una punzada de culpa cuando gruñó y cayó al suelo, pero la culpa no duró: Elisabeth salió corriendo en cuanto pudo, mientras la supervisora Leach gritaba detrás de ella.

Recorrió el terreno del hospital como un ciervo espantado y sus largas piernas le permitieron hacerlo tan deprisa que los hombres no lograron darle caza. De la hierba fina pasó a un jardín rodeado de arbustos descuidados y árboles medio muertos. Frenó derrapando y se detuvo entre un montón de hojas caídas y

húmedas. Si seguía corriendo, no haría más que rodear el edificio en círculos. La valla que cercaba el terreno era demasiado alta para treparla y tenía remates de metal con púas.

Sin embargo, los gritos se aproximaban. Debía tomar una decisión.

Notaba el corazón palpitándole en el paladar cuando se metió a zarpazos bajo el arbusto más cercano. Las raíces y las ramas le arañaron las manos, y el olor dulzón a flores en descomposición le entró por las fosas nasales. Movió las hojas que tenía detrás para ocultarse mejor y volvió a meter dentro los brazos, justo cuando las botas de un hombre pasaron corriendo por su lado, salpicándole la cara de tierra y hojas. Inspirada, recogió puñados de tierra y se los restregó por el cuerpo hasta que no logró distinguir sus extremidades de las gruesas raíces que se retorcían por el suelo.

Pasaron los minutos, despacio. Veía linternas moviéndose por la oscuridad y, de vez en cuando, oía algún grito. Los hombres se asomaban a los setos y removían con porras la vegetación, pero ella permaneció inmóvil, incluso cuando una de las porras le dejó un buen moratón en la espinilla. Cuando refrescó, se le puso la piel de gallina, pero no se atrevió ni a estremecerse.

—Ya basta, chicos —dijo uno de los cuidadores al fin—. Se esconda donde se esconda, está tan atrapada como una rata debajo de un cubo. Ya veremos si sigue viva por la mañana y entonces nos divertiremos con ella.

Tras aquella declaración tan desagradable, los demás se rieron. La joven los vio regresar hacia el edificio del hospital. Cuando el último desapareció dentro, salió a rastras del seto, temblando de pies a cabeza. Sin embargo, se volvió a esconder a toda prisa.

No estaba sola en el patio. Una silueta se movía con pesadez, a oscuras, a cierta distancia de ella, agachada. Creía que se trataba de otro cuidador, hasta que vio que olisqueaba la hierba. Seguía el camino que ella había tomado desde el carruaje y se arrastraba siguiendo una ruta serpenteante hacia su escondite. Y, cuando se enderezó, sus enormes ojos redondos y relucientes reflejaban la luz como espejos.

Era el señor Hob. Había encontrado su rastro e iba a por ella.

Se oyó un portazo procedente del hospital. Elisabeth tomó aire y corrió a esconderse dentro del seto, con la espalda pegada a un

árbol. Alguien había salido y recorría los jardines. Al asomarse a través de las hojas, calculó que aquella persona no formaba parte de la partida de búsqueda. Llevaba un uniforme similar al de la supervisora pero no era más que una muchacha no mucho mayor que Elisabeth, con las manos agrietadas, una cara triste y redonda, y un farol apantallado contra el pecho.

—Hola —decía en voz baja la muchacha—. ¿Estás ahí?

Al mirar en dirección contraria, Elisabeth vio que el señor Hob ahora gateaba a cuatro patas, sin tan siquiera ya fingir que era humano. La joven los miró a los dos y deseó con todas sus fuerzas que la muchacha guardara silencio. Pero la desconocida no era consciente del peligro que la acechaba y siguió hablando a la oscuridad:

—Sé que estás escondida. He venido a ayudarte. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un bulto envuelto en un pañuelo—. Tengo un poco de pan. No es gran cosa, pero es lo único que he podido ocultarle a la supervisora. Te ha mentido cuando ha dicho que te daría estofado y pudin; se lo dice a todos los pacientes nuevos.

El señor Hob echó a correr a grandes zancadas con la vista fija en la muchacha. Elisabeth salió del seto en un estallido de hojas y llegó hasta ella primero; la agarró por la muñeca y tiró en dirección contraria. El pan cayó al suelo.

—¿Tienes algo de sal o hierro? —le preguntó Elisabeth.

No reconocía el sonido de su propia voz. Sonaba como un graznido horrendo.

—N-no… ¡No me hagas daño, por favor! —gritó la chica.

A Elisabeth le estaba costando trabajo tirar de ella. Si no corrían más deprisa, el señor Hob las alcanzaría.

El pánico le atenazó el corazón. Se dio cuenta del aspecto que debía de tener: manchada de tierra, con el pelo suelto, enredado y lleno de hojas, y los labios cuarteados y ensangrentados. Con razón la muchacha estaba asustada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Mercy —tartamudeó ella mientras daba tumbos por el terreno irregular.

—Yo soy Elisabeth. Estoy intentando salvarte la vida. Voy a pedirte que hagas algo y entonces me creerás, pero prométeme que

no vas a gritar.

Mercy asintió con los ojos muy abiertos y asustados, seguramente esperando que, si le seguía el juego, Elisabeth no le haría daño.

—Mira detrás de ti —dijo la joven antes de taparle la boca a Mercy con una de sus manos mugrientas para amortiguar su grito.

—¿Qué es eso? —gimió la chica cuando Elisabeth la soltó—. ¿Por qué nos persigue?

Así que la intuición de Elisabeth era correcta: en cuanto el señor Hob empezó a olisquear el suelo y correr a cuatro patas, la ilusión que Ashcroft usaba para ocultarlo dejó de ser lo bastante convincente como para seguir disfrazándolo.

—Es un demonio. Creo que un goblin. ¿Hay alguna forma de salir de aquí?

Mercy dejó escapar algunos ruiditos de pánico antes de poder responder.

—Una puerta trasera. Para los trabajadores que cuidan del terreno. Por ahí —indicó—. ¿Qué…?

—Corre más deprisa —le dijo Elisabeth en tono lúgubre—. Y dame tu farol.

No se atrevió a pararse para mirar atrás mientras corrían hacia la puerta trasera. Estaba escondida detrás de una construcción anexa hundida y cubierta de musgo, bajo un cenador cargado de hiedra. Cuanto más se acercaban, más se oían los resuellos del señor Hob pisándoles los talones. Mercy se rebuscó en los bolsillos y sacó una llave. Mientras iba a abrir la puerta, Elisabeth se giró y usó el farol para golpear con todas sus fuerzas.

El tiempo se quedó paralizado entre un latido y el siguiente. Tenía al señor Hob encima, con aquel rostro espantoso que era un paisaje de carne bamboleante. Tenía unos ojos tan grandes y pálidos que vio dos versiones en miniatura de sí misma reflejadas en ellos.

Entonces, el cristal del farol se rompió al estrellarse contra el hombro del goblin. El aceite se derramó y, tras un chisporroteo ansioso, la parte delantera del traje prendió fuego. El calor la estaba abrasando, así que gritó y soltó el farol. El señor Hob retrocedió, trastabillando, y se quedó mirando con cara de incomprensión las llamas azules que le recorrían el pecho. Al final, se le ocurrió quitarse la chaqueta y apagó lo que quedaba del fuego con una

mano torpe.

—Mercy —imploró Elisabeth.

—¡Lo estoy intentando! Ya casi…

La llave de Mercy arañó la cerradura. Le temblaban mucho las manos, por eso fallaba una y otra vez. Mientras tanto, la chaqueta seguía echando humo en el suelo, detrás del el señor Hob, que avanzaba hacia ellas. Dio un paso adelante. Otro. Y, por fin, la llave giró y la puerta se abrió con un ruido metálico, escupiendo escamas de óxido.

Elisabeth empujó a Mercy para que saliera primero y después corrió tras ella. Cuando fue a cerrar la puerta, no encajaba del todo: algo blando impedía que se cerrara. La mano del señor Hob. El goblin las miraba sin parpadear a través de los barrotes de hierro mientras la piel morada le empezaba a burbujear y echar vapor. Elisabeth apoyó todo su peso en la puerta y empleó toda la fuerza de sus músculos contra la resistencia del señor Hob. Las suelas de las botas le resbalaban en el pavimento. El demonio era demasiado fuerte.

Detrás de ella oyó un grito inesperado, justo antes de que una piedra volara por el aire y aplastara los nudillos del señor Hob, que dejaron escapar un crujido húmedo nauseabundo. El goblin apartó la mano y la puerta se cerró con estrépito. El pestillo se cerró automáticamente.

Elisabeth retrocedió dando tumbos y miró con los ojos muy abiertos a Mercy. Resultaba evidente que la joven no podía creerse lo que acababa de hacer. El señor Hob se quedó allí plantado, mirándolas, sin saber bien cómo reaccionar.

—Ahora estamos a salvo —susurró Elisabeth—. No puede atravesar el hierro. Y no creo que sea lo bastante listo como para encontrar otra forma de salir.

Mercy no respondió, estaba demasiado ocupada recuperando el aliento, con las manos apoyadas en los muslos. Elisabeth miró a su alrededor. La puerta daba a un callejón detrás de una hilera de edificios estrechos de ladrillo de aspecto deprimente. Las cortinas estaban cerradas y no se veían luces dentro.

—Vamos —dijo, y agarró a Mercy del brazo.

Se la llevó a donde el señor Hob no la viera y la sentó sobre una caja volcada.

—¿Qué quería? —preguntó Mercy a través de sus dedos.

Elisabeth vaciló. Podría explicárselo todo. Podría pedirle ayuda para que testificara contra Ashcroft. Sin embargo, ¿quién la creería? Ahora comprendía que el mundo no era amable con las jóvenes, sobre todo cuando a los hombres no les gustaba su comportamiento y cuando contaban verdades que los hombres no estaban preparados para escuchar. Nadie le haría caso a Mercy, igual que nadie le había hecho caso a ella.

Se agachó frente a la otra chica y tomó una decisión.

—Escúchame. El demonio me quería a mí, no a ti. Espera a que se vaya el carruaje y vuelve al hospital. El señor Hob (el demonio) no regresará a por ti. —Cerró los ojos y respiró hondo—. Cuando te pregunten qué ha pasado, diles que te ataqué y no te quedó más remedio que ayudarme a escapar. Di que nos perseguía un hombre, un hombre humano, vestido de mayordomo. No menciones nada extraño sobre él. Y diles que yo parecía…, que parecía un animal salvaje. Que ni siquiera sabía cómo me llamaba.

Sospechaba que a Ashcroft le daba igual que se pudriera en Leadgate o que se muriera de hambre en las calles. Si el canciller creía que Elisabeth tenía la mente destrozada y conseguía que los demás pensaran que había hecho todo lo posible por la pobre muchacha histérica a su cargo, dejaría el tema para concentrarse en sus planes.

—Pero me has salvado la vida —protestó Mercy.

—No habrías estado en peligro de no ser por mí. Confía en lo que te digo. Es mejor así. —Elisabeth se abrazó y se preguntó cuánto podía contarle—. No te conviene enemistarte con el hombre al que sirve ese demonio —dijo al fin—. Si cree que sabes algo que no deberías, no vacilará en hacerte daño.

Mercy asintió. Elisabeth, consternada, se dio cuenta de que no parecía sorprendida. Para ella, que los hombres quisieran hacerles daño a las jóvenes no era más que el orden natural de las cosas.

—Me alegro de que hayas huido de Leadgate —dijo Mercy tras alzar la vista y mirarla a los ojos; los de la muchacha eran castaños y tristes—. Ni te imaginas cómo es ese lugar. Los ricos pagan dinero para ver a los pacientes; para compadecerse de los apuros de los menos afortunados o alguna estupidez por el estilo. A veces…, a veces también pagan por otras cosas. La supervisora se saca un buen

dinero con eso. Hablando de eso, toma.

Se metió la mano en el bolsillo, y puso algo duro y frío en la mano de Elisabeth. Una moneda.

Elisabeth no encontraba palabras para agradecérmelo, pero el nudo de la garganta le impedía hablar. Como no sabía qué decir, le dio un fuerte abrazo. Mercy se rio, sorprendida.

—Ahora sí que estoy lo bastante sucia como para decir que me has atacado.

—Gracias —susurró la otra joven.

Le dio un último apretón a Mercy y se fue corriendo antes de que las lágrimas que amenazaban con asomarle a los ojos lograran brotar.

Esquivó pilas de basura y bajó por una empinada avenida de adoquines. A aquellas horas de la noche, las calles estaban casi vacías. Dudaba que fuera necesario correr, pero, cada vez que frenaba, veía al alcaide Finch mirándola con cara de burla, las manos de un hombre cargadas de correas de cuero o la encantadora sonrisa del canciller. Se detuvo en una esquina para vomitar y después siguió adelante. No se detuvo hasta que no le quedó más remedio: llegó a un paseo que daba al río y se dio contra la baranda.

La ciudad dormida parecía una ilusión creada con guirnaldas de luces. Resplandecientes chapiteles afilados que se alzaban hacia las sombras, con estatuas en la punta que daban forma a las estrellas. Columnas doradas brillaban sobre el agua negra de abajo. Cerca de allí, el Puente de los Santos titilaba con la luz de gas y sus estatuas sombrías eran como una procesión de dolientes que cruzaban el río, en memoria del fallecimiento de un rey de antaño. El viento que le enredaba el pelo olía a hollín, algas y la infinita extensión salvaje del cielo nocturno.

Contempló la antigua ciudad, de extensión inabarcable, y se preguntó cómo era posible que toda esa luz y esa belleza pudieran existir junto a tanta oscuridad. Nunca se había sentido tan pequeña e insignificante. Pero, por fin, por primera vez en varias semanas, era libre.

Dieciséis

—Tiene que haber algún error —le dijo Elisabeth al chico pecoso del otro lado del mostrador—. El señor Hargrove me conoce de toda la vida. No me enviaría esta respuesta.

El papel le tembló entre los dedos. El sucinto mensaje solo decía: «No nos consta ninguna aprendiza llamada Elisabeth Escriba en la Gran Biblioteca de Summershall». Debajo, en vez de firma, alguien había estampado el sello del Collegium, con la llave y la pluma cruzadas. Eso significaba que la carta la había escrito un alcaide, aunque la hubiera dirigido a Hargrove.

El empleado parecía compadecerse de ella, pero no dejaba de mirar con aire nervioso la mampara de cristal de la oficina de correos.

—Lo siento, señorita. No sé qué decirle.

El papel se le emborronó al intentar fijar la vista en él. Era un error. Sin duda, era…, era…

—Ha sido Finch, el nuevo director —se oyó decir—. Debe de haber interceptado mi carta. Me ha borrado de los registros…

Alguien se aclaró la garganta. Elisabeth volvió la vista atrás a tiempo de ver a un caballero bien vestido que hacía cola detrás de ella susurrarle algo a su mujer, antes de que los dos miraran a la joven con una mezcla de incomodidad y reprobación.

Ella se giró de nuevo hacia el empleado y se vio a través de su mirada compasiva. Llevaba varios días durmiendo en la calle. Tenía el pelo enredado y la ropa sucia. Y lo peor de todo, sus intentos

urgentes de contactar con la Gran Biblioteca de Summershall empezaban a parecer propios de una lunática. Una vergüenza a la que no estaba acostumbrada le ardió en el estómago.

—Por favor —dijo, y las palabras le irritaron la garganta dolorida—, ¿puede indicarme cómo llegar a Hemlock Park? Conozco a alguien que vive allí.

El empleado se humedeció los labios, la miró y miró a la pareja que esperaba. Se dio cuenta de que no la creía.

—¿No preferiría enviar una carta, señorita?

Elisabeth se había gastado todo el dinero de Mercy en enviar la primera carta. No podía pagar otra. De repente, la vergüenza pudo con ella. Masculló una disculpa y pasó, cabizbaja, junto a la pareja que la observaba; con una mano en la boca, huyó de la oficina de correos. En cuanto llegó a la calle, tuvo que doblarse con un ataque de tos. Los peatones que pasaban junto a ella la esquivaban y le lanzaban miradas de inquietud. Con una mano temblorosa, plegó la carta y se la metió en el bolsillo.

La fiebre empeoraba. El día anterior, por la mañana, después de dormir arrebujada en un portal, se había despertado con tos. Y ahora estaba tan desorientada que a duras penas había encontrado el camino de vuelta a la oficina de correos.

Resbaló con algo viscoso cuando empezó a caminar por la acera. Era un periódico mojado, pegado a la cuneta. Lo despegó y sostuvo su titular traslúcido al sol, aunque ya había leído el artículo una docena de veces desde su huida de Leadgate: «Tercer ataque a una Gran Biblioteca: Fettering en llamas», proclamaba la primera plana. Debajo había una ilustración de una monstruosidad espinosa y deformada (la forma en que el periódico se imaginaba al malefactor) aullando frente a un infierno. El artículo seguía diciendo que habían muerto al menos dos docenas de personas en la aldea, algunas a manos del malefactor de clase nueve, otras en el incendio. El número la dejaba mareada. Por el mercado de Summershall de vez en cuando se pasaba algún comerciante de Fettering. Quizá conociera a alguna de las víctimas.

Cerca del final, había una cita del canciller Ashcroft: «En estos momentos, creemos que el saboteador es un agente extranjero que pretende socavar la fuerza de la magia de Austermeer. El Magisterium no se detendrá ante nada para capturar al culpable y

restaurar el orden en nuestro reino».

Arrugó el papel en la mano. El ataque había sucedido cuando ella estaba atrapada en su mansión. Había mentido a los periodistas mientras ella estaba encamada.

Se quedaba sin tiempo para detenerlo.

Sin embargo, la respuesta a su carta la había dejado a la deriva. Unas semanas antes, no se habría molestado con la carta, sino que se habría presentado en el Collegium y llamado a sus puertas hasta que alguien le hubiera respondido. Ahora sabía que, si lo hacía, la echarían o algo peor. Contaba con armarse con una carta del señor Hargrove para demostrar que era una persona a la que merecía la pena escuchar. La idea de aquella carta, de que alguien la resarciera al fin, era lo que la había ayudado a superar las noches frías y largas, y el acuciante dolor del hambre. Ahora, no tenía nada.

Bueno…, tampoco nada. Todavía tenía a Nathaniel. Pero, tras muchos días de búsqueda, no estaba más cerca de Hemlock Park. La ciudad era enorme; le daba la impresión de poder perderse en ella para siempre, cada vez más invisible para los demás, hasta quedar reducida a una sombra. Nadie había estado dispuesto a ayudarla. La mayoría ni siquiera se dignaba mirarla.

No sabía si Nathaniel sería distinto, pero, de todo Brassbridge, era la única persona en la que confiaba.

De repente, vio a un chico bajo y delgado a través de la multitud, y se paró en seco. Se quedó paralizada en la acera mientras los viandantes la esquivaban. No parecía posible. O la fiebre la hacía alucinar o Silas había aparecido de la nada como si acabara de invocarlo al pensar en el nombre de su señor. ¿Se habría equivocado?

Se giró en círculo, buscándolo con la vista. Entonces dio con una figura menuda y elegante caminando entre el bullicio de la tarde. El joven no vestía la librea verde de Silas, sino un traje a medida con un pañuelo impecablemente atado al pálido cuello. Sin embargo, aquel pelo blanco puro sujeto con una cinta no podía pertenecer a otro. No era una alucinación. Era real.

Vaciló, titubeante, y después cruzó corriendo la calle, dejando atrás el grito conmocionado de un conductor de carruaje que había estado a punto de atropellarla. Examinó la multitud cuando llegó a la acera, pero Silas ya no estaba a la vista. Corrió en la dirección a

la que se dirigía el demonio y se asomó a los escaparates por los que pasaba. Su reflejo sucio le devolvió la mirada, esquelético y desesperado, con ojos azules brillantes por la fiebre. Echó a correr e intentó no prestar atención al fuego que le ardía en los pulmones mientras urgía a su cuerpo a moverse más deprisa.

Allí. Un relámpago de pelo blanco más adelante, doblando una esquina. Se apresuró a seguirlo sin apenas fijarse en que los edificios que la rodeaban estaban cada vez más destartalados, en que había menos tráfico y en que los carruajes daban paso a carros llenos de basura y productos medio podridos. Aleros torcidos colgaban sobre la estrecha avenida, con cuerdas para tender vacías cruzadas entre ellos. Las esquinas húmedas y frías apestaban a orina. Silas llamaba mucho la atención con su traje caro, pero nadie le hizo ni caso. No ocurría lo mismo con Elisabeth.

—¿Adónde va con tanta prisa, señorita?

Le dio un vuelco el corazón. Mantuvo la vista fija al frente, como si no hubiera visto con el rabillo del ojo la cara lasciva del hombre. Pero el desconocido no se rindió, como ella esperaba. Una bota pisó cristales rotos detrás de ella y varias figuras salieron de las sombras de un edificio cercano.

—Eh, te he dicho que adonde vas. A lo mejor puedo ayudarte.

—Venga, sonríe un poco, que te estamos ayudando —sugirió otro hombre.

Silas le llevaba demasiada ventaja, no era más que una silueta detrás de un carro que pasaba por allí. Elisabeth intentó llamarlo. Aunque solo dejó escapar un sonido ronco y lamentable, se detuvo y empezó a darse la vuelta; uno de sus ojos amarillos captó el reflejo de la luz.

No estaba segura de si la había oído de verdad o de si su reacción era mera coincidencia. No tenía tiempo para averiguarlo.

—Silas —susurró, y echó a correr.

Sus tacones arañaban el suelo. Cuando los hombres se movieron para cortarle el paso, ella los esquivó en la calle principal y se metió en un callejón, donde tropezó con cajas y periódicos mojados. Las ratas salieron chillando hacia la otra calleja en la que se bifurcaba la calle y ella las siguió con la esperanza de que supieran dónde esconderse. Cuando las sombras profundas la envolvieron, las botas le resbalaron en algo viscoso. Un hedor pútrido flotaba en el aire y

algunos charcos de fluidos desconocidos brillaban sobre los adoquines, cubiertos de suciedad flotante. Había acabado en la parte de atrás de una carnicería. Respiraba con dificultad y dolorida, resollando.

—¡Por aquí! —gritó una voz.

Los hombres le pisaban los talones.

Elisabeth caminó dando traspiés hasta el final del callejón y dobló la esquina, pero se detuvo en seco al ver que no tenía salida. El edificio cuya parte trasera daba al callejón parecía abandonado. Tenía las ventanas tapiadas y la puerta, antes pintada de negro, estaba descascarillada y cerrada con un candado. Tiró del pomo, pero el candado no cedió.

Oyó pisadas en los charcos. No tenía sentido intentar no hacer ruido; sus perseguidores se fijarían en el callejón de al lado de un momento a otro. Impulsada por el terror, metió los dedos entre las tablas de madera que bloqueaban la puerta y tiró con todas sus fuerzas; cuando una de ellas cedió con un chirrido metálico de protesta, trastabilló. Se había quedado con la tabla en la mano y de los extremos sobresalían unos clavos doblados y oxidados.

Se había armado justo a tiempo. Un hombre apareció en la entrada del callejón, con los pantalones salpicados de sangre coagulada. Llevaba el pelo rapado y tenía costras en las mejillas demacradas. Su mirada le revolvió las tripas.

El hombre sonrió.

—Ahí estás, señorita. ¿Y esa sonrisa, eh?

—No te acerques —le advirtió ella—. Te haré daño.

No la escuchó. Con la sonrisa de dientes amarillos todavía en la cara, dio un paso adelante. Elisabeth se preparó y golpeó. La tabla le dio en el hombro y se le quedó allí clavada. El hombre aulló, cayó de rodillas y fue a quitarse el arma improvisada. Cuando ella se la arrancó, los clavos dejaron escapar un ruido húmedo asqueroso. Un arco de sangre salpicó la pared de ladrillo.

Sorprendida, la joven dio un paso atrás hasta que los omóplatos le chocaron contra la puerta. Había matado a un malefactor y luchado contra demonios, pero esto era distinto. Era una persona. Por muy malvado que fuera, no se desintegraría en una nube de ceniza ni regresaría al Altermundo si moría. Sus gemidos de dolor le palpitaban en los oídos y la mareaban.

Officium adusque mortem. ¿Era su deber luchar contra él, incluso arriesgarse a matarlo, si escapar de sus garras significaba salvar más vidas?

—¡Por aquí, idiotas! —rugió el hombre mientras se sujetaba con una mano la manga desgarrada y húmeda, y se levantaba usando la pared de apoyo. La sangre le brotaba entre los dedos y miró a Elisabeth con rabia—. ¡Y tened cuidado! Se ha buscado un arma.

No le llegó ninguna respuesta desde el patio trasero de la carnicería.

—¿Me habéis oído?

Un silencio sepulcral reinaba en el callejón.

—¡Dejad de hacer el tonto! —gritó.

Entonces se oyó un chapoteo lejano que procedía del otro lado de la esquina. Después, una voz suave y cortés dijo:

—No sea demasiado duro con sus amigos. Me temo que están indispuestos.

—¿Eso es una broma? —repuso el otro, que retrocedió cojeando para echar un vistazo. Palideció de golpe—. ¿Qué…, qué eres? —tartamudeó.

—Esa pregunta tiene difícil respuesta —contestó la voz susurrante—. Soy una criatura antigua. He destruido imperios y acudido al lecho de muerte de reyes. Hubo un tiempo en que naciones largo tiempo olvidadas guerrearon por obtener el secreto de mi verdadero nombre. —Suspiró—. Pero, en la actualidad, lo que soy es un ciudadano que se siente molesto. Mis planes de hoy no incluían pasearme por un callejón sórdido para despachar a un puñado de delincuentes de segunda. Y menos con un traje limpio. Y aún menos con unos zapatos nuevos.

Al hombre se le salían los ojos de las órbitas. Intentó huir, pero fue un error. Elisabeth no vio lo que sucedió cuando dobló la esquina y dejó de verlo, solo le llegó un grito ahogado seguido de un silencio tan absoluto que le pitaron los oídos.

Se deslizó por la puerta hasta el suelo y dejó caer la tabla manchada. Una tos le brotó de dentro y la sacudió como un conejo entre las fauces de un sabueso. Reprimió las lágrimas cuando Silas apareció en su campo visual. Tenía el mismo aspecto que en la calle, salvo por la salpicadura de sangre en la cara. Se sacó un pañuelo del bolsillo del pecho y se dio unos toquecitos para

limpiarse; después examinó la tela manchada, frunció los labios y la tiró.

—Señorita Escriba —dijo tras dedicarle una reverencia ínfima.

—Silas —jadeó ella—. Me alegro muchísimo de verte.

—Curioso. No es lo que suelen decirme en momentos como este.

—¿Qué suelen decirte?

—En general, lloran o se orinan encima. —La examinó—. ¿Qué está haciendo aquí? El señor Espinosa y yo suponíamos que ya estaría de vuelta en Summershall.

A Elisabeth no le quedaba energía para explicarle lo de Ashcroft y Leadgate. Tampoco estaba segura de si las lágrimas que le anegaban los ojos tenían que ver con lo fuerte que había estado tosiendo. Sabía que no debería sentirse aliviada de ver a Silas, que era malvado, un asesino, el peor enemigo de un alcaide. Sin embargo, él era un monstruo y no fingía ser otra cosa. En ese sentido, era más honrado que la mayoría de las personas que había conocido desde que saliera de la biblioteca.

—¿Has matado a esos hombres?

—Cuando se invoca a un demonio, hay que saber que después llega la muerte.

—Yo no he…

—Ha dicho mi nombre. Ha deseado que la salvara.

—Podrías haberlo dejado huir —dijo Elisabeth. Como Silas se limitó a mirarla, sin responder, añadió—: Supongo que ahora me dirás que eran malos, como la última vez.

—¿Eso haría que se sintiera mejor, señorita?

Sintió una punzada de horror sordo al darse cuenta de que así era. Y, una vez que se empezaba a pensar de ese modo, no sabía bien cuándo se podía parar. Se estremeció.

—No lo digas —susurró—. Silas, he visto cosas horribles. He…

El demonio se arrodilló delante de ella. Fue a tocarla y ella dio un respingo, pero solo pretendía ponerle una mano sin guante en la frente; la piel de Silas estaba tan fría que quemaba.

—No está bien —dijo con voz amable—. ¿Cuánto tiempo lleva con esta fiebre?

Como ella no respondió, por no estar segura, él empezó a desabrocharse la chaqueta. Elisabeth negó con la cabeza cuando hizo ademán de colocársela por encima.

—Te voy a ensuciar la ropa —protestó.

—No importa, señorita. Arriba.

La levantó del suelo con la misma facilidad que la última vez. Elisabeth se preguntó si aquello significaba que ya no se moriría de hambre, ni seguiría huyendo, ni dormiría bajo la lluvia; quizá pudiera dejar de luchar, aunque solo fuera durante un momento. Apoyó la cara en el pecho de Silas.

—Eres un monstruo de verdad, Silas —murmuró, medio perdida ya en un sueño—. Me alegro.

Si contestó, no oyó nada. Siguió flotando por el mundo como si la hubieran dejado en un bote salvavidas y la acunara un mar en calma. Lo siguiente que supo fue que Silas decía:

—No se duerma, señorita Escriba. Aguante un poco más. Ya casi hemos llegado.

Se percató, medio atontada, de que Silas la había metido en un carruaje, quizá hacía un buen rato. Le colgaba la cabeza. Parpadeó y consiguió enfocar la vista en la calle, al otro lado de las ventanas, por donde ya aparecían las majestuosas viviendas de Hemlock Park.

Se le caían los párpados y su mirada dio con las manos de Silas, que este tenía cruzadas sobre el regazo. Las uñas en las que acababan sus dedos blancos y largos estaban inmaculadas y cortadas a la perfección, además de lo bastante afiladas como para rajarle el cuello a cualquiera. Cuando la vio mirar, apretó los labios. Se puso de nuevo los guantes y, con ese gesto, desapareció toda prueba de sus zarpas.

No tardaron en llegar a la mansión de Nathaniel. Estaba construida en la intersección de dos calles en ángulo, de modo que presentaba una forma curiosa, como de cuña. Con su abundancia de gárgolas, tallas y pináculos de piedra, parecía un castillo aplastado hasta convertirlo en un triángulo siniestro de cinco plantas de altura. Cuando el carruaje se detuvo, Silas la sacó en brazos. Lo vio pagar al conductor, entre aturdida y fascinada. Era muy curioso ver a alguien tratarlo como a un caballero, no como a un demonio, ni siquiera como a un criado; el conductor se llevó la mano a la gorra en señal de respeto.

La puerta principal de la mansión tenía seis aldabas, cada una de tamaño, forma y metal diferentes. Cuando Silas abrió, llamó a la segunda placa, empezando por arriba. Aunque estaba hecha de

cobre macizo con motas de cardenillo, no hizo ruido; pero sí que sonó una campana en el interior de la casa. Elisabeth supuso que cada una de las aldabas correspondía a una planta, y que la sexta y más baja era la del sótano. Silas la alzó de nuevo en brazos y la llevó al interior.

Oyó pasos arriba. Nathaniel apareció en el rellano y bajó los escalones de dos en dos. Elisabeth lo miró. Solo vestía unos pantalones cómodos y una camisa blanca suelta que se hinchaba a su alrededor mientras bajaba descalzo por la escalera. Tenía el cabello negro tan desordenado que el mechón plateado apenas se veía. Nunca se lo había imaginado así, expuesto, normal; pero, claro, no podía pasarse toda la vida con su capa de magíster y su sonrisa cínica. Bajo todo aquello, seguía siendo un chico de dieciocho años.

Silas la ayudó a sentarse en uno de los sillones de cuero del vestíbulo. Estaba tan floja y débil como cuando Lorelei la embrujaba, ya que había gastado la fuerza que le quedaba defendiéndose en el callejón.

—¡Silas! —exclamó Nathaniel—. ¿Tienes mi…? ¡Puaj! ¿Qué es eso?

—Eso es Elisabeth Escriba, señor.

Nathaniel se puso rígido al mirarla. Las distintas emociones le recorrieron el rostro a tal velocidad que la joven no fue capaz de identificarlas. Durante un momento, prevaleció la conmoción. Recorrió con la mirada los moratones y la ropa sucia. Después, se encerró en sí mismo y endureció la expresión.

—Esto es una sorpresa —comentó en tono brusco antes de descender con calma los escalones que le quedaban—. ¿Por qué está aquí? Creía haberte dicho que…

Se calló y lanzó una mirada rápida a Elisabeth mientras apretaba los labios.

—Necesita un lugar en el que quedarse —dijo Silas.

—¿Y te ha parecido una idea excelente traerla justo aquí?

—Mírela. Está enferma. No tiene adonde ir. Cuando la encontré, la perseguían unos delincuentes.

Nathaniel abrió mucho los ojos, pero se recuperó al instante.

—Supongo que ahora te vas a dedicar a rescatar huérfanos y ayudar a las viudas ancianas a cruzar la calle. Esto es absurdo. —

Tenía los nudillos blancos de tanto apretar el pasamanos—. ¿Desde cuándo te preocupa el bienestar de un ser humano?

—No soy yo el que se preocupa —respondió Silas en voz baja.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Se preocupa por ella, señor, más de lo que le ha preocupado nada desde hace años. No intente negarlo —añadió cuando Nathaniel abrió la boca—. No hay otra razón que explique por qué deseaba con tanto fervor que se marchara.

Elisabeth no entendía lo que decía Silas, pero algo horrible pasó con la cara del magíster. Al darse cuenta, apartó la vista.

—Esto es una malísima idea —escupió—, y tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Lo sé mejor que nadie. —Silas cruzó el vestíbulo y supuso frente a él—. Mejor que usted, sin duda. Y, por tanto, puedo decir con certeza que aislarse en esta casa no va a librarlo del legado de su familia. Solo lo conducirá a la ruina.

Nathaniel torció el gesto.

—Podría ordenarte que te la llevaras.

Silas guardó silencio un momento. Cuando habló, lo hizo en un susurro:

—Sí. Según los términos de nuestro acuerdo, debo obedecer cualquier orden que me dé, por poco que me guste o por mal que me parezca.

Nathaniel dio un paso adelante. Al ser más alto, se alzaba sobre Silas que, en comparación, parecía muy pequeño, casi insustancial en mangas de camisa. El demonio bajó la mirada en señal de respeto. Aunque Elisabeth no discernió ningún cambio ni en su expresión ni en su postura, Silas, de repente, parecía tan antiguo, tan peligroso y tan espeluznantemente educado que un escalofrío le recorrió la espalda. Pero Nathaniel no parecía nada asustado.

—Silas —empezó a decir.

El demonio lo miró sin levantar la cabeza.

—Está pasando algo —lo interrumpió—. Algo importante. Lo percibo en el tejido entre los mundos, que se ondula hacia el exterior y proyecta su influencia en todas direcciones, y la señorita Escriba se ha interpuesto en su camino como una piedra. Su vida no se parece en nada a ninguna otra que haya conocido. A pesar de estar marcada por las sombras, arde con tanta intensidad que ciega.

Pero no es invencible, señor. Ningún humano lo es. Si no la ayuda, esta amenaza acabará con ella.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué amenaza?

—No lo sé. —Silas miró a Elisabeth—. Pero puede que ella sí.

Nathaniel se quedó inmóvil, salvo por el pecho, que le subía y bajaba en silencio, pero con una fuerza apasionada, como si acabara de correr un maratón e intentara disimular que se había quedado sin aliento. Tenía las mejillas sonrosadas.

—De acuerdo. Puede quedarse. —Giró sobre los talones mientras agitaba una mano—. Como ha sido idea tuya, tú te ocupas de ella. Estaré en mi estudio.

Elisabeth lo observó internarse de malas maneras en el laberinto oscuro de la mansión, con la espalda recta y expresión decidida… y vacilar un momento, a punto de girarse para mirarla. Pero no lo hizo. Eso fue lo último que vio la joven antes de que la oscuridad la reclamara y volviera a perderse.

Diecisiete

Elisabeth se agitó de nuevo bajo las suaves sábanas de la cama. Se quedó allí tumbada un momento, con la mente tan vacía como el cielo de verano, en una agradable semiinconsciencia, hasta que se despertó de golpe, con los nervios rebosantes de energía. Se sentó y se quitó las sábanas. El movimiento hizo repiquetear algo cercano.

Habían colocado una bandeja con el desayuno en la cama, a su lado, y lanzaba destellos a la luz del sol. Aromas tentadores a mantequilla derretida y salchicha caliente emanaban por debajo de los platos cubiertos. Se le hizo la boca agua y le gruñó el estómago. Quizá detener a Ashcroft pudiera esperar unos cuantos minutos más.

Fue a coger los cubiertos dispuestos sobre una servilleta doblada, pero vaciló. Tenía el vago recuerdo de que alguien la había lavado y cambiado antes de dormirla cepillándole el pelo con movimientos tranquilizadores. Se sonrojó, pero decidió darle las gracias a Silas, a pesar de su vergüenza. Había sido más delicado con ella que Hannah y, a esas alturas, estaba segura de que, cuando había expresado su falta de interés en el cuerpo humano, decía la verdad.

Mientras atacaba el desayuno, intentó encontrarle sentido a su situación. Por la hora del día, calculaba que debía de haber dormido casi veinticuatro horas. Se le había pasado la fiebre. Estaba de nuevo en el dormitorio lila, como la última vez. Llevaba puesto un camisón de seda negra de una talla casi correcta, así que

sospechaba que pertenecía a Nathaniel. Olía a jabón caro y desprendía un aroma curioso que, desconcertada, solo podía identificar como «de chico», lo que en principio no sonaba a nada bueno, pero lo era.

De pronto, fue consciente de algo: todas sus posesiones habían desaparecido. Ni siquiera tenía ropa limpia. El único artículo de la habitación que le pertenecía era la carta de Summershall, todavía doblada y colocada con discreción en la mesita de noche. Silas debía de habérsela sacado del bolsillo. ¿Cómo iba a luchar contra el canciller si él tenía tanto y ella, tan poco?

Alguien llamó a la puerta.

—Estoy despierta —dijo con la boca llena de hojaldre.

Esperaba que fuera Silas, pero fue Nathaniel el que entró, esta vez completamente vestido, envuelto en una tempestad protectora de seda esmeralda. Antes de poder decir algo, el magíster se acercó a la ventana y apoyó las manos en el alféizar. No parecía querer mirarla a la cara. De hecho, parecía querer decir lo que había ido a decir y salir de la habitación lo más deprisa posible.

Elisabeth terminó de masticar y tragó. El hojaldre se le atascó en la garganta, como una bola seca.

—Debería haber sabido que te meterías de cabeza en un lío en cuanto pudieras porque eres un peligro andante —dijo Nathaniel mirando hacia la ventana. Hablaba con premura, como si hubiera estado practicando delante del espejo—. Al parecer, el canciller no estaba a la altura de la tarea de protegerte. ¿Por qué no estás en Summershall? Da igual. Nos pondremos en contacto con el Collegium y ellos enviarán un carruaje a por ti. —Se puso en tensión y ladeó la cara—. ¿Qué es eso?

Elisabeth se le había acercado con la carta de Summershall en la mano. Él aceptó a regañadientes el papel. Sus dedos se rozaron y, sorprendida, la joven notó que el magíster tenía callos en la mano. Se apartó y se abrazó con fuerza, consciente de que llevaba la ropa de Nathaniel y poco más debajo.

Nathaniel frunció el ceño al leer la carta una, dos veces, y por fin la miró a los ojos con tanta intensidad que la hizo sentirse incómoda.

—No lo entiendo.

—El nuevo director no me quiere de vuelta. Me ha borrado de

los registros. —Se dejó caer en la cama—. Y tengo más cosas que contarte.

—¿Es sobre la amenaza que mencionó Silas?

—Creo que sí. Será mejor que te sientes.

El joven arqueó las cejas, pero llegó a una solución intermedia apoyándose en la pared, junto a la ventana. Elisabeth abrió la boca, después vaciló y apretó los ojos con fuerza. Las palabras le formaban nudos en el pecho. Empezar a hablar le costaba más de lo esperado. La habían traicionado tantas veces y tantas personas distintas que temía equivocarse también con él.

—No tienes que contármelo si no quieres —dijo el magíster; Elisabeth abrió los ojos de golpe y lo vio contemplarla con una expresión indescifrable—. No pasa nada. Sé… —Se pensó sus siguientes palabras—. Sé lo que se siente cuando no puedes contar algo. A nadie.

Ella sintió un alivio inmenso. «No es el canciller. No es como el médico ni como el alcaide Finch». Sin poder evitarlo, se echó a reír con voz ronca. Aquel sonido histérico le salió de golpe del cuerpo, al límite del sollozo, y las lágrimas se le acumularon en el rabillo del ojo. Intentó parar, pero no sirvió más que para empeorarlo; la risa se transformó en jadeos ahogados de puro pánico.

Esperaba que, como había ocurrido con los demás, Nathaniel la mirara como si estuviera loca, porque hasta ella tenía la sensación de haber perdido la cabeza, pero fue como…, como si doblara una esquina y se encontrara con su propia mirada en un espejo, durante esa fracción de segundo en la que la confundía con la de un desconocido. Fue una conmoción. Por el motivo que fuera, él la comprendía. Apartó la vista, por fin capaz de respirar hasta que se calmó. Él no dijo nada, se limitó a esperar.

—Debo contártelo —consiguió decir mientras cerraba los puños —. Es demasiado importante. Alguien tiene que saberlo, aparte de mí. —Respiró hondo de nuevo—. Empezó la primera noche, con el *Libro de ojos*, cuando bajé la escalera y olí la combustión etérea…

Cuanto más hablaba, más peso se quitaba de encima. Hasta ese momento, no había sido consciente de lo que le había supuesto cargar con todos aquellos secretos, ser la única persona que sabía lo de Ashcroft, siempre consciente de que, si le sucedía algo, la verdad desaparecería para siempre.

Nathaniel escuchó con atención, sin interrumpir, aunque se le ensombrecía el rostro cada vez más. Cuando llegó a la parte del hechizo que Ashcroft había usado con ella, la habitación se sumió en la oscuridad. Al principio, pensó que el sol había pasado por detrás de una nube, pero entonces vio las chispas de color esmeralda que bailaban alrededor de los dedos de Nathaniel mientras que una negrura propia de la medianoche se apoderaba del dormitorio.

Elisabeth se calló.

—¿Qué…? —empezó a decir el magíster, tan concentrado en ella que no se había dado cuenta de su propia reacción. Miró a su alrededor y palideció. La oscuridad se retiró—. Lo siento —consiguió articular—. No quería… —Se esforzó por recomponerse y después dijo sin alterarse—. Lo que te hizo el canciller, ese hechizo… No deberías haber sido capaz de recuperarte. Y no deberías haber sido capaz de ver la realidad que ocultaban sus ilusiones, tampoco, ni de resistirte al embrujo de su sirviente. Me da la impresión de que eres resistente a la influencia demoníaca, lo que, en realidad, explicaría mucho sobre todo lo que te ha sucedido desde lo del *Libro de ojos*. —Se pasó una mano por el pelo, distraído—. Pero es extraño. Nunca había oído hablar de nadie que… No importa. Sigue. ¿Por qué demonios estás sonriendo?

Elisabeth no estaba segura. El sol entraba de nuevo a través de la ventana. El mechón plateado de Nathaniel se había quedado de punta y estaba claro que él no se había dado cuenta. Y la creía. Por fin. Creía cada palabra que le había dicho. Bajó la vista para mirarse las rodillas y siguió hablando:

—Así que, como ves, tengo que ir lo antes posible al Collegium para contarles todo lo que he averiguado. Creo que el siguiente objetivo de Ashcroft es la Gran Biblioteca de Fairwater; después, la de Harrows. Está moviéndose en círculo alrededor del reino, saboteando la bibliotecas por orden. Puede que esté dejando la Biblioteca Real para el final. Pero el ataque a Harrows es especial para él, no sé por qué.

Nathaniel entornó los ojos.

—Las defensas de Harrows deberían ser impenetrables. Es más segura que la Biblioteca Real.

—Su antepasado construyó las grandes bibliotecas. Puede que

conozca una entrada secreta. —Elisabeth se mordió el labio—. Y hay dos grimorios de clase diez en su cámara acorazada. Si lo consigue…

Nathaniel se enderezó.

—Entiendo lo que dices.

—No pareces sorprendido por nada de lo que te he contado —dijo Elisabeth con mucho tiento—. Conoces a Ashcroft desde hace mucho tiempo y, aun así, me crees.

El magíster miró de nuevo por la ventana, aunque el ángulo le ocultaba el rostro.

—Me pasé todo el día de ayer pensando en lo que podría haberte sucedido y en las personas que podrían ser responsables. Ya no hay nada que me sorprenda. Además —añadió a toda prisa, resentido, antes de que la joven pudiera responder—, procuro no subestimar nunca las habilidades de un hechicero. Por buenos, amables o fiables que parezcan, he visto con mis propios ojos lo que son capaces de hacer.

Tenía los hombros y la espalda en tensión. Estaba claro que era un tema personal.

—Estás hablando de tu padre —dijo Elisabeth en voz baja, ya que todos los comentarios que había escuchado sobre Alistair empezaban a cobrar sentido.

Nathaniel se puso rígido. Guardó silencio un buen rato. Entonces, en un claro intento por cambiar de tema, dijo:

—Antes no confiabas en mí. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

Elisabeth se tiró del dobladillo del camisón.

—Al principio te temía. Ahora entiendo que me ayudaste. Y creo…

Él se volvió y arqueó una ceja, curioso.

—Creo que eres una buena persona —le soltó la joven—, aunque intentes fingir lo contrario.

Arqueó aún más la ceja.

—Así que esperas que te ayude a exponer a Ashcroft, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es lo correcto.

El magíster dejó escapar una carcajada incrédula. Sonaba casi dolorido, como si alguien le hubiese pegado.

—Dime, ¿tienes alguna prueba? ¿Un motivo? Ashcroft es el hombre más poderoso del reino y su reputación es tan impecable como la limpieza de las sábanas de la reina. Todo el mundo lo adora.

—Sé que está estudiando el *Codex Demonicum*. Lo que tenga dentro el libro nos explicará sus planes.

—Los hechiceros llevan siglos estudiando el *Codex* y no han encontrado nada que merezca la pena. —Negó con la cabeza—. Podrías plantearle tus acusaciones al Collegium o a la reina en persona y nadie te creería. Ashcroft conseguiría que te declarasen loca. Tiene un diagnóstico de un médico y, por lo que me cuentas, decenas de testigos de la alta sociedad. —Elisabeth empezó a retorcerse la tela del camisón. Nathaniel continuó hablando, implacable—: Sería tu palabra, la de una aprendiza de bibliotecaria desacreditada, contra las opiniones de las personas más respetadas de Austermeer.

—Pero si vinieras conmigo y les dijeras…

—No tengo nada que decir. Podría pasarme días enteros jurando que eres una persona honesta, pero el caso es que no he sido testigo de nada de lo que me has contado. Todo el mundo me vería cubriéndote de atenciones y, tras la debacle con la prensa, simplemente darían por sentado que te…

Se pasó de nuevo una mano por el pelo, aunque más brusco.

—¿Que tú qué?

El magíster hizo una mueca.

—Un consejo, Escriba: sea lo que sea lo que esté haciendo Ashcroft, déjalo estar. Ha acabado contigo, ahora estás a salvo. Averiguaré la forma de solucionar el tema con Summershall, y así podrás regresar a tu hogar y reanudar tu inocente vida rural.

—No. —Elisabeth se levantó de golpe—. No volveré hasta que lo haya detenido.

Nathaniel endureció el gesto.

—A veces, las personas mueren —gruñó— y no hay nada que podamos hacer para evitarlo.

—Yo las salvaré.

—Tú te unirás a ellas —le soltó el joven.

La furia se apoderó de Elisabeth. Le llenó el corazón, le crepitó sobre la piel y le erizó las raíces del cabello. Avanzó hacia Nathaniel

hasta quedar casi nariz contra nariz.

—¡Eso es mejor que no hacer nada! —le gritó.

Por un momento, no hubo respuesta. Se quedaron mirándose con rabia, sin diferencia de altura. La joven notó el aliento del magíster revolotearle por la cara. Cuando por fin habló, a Nathaniel le costaba controlar la voz:

—Te han atacado, invadido, atormentado y abandonado en la calle para que mueras de hambre. No tienes ninguna posibilidad. Si sigues por este camino, morirás. ¿Por qué no te rindes de una vez?

Ella lo miró. ¿Eso hacía la gente? ¿Rendirse y ya está? ¿Cuando en el mundo había tantas cosas que amar, por las que luchar?

—No puedo —dijo, apasionada—. Nunca podré.

Nathaniel entreabrió los labios para dar una respuesta que no llegó a brotar de ellos. Ella le miró la boca y no hizo falta más para que cambiara el aire entre ellos. Elisabeth notó las mejillas acaloradas al darse cuenta de lo cerca que estaban; Nathaniel abrió mucho los ojos, oscuras sus pupilas.

Después, dio un abrupto paso atrás, pivotó y se agarró al borde de la puerta. La joven se recuperó enseguida y la sujetó antes de que él pudiera cerrarla para separarlos.

—¿A qué se refería Silas cuando dijo que te preocupas por mí? —lo retó a contestar.

Un mechón de pelo ocultó el rostro del magíster a la vista, de modo que solo se le veía la forma de la mandíbula.

—Tú deberías saber mejor que nadie que no es buena idea escuchar a los demonios.

Tenía razón. ¿Qué pensaría la directora si la viera, dispuesta a aceptar refugio en la casa de un hechicero y su demonio? Conmocionada, relajó los dedos que sujetaban la puerta y se le escapó de las manos, pero Nathaniel no la cerró de golpe, como esperaba, sino con mucha suavidad. Mientras se alejaban sus pasos, Elisabeth se dejó caer hasta el suelo, con la espalda contra la puerta, y se apretó los ojos con los nudillos. Intentaba borrarse de la cabeza la imagen fantasmal de la directora.

Antes le resultaba muy sencillo distinguir el bien del mal. Los alcaides seguían un código muy básico: proteger al reino de la influencia demoníaca y no mezclarse nunca con la hechicería. Pero ¿qué hacer cuando el código se volvía contra sí mismo? De no haber

aceptado la ayuda de Silas, podría haber muerto y, con ella, también lo habría hecho la esperanza de desenmascarar a Ashcroft. Sin duda alguna, su deber consistía en lograr que se impartiera justicia, costara lo que costara.

La confusión le bullía dentro como una enfermedad. Quizá no fuera digna de ser alcaide y por eso pensaba esas cosas. Aun así, se negaba a dar media vuelta. Tenía que encontrar un ejemplar del *Codex*. Tenía que averiguar qué pretendía Ashcroft. Y no había mejor sitio para empezar su investigación que el hogar de un hechicero.

Dieciocho

La luz esmeralda se colaba por la rendija bajo la puerta, e iluminaba el polvo y las huellas de las tablas del suelo. En el pasillo, Elisabeth cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro. Se había pasado varias horas explorando la mansión. Tras asomarse a innumerables habitaciones sin usar, con sábanas sobre los muebles, se había encontrado aquella puerta escondida en una esquina de la primera planta. Nathaniel llevaba todo el día dentro, haciendo magia; de vez en cuando lo oía moverse o murmurar algún encantamiento. Había esperado toda la tarde, pero no salía. Empezaba a perder la paciencia.

Le echó un vistazo al pasillo y confirmó que la casa estaba tan vacía como siempre. Aparte de Silas, que parecía haber salido, no se había encontrado con ningún sirviente. Reunió valor y llamó a la puerta.

—Creía que no ibas a volver hasta la cena —dijo Nathaniel, tan tranquilo—. Venga, date prisa, entra. No me vendría mal tu opinión sobre… —Se volvió cuando se abrió la puerta y se le agrió el gesto —. Escriba.

Elisabeth no respondió, estaba demasiado ocupada mirando lo que la rodeaba, boquiabierta. La puerta no daba a una habitación, sino a un bosque. Nathaniel estaba en el centro de un claro musgoso con el suelo moteado por los haces de luz jade que atravesaban unos pinos colosales. Mariposas grandes como platos llanos se agrupaban sobre los troncos y extendían las alas, iridiscentes y

turquesas, mientras las notas líquidas del canto de los pájaros se mecían en el aire. El bosque parecía extenderse hasta el infinito, aunque el fondo estaba oscurecido por una niebla arremolinada que, de vez en cuando, se abría para desvelar atisbos de oscuridad, colinas lejanas y arroyos blancos de aguas turbulentas.

El humor de la joven mejoró en cuanto atravesó el umbral y pasó de un mundo al otro. Respiró el aroma a musgo aplastado y savia de pino, y alzó la mano para dejar que la luz verde se le filtrara entre los dedos.

Nathaniel la observó en silencio durante un momento. Entonces, esbozó una sonrisa amarga.

—No te emociones demasiado. No es real. ¿Ves? No es más que una ilusión que estoy preparando para el Baile Real.

Agitó una mano y el paisaje se emborronó como una acuarela húmeda al ponerla de lado. Parpadeó y vio que los helechos se disolvían en volutas de niebla verde; las mariposas desaparecieron de golpe, como pompas de jabón al estallar. El último árbol no tardó en desvanecerse y, en vez de un bosque, se encontró en la entrada de un estudio.

Sin embargo, aquella habitación no se parecía nada al estudio de Ashcroft; en realidad, no se parecía a ninguna habitación en la que hubiera estado. Era asombrosa. Apenas había hueco para pasar sin tirar algo. En todas las superficies había papeles en posición precaria, sujetos aquí y allá con instrumentos extraños de bronce y cristal. Un orbe enjoyado brillaba en una esquina de un atril de bronce y el esqueleto articulado de un pájaro enorme colgaba de unos cables sobre la cabeza de Nathaniel. El techo subía cinco plantas y acababa en un tragaluz que dejaba entrar los rayos del sol. Y en las estanterías, subiendo en espiral, donde solo se podía llegar con escaleras…

A Elisabeth se le iluminó el rostro.

—Grimorios —dijo, sin aliento, aún más contenta que antes.

Nathaniel puso cara rara.

—¿Te gusta este sitio?

—Por supuesto que me gusta. Tiene libros.

El joven se quedó donde estaba, no intentó detenerla, así que Elisabeth se subió a la escalera más cercana. Había localizado un título que le resultaba familiar y que guiñaba el oro para llamarle la

atención. Cuando fue a tocarlo, el libro se zafó de sus vecinos y se dejó caer en su mano, ansioso.

—¡Sabía que tenías que estar por aquí! —le dijo al lexicón. No lo había visto desde su llegada a Brassbridge—. No puedo creerme que el magíster te robara.

El grimorio se agitó, culpable. Elisabeth volvió la vista atrás hacia el caos, maravilloso y reluciente, del estudio. Desde esa posición privilegiada, veía llamas esmeralda bailando en la chimenea y, sobre ellas, un caldero de cristal del que emanaban volutas de vapor morado. No había calaveras ni patas de cuervo cortadas ni frascos con sangre. De hecho, el estudio parecía… agradable. Frunció el ceño, pensativa, y se giró hacia el lexicón.

—Supongo que estás mejor aquí que con Ashcroft —reconoció.

—¿Qué quieres? —le preguntó Nathaniel, que estaba detrás de ella—. Supongo que habrá algún motivo para imponerme tu presencia.

Ella se metió el lexicón bajo el brazo.

—Me gustaría pedirte un favor.

Él se dio media vuelta y empezó a rebuscar entre los papeles de su escritorio, lo que, en principio, solo parecía servir para desordenarlo más todavía.

—Creía que esta mañana te lo había dejado claro: no pienso ayudar a que te maten.

—Solo quiero tomar prestados algunos libros.

—¿Y este impulso tan sospechoso no tiene nada que ver con Ashcroft?

Elisabeth vio unos instrumentos de cristal de aspecto frágil dispuestos sobre una mesa cercana. Bajó de la escalera y fue hacia ellos.

—¿Qué son? Parecen fáciles de romper.

—No los toques —repuso él a toda prisa—. No… No toques eso tampoco —añadió cuando cambió de rumbo y se dirigió al orbe enjoyado. Como no le hizo caso, Nathaniel alzó las manos para indicar que se rendía—. ¡Vale! Haz lo que quieras, peligro andante. Puedes tomar prestados mis grimorios, siempre que mantengas las manos lejos de todo lo demás. Esa es la regla.

Elisabeth sonrió de oreja a oreja. Él la miró durante un segundo y después se apresuró a volver la cabeza hacia su escritorio.

—¿Qué pasa?

—Necesitas ropa nueva —dijo el magíster mientras fingía leer uno de los papeles. Ella sabía que fingía porque su papel estaba del revés—. A este ritmo, voy a quedarme sin pijamas. Encargaré la tarea a Silas, le encantan esas cosas. Prepárate para ir a la moda, Escriba, porque él no se conformará con menos.

Elisabeth se ruborizó. Se le había olvidado que todavía llevaba puesto el camisón de Nathaniel. Intentó quitarse de la cabeza el recuerdo de sus ojos negros y sus labios entreabiertos a pocos centímetros de los suyos.

—Por cómo hablas de Silas, confías plenamente en él, ¿verdad?

Por el motivo que fuera, el magíster se rio.

—Le confiaría mi vida.

Ella tardó un momento en captar el doble sentido de su respuesta y, cuando lo hizo, se le cayó el alma a los pies. Era fácil olvidar que había negociado con su vida a cambio del servicio de Silas. ¿Cuánta le había entregado? No era capaz de preguntárselo.

Dejó a un lado aquellos pensamientos tan inquietantes y se puso manos a la obra. Mientras él seguía con su trabajo, ella se subió a la escalera del estudio y sacó todos los grimorios que le resultaron prometedores. La luz, que entraba en un ángulo inclinado a través del tragaluz, se movía y cambiaba de intensidad. Pasaron varias horas, pero Elisabeth ni se dio cuenta. Estaba de vuelta al lugar al que pertenecía, rodeada de los susurros y el crujir de las hojas; del olor dulce y mohoso de los libros. De vez en cuando, miraba abajo para ver qué hacía Nathaniel y se lo encontraba examinando mariposas y flores conjuradas por la magia a través de la lente de una especie de lupa extraña. No le devolvió la mirada ni una vez. Sin embargo, de vez en cuando, al darle la espalda, le daba la sensación de que su mirada se posaba en ella, vacilante como el roce de las alas de una mariposa.

A última hora de la tarde salió tambaleándose del estudio con una pila de grimorios tan prodigiosa que tenía que asomar la cabeza detrás de ellos para ver por dónde iba. Subir tres plantas por la escalera hasta su dormitorio no le parecía buena idea, así que se llevó los libros a una habitación que había descubierto durante su exploración: un salón diminuto encajado en una rendija cálida y soleada de la mansión, con unos sillones rollizos dispuestos

alrededor de una chimenea en la que alguien había dejado un ramo de lavanda seca, aunque las flores estaban ya marrones y frágiles por culpa de la edad. Dejó los grimorios en la mesa de centro y estornudó por la nube de polvo que se levantó de su superficie.

Tras revisar el lexicón, había decidido centrarse en Aldous Prendergast, el autor del *Codex Demonicum*. Los libros que había seleccionado para empezar eran todos grimorios de clase uno y dos con apartados sobre historia del siglo XVI. Uno de ellos parecía muy prometedor: el *Manual completo de personajes históricos, nueva edición revisada*, de lady Primrose, que no dejaba de emitir tosecillas delicadas y femeninas desde la mesa polvorienta, y se negó a abrirse hasta que Elisabeth fue a pedirle prestados unos guantes de cabritillo a Nathaniel.

No obstante, llegado el anochecer, poca información había sacado de los grimorios. Leyó que Prendergast había dedicado su vida al estudio de los demonios y el Altermundo. Estaba obsesionado con su trabajo, hasta el punto de afirmar que había viajado al Altermundo, lo que, al parecer, supuso el principio de su pelea con Cornelius. Los dos eran amigos íntimos antes de que Prendergast escribiera el *Codex*. Poco después, Cornelius hizo que lo declararan loco y lo encerró en una torre, donde murió después de sumirse en un estado comatoso. Elisabeth era consciente de que Ashcroft había intentado librarse de ella de la misma forma. Con razón los aullidos psíquicos del volumen rebosaban furia y traición.

Pero ninguno de los grimorios contenía lo que de verdad necesitaba: una pista sobre el secreto que Prendergast podría haber escondido dentro del *Codex*… o, si no, dónde encontrar un ejemplar del texto para examinarlo.

Frustrada, dejó a un lado el grimorio y miró por las ventanas. Casi estaba ya demasiado oscuro para leer. Una penumbra azulada había caído sobre el salón y el tráfico de fuera empezaba a menguar. Siguió dándole vueltas a la cabeza mientas un carruaje pasaba junto a la mansión, reluciente de lluvia, con hojas amarillo chillón pegadas en el tejado. Hasta el momento, los ataques a las grandes bibliotecas se habían producido cada dos semanas. Eso significaba que apenas le quedaba una para desenmascarar a Ashcroft antes de que atacara la de Fairwater y menos de un mes antes de que fuera a por Harrows. Apenas había empezado y ya se

quedaba sin tiempo.

—Señorita Escriba. —Elisabeth dio un respingo. Silas estaba en la entrada de la habitación, con una bandeja de plata—. Me he tomado la libertad de traerle la cena, a no ser que prefiera pasar al comedor.

Elisabeth se apresuró a despejar una zona de la mesa de centro, sin prestar atención a los indignados resoplidos de protesta de lady Primrose.

—Así está bien. Gracias.

Miró a Silas mientras él dejaba la bandeja. Un poco antes se había asomado a la cocina y no había visto a nadie.

—¿Te encargas tú solo de cocinar?

—Sí, señorita. —Silas encendió la lámpara de aceite de la esquina antes de cerrar las cortinas. Resultaba extraño verlo realizar tareas tan mundanas. Su silueta, pálida y esbelta, parecía etérea en el crepúsculo, apenas humana—. He servido al señor Espinosa en todo lo que ha necesitado durante los últimos seis años.

«Hasta estoy comiendo lo que me prepara un demonio», pensó ella, consternada. Aun así, le debía la vida a Silas. No parecía correcto obligarlo a atenderla de ese modo.

—¿Te gustaría… comer conmigo?

Él guardó silencio un momento, con la cabeza ladeada.

—¿Quiere que lo haga?

Elisabeth vaciló, sin saber bien qué decir.

Silas la miró a través de las pestañas.

—No consumo comida humana, señorita, no sin un buen motivo. Para mí, solo sabe a ceniza y polvo. —Tiró de las cortinas para cerrarlas del todo. Antes de ello, la joven se fijó en que su aliento no nublaba el cristal—. Pero cenaré con usted si lo desea.

¿Lo había ofendido? Siempre le costaba saberlo.

—En tal caso, no te molestaré.

Él asintió y se dispuso a marcharse.

—Está muy bueno —soltó ella—. Nunca había comido tan bien como aquí, salvo en la mansión Ashcroft, y preferiría olvidarme de ello. Eres un cocinero excelente, aunque no tengo ni idea de cómo lo consigues si no te sabe bien nada.

Silas se paró en seco. Ella hizo una mueca al darse cuenta de la torpeza de sus palabras, pero el sirviente no parecía sentirse

insultado por aquel cumplido tan inapropiado. Si acaso, creyó detectar una pizca de satisfacción en sus rasgos de alabastro. El demonio asintió de nuevo, esta vez con una reverencia más pronunciada, y desapareció entre las sombras del pasillo.

Al día siguiente, entró en el salón con una segunda pila de libros y descubrió que, en su ausencia, habían desempolvado y abrillantado cada centímetro de la habitación, sacudido la alfombra y quitado las sábanas que cubrían el resto de los muebles; los paneles de cristal de las ventanas, que tenían forma de rombo, brillaban entre los parteluces. Un aroma dulce impregnaba la habitación; Elisabeth detectó que procedía del nuevo ramo de lavanda de la chimenea. Ni siquiera lady Primrose encontró nada que criticar y recurrió a olisquear unas cuantas veces, evasiva, antes de guardar silencio a regañadientes.

Elisabeth se pasó otra tarde leyendo, sin éxito. Dos días se convirtieron en tres y seguía igual de lejos de la respuesta. A veces, se distraía mientras subía entre las vigas del estudio de Nathaniel y se detenía a observarlo añadir algún ingrediente al caldero de cristal, del que seguía brotando humo morado, o conjurar una bandada de colibríes que volaban a su alrededor como relámpagos iridiscentes de color verde esmeralda. La luz cambiante que caía sobre ellos le delineaba los hombros y le dibujaba un halo sobre el pelo alborotado. A veces, cuando el sol calentaba más, se quitaba el chaleco y se remangaba la camisa. Entonces, ella le veía una cicatriz cruel que le rodeaba el interior del antebrazo derecho, más oscura allí que en el pasillo en penumbra de la posada.

Él seguía sin prestarle atención, pero, sorprendida, Elisabeth descubrió que no era un silencio incómodo. En muchos aspectos, era como estar de vuelta en Summershall, ocupándose de sus asuntos, tranquilamente, mientras otros bibliotecarios hacían lo mismo cerca de ella. No quería pararse a examinar aquel pensamiento con demasiada atención porque le parecía mal sentirse como en casa en el estudio de un hechicero.

Llegó su ropa, cortesía de Silas: un desfile de vestidos de seda en distintos tonos azul cerúleo, rosa y crema con rayas. Después de probárselos y maravillarse con la novedad de tener prendas con las

que no se le veían los tobillos, guardó el vestido azul en el fondo del armario, sintiéndose un poco culpable. El color ya no le recordaba al uniforme de un alcaide, sino al tiempo que había estado prisionera en la mansión Ashcroft. Tenía pesadillas desde entonces, en las que sus recuerdos de las últimas semanas se mezclaban entre ellos para formar horrores fantasmagóricos: se encontraba tirada en el suelo, embrujada por Lorelei, mientras Ashcroft derribaba a la directora ante sus ojos; o un cuidador de uniforme le rodeaba las piernas con correas de cuero mientras el señor Hob la observaba sin parpadear. Se despertaba empapada de sudor y tardaba horas en volver a dormirse.

Su primer avance tuvo lugar la tercera noche de investigación y sucedió por accidente. Estaba tomando notas en el salón cuando estalló una pelea entre lady Primrose y un clase dos llamado *Nobiliario de Throckmorton*, que había estado escupiéndoles tinta a los otros grimorios toda la tarde. Al final, lady Primrose llegó al límite de su paciencia y el salón se transformó en un derviche de polvo volador y páginas en movimiento; entonces, Throckmorton se metió bajo un armario, desesperado por alejarse lo más posible de la vengativa lady Primrose, que emitía un chillido agudo, como un hervidor de agua.

—La verdad es que no me das pena —dijo Elisabeth, seria, cuando se agachó a cuatro patas para sacar a Throckmorton del mueble, como si fuera un gato travieso—. Ya deberías saber que no es buena idea fastidiar a los demás grimorios.

Entonces lo vio: un objeto metálico metido detrás del armario, solo visible por el ángulo en el que la luz del sol incidía sobre él. Fuera lo que fuera, parecía haberse caído allí, atrapado contra la pared, y haberse perdido. Elisabeth fue a cogerlo y, al instante, tuvo que retirar los dedos. El objeto estaba helado. Se envolvió la mano en la falda y lo intentó de nuevo; esta vez sí consiguió sacarlo a la vista, con mucho cuidado.

Era un espejito de mano con un marco de plata adornado con elaboradas volutas y espirales. Pero no se trataba de un espejo normal. Del marco colgaban carámbanos y una capa de escarcha nublaba el cristal. Al mirarlo más de cerca, no vio ni rastro de su reflejo. Unas imágenes fantasmales y desconocidas fluían por la superficie y se movían bajo la escarcha.

Primero, el espejo le mostró un salón vacío de una casa que no había visto nunca, con los colores reducidos a pálidas imitaciones de sí mismos por culpa del hielo. Contuvo el aliento cuando una criatura muerta de risa cruzó corriendo el salón, perseguida por una niñera. Entonces, la imagen cambió y le mostró un despacho en el que un hombre estaba sentado firmando papeles, y cambió de nuevo para enseñarle una salita en la que una mujer tocaba el piano mientras otra bordaba. Elisabeth se quedó mirándolas, fascinada. Eran personas reales. A juzgar por el ángulo, estaba viendo a través de los espejos de sus habitaciones.

Sostuvo el espejo cerca de su cara. Cada vez que exhalaba, su aliento empañaba el hielo, así que no tardó en tener un punto limpio derretido en el centro, lo que le dio un baño de color a las imágenes. Las notas tintineantes del piano llenaron el salón, como si estuvieran tocándolo detrás de una puerta cerrada de la casa de Nathaniel, a unas cuantas habitaciones de distancia. Elisabeth sintió el dolor de la soledad en el corazón.

—Ojalá me enseñaras a alguien conocido —le susurró al cristal —. Ojalá me enseñaras a mi amiga Katrien.

La música del piano paró. La mujer frunció el ceño y levantó la vista para mirar a Elisabeth. Abrió mucho los ojos, chilló y huyó del taburete. Elisabeth no fue testigo del resto. Todavía estaba procesando el hecho de que la mujer pudiera verla cuando la imagen cambió de nuevo. Esta vez, le enseñó su habitación de Summershall.

Su habitación, que también era la de Katrien. Su amiga estaba sentada en la cama, hojeando un fajo de papeles garabateados. Había trozos de papel arrugados por toda la vieja colcha de Elisabeth y alrededor de la habitación, como bancos de nieve. Algunos estaban sobre la cómoda, contra el espejo, escritos con una letra ilegible adrede. Estaba claro que tramaba algo.

Se le formó un nudo en la garganta. El espejo le tembló en la mano. No esperaba que obedeciera su petición. Si el Collegium descubría que había usado un artefacto mágico, no le permitirían volver a entrar en una Gran Biblioteca. No solo eso, no sabía cómo funcionaba el espejo, ni de dónde sacaba su magia; podía ser peligroso. Debía dejarlo donde lo había encontrado y no tocarlo nunca más.

Pero era Katrien, la Katrien de verdad, justo delante de ella. Y no tenía la fuerza de voluntad suficiente para darle la espalda.

—Katrien —susurró.

La joven se enderezó de golpe y se giró en redondo.

—¡Elisabeth! —exclamó, y corrió a la cómoda; su rostro ocupó todo el espejo—. ¿Qué está pasando? ¿Estás prisionera? —Hizo una pausa para observar lo que la rodeaba—. ¿Dónde estás?

—Tengo que contarte muchas cosas. ¡Espera! ¡No te vayas!

—¡No me voy a ninguna parte! Pero, Elisabeth, te estás disipando… Te has vuelto transparente.

La escarcha se extendía de nuevo. Exhaló otra vez sobre el espejo, pero no sirvió de nada. Ahora, la escarcha no retrocedió. Mientras intentaba dar con una solución, se le ocurrió otra idea: en la Gran Biblioteca, Katrien tenía acceso a recursos con los que Elisabeth no contaba.

—Necesito tu ayuda —dijo a través del círculo que se cerraba rápidamente—. No tengo tiempo para explicártelo, pero es importante.

—Lo que sea —respondió Katrien, muy seria.

—Hay un grimorio llamado *Codex Demonicum*. Creo que es un clase cinco o seis. Tengo que averiguar dónde hay algún ejemplar…

La última parte de la escarcha se cristalizó y la superficie del espejo se volvió de un blanco lechoso. Elisabeth no sabía si Katrien la había oído. Se echó hacia atrás y cerró los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas de frustración.

Mantuvo cerca el espejo durante el resto del día, oculto debajo de los cojines del sillón, y lo comprobó periódicamente. Pero parecía haber agotado su magia. No le enseñaba nada más que un óvalo blanco vacío. Se quedó despierta toda la noche, contemplando una franja de luz de luna viajar por el techo mientras se preguntaba qué podía hacer. El espejo estaba sobre la manta, a su lado, y su frío helado le ponía la piel de los brazos de gallina. Katrien parecía estar al alcance de la mano y, al mismo tiempo, más lejos que nunca.

«A lo mejor debería hablar con Nathaniel —pensó—. Él sabrá si existe alguna forma de restaurar su magia».

Descartó de inmediato la idea. Nathaniel parecía dispuesto a tolerar sus esfuerzos por desenmascarar a Ashcroft, pero con la

condición de no involucrarlo a él de ninguna manera. Podría quitarle el espejo, sobre todo si resultara ser peligroso o si temiera que ella pudiera romperlo. Era mejor esperar a ver si la magia regresaba por sí sola.

En cuanto a Nathaniel… Seguía sin entenderlo. No era desagradable con ella, pero tampoco le gustaba tenerla por allí. Su llegada lo había molestado, por la razón que fuera, como ya le había quedado claro tras la discusión del magíster con Silas. Nunca comían juntos y él solo le hablaba si no le quedaba más remedio. Cuando estaban en su estudio, la evitaba en todo momento.

Quizá fuera para no dar lugar a malentendidos. Puede que no le interesaran las mujeres, como habían sugerido las damas durante la cena en la mansión Ashcroft, o puede que fuera como Katrien, a la que no le interesaban en absoluto los asuntos románticos. Cualquiera de las dos razones explicaría por qué nunca había cortejado a nadie. Sin embargo, no había interpretado mal la forma en la que se le habían ensombrecido los ojos aquella mañana, ni la tensión del ambiente entre ambos.

Se volvió bajo las sábanas, inquieta. Se imaginó recorriendo el pasillo en camisón y llamando a la puerta del dormitorio de Nathaniel. Se lo imaginó respondiendo a oscuras, con el pelo alborotado por la almohada y el camisón desatado por delante. Cuando por fin se durmió, fue con el recuerdo de lo suave que le había parecido su pelo en Summershall y de la piel basta de sus dedos cuando le había tocado la mano.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue sentarse y coger el espejo, con el pelo cayéndole alrededor como una cortina enredada. La magia había regresado. Las imágenes se movían de nuevo bajo la escarcha. Pero, antes de poder invocar a Katrien, alguien llamó a la puerta. Metió el espejo debajo de la manta y contuvo el aliento.

Silas entró con el desayuno. La recorrió con la mirada, pero, si notó algo raro, no dijo nada. Elisabeth le dio las gracias a toda prisa mientras él dejaba la bandeja y, al darse cuenta de que el agradecimiento había sonado algo peculiar, cogió un pastel y se lo metió en la boca entero. Silas no se sorprendió de su actuación, sino

que se limitó a inclinar la cabeza y marcharse sin comentar nada. Elisabeth esperó unos minutos que se le hicieron eternos después de que se fuera, convencida de que sus sentidos eran más agudos que los de un ser humano. Después corrió a recuperar el espejo sin hacer caso del frío del metal helado.

—Enséñame a Katrien —le ordenó, y aclaró el cristal con su vaho.

La imagen del espejo empezó a dar vueltas. Katrien estaba tirada boca abajo en la cama, medio enterrada en bolas de papel. Después de que dijera su nombre varias veces, se despertó con un ronquido y rodó por la cama hasta caerse al suelo. Elisabeth hizo una mueca al oír el golpetazo en la alfombra.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Katrien se acercó dando tumbos al espejo, con los ojos entornados para protegerlos del sol de la mañana.

—Te iba a preguntar lo mismo, pero veo que estás desayunando en la cama.

—Estoy a salvo, por ahora. —Elisabeth vaciló—. Katrien, estás…

Pálida. Agotada. Exhausta. Se maldijo por no haberse dado cuenta el día anterior. Las bolsas bajo los ojos de su amiga y el tono grisáceo de su tez oscura se debían a algo más que una única noche sin dormir.

Su amiga volvió la vista atrás, hacia la puerta, y se calló un momento, como para asegurarse de que no hubiera nadie fuera.

—El director Finch dirige este sitio como si fuera una prisión —confesó bajando la voz—. Los alcaides hacen inspecciones aleatorias cada pocos días. Ha doblado la cantidad de trabajo de los aprendices y nos mete en el calabozo si no lo terminamos todo. —Se restregó la muñeca, donde Elisabeth atisbo las marcas hinchadas dejadas por la vara—. Si te parece que yo tengo mala cara, deberías ver a Stefan. Pero no te preocupes. Esto no durará mucho más.

—¿A qué te refieres?

—Te lo contaría, pero temo que volvamos a quedarnos sin tiempo. Confía en mí. Tengo la situación bajo control. —Se acercó más al espejo—. Bueno, anoche conseguí echarles un vistazo a los registros.

Elisabeth se sentó más recta.

—¿Lo has encontrado?

Katrien asintió.

—Solo se escribieron dos ejemplares del *Codex Demonicum*. Uno desapareció hace cientos de años y el otro está guardado en alguna parte de la Biblioteca Real.

—Así que Ashcroft debe de tener el ejemplar desaparecido…

Dejó la frase en el aire y se concentró. Gracias a Silas, sabía que la Biblioteca Real era uno de los edificios con chapitel que daban al río, a un paseo corto de Hemlock Park.

—Elisabeth —dijo Katrien.

Cuando levantó la mirada, vio que la escarcha se arrastraba por el espejo y se tragaba la cara de Katrien. Se le formó un nudo en la garganta.

—En la Biblioteca Real solo pueden entrar los hechiceros —dijo enseguida—. Y los eruditos, si tienen permiso del Collegium… Pero necesitan credenciales. Tengo que averiguar la forma de entrar.

—Fácil: busca trabajo como criada —contestó Katrien.

—Pero nunca dejarán que una criada examine un grimorio.

—Claro que no te dejarán. Pero ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

Elisabeth negó con la cabeza, aunque se le había quedado la boca seca. Lo cierto era que sabía lo que le iba a decir Katrien y no quería escucharlo.

—Sé que no te gusta, pero no hay otro modo. —La voz de su amiga se apagaba deprisa—. Tienes que averiguar en qué parte de la biblioteca se guarda el *Codex*. Tienes que entrar allí —añadió— y después tienes que robarlo.

Diecinueve

Encontrar trabajo en la Biblioteca Real fue menos complicado de lo que se imaginaba. Resultó que una de las doncellas se había despedido aquella misma mañana, después de que un piojo de los libros gigantesco le correteara por la pierna, y la Biblioteca Real necesitaba una sustituta de inmediato. Elisabeth le demostró al encargado que era la candidata idónea al levantar un extremo de uno de los armarios de su despacho, descubrir debajo un piojo y aplastarlo de un pisotón, para enorme regocijo de un joven aprendiz que pasaba por allí. Después se sentó frente al escritorio del encargado y respondió a varias preguntas sobre el trabajo, como que si era capaz de correr deprisa y si daba mucho valor a conservar todos los dedos. El encargado se quedó muy impresionado al ver que a ella aquellas preguntas le parecían muy razonables. Según le explicó, la mayoría de los entrevistados se levantaban y se iban.

—Pero esto es una biblioteca —contestó ella, sorprendida—. ¿Qué se creen? ¿Que los libros no van a intentarles morderles los dedos?

Después de la entrevista con el encargado, tuvo que reunirse con la subdirectora, Petronella Wick.

Elisabeth nunca había oído hablar de una subdirectora, pero suponía que la Biblioteca Real era lo bastante grande como para necesitar una. En cuanto entró en el despacho comprendió que estaba en presencia de una persona de suma importancia. La señora

Wick vestía la túnica índigo de una bibliotecaria de rango superior y condecorada, bien cerrada a la altura del cuello con la llave y la pluma doradas. Aunque el cabello había adquirido un tono gris con la edad, eso no le restaba elegancia al ingenioso recogido de sus trenzas. Tenía la piel marrón oscuro y, en contraste, sus ojos blancos parecían casi opalescentes, y su postura era tan impecable que la falta de garbo de Elisabeth era como una tercera presencia en la habitación, o eso sentía ella. Estaba segura de que la señora Wick también lo sentía, aunque su ceguera resultaba evidente.

—Puede que te preguntes por qué te han traído ante mí —dijo Wick sin más preámbulos—. Aquí, en la Biblioteca Real, hasta el puesto de doncella conlleva una gran responsabilidad. No podemos dejar que cualquiera entre en nuestras salas.

—Sí, señora Wick —respondió Elisabeth, que estaba petrificada en su asiento.

—Además, se trata de un trabajo peligroso. Durante el tiempo que he servido como subdirectora, han muerto varios sirvientes. Otros han perdido extremidades o sentidos, y algunos incluso el juicio. Así que debo preguntártelo: ¿por qué quieres trabajar en una Gran Biblioteca, precisamente?

—Porque… —Elisabeth tragó saliva y decidió ser lo más sincera posible—. Porque este es mi sitio —le soltó—. Porque debo encontrar algo y eso solo puedo hacerlo aquí, entre los libros.

—¿Qué deseas encontrar?

Esta vez respondió sin vacilar:

—La verdad.

La señora Wick guardó silencio un buen rato, lo bastante para que Elisabeth se convenciera de que iba a rechazarla. Era como si le estuviera examinando hasta el alma; como si la subdirectora pudiera percibir sus verdaderas intenciones y, en cualquier momento, fuera a llamar a un alcaide para que la detuviera allí mismo. Pero, entonces, la señora se levantó de su asiento y dijo:

—Muy bien. Ven conmigo. Antes de que comiences tu formación, debes visitar la armería.

Salieron de las oficinas y recorrieron juntas un pasillo con columnas; sus pasos arrancaban ecos del alto techo abovedado. En los nichos de las paredes había urnas de cristal reforzado que proyectaban luces extrañas de distintos colores sobre las baldosas.

En las vitrinas no había grimorios, sino artefactos mágicos: una calavera que irradiaba luz esmeralda; un cáliz lleno de cielo nocturno; una espada con campanillas enroscadas en el pomo. Las flores se abrían, morían y volvían a abrirse ante Elisabeth, y los pétalos caídos se desintegraban hasta desaparecer. Se obligó a no frenar el paso, muy consciente de la mano que la señora Wick le apoyaba en el hombro. Sin embargo, al pasar junto a la siguiente urna, se detuvo en seco, sorprendida.

Dentro había un espejo helado con unos carámbanos tan largos que se habían fundido para formar un pedestal traslúcido. Los cristales escarchados se arremolinaban alrededor del espejo como si una ventisca aullara dentro de la vitrina.

—Estamos en el Salón de las Artes Prohibidas —explicó la señora Wick—. Todos los objetos de este lugar se prohibieron hace ciento cincuenta años, en las Reformas. Son reliquias de una era pasada, conservadas para recordarnos cómo eran antes las cosas. —Se acercó a la vitrina y alargó una mano. Recorrió la placa con los dedos. Al cabo de un momento, Elisabeth comprendió que estaba leyendo con los dedos las palabras grabadas—. Es un espejo mágico —dijo tras apartar la mano—, creado por los hechiceros de la antigüedad. Con él se podía ver a través de cualquier espejo de este mundo. Se cree que es el último de su clase. El resto se confiscaron y destruyeron, y ya nadie sabe cómo fabricarlos.

Elisabeth se acercó un poco más.

—¿Es peligroso?

—El conocimiento siempre puede ser peligroso. Es un arma más poderosa que cualquier espada o hechizo.

—Pero el espejo es mágico. Hechicería. —Elisabeth sabía que no debía decir más, pero anhelaba respuestas, no solo sobre el espejo, sino sobre el cambio que estaba teniendo lugar dentro de su corazón—. ¿Eso no lo convierte en malvado por definición?

La señora Wick volvió la cabeza hacia ella y Elisabeth se arrepintió de haberlo preguntado. No obstante, la subdirectora se limitó a ponerle una mano en el hombro e indicarle que siguiera andando; la seguridad con la que se movía dejaba claro que era capaz de recorrer sola el salón. En realidad, era ella la que guiaba a la joven a través de aquel lugar tan peligroso, no al revés.

—Es lo que dirían algunos —respondió—. Pero siempre hay más

de una forma de ver el mundo. Los que afirman lo contrario, preferirían que moraras para siempre en la oscuridad.

La armería se encontraba al final del Salón de las Artes Prohibidas, protegida por dos estatuas que sostenían sus lanzas cruzadas frente a las puertas reforzadas con hierro. La señora Wick les enseñó el broche del Collegium y las estatuas apartaron las lanzas. Las puertas se abrieron con un gruñido, sin que nadie las tocara.

Elisabeth lo contempló todo, asombrada. Los rayos de sol que entraban por arriba iluminaban capas, espadas y contenedores, e incluso las armaduras arcaicas que se encontraban en posición de firmes junto a las columnas, abrillantadas a la perfección. En el fondo había una hilera de estatuas que, al parecer, habían usado para entrenar con las armas; les faltaban algunos pedazos y tenían cara de cansancio. Solo había una persona en la habitación. Un muchacho estaba junto a una mesa de caballete cerca del centro de la sala, echando cucharadas de sal en el centro de unos trozos de tela. El producto final eran unas bolsitas redondas, como monederos, atadas con cordel. Las miró al entrar y esbozó una sonrisa al ver a Elisabeth.

—Buenas tardes, Parsifal —dijo la señora Wick—. Elisabeth, el bibliotecario menor Parsifal se asegurará de que estés equipada para el trabajo.

—Hola —la saludó Parsifal.

A Elisabeth le cayó bien de inmediato. Parecía rondar los diecinueve años y tenía una barriga rolliza debajo de la túnica celeste y el cinturón. También tenía un rostro agradable y una corta mata de pelo rubio con algunos mechones de punta.

Cuando se fue la subdirectora, Parsifal recorrió la armería recogiendo objetos para Elisabeth y colocándolos en una zona vacía de la mesa: un cinturón de cuero repleto de trabillas y bolsillos, y una capa blanca de lana que llevaba detrás la marca de la llave y la pluma, y que por dentro estaba forrada con una ligera capa de cota de malla.

—No tenía ni idea de que vestiría algo así —dijo ella mientras tocaba la capa con mucho respeto.

—Aquí hasta los sirvientes llevan uniforme —contestó Parsifal, orgulloso—. Aunque, por supuesto, es sobre todo por necesidad. Si

vas a trabajar en la Biblioteca Real, necesitas llevar hierro encima, y más estos días, con todo lo que está pasando. Vale, esto son balas de sal —dijo, y le enseñó cómo colgar los saquitos de sal en el cinturón y que la tela era tan fina que estallaba al lanzarla contra las baldosas, de modo que soltaba una explosión de sal por el aire—. Si alguna vez estás en peligro, puedes usarlas para ganar tiempo, huir y avisar a un alcaide.

—¿A mí también me darán una granllave? —preguntó, esperanzada, cuando vio las dos que colgaban del llavero de Parsifal.

Los bibliotecarios se ganaban la segunda cuando pasaban de aprendices a bibliotecarios menores. Él la miró como disculpándose.

—Me temo que no. Por razones de seguridad y todo eso. Tienes que llamar a la puerta de personal al inicio de tu turno y alguien te dejará entrar… —Frunció el ceño, pensativo, mirando por encima del hombro de la joven—. Oye, ¿ese gato es tuyo?

Elisabeth se volvió, desconcertada. Había un gato blanco y peludo sentado en el suelo detrás de ella que los miraba con unos ojos de color amarillo. Era bastante pequeño para ser un gato adulto; podía ser un gatito, pensó, o quizá un espécimen chiquitín. Y era extraño, con aquellos ojos amarillos que le resultaban tan familiares…

Se le paró un momento el corazón.

—Sí —respondió con voz ahogada, ya que no veía otra opción —. Es mi… gato.

—No pasa nada —le aseguró Parsifal—. Los gatos son bienvenidos en la Biblioteca Real. Cazan piojos de los libros y saben que no deben acercarse a los grimorios. Puede que tenerlo cerca te ayude a estar a salvo, porque se les da bien percibir la magia. —Horrorizada, vio que se acercaba a Silas, lo recogía del suelo y lo sostenía a la altura de los ojos—. ¡Eres un gato muy mono! ¿Eres chico o chica?

—Es chico —se apresuró a contestar ella cuando Parsifal estaba a punto de agachar la cabeza para comprobarlo—. Se llama…, eeeh… —Tragó saliva—. *Señor Peludete*.

Colgado de las manos de Parsifal, Silas le lanzó una mirada de reproche absoluto. Parsifal sonrió de oreja a oreja.

—Qué mono —repitió—. Bueno, te lo devuelvo —le dijo a

Elisabeth mientras le pasaba a Silas—. Te enseñaré un poco todo esto, pero todavía no te preocupes por aprendértelo todo. Tendrás tiempo de sobra durante la formación. Para empezar, esto es el ala noreste, donde están las oficinas…

Elisabeth se quedó un poco atrás mientas Parsifal parloteaba y miró al demonio que llevaba en brazos. El color rosado del hocico y las almohadillas contrastaba con el pelo blanco nieve. Y tenía mucho pelo. Sintió el alarmante impulso de restregar la cara por su barriguita, como si fuera un gato de verdad y no una criatura vetusta e inmortal.

—¿Te ha enviado Nathaniel para asegurarse de que no me metiera en líos? —susurró. Silas parpadeó despacio, lo que parecía querer decir que sí. Ella frunció el ceño—. Ashcroft no me va a pillar. En Summershall me pasé dieciséis años sin ver a un hechicero, no voy a cruzarme con uno ahora. Y, en cualquier caso, llevo una capucha.

—Miau —respondió Silas.

Incluso su maullido era adorable. Elisabeth se estremeció y lo dejó en el suelo. El demonio trotó tras ellos meneando la esponjosa colita.

Parsifal la condujo por el resto del ala noreste, más allá de las salas de lectura, hasta entrar en el patio central, dentro del cual cabía entera la Gran Biblioteca de Summershall. Era un espacia octogonal colosal del que partían las cuatro alas bajo unos arcos adornados con volutas de bronce y ángeles. El techo abovedado era una vidriera policromada de color azul intenso, salpicada de constelaciones. Una elegante escalera de mármol ascendía a los niveles superiores, donde los estantes llegaban cada vez más arriba hasta perderse en la bruma índigo de la bóveda. Los bibliotecarios recorrían con aire apresurado el suelo de mármol a cuadros y su cargo se distinguía no solo por el número de llaves de su llavero, sino también por el tono de la túnica, que iba del celeste al azul marino.

Mientras Parsifal seguía parloteando, ella cerró los ojos y dejó que el eco de los murmullos de papel de los grimorios la llenara. No se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que echaba de menos estar en una Gran Biblioteca, como si algo dentro de ella se hubiera desplazado al salir de Summershall y ahora hubiera vuelto

a encajar en su sitio. Estaba en casa.

Se aferró a esa sensación cuando Parsifal le enseñó las estatuas que movían escaleras siguiendo órdenes, el mapa de la biblioteca compuesto de azulejos, en el centro del patio, y los tubos neumáticos ocultos detrás de las estanterías, que llevaban mensajes a toda velocidad de un lado a otro del edificio. Mientras lo hacía, le explicó también lo que cabía esperar al trabajar junto a grimorios.

—Lo estás entendiendo todo muy deprisa —dijo, impresionado —. Qué pena que no seas huérfana. Ay, eso ha sonado mal. Me refería a que habrías sido una aprendiza excelente.

El cumplido fue como un mazazo. Por un momento, se sintió desorientada, como si la hubieran sacado de su cuerpo. Cuando los demás la miraban ahora, no veían a una aprendiza de bibliotecaria y, sin duda, no veían a una futura alcaide. Puede que estuvieran en lo cierto. Después de usar un artefacto mágico prohibido y conspirar para robar un grimorio de la Biblioteca Real, puede que ni siquiera bastara con detener a Ashcroft para recuperar su puesto. ¿Era esa sombra de su antigua vida lo único que le quedaba?

—Gracias —respondió mirando al suelo para que Parsifal no le viera la cara.

Por suerte, no se dio cuenta de que algo fuera mal mientras la llevaba hacia la entrada del ala noroeste. Al acercarse, Elisabeth tuvo un mal presagio que le puso la piel de gallina. Las figuras angelicales talladas en el arco tenían calaveras bajo las capuchas y la entrada estaba protegida por un cordón de terciopelo. Más allá del cordón, las sombras cubrían el ala. Una densa niebla se derramaba por el suelo, y unos murmullos y susurros graves bajaban por el pasillo y reverberaban en la piedra. Parecían proceder del otro lado de una puerta de hierro que surgía de la oscuridad y alcanzaba unos tres metros y medio, rodeada de jirones de bruma. Apenas oyó a Parsifal explicarle que en esa ala estaba la entrada a la cámara acorazada.

—Pero ¿qué es esa puerta? —preguntó.

—Es la entrada a los archivos restringidos. Los grimorios del otro lado son casi tan peligrosos como los de la cámara, aunque no del todo. No te preocupes, no te asignarán al ala noroeste. Ahora, si nos damos prisa y subimos por el chapitel sur, puede que lleguemos a tiempo de ver a los alcaides entrenando en el patio.

Cuando se volvieron para marcharse, Silas se quedó mirando las sombras del ala, con ojos relucientes, y Elisabeth se preguntó qué veía él que ella no.

Aquella noche, cuando regresó a la casa de Nathaniel, estaba tan cansada que cenó y se fue directa a la cama. A la mañana siguiente, se levantó temprano y caminó los quince minutos que separaban Hemlock Park de la Biblioteca Real, con Silas detrás como un fantasma con forma de gato a la penumbra antelucana. Era poco probable que Ashcroft pasara por allí en su carruaje, pero, por si acaso, procuró no utilizar la calle principal y seguir una ruta enrevesada a través de caminos peatonales bordeados de setos y un trecho de parque arbolado. Solo se cruzó con sirvientes que recogían hierbas aromáticas para el desayuno en los huertos traseros, tiraban paletadas de hollín y vaciaban los orinales de la casa. Sintió una punzada de vergüenza y culpabilidad al reparar en que Silas era el que solía encargarse de esas tareas, aunque, la verdad, no lograba imaginárselo haciéndolas.

El último tramo del paseo la llevó cerca de los terrenos del Collegium. Los caballos asomaban los hocicos por los establos de piedra, de los que emanaba un olor dulzón a heno y cuerpos calientes. Una niebla baja teñía de plata el campo en el que los alcaides practicaban con la espada. Intentó no prestar atención al dolor de su pecho cuando vio la residencia, decorada con gárgolas y recargados gabletes, donde vivían los alcaides al empezar su entrenamiento. Ahora que su labor consistía en fregar los suelos, su sueño de unirse a ellos parecía pertenecer a otra persona.

Cuando llegó a la entrada de servicio de la Biblioteca Real, una vieja criada llamada Gertrude la puso a trabajar de inmediato y la vigiló de cerca mientras ella cargaba con un cubo lleno de agua jabonosa por el suelo de baldosas. Después, barrió y limpió el polvo de una sala de lectura sin usar y ayudó a Gertrude a cargar con las alfombras para sacudirlas. A medida que avanzaba el día, aumentaba su frustración como un cosquilleo bajo la piel. No iba a localizar el *Codex* con Gertrude observándola como un halcón. La anciana criada incluso insistió en comer con ella, lo que daba al traste con el plan de aprovechar el momento para escabullirse y

echarle un vistazo al catálogo.

Sin embargo, se le presentó una oportunidad después de comer, cuando Elisabeth movió un sillón para barrer por debajo y, al hacerlo, descubrió un nido de piojos de los libros. Los piojos salieron corriendo en todas direcciones, grises y quitinosos, los más jóvenes algo más pequeños que huevos de gallina. Dejó escapar un grito feroz y empezó a golpearlos con la escoba. Cuando varios huyeron hacia la puerta, por fin paladeó el sabor de la libertad.

—¡Frena, muchacha! —le gritó Gertrude, pero ella fingió no oírla y giró la esquina a toda velocidad, persiguiendo a los piojos con la escoba agarrada como una jabalina.

Gertrude no tardó en quedarse atrás, resollando. A partir de ahí, Elisabeth solo tenía que doblar unas cuantas esquinas más para perderse de vista.

Se controló al llegar al patio y redujo la velocidad hasta adoptar un ritmo que, esperaba, resultara decidido. Se abrió paso entre los bibliotecarios y se agachó debajo de una columna. La sala de los catálogos estaba en la cara del octógono frente a las puertas principales de la Biblioteca Real. Lo único que debía hacer era colarse dentro, buscar en los cajones y encontrar la tarjeta con la ubicación del *Codex*. Pero, al asomarse al otro lado de la columna, se le cayó el alma a los pies.

La habitación bullía de actividad. Bibliotecarios de todos los rangos subían por las escaleras y se consultaban unos a otros en los escritorios, supervisados por una archivista con gafas. Nadie se fijaría en ella si llevara una túnica celeste de aprendiza, pero seguro que la archivista la vería si se subía a una de las escaleras y empezaba a rebuscar en los diminutos cajones dorados que cubrían cada centímetro de las paredes. Y allí no había muchos lugares en los que ocultarse, aparte de debajo de los escritorios y detrás de unas cuantas vitrinas con grimorios.

Miró la vitrina más cercana. El grimorio del interior le resultaba familiar y, de hecho, lo reconoció de Summershall, donde había otro ejemplar expuesto en el salón que daba a la sala de lectura. Era un clase cuatro de aspecto ostentoso llamado *Sortilegios armónicos*, de *madame* Bouchard, con la cubierta enmarcada en oro y plumas de pavo real cosidas. A Elisabeth se le aceleró el corazón cuando el plan empezó a tomar forma en su cabeza. El único problema era

que no podía hacerlo sola.

Un gruñido grave y gutural procedente de la sección de estanterías más cercana le llamó la atención. Un gato de color naranja estaba allí agachado, erizado, moviendo el rabo adelante y atrás. Frente a él se encontraba Silas, con aspecto de no tener ni una preocupación en el mundo. Mientras el otro gato seguía maullando, Silas levantó una de sus delicadas patas y se la lamió.

—Silas —lo llamó entre dientes Elisabeth, que se agachó para cogerlo. El otro gato salió corriendo—. Necesito tu ayuda —susurró sin hacer caso del aprendiz que pasó junto a ellos y la miró raro.

El demonio clavó la vista en ella.

—Es importante.

Él meneó el rabo de un modo que daba a entender que aquello le parecía un fastidio. Elisabeth sospechaba que todavía no había superado el incidente del *Señor Peludete*.

—Si dejas que me las apañe sola, seguro que me meto en un lío, y a Nathaniel no le va a gustar.

Silas entornó los ojos amarillos. Después, parpadeó, despacio.

Elisabeth dejó caer los hombros, aliviada.

—Bien. Esto es lo que necesito que hagas…

Ninguno de los bibliotecarios que se encontraban en la sala de los catálogos prestó atención al gatito blanco que, unos minutos después, entró allí, tan campante. Ni un alma reaccionó cuando se subió de un salto a uno de los escritorios y caminó con delicadeza por encima. Pero sí que se la prestaron cuando Silas saltó sobre la vitrina de cristal, la torció y procedió a salir pitando del lugar del delito, con todo el aspecto de ser un gato normal que se había metido en un lío inesperado. Todo el mundo se quedó paralizado cuando la urna se balanceó una vez, dos veces… antes de caer al suelo y hacerse pedazos.

Fue como si *Sortilegios armónicos*, de *madame* Bouchard, hubiera estado esperando aquel momento toda la vida. Se alzó entre los escombros, glorioso, y desplegó unas alas de papel que debían de medir unos dos metros de envergadura. Mientras los bibliotecarios se protegían la cabeza de su aleteo, abrió sus páginas y dejó escapar un gemido agudo y operístico. Los escritorios temblaron. Los cajones repiquetearon. Las gafas de la archivista se resquebrajaron. Los bibliotecarios huyeron despavoridos, tapándose

las orejas para protegerse de aquel vibrato ensordecedor.

Elisabeth esperó hasta que él último salió de la habitación antes de entrar corriendo. Apretó los dientes para soportar el sonido (al ver que tenía público, *madame* Bouchard se había lanzado a cantar un aria) y miró los cajones. El sistema de clasificación era distinto al de Summershall y allí debía de haber miles de cajones. No obstante, decidió rápidamente que estaban divididos en siete columnas distintas, con números de bronce fijados encima de ellos, del I al VII Tenían que representar las clases de los grimorios, con las clases de la ocho a la diez omitidas del catálogo público.

Antes había calculado que el *Codex* era un clase cinco o un clase seis, así que se subió a la escalera de la clase cinco, primero, y buscó el cajón marcado «Pe-Pi». Después de hojear las tarjetas sin encontrar nada, miró en el cajón «Ci-Co», por si los grimorios se catalogaban por título en vez de por autor. Como ahí tampoco tuvo éxito, pasó a la zona de los clase seis, con los nervios tan disparados como los agudos chillidos de *madame* Bouchard. Durante los breves intervalos en los que el grimorio se paraba para respirar, oía gritos que recorrían el patio interior, cada vez más cerca.

Encontró la tarjeta del *Codex* en el último cajón en el que miró, la leyó y cerró el cajón. Cuando bajaba de un salto de la escalera, un alcaide entró a toda prisa con una bala de sal preparada y una cadena de hierro. Miró a Elisabeth, perplejo. Ella agarró la escoba con fuerza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le gritó el hombre por encima de los gritos de *madame* Bouchard, que había empezado a practicar escalas con gran energía.

Elisabeth barrió un fragmento de cristal.

—¡Estoy limpiando este desastre, señor! —gritó a su vez.

De repente, estalló el caos. El alcaide, por fin, se la entregó a un bibliotecario igual de pasmado que él que dijo:

—Bueno, debo felicitarte por ir más allá del deber, muchacha.

Después, la llevó hasta Gertrude, que la regañó con ganas. Pero Elisabeth no se había metido en ningún lío de verdad, ya que no podían castigarla por barrer un suelo.

Se pasó el día obedeciendo con mansedumbre las órdenes de Gertrude. En circunstancias distintas, estaría deseando volver a casa para contarle a Katrien lo que había hecho, porque era justo la clase

de historia que le encantaría a su amiga, pero lo que había visto en la tarjeta del catálogo ensombrecía su humor como una nube oscura. No quería contárselo a Katrien; ni siquiera quería pensar en ello.

El *Codex Daemonicus* no iba a ser fácil de robar porque estaba guardado en los archivos restringidos del ala noroeste.

Veinte

Elisabeth durmió mal aquella noche y tuvo sueños perturbadores. En ellos, caminaba por el pasillo del ala noroeste a oscuras y la puerta se alzaba ante ella, cada vez más alta, hasta alcanzar cotas imposibles. Al acercarse, la puerta se abrió sola con un crujido. Dentro de la niebla arremolinada del otro lado había una silueta esperándola; su presencia la aterrorizaba hasta la médula. Antes de averiguar quién o qué era, siempre se despertaba de golpe.

Deseaba hablar de nuevo con Katrien, pero la magia del espejo solo se renovaba cada doce horas, más o menos, y tenían que aprovechar esas conversaciones tan breves para los asuntos importantes. No podían tumbarse en la cama y hablar hasta entrada la noche, como hacían en Summershall, a oscuras, pero espabiladas y sin sueño. Como último recurso, Elisabeth se imaginó de vuelta en su fría habitación de la torre, acurrucada bajo el peso familiar de la colcha, a salvo dentro de los gruesos muros de piedra, hasta que se quedó dormida otra vez.

No sirvió de nada. Había regresado a la puerta y la figura siniestra seguía esperándola. Esta vez, cuando se abrió la puerta, la figura abrió la boca y gritó.

Elisabeth se despertó de golpe, con el pulso acelerado. Pero los gritos no pararon. Le rechinaban en el cráneo y su eco rebotaba por todas partes. No procedían del sueño; eran reales.

Se levantó de un salto y se colocó el cinturón con las balas de sal antes de agarrar un atizador y salir al pasillo, donde los gritos se

oían más fuerte. Salían del suelo, del techo. Brotaban de las mismas paredes. Era como si la casa estuviera aullando de angustia.

Le llegó un olor a combustión etérea y el estómago se le contrajo de miedo. Alguien estaba lanzando un hechizo. ¿Y si, al final, Ashcroft la había visto en la Biblioteca Real y la había seguido hasta allí… y ahora estaba atacando la casa de Nathaniel?

Sin pensar, se fue hacia su dormitorio. Él sabría qué hacer. Los gritos le palpitaban en los oídos mientras corría por el pasillo, con el atizador en alto. Dobló una esquina y se paró en seco.

Algo brillaba en las paredes, a la luz de la luna. Se acercó al revestimiento de madera con pasos vacilantes y tocó la sustancia. Cuando apartó la mano, advirtió que tenía los dedos de un reluciente color carmesí.

Las paredes estaban llorando sangre.

Entonces parpadeó y todo volvió a la normalidad. Los gritos cesaron. La sangre le desapareció de los dedos. Desconcertada, dejó caer el atizador. En aquel silencio tan repentino, oyó voces pasillo abajo. Procedían del dormitorio de Nathaniel.

—Señor —decía Silas—. Señor, escúcheme, no era más que un sueño.

—¡Silas! —repuso una voz desgarrada y ronca que pertenecía a Nathaniel, aunque no sonaba en absoluto como la suya—. Los ha traído de vuelta, ha traído a mi madre y a Maximilian…

—Chisss. Ya está despierto.

—Está vivo y va a… Silas, por favor, tienes que creerme… Lo he visto…

—No pasa nada, señor. Estoy aquí. No dejaré que le hagan daño.

El silencio descendió como una guillotina. Entonces:

—Silas —dijo el magíster con voz ahogada, como si se hundiera —. Ayúdame.

Elisabeth sintió como si tuviera atada una cuerda a la cintura y tiraran de ella. No se movía por decisión propia, pero, aun así, se acercó al dormitorio, subyugada.

La puerta estaba abierta. Nathaniel estaba sentado en la cama, en camisón, enredado en una maraña de sábanas, con el pelo hecho un desastre. Su expresión era horrenda: las pupilas se habían tragado los ojos y, aunque miraba, era como si no viera nada a su alrededor. Jadeaba y temblaba; tenía el camisón pegado al cuerpo

por culpa del sudor. Silas estaba sentado en la cama, de espaldas a Elisabeth, con una rodilla levantada para colocarse frente a Nathaniel. Aunque tenían que ser las dos o las tres de la mañana, todavía llevaba su levita, salvo por los guantes.

—Bébase esto —dijo en voz baja mientras cogía un vaso de la mesita de noche.

Cuando el magíster intentó agarrar el vaso estuvo a punto de derramarlo, así que Silas guio sus labios con la mano firme de alguien con muchos años de práctica.

Nathaniel bebió. Cuando terminó, cerró con fuerza los ojos y se dejó caer contra el cabecero de la cama. Se le retorció el rostro como si intentara reprimir el llanto y buscó a Silas con una mano; se aferró a él con fuerza.

De repente, Elisabeth supo que había visto suficiente. Se retiró y regresó por el pasillo. Pero vaciló al llegar a la esquina, dio un paso en una dirección, después en la otra, indecisa, como si estuviera paseándose por los confines de una jaula. No era capaz de volver a la cama. No habría sido capaz de dormir sabiendo que Nathaniel sufría tanto. No después de lo que había oído, de lo que había dicho. Recordó los comentarios de la gente sobre Alistair. Nathaniel tenía una pesadilla, pero ¿era solo una pesadilla o algo más?

Al cabo de varios minutos, Silas apareció en el pasillo y ella se dio cuenta de que había estado esperándolo. Él la saludo con la cabeza, sin sorprenderse; sabía desde el principio que ella estaba allí. Elisabeth no logró descifrar su expresión.

—¿Está bien Nathaniel? —susurró.

—El señor Espinosa ha tomado su medicina y descansará hasta mañana. —No era del todo una respuesta a su pregunta, pero, antes de poder decirlo, él siguió hablando—: Le agradecería que no le mencionara a mi señor los sucesos de esta noche. Él temía que pasara esto. Tiene pesadillas a menudo. El brebaje lo ayudará a olvidar.

«Ah», pensó ella, y el mundo pareció moverse un poco bajo sus pies.

—¿Por eso no quería que me quedara aquí?

—La respuesta a eso es complicada, pero, sí, en parte. Sus pesadillas espantaron de esta casa hace tiempo a los sirvientes humanos de su padre. A menudo activan su magia, como ha visto, y

a él le preocupa que, con el tiempo, pueda llegar a perder el control todavía más.

—Así que aparta a los demás de su lado —murmuró, pensando en voz alta—. No deja que nadie se le acerque. —Miró hacia la pared y después a Silas—. No me importa. Es decir, no me gusta que me despierten unos gritos ni ver sangre chorrear de las paredes, pero, ahora que sé lo que es, no me molesta. No me da miedo.

Silas lo meditó un momento.

—Entonces, puede que sí deba hablar con mi señor —dijo al fin. Dio media vuelta—. Sígame. Tengo que darle algo. Algo que, lamento confesar, le he estado ocultando injustamente.

La condujo escaleras abajo, hasta una salita, una de las muchas habitaciones de la mansión a las que se había asomado, a pesar de no haber entrado nunca. No encendió ninguna lámpara, así que Elisabeth apenas veía. Lo normal habría sido tener miedo de estar a solas con un demonio en la oscuridad, pero solo se le pasó por la cabeza un pensamiento extraño: que quizá Silas estuviera preocupado, a su manera, y que por eso no había recordado encender las lámparas, como siempre hacía. Avanzó a tientas hasta un sofá y se sentó. El rostro y las manos de alabastro de Silas destacaban, incorpóreos, como si su piel generara su propia luz pálida.

La puerta de un armario se abrió y se cerró. El sirviente sacó un bulto largo y esbelto que sostuvo con cautela, como si pudiera estallar en llamas en cualquier instante.

—Esto llegó de Summershall el día antes de encontrarla en la calle —dijo mientras se lo ofrecía—. No había nota, pero lo había enviado alguien llamado señor Hargrove.

El corazón de Elisabeth palpitó una vez, deprisa, y la atravesó de dolor, como un martillo al golpear un yunque. Con manos temblorosas, tomó el bulto. Solo podía ser una cosa y, cuando desató el cordel y abrió la tela, un tenue susurro de luz de luna iluminó los granates y un trozo de la hoja clara.

—No lo entiendo —dijo mirando a Silas—. ¿Por qué no me la has dado antes?

Su rostro seguía pareciendo de mármol cuando contestó:

—El hierro es una de las pocas cosas capaces de desterrar a un demonio al Altermundo.

Ella vaciló.

—¿Y creías que la podría usar contra ti? Supongo que no puedo culparte. Hubo un tiempo en el que lo habría hecho. Por no mencionar que se llama *Asesina de Demonios*.

Miró la espada, impotente. Todavía no la había tocado. No se atrevía por miedo a que la rechazara; a que la quemara como si ella misma fuera un demonio.

—¿Hay algún problema, señorita Escriba?

—La directora me dejó la espada en su testamento, pero… no estoy segura de ser digna de ella. —Notó una presión en el pecho—. Ya no sé lo que está bien y lo que está mal.

Silas apoyó las manos, frías y con zarpas, en las suyas, y, con delicadeza, se las colocó sobre la espada.

—No se preocupe, señorita Escriba —le dijo con su voz susurrante—. Puedo ver su alma con la misma claridad que una llama dentro de un cristal.

Se quedaron allí sentados, en silencio, un buen rato. Elisabeth recordó aquel día, en la sala de lectura, en el que la directora la había visto escondida detrás de la estantería y había estado a punto de sonreír. Aunque la joven estaba rompiendo las normas, a la directora no le había importado. A pesar de todo, le había dejado a *Asesina de Demonios*. Y no siempre había sido la directora, tenía un nombre, Irena, y también había sido joven, había tenido dudas, se había sentido insegura y había cometido errores.

De algún modo, pensar en esas cosas fue como perderla por segunda vez, porque por fin se daba cuenta de que, en realidad, nunca había conocido a Irena y nunca tendría esa oportunidad. Cuando se le escapó un sollozo, Silas no dijo nada. Se limitó a darle su pañuelo y a esperar con paciencia a que dejara de llorar.

Pasó un buen rato antes de que pudiera hablar de nuevo. Se secó las lágrimas y miró a Silas, parpadeando. Le daba la sensación de que aquel demonio les aguantaba mucho a los humanos a su cargo.

—¿Por qué temías mi espada? —le preguntó—. Creía que no podías morir en el mundo humano.

Un atisbo de sonrisa iluminó los bellos rasgos del demonio.

—No temo por mí. Si me desterraran, mi pérdida sería un inconveniente para el señor Espinosa. Me alarma imaginarme el estado de su armario. Ofendería a las jóvenes damas con su

pañuelo.

Ella se rio, sorprendida, pero era una risa dolorosa, porque lo cierto era que se trataba de algo muy triste. Si algo le sucedía a Silas, Nathaniel se quedaría solo. Perdería la única familia que le quedaba.

—Silas… —Vaciló antes de seguir hablando—. ¿Me puedes contar qué le pasó a Alistair Espinosa?

—Es una historia desagradable. ¿Seguro que desea conocerla?

Ella asintió.

—De acuerdo. —Se volvió y se acercó a la chimenea, donde contempló algo que ella no lograba discernir, salvo que se tratara de las cenizas—. Recordará que le conté que Charlotte y Maximilian fallecieron en un accidente. Así empezó todo.

Elisabeth recordó lo que Nathaniel había dicho arriba y unas posibilidades terribles empezaron a tomar forma en su cabeza. «Los ha traído de vuelta, ha traído a mi madre y a Maximilian…».

—Alistair era un hombre amable, un hombre bueno, si me perdona la ironía de que un demonio diga algo así, y un marido y un padre devoto. Sin embargo, después del accidente, algo cambió en él. Empezó a estudiar la obra de Baltasar día y noche. El joven señor Espinosa se sentía solo y comenzó a esconderse en el estudio de su padre para tener compañía. —Silas hizo una pausa, como si debatiera si seguir o no—. Iré al grano. Dos meses después de la muerte de su mujer y su hijo menor, Alistair exhumó sus cadáveres e intentó resucitarlos a través de la necromancia aquí, en su casa. El ritual no los habría traído de vuelta de la muerte, al menos no tal y como eran antes, pero la pena lo había trastornado y ya no atendía a razones.

A Elisabeth le corría hielo por las venas.

—Cuando me dijiste que lo habías matado…

—Sí —susurró Silas—. Alistair y yo estábamos distraídos, así que ninguno de los dos vio que el señor Espinosa se había escondido detrás de las cortinas. Llevaba allí toda la mañana, silencioso como un ratón. Comprendíamos que el hechizo podía acabar con la vida de Alistair, ya que se trataba de una magia oscura y terrible, pero, cuando vi aquellos ojos observándonos a través de las cortinas, supe que también acabaría con su hijo. Así que le puse fin de inmediato, de la única manera posible. El señor Espinosa lo vio todo: los

cadáveres, el ritual, la muerte de su padre a mis manos. Todavía lo ve cuando cierra los ojos para descansar.

Elisabeth no dijo nada. El horror era demasiado extremo. Sus afligidos pensamientos regresaron al viaje a través del Bosque Negro y recordó que Nathaniel había permanecido despierto, incapaz de dormir. Entonces, ella no había entendido nada.

—Hay una lección que extraer de aquella noche —dijo Silas tras apartar la vista de la chimenea y centrarla en ella. Parecía muy tranquilo—. Alistair confiaba en mí. Creía que nunca le haría daño, así que no se le ocurrió ordenarme que no lo hiciera. Su confianza fue lo que acabó con él.

—No. Hizo bien en confiar en ti. —Elisabeth tenía el estómago revuelto. ¿Cómo era posible que Silas no lo comprendiera?—. De haber estado en su sano juicio, habría querido que lo detuvieras, costara lo que costara. Le salvaste la vida a Nathaniel.

—Y ¿qué hice después, señorita Escriba?

—¿A qué te refieres?

—Cuando el señor Espinosa me invocó, con el cadáver de su padre todavía caliente en el suelo, ¿qué hice yo?

Ella no tenía respuesta.

—Acepté su vida. Me ofreció veinte años cuando apenas había visto pasar la mitad de ese número y no comprendía lo que me estaba entregando, solo que no quería estar solo. —Dio un paso adelante—. Y me sabrá muy dulce cuando la pruebe, igual que me lo supo la de su padre y las de sus antepasados durante trescientos años.

Elisabeth apretó la espada, por reflejo. Dos décadas.

—Pero ¿cómo…? ¿Cómo pudiste…?

—Las he devorado todas, señorita Escriba. —Dio otro paso adelante. Sus ojos eran rendijas amarillas. Ya no parecía bello—. No vea compasión donde no la hay. ¿Acaso no me convenía salvar la vida del señor Espinosa para poder reclamar una parte?

Silas estaba casi encima de ella. Elisabeth levantó a *Asesina de Demonios* entre los dos y lo apuntó con ella al pecho para detener su avance. Aun así, él dio un tercer paso y la hoja le apretó las costillas, el punto sobre el corazón, si es que lo tenía. Olía a carne quemada.

—¡Detente! —gritó ella—. No quiero hacerte daño. No puedo.

Da igual lo que hayas hecho, Nathaniel te necesita.

—Sí —susurró él, como si ella por fin viera la verdad—. Verás, para una criatura como yo no hay absolución ni penitencia. —Los ojos le brillaban de dolor—. Si me derribara ahora, el golpe solo le haría daño a otro.

Ella dejó caer la espada. Silas dio un elegante paso atrás y se llevó una mano al pecho. Una luz horrible parecía habérsele apagado dentro.

—Soy un demonio —dijo—. No me vea como algo más.

Elisabeth temblaba de la cabeza a los pies. Sabía que, si intentaba levantarse, las rodillas le cederían. Pero no sentía miedo. No sabía bien de qué emoción se trataba. Compasión, quizá, aunque no sabía por quién, y rabia y desesperación, y todo eso la azotaba por dentro como una tormenta. Creía que a Silas le importaba Nathaniel; lo había visto con absoluta claridad. Sin embargo ¿cómo podía alguien preocuparse por otra persona y, a la vez, robarle tanto?

Veinte años. Si Nathaniel estaba destinado a morir joven (con poco más de cuarenta, por ejemplo), con todos los años que le había quitado, quizá solo le quedaran unos cuantos. Se le contrajo el corazón al pensarlo, se quedó sin aire en los pulmones, como quien estruja trapo mojado. Ya no era capaz de mirar a Silas a los ojos.

Cuando bajó la vista, el brillo de un metal le llamó la atención. Había otro objeto en el fondo de la tela, oculto bajo la espada. El señor Hargrove no solo le había enviado el arma. Poco a poco, apartó a *Asesina de Demonios*, metió la mano en el envoltorio y sacó una cadena. Agachó la cabeza y se la colocó, notando el peso de la granllave contra el pecho: fría, pero no por mucho tiempo. Después recorrió las muescas con los dedos, tan familiares como si formaran parte de ella, diseñadas para abrir las puertas exteriores de cualquier Gran Biblioteca del reino.

—Silas —dijo, despacio—, si consiguiera entrar en la Biblioteca Real cuando esté cerrada, ¿podrías abrir la puerta de los archivos restringidos?

—Hay un modo —respondió él tras una pausa.

Ella levanto la vista, con la llave en la mano.

—Ayúdame. —La tormenta de su interior se había calmado—. Has arrebatado vidas. Ahora, ayúdame a salvar algunas.

Él la miró, bello de nuevo, un ángel contemplando desde lejos la petición de una mortal.

—¿Así de sencillo, señorita Escriba?

—Debe de serlo —contestó ella—. Porque no hay más opción.

Veintiuno

Una Gran Biblioteca no dormía nunca, ni siquiera después de que todas las personas se hubieran ido a la cama. Las voces resonaban por el patio interior cuando Elisabeth lo recorrió en silencio, pegada a la curva de la pared, donde su capa blanca se camuflaba con el mármol. Algunos de los grimorios roncaban, mientras sus vecinos dejaban escapar ruiditos contrariados porque hacían demasiado ruido; otros susurraban y se reían. Un grimorio solitario cantaba un desgarrador lamento que se alzaba por encima del resto, un sonido que se elevaba más allá de los haces de luz de luna azul que se derramaban a través de la bóveda estrellada y sonaba, fantasmal en el firmamento, como música tocada en un vaso de cristal.

Cada vez que aparecía un farol, Elisabeth se escondía y esperaba hasta que pasaba el alcaide. La Biblioteca Real estaba incluso más vigilada de noche de lo que se imaginaba. Envidiaba a Silas, que caminaba en forma de gato junto a ella. Después de escapar por los pelos de una alcaide que se acercó tanto a Elisabeth como para que esta viera que tenía los ojos verdes y le contara los botones del abrigo, Silas se transformó en humano y la sujetó por el hombro antes de que saliera de su escondite.

—Debo contarte algo antes de seguir —murmuró—. No puedo influir en los alcaides porque llevan demasiado hierro. Si te ven, no puedo hacer que den media vuelta y se olviden de lo que han visto.

Ella sospechaba lo que quería darle a entender.

—Y si eso sucede, ¿me abandonarás para que me enfrente sola a

las consecuencias?

Él inclinó la cabeza y Elisabeth distinguió una ligerísima arruga de disculpa en su ceño.

—Entiendo —susurró ella—. Le debes lealtad a Nathaniel, no a mí.

Al avanzar, se preguntó si Silas se sentía incómodo por tenerla tan cerca. Llevaba al cuello la granllave y, además, su capa estaba forrada de hierro. *Asesina de Demonios* le colgaba del cinturón y su peso junto al costado la reconfortaba. No obstante, si todo aquello le incomodaba, tendría que aguantarlo. No podía entrar sin protección en los archivos.

Pasaron junto a varias patrullas más antes de llegar a la entrada del ala noroeste. Los ángeles esqueléticos tallados alrededor del arco la miraron con sus ojos huecos y sus resplandecientes cráneos de bronce, y a Elisabeth se le erizó el vello de los brazos al imaginarse que volvían la cabeza para verla alejarse. Pero no se movieron. No les hacía falta. Cosas mucho peores la aguardaban.

Silas y ella dejaron atrás el cordón de terciopelo. La niebla se le arremolinaba en las botas y le lamía el dobladillo de la capa. Era más densa que de día, sin duda una emanación mágica de uno de los grimorios de los archivos. Silas, gato de nuevo y solo visible como un borrón de movimiento dentro de la niebla, se dirigió a la puerta. Elisabeth se obligó a no fijarse mucho en su presencia acechante, todavía reciente su sueño. Así que se concentró en lo que Silas le había pedido que hiciera. Iban a tener que trabajar los dos juntos para colarse sin que los detectaran.

Se metió en un hueco de la pared y esperó a que pasara un alcaide con el farol flotando, espeluznante, a través de la niebla. Entonces, salió corriendo de su escondite. Tenían más o menos un minuto antes de que pasara el siguiente alcaide.

Silas ya estaba dentro de los archivos, después de haberse metido entre los barrotes de la puerta para después transformarse de nuevo en humano. Siguió su mirada cuando él señaló arriba con la cabeza. Allí, por encima de la puerta, a unos cuatro metros del suelo, colgaba una campana de hierro. Elisabeth apoyó las botas en la verja y empezó a trepar.

Pronto deseó haberse llevado unos guantes. Con el sudor de las palmas no lograba asirse bien a los barrotes, que ya resbalaban por

la humedad de la niebla. Tardó en treparla más del doble de lo que había calculado; lo bastante para que la siguiente patrulla llegara mientras ella seguía colgada de lo alto de la puerta. Contuvo el aliento, aunque los hombros le dolían del esfuerzo por mantenerse quieta, pero el alcaide no levantó la vista. Su silueta se perdió en la niebla.

Tras liberar una mano, sacó un poco de algodón y un trozo de cordel de uno de los saquitos del cinturón. Envolvió el badajo de la campana en algodón y usó los dientes para atarlo bien. Cuando terminó, bajó deslizándose y aterrizó en las baldosas con un golpe que hizo que le crujieran todos los huesos. Silas apareció al otro lado de los barrotes. Se había quitado la chaqueta y la usaba para protegerse las manos del hierro y correr el pestillo a la puerta. La verja se abrió en silencio, gracias a unas bisagras muy bien engrasadas.

«La puerta está diseñada para abrirse desde dentro —le había explicado antes—. Es por seguridad, para que nadie se quede atrapado si le quitan la llave. Pero, claro, hay un mecanismo que alerta a los demás alcaides si ocurre algo así».

Sobre ellos, la campana se balanceaba con frenesí, adelante y atrás, pero apenas hacía ruido. La manipulación de Elisabeth había tenido éxito. Entró, consciente de que todavía no habían llegado a la parte más peligrosa.

«Si le quitan la llave», había dicho Silas. No si perdía la llave, ya que ningún alcaide era tan tonto como para perder su llavero.

Los archivos restringidos se extendían a lo largo de un gran pasillo con imponentes estanterías a ambos lados que se alzaban de la niebla y subían hacia la oscuridad. Los faroles colgaban a intervalos regulares de los postes de hierro y creaban un camino por el centro. Tenía la desagradable sensación de que los faroles eran para que no se perdiera nadie, a pesar de que el pasillo parecía avanzar en una línea recta sin ramificaciones. Observó las estanterías un segundo y se apresuró a mirar de nuevo al frente. La mayor parte de los grimorios estaba encadenada a las estanterías. Sin embargo, los más peligrosos tenían sus propias vitrinas sobre pedestales o encerradas enjaulas. Durante el breve vistazo, había localizado un manuscrito encuadernado con piel humana cosida y encerrado dentro de una jaula revestida de pinchos, como un

instrumento de tortura medieval. Otro tenía dientes grabados a lo largo del borde de la cubierta y estaba sujeto por un bocado de hierro metido entre sus páginas. Todos ellos guardaban silencio y la observaban. Esperaban para ver qué hacía.

Se volvió para hablar con Silas, pero no estaba por ninguna parte. Había desaparecido de repente, dejando la puerta abierta a su paso. No debería haberse sorprendido, pero su abandono le escoció de igual modo. Puede que Silas intentara dejarle claro el mensaje de la noche anterior: que era un demonio y no se podía confiar en él.

Se dijo que no importaba, que solo lo necesitaba para entrar. El resto podía hacerlo sola.

En cuanto la puerta se cerró, empezaron los murmullos. Voces de todo tipo se arrastraron, reptaron y saltaron por el pasillo. Se le puso la piel de gallina; era casi como si fueran manos que brotaban de la niebla e intentaran agarrarla. Se tapó la cabeza con la capucha forrada de hierro, y los sonidos bajaron de intensidad hasta convertirse en un balbuceo siniestro y lejano.

Descendió por el pasillo siguiendo el camino de los faroles por el centro. El número de catálogo del *Codex* indicaba que estaba guardado más o menos en el centro del archivo. Ahora solo restaba encontrarlo, sacarlo de su estante y regresar con sigilo por donde había venido. Lo más complicado sería volver a subirse a la puerta para arreglar la campana después de escapar. No sabía qué esperar del *Codex*, si estaría dispuesto a cooperar, como el ejemplar del estudio de Ashcroft, o si se revolvería contra ella durante todo el camino.

Sin previo aviso, una forma alta y pálida se alzó del suelo cerca de ella. Elisabeth se giró mientras apartaba la capa para agarrar la empuñadura de *Asesina de Demonios*, pero no había nada; solo era un remolino en la niebla y un pedestal de piedra blanca con una vitrina. Había visto el pedestal por el rabillo del ojo y lo había tomado por una persona. Sin dejar de maldecirse, volvió a mirar al frente.

Y, como una escena sacada de sus pesadillas, el canciller Ashcroft estaba frente a ella. Tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto, salvo que más ceroso, sin expresión en aquel rostro tan atractivo, con los dos ojos, el azul y el rojo, miranda a través de ella. La capa dorada parecía estar tejida de luz artificial y

niebla. Tras dejar escapar un grito ahogado, Elisabeth desenvainó la espada y atacó con ella.

Ashcroft se puso fuera de su alcance. Una levísima sonrisa le tiraba de los labios. Elisabeth atacó de nuevo y, de nuevo, él se retiró, evitándola por un pelo. Aquella sonrisa tenue y burlona daba a entender que sabía muy bien por qué estaba allí.

No le cabía duda de que, esta vez, la mataría. Aunque estuviera armada con hierro, no era rival para la magia del canciller. Pero él parecía contentarse con jugar primero con ella y la joven no pensaba dejarse abatir sin luchar, no si existía alguna oportunidad de detenerlo, por pequeña que fuera. Se movieron por los archivos en un baile silencioso: Elisabeth haciendo jirones la niebla y Ashcroft retrocediendo hacia los estantes.

Entonces, el hechicero dio un paso atrás más lento de la cuenta y la espada lo atravesó.

Se disolvió en la niebla.

Más figuras brotaron de las sombras y avanzaron hacia ella. El alcaide Finch. Lorelei. El señor Hob. Incluso el hombre que la había acorralado en el callejón… y no era la única persona muerta entre ellos. La directora también surgió de la niebla y la miró con un rostro espectral que expresaba su desaprobación. Se acercaban cada vez más, pero Elisabeth no retrocedió, aunque la cara de la directora le helaba la sangre. Las figuras no eran reales. El que las había conjurado, por otro lado…

—Seas lo que seas, me estás enseñando mis miedos —declaró, sorprendida por lo firme que sonaba su voz—. Estás intentando atraparme, ¿verdad?

Envainó *Asesina de Demonios* y se volvió. Tenía una enorme jaula de decoración recargada justo detrás. De haber dado un único paso atrás para alejarse de las ilusiones, se habría metido dentro. En cuanto se dio cuenta, las figuras regresaron a la niebla.

El rostro pálido y demacrado de una mujer la miró desde el interior de la jaula, a pocos centímetros de ella; flotaba en la oscuridad. O la habría mirado de no haber tenido los ojos cerrados y los párpados cosidos. Y el rostro no pertenecía a una persona, o ya no, al menos: lo habían cosido a la cubierta de un grimorio que levitaba frente a Elisabeth en medio de una espiral de vapor. Una cinta negra daba vueltas por el aire alrededor del grimorio, con una

aguja de plata brillando en un extremo.

—Chica lista —dijo el grimorio con una voz sibilante y multitudinaria: hombres, mujeres y niños hablando en coro, todos en un tono seco como la arena al susurrar sobre el hueso—. Nos hemos llevado a tres alcaides con este truco, después de convencer al *Illusarium* para que nos ayudara. Qué pena. Tienes una cara muy interesante. No es bella, pero sí llamativa.

El grimorio era más grueso de lo habitual y tenía una cubierta pesada llena de… «Más rostros», pensó Elisabeth, horrorizada, cuando la encuadernación crujió, la cubierta se abrió y pasó página tras página de caras humanas; la escritura enoquiana hervía sobre ellas como si acabaran de marcarlas. Por fin se detuvo en una página vacía y la aguja acarició con cariño la vitela.

—Tenemos sitio para ti si alguna vez cambias de idea.

—No, gracias —respondió ella, y se apartó.

—Nuestras puntadas son precisas. Solo te dolería un poquito…

Elisabeth se cuadró de hombros y dio media vuelta, procurando no tropezar con el pedestal de piedra blanca que había visto antes, situado a pocos metros de la jaula. Debajo de él, una placa decía «*Illusarium*, clase VII» y, encima había una esfera de cristal parecida a las bolas de las pitonisas. De la esfera brotaba tanta niebla que apenas distinguía la forma del interior. Si el grimorio poseía una voz, decidió no usarla. Quizá solo se comunicara a través de sus ilusiones.

Se obligó a seguir caminando y no volver la vista atrás, ni siquiera cuando notó que la aguja del primer grimorio le rascaba entre los omóplatos. Cuando se acercó a la sección a la que se refería la tarjeta del catálogo, frenó el paso y echó la cabeza atrás. Tragó saliva.

Una escalera cuyos primeros peldaños lamía niebla ascendía más de tres plantas por la penumbra. El número de catálogo indicaba que el *Codex* estaba arriba del todo, donde apenas llegaba la luz de los faroles. Se mentalizó y apoyó la bota en el primer escalón, sin hacer caso de las burlas maliciosas de los grimorios de los estantes. Al iniciar el ascenso, los libros agitaron sus cadenas con tanta fuerza que la escalera se balanceaba y temblaba. Escupitajos de tinta le pasaron rozando en la oscuridad.

Parte de ella esperaba llegar arriba y descubrir que el *Codex* no

estaba. Le daba la impresión de que había llegado demasiado lejos y superado demasiados obstáculos para que alguna parte de la misión resultara fácil. Pero, cuando por fin pisó el último escalón, la cubierta de escamas del *Codex*, que tan bien conocía ya, la esperaba allí, rodeada de cadenas. El secreto del plan de Ashcroft por fin a su alcance.

Fue a tocar las cadenas y se quedó paralizada. Se le bloquearon las articulaciones y los músculos se negaron a obedecerla. Había ido a robar en la Biblioteca Real, pero, a la hora de la verdad, cada fibra de su cuerpo se resistía. Una vez cruzada esa línea, no había vuelta atrás. Se imaginaba atrapada, teniendo que enfrentarse a Parsifal y a la señora Wick, que habían sido muy amables con ella. El corazón le ardía de vergüenza.

«Considéralo más bien una misión de rescate —le había dicho Katrien durante su última y breve conversación a través del espejo —. Estoy segura de que el *Codex* preferiría vivir contigo en lugar de con las personas que lo creen escrito por un demente. ¿Te imaginas cómo sería saber un secreto descomunal y que nadie te creyera?».

«Sí», pensó Elisabeth con un nudo en el pecho. Para el *Codex*, aquel sitio debía de ser tan malo como el hospital Leadgate. Los libros también tenían corazón, aunque no fuera igual que el de las personas, y el corazón de un libro podía romperse; ya lo había visto antes. Los grimorios se negaban a abrirse, perdían la voz o se les desteñía la tinta y se les escurría de las páginas como si fueran lágrimas.

Por el aspecto del *Codex*, nadie lo había tocado desde hacía décadas. Las cadenas estaban cubiertas de polvo y, por culpa de un lomo quebradizo sin tratar, el cuero estaba agrietado y grisáceo. No se inmutó con su llegada, como si el paso del tiempo lo hubiera dejado reducido a un libro normal.

De repente, Elisabeth fue capaz de volver a moverse.

—He venido a ayudarte —le susurró.

Con mucha delicadeza, desenganchó las cadenas del estante. Los otros grimorios empezaron a sacudirse con más fuerza que nunca y sus balbuceos desagradables se convirtieron en súplicas desesperadas al ver que su vecino obtenía la libertad, pero el *Codex* siguió inmóvil, casi sin vida. No se le resistió cuando lo metió, con cadenas y todo, en el saco que llevaba atado al cinturón.

Para cuando bajó por la escalera, los grimorios habían dejado de moverse. Un silencio absoluto reinaba en los archivos. No susurraba ninguna voz siniestra. No apareció ninguna figura amenazadora entre la niebla. El silencio no parecía hostil, pero Elisabeth no pensaba quedarse para comprobarlo. Mientras pasaba a toda prisa junto a la jaula de antes, el rostro pálido del interior rotó para mirarla.

—Ese lleva mucho tiempo esperando —susurró—. Hace mucho que el *Codex* no conoce una mano amable, una mente abierta. Pero ahora veo que no eres igual que los otros humanos… Eres distinta, de algún modo… Sí, una verdadera hija de la biblioteca…

Elisabeth vaciló. Quería escuchar lo que el grimorio tenía que decir, pero, en aquel momento, no tenía tiempo para charlar con libros.

Una mezcla de alivio y remordimientos se apoderó de ella cuando cruzó la puerta y dejó atrás los archivos. Esperó a que hubiera pasado la patrulla y después se subió a la puerta para dejar la campana como estaba, aunque tirando del bulto incómodo del *Codex*, que le lastraba la cadera. El eco de las palabras del grimorio le retumbó en la cabeza cuando se volvió para marcharse. «Una verdadera hija de la biblioteca». ¿Qué había querido decir? ¿Cómo lo había sabido? El *Libro de ojos* también le había dicho que tenía algo distinto.

Dio un paso hacia el patio. Antes de poder dar el segundo, una mano salió disparada de entre la niebla y la agarró por la capa. Con una fuerza brutal, la sacó a rastras del centro del pasillo y la metió en el mismo hueco en el que ella se había escondido antes. Pero, cuando la mano se apartó, la joven no salió corriendo ni desenvainó la espada. Silas estaba delante de ella, tan pálido que casi brillaba, agachado entre las figuras encapuchadas talladas en la pared.

«Así que no me había abandonado —pensó ella, asombrada—. Pero ¿dónde se había metido?».

Antes de poder preguntárselo en voz alta, él se llevó un dedo a los labios. Le señaló el pasillo con la mirada.

Había luces entre la niebla. Ruedas que crujían como si algo pesado rodara por el pasillo, acompañado de pasos. Los sonidos resultaban espeluznantes al distorsionarse con la piedra y la niebla, pero tenían que proceder de la cámara. Elisabeth contuvo el aliento

cuando apareció la primera alcaide. Llevaba un farol en una mano y una espada desenvainada en la otra. La seguían más alcaides, una docena en total, como mínimo. Cerca del final de la procesión estaba la señora Wick, muy elegante con su túnica larga de color índigo, y un hombre que no podía ser otro que el director de la Biblioteca Real. Tenía el abrigo azul decorado con medallas. El pelo gris suelto le llegaba hasta los hombros y ocultaba algunas de las crueles cicatrices que le recorrían la cara. Le faltaban dos dedos de la mano que apoyaba en la empuñadura de una enorme espada de hoja ancha.

—¿Seguro que es buena idea, Marius? —preguntó la señora Wick.

—No —contestó el hombre, muy serio—. Pero no podemos arriesgarnos.

La señora Wick frunció el ceño.

—Si el saboteador mantiene su patrón, el ataque a Harrows es casi una certeza. Me da la sensación de que estamos siguiéndole el juego.

—En cualquier caso, no existe ninguna otra cámara acorazada en Austermeer capaz de contener las *Crónicas de los muertos*. El saboteador podría decidir atacar la Biblioteca Real en cualquier momento. Y si libera las *Crónicas*, todos los habitantes de Brassbridge estarán muertos antes de que amanezca.

A Elisabeth se le puso la piel de gallina. No reconocía el título, pero, en la cena de Ashcroft, lady Ingram había mencionado un grimorio escrito por Baltasar Espinosa, un grimorio de necromancia. Solo existían un puñado de textos necrománticos. ¿Estaban hablando del mismo?

—Es cierto que Harrows está más preparado —dijo la señora Wick con su vista ciega al frente—. ¿Y el director Hyde?

—Hyde comprende su deber. Acepta que morirá si debe hacerlo. Si su sacrificio salva miles de vidas.

Los crujidos y chirridos de las ruedas ahogaron sus voces. Una forma se materializó en la oscuridad, navegando a través de la niebla como un barco negro flotando sobre aguas fantasmales. Era una jaula, una jaula con ruedas enorme, que, en un principio, no parecía tener nada dentro. Entonces, la luz de los faroles la bañó y Elisabeth distinguió un cofre de hierro colgado en el centro, fijado

allí mediante una red de cadenas tensas enganchadas a las esquinas de la jaula.

Se le quedó la boca seca y un dedo frío le recorrió la espalda. La sombra que se proyectó en la pared, entre los alcaides, no pertenecía a una jaula. Otra forma recorría la piedra y se estiraba hacia el techo, a muchas plantas de altura, donde se torcía de lado para fluir a través de los arcos nervados. Unos dedos acabados en uñas curvas y largas como espadas se movían sobre los alcaides como si intentaran agarrarlos. Aunque la sombra era demasiado grande y estaba demasiado deformada para distinguir sus rasgos, algo en ella le resultaba tan familiar que la estremecía.

Un clase diez. Por la forma en que hablaban del grimorio, tenía que serlo. Nunca había esperado ver uno, ni siquiera cuando llegara a alcaide. Y mucho menos esperaba tropezarse con un traslado, el primero de ese tipo en cien años.

Pronto, los tres grimorios de clase diez del reino estarían en la cámara acorazada de Harrows.

Veintidós

Elisabeth metió la mopa dentro del cubo con agua jabonosa y después la arrastró por el suelo, empujando la espuma por las baldosas. El agua sucia se extendía por el suelo y desalojaba a los piojos de los libros de sus escondrijos en las molduras. No le quedaba energía para perseguirlos. Al ver a uno bien gordo corretear en círculo, presa del pánico, se detuvo para apoyarse en la mopa. Se le cerraban los párpados. Solo un momento. Un momento para descansar los ojos…

—¡Por Dios bendito, niña! ¿Qué te pasa hoy?

Elisabeth se despertó y se le puso el corazón en la boca al ver una sombra alargada en la pared. Pero parpadeó y no era más que Gertrude con los puños apoyados en las caderas.

—No estarás viéndote con algún muchacho, ¿no? Pues deja que te diga una cosa. —Gertrude levantó el pesado cubo y se lo llevó por el pasillo con una amabilidad muy poco común—. No merece la pena. No si te mantiene despierta por la noche y convierte el resto de tu vida en una porquería. Hala, ahí lo tienes, niña tonta.

Elisabeth asintió mecánicamente y siguió fregando. Era como si sus extremidades fueran de plomo. Notaba los ojos llenos de arenilla. Si Gertrude supiera la verdad…

Para cuando salió de la Biblioteca Real aquella mañana, las campanas de la ciudad daban las cinco y los sirvientes de Hemlock Park ya habían empezado a trabajar en la oscuridad previa al alba. Aunque en los archivos se había sentido muy despierta, sus dos

noches sin dormir se le habían echado encima en el trayecto de regreso. Se le nubló la vista y caminaba haciendo eses como una borracha. Cuando llegó a la casa de Nathaniel y entró dando trompicones, recordaba vagamente que Silas la había cogido en brazos para llevarla arriba. La había ayudado a prepararse para ir al trabajo mientras ella dormitaba de pie. Antes de darse cuenta, estaba de vuelta en la biblioteca.

Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no saltarse el trabajo y quedarse estudiando el *Codex*. No había nada más frustrante que pasarse la mañana fregando suelos, sabiendo que Ashcroft podía dar su siguiente paso en cualquier momento. Pero no debía llamar la atención. Era su tercer día de trabajo en la Biblioteca Real y, si desaparecía justo después del robo de un grimorio de clase seis, la señora Wick se fijaría. Mejor pasarse la mañana fregando suelos que languideciendo en una mazmorra.

Por el momento, daba la impresión de que no se habían percatado de la falta del *Codex*. No sonaban campanas ni veía a alcaides correr de un lado a otro. La mañana transcurrió despacio, envuelta en la bruma algodonosa del cansancio.

A mediodía, Gertrude le dio una hora libre, y le ordenó que se echara una siesta y que después volviera al trabajo preparada para ganarse su sueldo. Elisabeth se llevó la comida a una habitación que Parsifal le había enseñado en el chapitel sur. Las ventanas daban a los terrenos de la biblioteca, a las amplias franjas de césped bordeadas por árboles espléndidos en varios tonos de rojo y naranja rojizo. Hacía un día de otoño fresco y soleado, y los alcaides en formación estaban entrenando fuera. Abrió una de las ventanas para que los sonidos lejanos de los gritos y el entrechocar de espadas entraran en la habitación, llevados por la brisa. Los estudiantes no eran mucho mayores que Elisabeth. Hacía unas semanas, no le habría costado imaginarse entre ellos. Ahora era como si fuera un fantasma dentro de su propio cuerpo y observara la vida a través de un cristal sucio. No estaba segura de cuál era su sitio… O más raro todavía: ni siquiera estaba segura de qué quería. Después de conocer a Nathaniel y a Silas, ¿de verdad podía afirmar que la magia era su enemigo y volver a lo de antes?

Cuando iba por la mitad de la comida, sentada en una mesa de trabajo de la esquina, Parsifal apareció en la puerta.

—Supuse que estarías aquí. ¿Puedo acompañarte?

Elisabeth asintió y el muchacho se acercó para mirar por la ventana.

—El otro día me dio mucha vergüenza decírtelo, pero antes venía aquí porque los otros aprendices se metían conmigo. Es lo que pasa cuando te llamas Parsifal. Fantaseaba con que un día sería alcaide y haría que se arrepintieran.

Ella dejó de masticar su manzana.

—¿Querías ser alcaide?

—No pongas esa cara de sorpresa. Claro que sí. Todos los aprendices quieren serlo. A veces, por las razones correctas, pero, sobre todo, porque les atrae la idea de estar al mando y ganarse la vida zurrando a los otros aprendices.

—Eso no es verdad —protestó ella, pero entonces pensó en el alcaide Finch y tuvo que reconocer que tenía algo de razón—. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

Él se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Pero la vida es algo más que poner cara seria y atravesar cosas con una espada, ¿no? Hay otras formas de marcar la diferencia.

Se puso a juguetear con su llavero, como si estuviera reuniendo valor para decir algo. Como el silencio se alargaba, Elisabeth empezó a sentirse incómoda.

—Elisabeth —soltó Parsifal—. Sé que le dijiste al encargado que te llamas Elisabeth Cross, pero eres…, eres Elisabeth Escriba, la de los periódicos, ¿verdad?

Elisabeth empalideció. Su nombre era bastante común, así que le pareció seguro seguir usándolo.

—No se lo diré a nadie —se apresuró a añadir el joven—. Nadie más lo sabe. Es que el otro día no dejaba de pensar en ello cuando te enseñé la biblioteca y resultó que sabías demasiado sobre los grimorios para ser alguien que no había estado nunca dentro de una Gran Biblioteca. Y, verás, em, he estado siguiendo tu historia en las noticias. —Se le pusieron rojas las orejas—. Es que… como venciste a un malefactor de clase ocho y todo eso…

Elisabeth se levantó de golpe.

—¿Han dicho algo más sobre mí en la prensa?

—¡No, nada! Por eso quería… Era como si hubieras

desaparecido después de la nota de prensa del canciller. —Volvió la vista atrás y bajó la voz—: ¿Estás en una misión secreta para el Collegium? ¿Como agente encubierta?

Ella lo miró sin responder.

—Claro —dijo él con aire cómplice—, si fuera así, no podrías decírmelo.

—Correcto —respondió ella en un tono poco convincente mientras se preguntaba en cuántos líos podía meterse una sola persona a lo largo de su vida.

Él volvió de nuevo la vista atrás.

—Bueno, pues tengo información para ti. He oído a dos alcaides hablar esta mañana. Al parecer, el saboteador atacó la Biblioteca Real anoche.

—¿Qué?

—Robó un grimorio de clase seis mientras los alcaides trasladaban otro de la cámara. Lo han mantenido en secreto porque no quieren que la prensa se vuelva loca. Pero he pensado que debías saberlo. Para tu investigación, ya sabes —añadió, bajando más la voz.

—Gracias, Parsifal. Ahora debería volver a…

Señaló con la cabeza la ventana con la esperanza de que Parsifal usara su imaginación.

—¡Sí, claro! ¿Estás vigilando? ¿A un sospechoso? Claro, no me lo puedes contar. Ni siquiera debería estar aquí. Me…

Se fue alejando hacia la puerta. Ella asintió con la cabeza para animarlo y le guiñó un ojo. Parsifal se perdió de vista rápidamente, encantado de la vida.

Elisabeth respiró hondo y se dejó caer en la silla. Al menos había sacado algo bueno de la conversación: si los alcaides creían que el saboteador había robado el *Codex*, era poco probable que sospecharan de una simple doncella. Si dejaba pasar unos días más, quizá pudiera concentrarse en Ashcroft sin distracciones. Ahora que las *Crónicas de los muertos* iban camino de Harrows, era más necesario que nunca.

Apenas recordaba haberse arrastrado a casa y subido la escalera hasta su dormitorio. El único detalle con el que se quedó es que no había visto a Nathaniel desde su pesadilla. El magíster había pasado el día anterior encerrado en su estudio y, a juzgar por la luz

esmeralda que parpadeaba bajo la puerta, allí seguía. Se preguntó si habría salido de la habitación en algún momento.

Arriba, encendió una vela. No se quitó el uniforme de criada, consciente de que era buena idea tener la sal y el hierro a mano. *Asesina de Demonios* estaba en el suelo, a su alcance, aunque no tan cerca como para resultar amenazadora. No quería que el *Codex* la percibiera como a una enemiga.

El grimorio esperaba debajo de la cama, todavía dentro del saco que había usado para robarlo de la Biblioteca Real. Lo cogió y se lo colocó en el regazo, notando el entrechocar de las gruesas cadenas a través de la tela. Sentada en el suelo, con la espalda contra el colchón, apartó el saco de arpillera y dejó la cadena en la alfombra. El *Codex* siguió inerte e impasible.

—Soy una amiga —dijo, esperando que sus intenciones se transmitieran desde el brazo, a través de la piel, al apoyar la palma de la mano en el libro.

En un primer momento, no pasó nada. Ninguna voz le aulló para expresar su rabia y su indignación. Ninguna presión siniestra se hizo con la habitación. Poco a poco, como un anciano que se estira al despertarse, el *Codex* se abrió entre sus manos.

Elisabeth sintió una descarga de esperanza, seguida de un instante de recelo. Si Ashcroft se había pasado tanto tiempo estudiando el grimorio sin éxito, ¿por qué iba a tener éxito ella? A diferencia de él, no tenía ni la más remota idea de cuál era el secreto de Prendergast, ni sabía nada sobre códigos y claves. Llegar hasta aquel punto le había supuesto tanto esfuerzo que no había tenido tiempo de prepararse para lo que llegase después.

Revisó las páginas que se habían abierto para ella. Las palabras le nadaban delante de los ojos, así que parpadeó para intentar librarse del agotamiento, pero entonces descubrió que el problema no eran sus ojos. Eran las palabras las que se movían; la tinta formaba perezosos riachuelos sobre el pergamino. Pasó a otro apartado, dejando atrás diagramas etiquetados en enoquiano, y descubrió que ocurría lo mismo. Aunque el texto en sí era legible, las frases se habían desordenado por completo. De vez en cuando, se alineaban de tal modo que un solo párrafo se volvió comprensible:

> Los demonios de alta jerarquía conceden audiencia en un lugar resplandeciente, bajo un cielo sin sol. Cada quince días, cabalgan sobre caballos blancos cornudos, vestidos con prendas de seda, para cazar bestias en los bosques del Altermundo con sus jaurías de diablos aullantes. El sonido de un cuerno de caza demoníaco no es algo que se olvide fácilmente, ya que es tan bello y horrendo que paraliza a la presa de la caza como si la volviera de piedra…

Sin embargo, el resto se desordenó antes de que pudiera terminar y las frases se pusieron a deambular por la página como hileras de hormigas. Frustrada, cogió el espejo mágico y llamó a Katrien. Cuando el rostro de su amiga apareció en el cristal, parecía tan cansada como Elisabeth se sentía, con la piel cenicienta bajo la capa de escarcha del espejo. No tenían tiempo para ponerse al día. Repasaron a toda prisa las posibilidades más probables, sin pararse apenas a respirar.

—Puede que las frases solo se alineen del todo en una fecha y una hora específica —teorizó Elisabeth—, como a medianoche del solsticio de invierno o con unas condiciones concretas, como un eclipse.

—Pero Ashcrofit está seguro de que lo va a averiguar pronto, ¿no? Así que, si es así, o el fenómeno va a suceder en las próximas dos semanas o…

—O la clave tiene una solución muy distinta —concluyó Elisabeth por ella, sombría.

—Échale otro vistazo a tu investigación —la urgió Katrien—. Puede que haya alguna pista que no te haya parecido relevante antes. ¿Sabemos con certeza que Prendergast ocultó su secreto con una clave o no es más que lo que supone la gente, sin apoyarse en ninguna prueba? Mientras tanto, veré si puedo encontrar algo por aquí.

Cuando se quedaron sin tiempo, Elisabeth reprimió el impulso patético de suplicarle a Katrien que no se fuera, mientras su amiga desaparecía bajo el hielo. La soledad le cayó encima como una losa, empeorada por el cansancio, que le había dejado la mente embotada. Sabía que debía irse a la cama, pero estaba demasiado cansada para levantarse del suelo y envolver el *Codex* con la

cadena.

Así que se puso a hojear las páginas con aire distraído, hipnotizada por el texto en movimiento. Cuando las frases se ordenaban, leía descripciones perturbadoras, con todo lujo de detalles, de lo que comían los demonios en sus banquetes o de lo que vestían en sus bailes nocturnos, que duraban semanas enteras. Aunque las descripciones fragmentadas la inquietaban cada vez más, era incapaz de apartar la mirada.

> Los cisnes envenenados con belladona se consideran una exquisitez en los banquetes…
>
> El traje más novedoso de la noche fue un vestido hecho de polillas plateadas y pinchadas vivas en la tela, para conservar su brillo…

La vela se derretía sobre la mesita de noche. Empezó a cabecear. Imágenes inconexas le daban vueltas detrás de los párpados: demonios bailando, ataviados con vestimentas elaboradas, sonriendo mientras comían, desgarrando carne. Aquellos lujos de pesadilla se apoderaron de ella y la arrastraron como las manos de las sirenas tirando de un marinero naufragado hacia la oscuridad profunda y silenciosa.

De repente, se despertó.

O no se despertó… porque tenía que ser un sueño.

Estaba en una especie de taller antiguo. Ramilletes de hierbas que no reconocía colgaban de las vigas. Velas de sebo titilaban sobre todas las superficies y salpicaban las tablas del suelo manchadas de cera amarilla aceitosa. Extraños objetos se amontonaban en los estantes y en la mesa del centro de la habitación: plumas de ave, cráneos de animales, tarros con orbes turbios flotando en vinagre. Pero esa no era la parte que la convenció de que seguía durmiendo. La habitación estaba suspendida en el vacío. Los bordes rotos del suelo daban a un abismo negro y los trozos de techo que habían caído dentro mostraban la misma nada oscura por encima de ella.

Bueno, nada no. La sustancia negra brillante le recordaba a algo. Un olor intenso y revelador impregnaba el aire. Tinta.

—¿Quién eres? —preguntó una voz de hombre detrás de ella,

ronca de rabia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Elisabeth se volvió con el corazón en la garganta.

El hombre que tenía delante coincidía con la imagen que siempre había tenido de los hechiceros antes de conocer a Nathaniel y a Ashcroft. Alto, demacrado y cetrino, con ojos de obsidiana reluciente y una barba negra muy corta que acababa en punta en la barbilla. Vestía una túnica amplia y llevaba anillos en los dedos, con gemas de distintos colores engarzadas.

—Seas quien seas, me niego a decirte nada —le soltó el desconocido—. No me he pasado cientos de años atrapado aquí para echarlo todo por tierra ahora.

Cientos de años. Y lo decía en serio. Ahora que se fijaba mejor en su expresión, vio que no estaba enfadado, no del todo. Por debajo de la ira, parecía asustado, como si Elisabeth hubiera ido allí para arrebatarle algo a la fuerza. Su túnica era anticuada, igual que todo lo del taller, inalterado por el paso del tiempo durante siglos.

Fuera lo que fuera aquel lugar, no era un sueño. Ni tampoco lo era aquel hombre o, mejor dicho, aquel hechicero. Miró de nuevo el vacío de tinta que los rodeaba y abrió mucho los ojos al ocurrírsele una posibilidad. Prendergast había ocultado su secreto dentro del *Codex*.

Se giró hacia el hechicero.

—¿Es usted Aldous Prendergast?

No era la frase correcta. El rostro se le ensombreció y cruzó la distancia que los separaba en unas cuantas zancadas rápidas.

—¿Cómo has llegado aquí? —exigió saber mientras la agarraba por los hombros. La sacudió hasta que le castañetearan los dientes —. ¡Respóndeme, niña!

—¡No lo sé! Estaba leyendo el *Codex*. Me quedé dormida.

—Eso es imposible —rugió él.

—Curiosa frase para alguien que tiene más de trescientos años —le espetó ella—. A mí eso tampoco me parece posible.

Prendergast dejó caer los hombros. Después soltó a Elisabeth y se aferró al borde de la mesa, mirándola con rabia. La joven, sorprendida, descubrió que no le tenía nada de miedo. Estaba tan delgado que podía tirarlo al vacío de un empujón si intentaba hacerle daño.

—¿En qué año estamos? —preguntó él por fin mientras dirigía

su mirada airada a una botella llena de lo que parecían ser colas de rata en conserva.

Tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero sospechaba que el hechicero no las respondería hasta que ella respondiera a la suya.

—Mil ochocientos veinticuatro.

Él digirió la respuesta.

—No estoy vivo —dijo al cabo de una pausa larga y resignada—. No en sentido real.

Elisabeth retrocedió.

—Necromancia —repuso con voz ahogada, viendo sus mejillas huecas y su figura cadavérica desde otra perspectiva.

—No, necromancia no, niña tonta —le soltó él—. No soy un cadáver. Dejé mi cuerpo físico atrás, en el mundo mortal, y anclé mi mente a este…, este… Bueno, supongo que no lo entenderías. Está claro que no eres hechicera, a no ser que los estándares se hayan deteriorado mucho desde mi época. Lo único que necesitas saber es que estoy atrapado aquí por decisión propia. No puedo abandonar este lugar. Y tú no deberías haber podido visitarme a través del *Codex*, no sin mi permiso.

Ella miró a su alrededor.

—¿Estamos dentro del *Codex*? ¿Es una especie de dimensión alternativa?

El hombre entornó los ojos.

—Así que has estudiado teoría taumatúrgica…

Elisabeth decidió callarse que era porque leía muchas novelas.

—Estamos en un plano artificial de la existencia —explicó a regañadientes el hechicero—, anclado a mi grimorio, más o menos del tamaño de la habitación que nos rodea. Intentar crear uno más grande desestabilizaría la frontera entre el mundo mortal y el Altermundo.

—Entonces, es verdad que ha estado allí. En el Altermundo.

Él entornó aún más los ojos.

—La mayoría no me creyó. Me acusaron de inventarme mis estudios.

—Salvo por un hombre —dijo ella mientras lo examinaba de cerca—. Un hombre que se hacía llamar su amigo.

Le cambió la cara.

—¿Quién eres? —preguntó Prendergast con voz ronca.

—Me llamo Elisabeth Escriba. Soy…, era aprendiza de bibliotecaria. Pero eso no tiene importancia. No hay ningún código oculto en el *Codex*, ¿verdad? Usted es el código. Se ocultó aquí para escapar de Cornelius Ashcroft.

Los dedos de Prendergast, que seguía aferrados a la mesa, se quedaron blancos.

—De no haberlo hecho —siguió diciendo Elisabeth—, él habría usado la magia para leer sus recuerdos y le habría quitado a la fuerza el secreto que guarda. —Al ver que el hombre abría mucho los ojos, se explicó—: Su descendiente intentó hacerme a mí lo mismo.

Prendergast la miró un poco más y después se echó a reír. Aquella risa tenía un tono agudo nervioso que la alarmó. Se recordó que llevaba allí atrapado cientos de años, solo, y que ella había reaccionado de forma parecida después de que Nathaniel la acogiera.

—Mientes —dijo él tras recuperar el aliento—. Ahora lo veo. Estás compinchada con los Ashcroft. Es lo único que explica que supieras…, que averiguaras…

—¡No estoy con ellos! Lo juro.

—Estoy seguro de una cosa: los Ashcroft nunca dejan intactas a sus víctimas. —Un brillo febril le empañó los ojos—. ¿Acaso puedes imaginar lo que me empujó a elegir una eternidad aislado antes que los cuidados de mi viejo amigo? Lo dejé todo atrás, todo. Mi cuerpo real se convirtió en un cascarón vacío y babeante. Pero es lo que me habría hecho Cornelius, de todos modos, después de destrozarme la mente. Al menos, así pude frustrar los planes de ese demonio. —De repente, Prendergast hablaba en un tono feroz—. Nunca lo conseguirá. Ni tú tampoco.

—¿El qué?

El hechicero no respondió. Se volvió y empezó a alejarse, con la túnica hinchada por el viento, aunque no había adonde ir, solo podía internarse más en el taller, entre los estantes abarrotados y medio hundidos.

—¡Puede que venciera a Cornelius —gritó ella mientras corría detrás de él—, pero su descendiente va detrás de su secreto! Sabe que está aquí y no se detendrá ante nada para encontrarlo.

Prendergast agitó una de sus delgadas manos y las gemas de los dedos reflejaron la luz de las velas.

—Da igual, no podrá…

—¿Llegar aquí, como he hecho yo?

Se quedó paralizado.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Escúcheme —insistió ella—. Busqué su grimorio porque Ashcroft ha estado liberando malefactores de las grandes bibliotecas. Han muerto decenas de personas. Tengo que averiguar por qué lo está haciendo para poder llevarle las pruebas al Collegium. De lo contrario, nunca lo llevaremos ante la justicia.

Se hizo el silencio.

—Así que ya ha empezado, ¿eh? —dijo por fin Prendergast, cansado—. Está intentando terminar lo que empezó Cornelius.

—Tiene que contarme lo que está planeando. Sé que, sea lo que sea, depende de la Gran Biblioteca de Harrows…

La voz de Prendergast salió disparada como un látigo:

—¡Basta! Déjame en paz. Da igual lo que planee porque —se agachó, con las manos en las rodillas, y se obligó a decir el resto— sin mí, no tendrá éxito.

Después de robar en la Biblioteca Real y pedir ayuda a un demonio, Elisabeth había llegado demasiado lejos para rendirse. Se acercó al hechicero por detrás y lo agarró de un brazo. Al tocarlo, Prendergast se estremeció y cayó de rodillas. El dolor le contrajo el rostro demacrado.

Elisabeth se sintió culpable.

—¿Se encuentra bien?

Sin embargo, en cuanto habló, vio que lo que pasaba no se limitaba al hechicero. Las velas chisporroteaban y se consumían en charcos de cera. La oscuridad se apoderó del taller. Entonces, el suelo se movió, una convulsión sísmica que estuvo a punto de tirar a Elisabeth. Los tarros rodaron de la mesa y se estrellaron contra el suelo.

—El *Codex Demonicum* —dijo Prendergast entre dientes—. Algo le está pasando al grimorio. Estás en peligro, niña. Tu cuerpo todavía sigue en el mundo real.

Elisabeth tenía el corazón acelerado.

—¿Cómo regreso? Ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí.

—¡Salta! —rugió él.

No tuvo tiempo de pensarse la orden, teniendo en cuenta cómo temblaba el mundo a su alrededor. Corrió hasta el borde, reunió valor y se lanzó del extremo irregular de las tablas del suelo mientras pensaba: «Esto no es real. Está solo en mi cabeza. No me caeré».

Pero la sensación era la misma: caer dando tumbos por el aire hasta no saber qué estaba arriba y qué abajo, con el sabor amargo de la tinta en la boca, en la nariz, ahogándola…

Se despertó con un jadeo y la sensación de un golpe, como si le hubieran metido el alma a la fuerza en el cuerpo. Estaba sentada en el suelo de su dormitorio, aturdida, con el *Codex* en el regazo.

La vela se había apagado. No porque hubiera terminado de arder, sino porque ella se había caído de lado mientras dormía y le había dado a la mesita de noche con el hombro. Al hacerlo, había volcado el candelero y la llama se había extinguido. Había tenido suerte de que la vela no hubiera provocado un incendio. Pero cambió enseguida de idea, ya que había hecho algo peor.

Unas gotas de cera caliente habían salpicado las páginas del *Codex*. Ante sus ojos, la tinta se extendía desde los bordes de la cera como una mancha de sangre que empapaba el papel y volvía negras las páginas. Se levantó de golpe y tiró el grimorio sobre la alfombra. Al hacerlo, la cubierta se movió y abultó como si algo de su interior intentara escapar. Su sombra a la luz de la luna se alargó por el suelo. Elisabeth se arrancó una bala de sal del cinturón justo a tiempo, ya que, en cuanto lo hizo, una mano delgada con escamas se alargó por el suelo y le agarró el tobillo con sus dedos arrugados.

El *Codex* se había transformado en un malefactor.

Veintitrés

Elisabeth notó el sabor de la sal en la boca cuando estalló la bala y llenó el dormitorio de partículas relucientes, algo de inesperada belleza a la luz de la luna, como nieve. Los dedos se aflojaron lo suficiente como para poder zafarse de ellos y liberar el tobillo. El malefactor respondió con un grito desgarrado. A continuación se produjo una confusión de movimiento en la que las extremidades escamosas salían disparadas en todas direcciones, hasta que algo arrancó la puerta de sus bisagras y dejó entrar un chorro de luz procedente de los apliques del pasillo. Una figura encorvada, de largas orejas, se veía recortada en el umbral. Otro chillido y dobló la esquina a toda velocidad.

Elisabeth recogió del suelo a *Asesina de Demonios* y salió detrás de ella, saltando por encima de los restos astillados de la puerta. El malefactor corría cojeando por el pasillo. Quedaba claro de dónde había salido la encuadernación. La criatura se parecía a los diablos de la mansión Ashcroft, aunque tenía las escamas carmesís polvorientas y desecadas, y las costuras cosidas le recorrían la piel. Los piojos de los libros le habían dejado las orejas hechas jirones. Le colgaba pan de oro del cuerpo, ya sin brillo y rugoso por la edad.

Cuando llegó a la escalera, la bajó corriendo a cuatro patas y desgarró la moqueta con las uñas. Al llegar abajo, se dio contra una mesa y tiró un jarrón a las baldosas de mármol. Las rosas se esparcieron por el suelo en una cascada de agua y porcelana rota. ¿Desde cuándo había flores frescas en la entrada? Elisabeth no se

había dado cuenta.

En vez de bajar los escalones, decidió deslizarse por el pasamanos y saltar a la refriega mientras el malefactor todavía intentaba mantener el equilibrio sobre las baldosas mojadas. Avanzó despacio, con *Asesina de Demonios* en alto. La criatura retrocedió y se llevó las manos raquíticas al pecho; le brillaban los ojos, que eran negros como la tinta. La joven reprimió la compasión cuando lo arrinconó contra la pared. No pensaba subestimar su fuerza, sobre todo después de ver lo que le había hecho a la puerta. Un clase seis nervioso era más que capaz de vencer a un alcaide.

—¿Qué diantres pasa aquí?

Elisabeth se quedó paralizada al oír la voz de Nathaniel salir del pasillo. Un segundo después, el magíster apareció en el vestíbulo bañado por la luz de la luna, completamente vestido a pesar de la hora. Se detuvo y se apoyó en el recibidor para evaluar con calma la escena, como si se encontrara con caos como aquel todos los días.

El estómago de Elisabeth hizo una maniobra extraña. Tenía muy reciente su último recuerdo de él, pálido y tembloroso, buscando la mano de Silas. Después de verlo así, le parecía imposible que pudiera tener un aspecto tan sereno como el que presentaba ante el malefactor. Tan normal, como si no hubiera cambiado nada en él. Aunque, claro, no había cambiado nada. Había estado ocultándole su dolor a Elisabeth desde el principio. No solo a ella, sino a todo el mundo, salvo a Silas, que era el único que lo entendía.

—Escriba —dijo el magíster, y suspiró—. Debería haber sabido que eras tú en cuanto he oído que el valioso jarrón de mi bisabuela caía al suelo. —Después evaluó con la mirada al malefactor—. Y ¿quién es este? ¿Amigo tuyo?

El *Codex* abrió la boca, que estaba repleta de colmillos, y dejó escapar un chillido ensordecedor. Encima de él, tembló la lámpara de araña.

—Encantador —dijo Nathaniel. Se volvió hacia Elisabeth—. Si los dos sentís la necesidad de romper algo más, llevo años intentando librarme del tapiz de la tía Clothilde. Lo reconocerás cuando lo veas. Es malva.

Elisabeth abrió la boca varias veces antes de poder hablar:

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué? Parece que tienes la situación controlada.

—¿Puedes volver a convertir un malefactor en grimorio? ¿Con magia?

—Es posible, siempre que no sea muy peligroso. —Nathaniel arqueó una ceja—. ¿Por qué?

La joven resistió el impulso de apretar los dientes. Pesadillas aparte, seguía siendo tan irritante como siempre.

—El grimorio es una prueba importante contra Ashcroft. —Incómoda, añadió—: Es lo único que tengo.

Él arqueó ambas cejas.

—Sabía que tramabas algo en la Biblioteca Real, pero ¿robo? ¿En serio, Escriba?

Elisabeth notó que se le ponían rojas las mejillas. Aflojó un poco los dedos con los que sujetaba a *Asesina de Demonios* y fue consciente de su error en cuanto lo cometió (no podía permitirse ninguna distracción), pero reaccionó un segundo tarde. El malefactor entró en acción, la apartó de un golpe y salió corriendo. Antes de darse cuenta de nada, la joven estaba tirada en el suelo, intentando respirar.

«No dejes que se escape», pensó, desesperada. Si el *Codex* escapaba, estaría todo perdido.

Las sílabas de un encantamiento achicharraron el aire. Una luz esmeralda bailó sobre ella, se reflejó en las baldosas mojadas y delineó los pétalos de las rosas tiradas por el suelo. Elisabeth se levantó apoyándose en un codo, entre toses, y vio al malefactor paralizado en pleno salto, a solo un palmo de la ventana. Nathaniel estaba detrás, con un brazo extendido, tan rígido por la tensión que se le había hinchado una vena en el cuello. Le temblaba la mano del esfuerzo mientras sus labios formaban las palabras del hechizo.

Despacio pero sin pausa, el malefactor empezó a doblarse sobre sí mismo. Las extremidades se doblaron, la cabeza se inclinó y la piel escamosa se encogió hacia dentro. Se hizo cada vez más pequeño hasta que la luz desapareció y el *Codex* cayó al suelo, intacto, con un golpetazo que resonó por el vestíbulo.

Elisabeth se levantó con cuidado y Nathaniel se dobló por la mitad, jadeante. Reprimió un gruñido ahogado y ella se dio cuenta de que le había pedido algo más complicado de lo que se imaginaba. Había estado convencida de que el joven era capaz de manejar una magia de ese tipo (al fin y al cabo, lo había visto darle

vida a la piedra e invocar tormentas), pero lo cierto era que nunca había oído hablar de que se pudiera invertir el estado de un malefactor. De haber sido tan sencillo, no habría necesidad de grandes bibliotecas ni de alcaides.

—Nathaniel —dijo.

Dio un paso hacia él y se desmayó.

La oscuridad le nadaba delante de los ojos. Oía el rugido de la sangre en los oídos. A través de las oleadas de náuseas, fue consciente de que alguien la sujetaba. Parpadeó rápido y el mundo volvió a tomar forma. Nathaniel la tocaba. Le recorría con las manos los costados y los brazos de una forma que era impersonal a la par que urgente. Estaba buscando heridas.

No quería que parara. Nunca antes la habían tocado así. Sus manos le dejaron marcas en la piel, como las colas de los cometas, un cosquilleo anhelante del que solo anhelaba más. Notó un dolor en el pecho que la dejó sin aire. La intensidad de la sensación la abrumaba.

—¿Dónde te duele? ¿Me lo puedes decir?

Como no respondía, Nathaniel le cogió el rostro entre las manos.

—¡Elisabeth!

El sonido de su nombre en su voz, en aquel tono, la devolvió de golpe a la realidad.

—No estoy herida —respondió con el pulso acelerado bajo las puntas de los dedos de Nathaniel—. Es que me he levantado demasiado deprisa. Estoy…

—Agotada —terminó él por ella cuando dejó la frase en el aire. Después, la examinó con sus ojos grises—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

«Hace tres noches». No lo dijo en voz alta. Nathaniel ya había vuelto a encerrarse en sí mismo. Se le tensó un músculo de la mandíbula cuando la ayudó a levantarse y la guio hasta una silla. Parecía enfermo, como si el contacto con ella fuera tóxico o el aire de la habitación desapareciera como agua por un desagüe. La confusión hacía que a Elisabeth le palpitara la cabeza. Cuando remitió el mareo, empezó a entenderlo. La explicación estaba clara: Nathaniel se echaba la culpa de todo aquello.

—Espera —protestó ella, pero él ya había dado un paso atrás.

—Silas —dijo el magíster.

En cuanto Silas apareció entre las sombras de la entrada, Nathaniel se le acercó. Elisabeth ya se sentía bien, solo algo mareada, pero el enredo de emociones le había formado tal nudo en la garganta que apenas podía respirar. Al margen de lo que fuera a suceder, deseaba poder pararlo, poder volver atrás en el tiempo y darse la oportunidad de hablar primero con Nathaniel. Impotente, lo vio inclinarse sobre Silas y hablar en voz baja pero furiosa:

—¿Por qué no me habías dicho que estoy teniendo pesadillas? Ya no soy un niño. Si uso la magia mientras duermo, mientras haya alguien más en la casa, ¡tengo que saberlo! Por amor de Dios, Silas, ¡podría haberle hecho daño!

—Señor —dijo Silas para apaciguarlo.

—¿Qué fue esta vez? —siguió el joven, implacable—. ¿Las paredes que chorrean sangre o los cadáveres arrastrándose por el pasillo? ¿O puede que mi favorito, la aparición de mi padre tambaleándose con el cuello cortado? Esa sirvió para librarse del mayordomo en un segundo.

—Son ilusiones, señor. Inofensivas.

—No —lo cortó como con una bofetada—. Ya conoces la magia que corre por las venas de mi familia. Serviste a Baltasar.

Silas inclinó la cabeza.

—Por lo tanto, cabría pensar que mi opinión…

—Te he dicho que no. No discutas conmigo. No sobre esto. —Con expresión fría, convertido en magíster de pies a cabeza, añadió —: Es una orden.

Silas apretó los labios. Después, impasible, hizo una reverencia con la cabeza.

Nathaniel se pasó las manos por el pelo y se puso a caminar por el vestíbulo. No miraba a los ojos a ninguno de los dos.

—Le encontraré otro alojamiento, señorita Escriba —dijo—. No debería tardar más de un par de días. Este arreglo era temporal desde un principio.

Dicho lo cual, se dirigió a la escalera.

Elisabeth intentaba comprender cómo habían pasado de «Elisabeth» a «señorita Escriba» en cuestión de segundos. La situación se le escapaba de las manos a una velocidad pasmosa, alejándose de ella como el hilo de una bobina al caer al suelo. Le daba la sensación de que, si no intervenía, Nathaniel y ella

acabarían por convertirse en desconocidos y ella no lograría que las cosas volvieran a ser como antes. Tomó aire como pudo.

—¡No quiero irme a otro sitio! —le gritó a la escalera.

Nathaniel dio otro paso y se detuvo, con la espalda recta. No se giró, como si no soportara enfrentarse a ella.

—Me gusta estar aquí —dijo Elisabeth, y se sorprendió al darse cuenta de que era verdad—. Es casi…, casi como un hogar para mí. No me das miedo y no me dan miedo tus pesadillas.

Él dejó escapar una carcajada amarga, triste.

—Apenas me conoces. No has visto lo que soy capaz de hacer de verdad. Cuando eso suceda, seguro que cambias de idea.

Pensó en aquella noche en el Bosque Negro, cuando lo vio sentado contemplando la obra de su antepasado en el bosque, una herida con cientos de años de antigüedad que seguía pudriéndose. ¿Era eso lo que temía? ¿Que la maldad de Baltasar viviera dentro de él? Le dolía cada latido del corazón, como si le clavaran un cuchillo entre las costillas.

Recogió una rosa del suelo. Tenía los pétalos húmedos y las espinas le pinchaban los dedos. Era un símbolo de la vida y la belleza, algo poco habitual en la mansión vacía y abatida de Nathaniel, aunque bien cierto era que no había pensado así en la casa desde hacía un tiempo. Ahora entendía que las rosas eran para ella. Una señal de esperanza abriéndose paso entre las cenizas.

—Puede que no haya visto lo que eres capaz de hacer —dijo—, pero he visto lo que decides hacer. —Levantó la vista—. ¿No es eso más importante?

La pregunta lo pilló con la guardia baja. Se aferró al pasamanos para no perder el equilibrio.

—Decidí no ayudarte a luchar contra Ashcroft.

A Elisabeth le dolía el corazón. Miró los hombros del magíster y la línea de su espalda, que expresaban su tristeza sin rodeos.

—No es tarde para cambiar de idea —dijo.

Nathaniel se inclinó y apoyó la frente en el brazo. Guardaron silencio. El vestíbulo apestaba a combustión etérea, aunque, bajo aquel olor, se distinguía la tenue fragancia de las rosas.

—De acuerdo —respondió él al fin.

A la joven, la alegría se le subió a la cabeza como un trago de champán, pero no se atrevía a pedir demasiado a la vez.

—¿Puedo quedarme?

—Por supuesto que puedes quedarte, peligro andante. Tampoco es que pudiera detenerte, si quisiera. —Se calló de nuevo. Ella esperó, sin aliento, a que se obligara a decir el resto—. Y, de acuerdo, te ayudaré. No por ninguna razón noble —se apresuró a añadir, mientras la esperanza de Elisabeth renacía—. Sigo pensando que es una causa perdida. Lo más probable es que nos maten. —Siguió subiendo las escaleras—. Pero un hombre tiene sus límites. No puedo permitir que vayas por ahí sola destrozando antigüedades irreemplazables.

Elisabeth sonreía de oreja a oreja.

—¡Gracias! —le gritó.

Nathaniel hizo un gesto desdeñoso con la mano desde lo alto de la escalera. Sin embargo, antes de doblar la esquina y perderse de vista, lo vio sonreír.

Veinticuatro

A la mañana siguiente, cuando Elisabeth llevó el espejo mágico al estudio de Nathaniel, él ni siquiera se sorprendió, a pesar de que, según decía, llevaba perdido casi un siglo.

—Pertenecía a mi tía Clothilde —explicó—. Murió antes de que yo naciera, pero siempre escuché historias que decían que lo usaba para espiar a su familia política.

Elisabeth vaciló al recordar lo que le había contado la señora Wick hacía unos días.

—¿Eso no fue después de las Reformas?

—Sí, pero te asombraría saber la cantidad de artefactos prohibidos que siguen escondidos en las casas antiguas como esta. —Cerró los ojos y recorrió con los dedos los bordes del espejo para concentrarse—. Los Lovelace encontraron instrumentos de tortura ambulantes en su sótano, incluida una doncella de hierro que los persiguió escaleras arriba mientras se abría y cerraba como un molusco. La verdad es que yo nunca he bajado a mi sótano. Ahí hay puertas que llevan sin abrirse desde que Baltasar construyó esto, y Silas me cuenta que tenía una obsesión muy rara con las marionetas… Ah. —Abrió los ojos—. Ya está.

Elisabeth se inclinó sobre el sofá para verlo mejor. La capa de escarcha se había apartado de la superficie del espejo. Según Nathaniel, no tenía ningún problema; después de tantos años inactivo, solo había que reponer su magia. Katrien y ella podrían hablar durante todo el tiempo que quisieran.

Se le escapó la risa, estaba encantada. Levantó la vista y descubrió que el magíster la miraba con atención, que estudiaba su rostro como si fuera un cuadro. Un escalofrío la recorrió cuando sus miradas se cruzaron. Todo cobró más intensidad: los instrumentos del estudio brillaban detrás de Nathaniel; sus labios se veían suaves a la luz de las velas; la estructura cristalina de sus iris era de una complejidad infinita tan de cerca.

Durante un segundo, pareció como si algo fuera a suceder. Entonces, una sombra cayó sobre los ojos del magíster, que se aclaró la garganta y le pasó el espejo.

—¿Estás preparada? —preguntó.

Elisabeth reprimió la vergüenza y procuró que no se le notara nada en la cara. Con suerte, él no se fijaría en el rubor de sus mejillas y, si lo hacía, lo confundiría con la emoción por lo de Katrien.

—Sí, pero primero quiero probar algo. —Se acercó el espejo a la nariz, sin prestar atención a los nervios que se le concentraban en el estómago—. Enséñame a Ashcroft —ordenó.

Nathaniel se puso en tensión cuando la superficie del espejo empezó a formar un remolino. Sin embargo, cuando se aclaró, no les mostró ninguna imagen. Un estanque de luz dorada reluciente llenaba el cristal. Elisabeth frunció el ceño. Era la primera vez que veía al espejo hacer algo semejante.

—No lo entiendo. ¿Está en un lugar sin espejos cerca?

—Es la magia de Ashcroft —respondió él tras relajarse un poco —. Parece que se ha rodeado de hechizos protectores. Están pensados para detener rituales maliciosos, pero está claro que también bloquean los espejos mágicos.

Elisabeth dejó escapar el aire y fue entonces cuando se percató de que había estado conteniendo el aliento.

—Se prepara para todo. Eso es lo que aprendí cuando estaba atrapada en la mansión. Lo de poder espiarlo parecía demasiado bueno para ser verdad, pero tenía que intentarlo.

—Quizá sea mejor así —la consoló él—. Imagínate que lo llegamos a pillar en el retrete. O recortándose los pelos de la nariz. O incluso…

Elisabeth hizo una mueca.

—Enséñame a Katrien —le dijo al espejo antes de que Nathaniel

pudiera añadir nada más.

Apretó con fuerza el marco del espejo mientras el cristal empezaba de nuevo a dar vueltas. Había preparado tanto a Katrien como a Nathaniel para ese momento lo mejor que había podido, teniendo en cuenta que solo había tenido un minuto para hablar con Katrien aquella mañana, pero, ahora que por fin había llegado el momento de que se conocieran, se le revolvió un poco el estómago. Por la razón que fuera, si su mejor amiga odiaba a Nathaniel, no lo soportaría.

El rostro de la joven apareció en el espejo. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, envuelta hasta la barbilla en una colcha extragrande. Aun así, había logrado que tener un aspecto amenazador. Quizá fuera por su mirada, que diseccionaba a Nathaniel como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Espinosa —saludó.

—Dignapluma —contestó él.

Tras una larga pausa durante la que Elisabeth se preguntó si acabaría por vomitar, Katrien por fin sacó una mano de debajo de la colcha y se subió las gafas. La mano se perdió de nuevo de vista, como si nunca hubiera existido.

—Supongo que nos valdrás —dijo—. Bueno, ¿qué más tengo que saber antes de que empecemos?

Y, sin más, la sensación incómoda desapareció. Elisabeth resistió como pudo el impulso de levantarse de un salto y vitorear. Colocó el espejo de modo que Katrien pudiera verlos a los dos.

—Para empezar, Ashcroft lleva un par de días de retraso en su ataque a la Gran Biblioteca de Fairwater.

Katrien frunció el ceño.

—¿Crees que es porque no ha avanzado con el *Codex*?

—Exacto… Podría estar intentando ganar tiempo porque todavía no está preparado para seguir con lo que tenga pensado para Harrows…

Los tres hablaron hasta entrada la noche y solo los interrumpió una vez una inspección aleatoria de habitaciones que los obligó a cancelar el hechizo del espejo antes de que un alcaide viera sus rostros incorpóreos flotando encima del armario de Katrien, y otra Silas, que insistió en servirles una cena de tres platos en la mesita de centro. Katrien observó a Silas con interés, pero, por suerte, no

dijo nada.

Concluyeron la reunión intentando meter a Nathaniel en el *Codex*. Primero probó a ir solo, para establecer un control, según explicó Katrien, aunque Elisabeth sospechaba que solo quería verlo sufrir. Después intentaron entrar juntos, cogidos del brazo, con la esperanza de que Elisabeth lograra tirar de él. Pero en todas las ocasiones se materializaba ella sola en la dimensión del taller. Prendergast se enfadó tanto con las constantes visitas de Elisabeth que empezó a lanzarle tarros llenos de dedos cortados, momento en el cual decidieron dar la noche por terminada.

—Elisabeth —dijo Katrien cuando todos se levantaron y estiraron—. ¿Puedo hablar contigo un momento, en privado?

Elisabeth dio un respingo. Estaba claro que su amiga había notado que se ponía roja cada vez que Nathaniel la cogía del brazo. ¿De verdad tenían que hablar sobre eso? Cuando Silas y el magíster salieron del estudio, se dejó caer otra vez en el sofá y se metió las manos entre las rodillas.

—¿Estás bien? —le preguntó Katrien—. Parece como si tuvieras indigestión. Bueno, he estado pensando en tu resistencia a la magia. De dónde puede haber salido y esas cosas.

Elisabeth se hundió en los cojines. Era como si se le hubieran licuado los órganos de alivio.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Bueno —repuso la otra, evasiva—, tiene que haber una razón que explique que seas la única persona capaz de entrar en el *Codex* y tiene que haber alguna relación. —Hizo una pausa—. ¿Te acuerdas de la vez que te caíste del tejado y no te rompiste nada?

Elisabeth asintió y rememoró lo ocurrido. Tenía catorce años por aquel entonces y había subido dos plantas para que no la viera el alcaide Finch.

—Tuve suerte.

—No lo creo. Esa caída debería haberte hecho algo, pero te levantaste con unos cuantos moratones y ya está. Stefan jura que rompiste uno de los adoquines. También está el incidente de la lámpara de araña del refectorio, que casi te aterrizó encima. Esa vez que te llenaste entera de mermelada de fresa…

—¡Lo sé! —la interrumpió Elisabeth, ruborizada—. Lo recuerdo. Pero ¿qué tiene eso que ver con que sea capaz de entrar en el

Codex?

Katrien se mordisqueó el labio.

—No es solo que seas resistente a la magia. También eres físicamente más resistente que una persona normal. Has sobrevivido a cosas que habrían matado a cualquiera.

Elisabeth fue a protestar, pero entonces recordó su batalla con el *Libro de ojos*. El malefactor la había aplastado hasta que creyó que le reventarían los pulmones, pero, por lo que sabía, ni siquiera le había roto una costilla. En retrospectiva, sí que parecía raro.

—Estaba pensando en cómo podrían estar relacionadas esas dos cualidades —siguió explicando Katrien con lentitud— y se me ocurrió algo. ¿Te acuerdas de esos experimentos que hice cuando nos conocimos?

—¿Los de los piojos de los libros?

Katrien asintió y se le empañaron un poco los ojos.

—Los piojos de los libros son criaturas fascinantes. Se pasan el día correteando entre el polvo de los pergaminos, comiendo y respirando embrujos, pero no les hacen daño. Son gigantes y cuesta matarlos. Al principio creía que eran una especie distinta, sin relación con los piojos de los libros normales. Pero, tras estudiarlos, descubrí que no era así. Empiezan siendo normales cuando eclosionan. El estar expuestos a los grimorios es lo que los cambia.

Elisabeth se quedó muda durante un momento. Le daba vueltas la cabeza. Se imaginaba de bebé, gateando entre las estanterías. De niña, escabullándose por los pasadizos. Apenas recordaba algún momento en toda su infancia en el que no estuviera cubierta de polvo de la cabeza a los pies.

—¿Quieres decir…? ¿Estás diciendo que soy un piojo de los libros?

—La versión humana de uno, al menos. Por lo que sabemos, eres la única persona que ha crecido en una Gran Biblioteca. Cuando llegamos la mayoría de los aprendices, a los trece años, debemos de habernos desarrollado demasiado para que ocurra algún cambio. Pero tú…

La joven sintió como si le hubieran dado en la cabeza con un grimorio. Había vivido dieciséis años y medio viendo doble y, de repente, por primera vez, podía enfocar bien el mundo. Por eso se había despertado la noche de la huida del *Libro de ojos*. Por eso

había sido capaz de resistirse a Ashcroft y por eso aquel volumen de los archivos la había llamado… ¿Cómo la había llamado?

«Una verdadera hija de la biblioteca».

Tinta y pergamino le fluían por las venas. La magia de las grandes bibliotecas le vivía en los huesos. Formaban parte de ella y ella formaba parre de ellos.

Aquella semana, en la Biblioteca Real, Elisabeth no podía pensar en otra cosa. Siguió con su trabajo como si caminara en sueños, observando innumerables detalles en los que antes no se había fijado. Los grimorios se agitaban en los estantes cuando ella pasaba por su lado, pero permanecían quietos y en silencio cuando lo hacían los bibliotecarios. Las estanterías crujían. Volúmenes raros daban toquecitos en las vitrinas para llamar su atención. Su ruta de ida y vuelta al almacén pasaba por delante de un clase cuatro que era tristemente célebre entre los aprendices por su mal genio (todos huían por el pasillo entre chillidos mientras les escupía tinta a los talones), pero ella solo tenía que saludarlo con la cabeza cada mañana para que la dejara en paz. En un incidente especialmente memorable, una zona de estantería se abrió sin que nadie la tocara y derribó a Gertrude en sus ansias por enseñarle a Elisabeth un pasadizo secreto.

Pero, cuanto más barría, fregaba y pulía, más perdía ese sentido de la maravilla, que iba siendo reemplazado por un vacío que le abrió un abismo en el pecho. Si nunca recuperaba su posición dentro del Collegium, ¿qué le quedaba en el mundo? Fuera de las grandes bibliotecas, se sentía como un animal en una casa de fieras, una rareza arrancada de su hogar y paseada por lugares a los que no pertenecía. Todos los días intentaba convencerse de renunciar al trabajo para concentrar su energía en Ashcroft. Y todos los días se quedaba paralizada de terror de tan solo pensarlo. En cuanto dejara su uniforme y saliera por la puerta, puede que no hubiera vuelta atrás.

Gertrude chascó la lengua y suspiró, todavía convencida de que Elisabeth estaba embobada por culpa de un chico. En cierto modo, así era. Su falta de sueño se debía a pasarse hasta última hora de la noche alrededor de la luz verde titilante en el estudio de Nathaniel.

Abarrotada con los resultados de sus reuniones, la habitación cada vez parecía más la base de operaciones de una guerra. Habían reorganizado los muebles y pegado notas en las paredes. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Prendergast seguía sin cooperar y ellos no estaban más cerca de descubrir los planes de Ashcroft.

Esa mañana, a Elisabeth la habían puesto a limpiar el suelo del Observatorio, cuyas baldosas azules y blancas brillaban como gemas cada vez que les pasaba la mopa por encima. La habitación estaba diseñada para grimorios que solo se podían leer a la luz de la luna o de las estrellas, o durante ciertos alineamientos planetarios. Los instrumentos astronómicos zumbaban un poco, lejos de su alcance, sobre todo la enorme esfera armilar de bronce que colgaba del centro de la bóveda de cristal del observatorio como una lámpara de araña. Cuando se desvió hacia el borde del cuarto y miró abajo, descubrió una vista de pájaro impresionante de los terrenos del Collegium. Todo parecía tranquilo aquella tarde, salvo por un único jinete que galopaba hacia la biblioteca vestido con una librea del Collegium manchada por el viaje.

Ya casi había acabado cuando la puerta del Observatorio se abrió una rendija. Levantó la vista esperando encontrarse a Gertrude con otra tarea, pero entrevió una capa dorada entrando en la habitación.

—¿De qué quería hablar conmigo, subdirectora?

Se quedó entumecida de la conmoción al oír la voz de Ashcroft, como si el suelo se hubiera hundido y la hubiera lanzado a unas aguas heladas. Corrió a esconderse detrás de un pedestal, con la mopa aferrada contra el pecho. Allí escondida, helada, escuchó el susurro de la túnica de la señora Wick y deseó con todas sus fuerzas que no le acercara más a Ashcroft. Sin duda, los dos creían estar solos.

La mirada de Elisabeth se desvió al cubo de agua jabonosa que estaba a pocos metros de ella; sintió un cosquilleo frío por toda la piel. Siempre que Ashcroft no mirara en la dirección equivocada…

—Hace unos minutos hemos recibido noticias de un mensajero —dijo la señora Wick—. He pensado que debía ser el primero en saber que han atacado la Gran Biblioteca de Fairwater.

Elisabeth se quedó sin aliento. Se volvió y se asomó entre los anillos entrelazados del instrumento colocado sobre el pedestal. Los

dos se habían detenido cerca del centro de la habitación, donde un juego de espejos reflejaba un haz de luz solar concentrado sobre las baldosas. Ashcroft estaba medio dentro de él, y la luz le recortaba una franja de manga y parpadeaba con fuerza sobre algo que tenía en la mano. Sostenía un bastón decorativo con el mango tallado en forma de cabeza de grifo.

—Válgame —dijo—. Lo siento muchísimo. —Aunque sonaba sincero, en sus ojos disparejos se reflejaba la burla—. ¿Ha habido muchas víctimas?

—Cuatro alcaides y tres civiles muertos, envenenados por la miasma del malefactor. La directora Florentine ha sobrevivido, aunque con una herida grave en la cabeza. Según nos informan, no recuerda ningún detalle del ataque.

Ashcroft esbozó una sonrisa de satisfacción. ¿Un golpe en la cabeza o los efectos de un hechizo? A Elisabeth se le revolvió el estómago. Ojalá la señora Wick pudiera verle la cara.

Mientras los dos seguían hablando, recordó la reunión de la noche anterior con Katrien y Nathaniel. Ya estaban casi seguros de que Ashcroft no había salido de Brassbridge durante los ataques. A no ser que conociera un hechizo lo bastante poderoso como para transportarse al otro lado del país, no podía haber llevado a cabo los ataques en persona, ni el de Fettering, mientras interrogaba a Elisabeth todos los días en su estudio, ni el último; en su ropa no se veía ni rastro de un viaje reciente. Nathaniel suponía que debía de tener como cómplice a otro hechicero.

Por fin, Ashcroft se giró para marcharse.

—Regresaré al Magisterium de inmediato —decía—. Le aseguro que pondremos a nuestros mejores hechiceros a trabajar en el caso.

—Si me permite la sinceridad, canciller, me temo que sus mejores hechiceros quizá no estén a la altura. Hasta el momento, solo la Gran Biblioteca de Harrows permanece intacta. Incluso la Biblioteca Real ha sufrido los ataques del saboteador sin que haya habido ninguna consecuencia…

Un escalofrío recorrió a Elisabeth cuando Ashcroft le abrió la puerta a la señora Wick. Claro que la noticia de la desaparición del *Codex* ya debía de haberle llegado; en cuanto atribuyeron el robo al saboteador, se había convertido en parte de la investigación. ¿Le daría el Collegium acceso a los registros de la Biblioteca Real? Y, de

ser así, ¿se molestaría en echarles un vistazo a los sirvientes recién contratados?

Cuando ya estaba a medio camino de la puerta, se detuvo. Acarició con aire pensativo la cabeza del grifo. Se volvió para examinar el Observatorio y su ojo de color rubí recorrió todos los instrumentos. Elisabeth se puso tensa cuando su mirada se acercó al cubo, pero no pareció verlo; su atención siguió adelante, hacia el sitio en el que estaba escondida. Con el corazón latiéndole en el paladar, procuró agacharse para que no la descubriera. Incluso después de oír que se cerraba la puerta, un minuto después, siguió otro minuto donde estaba, paralizada, antes de atreverse a mirar de nuevo.

Ashcroft se había ido. Estaba sola.

Aquella noche, un humor solemne reinaba en el estudio. Nathaniel se había pasado todo el día trabajando en sus ilusiones para el Baile Real, pero las mariposas que revoloteaban por la habitación, incongruentes, no sirvieron para animar a Elisabeth. A lo largo de los últimos días, parecía cada vez más posible que Ashcroft hubiera hecho una pausa en sus planes y les hubiera dejado unas semanas o incluso unos meses más para atraparlo. Nadie supo qué decir cuando Elisabeth les contó la noticia. Había tomado la dolorosa decisión de no regresar a la Biblioteca Real y hasta Silas la miraba con lástima.

Respiró hondo. Había llegado el momento de reconocer algo.

—No creo que Prendergast vaya a contarme nada sobre el objetivo de Ashcroft. Sigue sin confiar en mí. Y si soy la única persona que puede visitarlo, lo que parece probable, no podemos usar el *Codex* como prueba. No tenemos nada con lo que seguir.

Miró a su alrededor y vio reflejada la verdad en sus caras. Los tres creían todo lo que les había contado, a pesar de no haber sido testigos de la presencia de Prendergast. Pero, para cualquier otro, ella no sería más que una chica que se había escapado de un hospital mental y hacía afirmaciones demenciales sobre un libro robado. Habían llegado a un callejón sin salida. El impacto de la lluvia contra las ventanas enfatizaba la penumbra que se había adueñado del estudio.

Finalmente, Silas se levantó.

—Voy a preparar un té.

Por el motivo que fuera, el té ayudó. Elisabeth sujetaba con las dos manos su taza humeante, agradecida por el calor que se le extendía desde el estómago hasta los dedos de los pies. Esbozó una sonrisa cansada para recibir a Nathaniel cuando este se sentó a su lado, junto al fuego. La lluvia había ganado en intensidad y era un golpeteo constante en el exterior. El viento gemía entre los aleros y el fuego siseaba cuando alguna gota lograba bajar por la chimenea. El brillo verde de las llamas volvía los ojos del magíster del mismo color que la tormenta que había conjurado la primera noche de Elisabeth en la ciudad. El joven vaciló antes de hablar.

—Quería que supieras… Si, al final, no logramos detener a Ashcroft, no pienso abandonarte después. No…

Parecía preocupado, a punto de confesar algo. Un escalofrío de nervios la atravesó como una flecha que se le acabó por clavar justo en la boca del estómago.

—Haré todo lo que esté en mi mano por devolverte tu puesto en el Collegium —terminó Nathaniel, que miró el fuego—. Para asegurarme de que estés a salvo, en un lugar en el que Ashcroft no te encuentre nunca. Knockfeld, quizá, o Fairwater… Algún lugar al que no suelan ir los hechiceros.

Elisabeth asintió, incapaz de hablar. No entendía por qué sentía esa decepción que la impelía a llorar. Le estaba ofreciendo justo lo que quería. Sin embargo, por un momento, había pensado que diría otra cosa.

—¿De qué crees que hablan Silas y Katrien? —preguntó, desesperada por cambiar de tema. Los dos llevaban varios minutos absortos en su conversación.

—Diría que están planeando la dominación mundial —respondió él entornando los ojos—. No creo que debamos dejarlos solos. Me inquieta.

—Al menos, si ellos dominan el mundo, no tendremos que seguir preocupándonos por Ashcroft.

Se quedó mirando una mariposa que se había posado encima del espejo mágico y agitaba sus alas de color zafiro. Seguro que Ashcroft también asistía al Baile Real. Ni siquiera podría ver completada la ilusión de Nathaniel…

De repente, se enderezó en el asiento.

—Espera un momento. Se me ha ocurrido algo.

—Por tentadora que resulte la idea, no vamos a intentar dominar el mundo —dijo Nathaniel—. En teoría, suena divertido, pero en realidad es una pesadilla logística. Un montón de asesinatos y demás. —Como ella lo miraba sin entender nada, añadió—: Silas me contaba historias antes de dormir.

—Lo digo en serio —insistió ella—. Se me ha ocurrido una idea. Puede que no contemos con pruebas para acusar oficialmente a Ashcroft, pero eso no significa que estemos indefensos. Todavía podemos enseñarle a todo el mundo quién es en realidad.

—No te sigo.

—Nos enfrentamos a él en público, en una celebración en la que todas las personas importantes de Brassbridge vean su reacción. Él cree que me destrozó la mente. Incluso antes de que usara esa magia conmigo, no tiene ni idea de que escuché lo que decía mientras estaba bajo la influencia del embrujo de Lorelei.

Vio el instante en que Nathaniel lo entendió, porque cambió de cara poco a poco hasta no expresar nada con ella.

—Quieres tomar la ofensiva —dijo, despacio—. Desenmascararte ante Ashcroft y hacer una acusación en público antes de que pueda recuperar el control de la situación.

Ella asintió y se inclinó hacia delante.

—Puede que, al principio, todos crean que estoy como una cabra, pero hay demasiadas coincidencias sospechosas. No podrá convencerlos. Y, contigo a mi lado, acusándolo conmigo… Piénsalo bien. Aunque intente hacernos daño, eso solo servirá para demostrar…

—No —la interrumpió Nathaniel—. Es demasiado peligroso. —Se levantó y dio una palmada brusca—. Se suspende la reunión.

Ella lo agarró por la manga y tiró de él antes de que pudiera lanzar el hechizo para echar a Katrien.

—¿Cuándo es el Baile Real? Pronto, ¿no?

Nathaniel frunció el ceño.

—El baile es este fin de semana, señorita Escriba —respondió Silas—. Por supuesto, se espera que el señor Espinosa asista, y su invitación incluye un acompañante. —Cuando Nathaniel, traicionado, lo miró, el demonio esbozó una sonrisa angelical—. No

me ordenó guardar silencio, señor.

Elisabeth hizo caso omiso de los balbuceos de protesta del magíster.

—Silas, ¿podrías vigilar a Ashcroft por nosotros? ¿Sin que te viera?

Él meditó la pregunta un momento y después asintió con la cabeza.

—Podría seguirlo toda la noche, por si intentara vengarse. La sirviente del canciller, Lorelei, no es una amenaza significativa para mí. Ni tampoco los demonios menores a su servicio.

Elisabeth recordó cómo había hablado Lorelei de Silas en el estudio de Ashcroft y un escalofrío le recorrió la espalda.

—El Baile Real sería la oportunidad perfecta —dijo tras volverse hacia Nathaniel—. Y, con Silas vigilándolo, estaríamos más seguros. Por favor —añadió—, sé que es nuestro último recurso, pero podría ser la única oportunidad de detenerlo.

—Sí, ¿por qué no hacerlo? —dijo Katrien desde el espejo. Cuando los tres la miraron, ella se encogió de hombros—. Provocar al hechicero más poderoso del reino, dejar suelta a Elisabeth en un salón de baile… ¿Qué podría salir mal?

Veinticinco

Al encontrarse ante el artículo genuino, Elisabeth tuvo que reconocer que, en efecto, había sido una estupidez confundir la mansión Ashcroft con un palacio. El palacio real era tan grande que no se veía el edificio entero a través de la ventana del carruaje. Boquiabierta, contempló sus torres boca abajo reflejadas en un espejo de agua que parecía interminable y estaba iluminado por velas que flotaban en la superficie. Le parecía haber entrado en otro mundo y dejado muy atrás la ciudad. El recorrido por el camino de entrada al palacio la dejó hechizada: los árboles estaban adornados con guirnaldas de luces, habían recortado los setos para formar laberintos geométricos, y había fuentes con forma de cisnes y leones, todo ello cubierto por la luz trémula y seductora del crepúsculo.

Sin embargo, el encantamiento se deshizo como cualquier otro embrujo cuando el carruaje frenó el ritmo y se unió a la cola de vehículos que se acercaban a las puertas principales. Los carruajes formaban una cadena que rodeaba el espejo de agua y expulsaban un chorreo constante de invitados que subían los escalones a la luz de las velas. Dentro de nada, tendría que convencerlos a todos de la culpabilidad de Ashcroft.

Le dio un vuelco el estómago cuando el carruaje se detuvo por fin. Un sirviente con el uniforme rosado de palacio les abrió la puerta y Elisabeth aceptó la mano de Nathaniel para bajar con cuidado del vehículo con sus zapatos de seda bien atados. La

expresión seria del magíster vaciló al rozar la capa que cubría el vestido de la joven.

—Escriba —dijo con precaución—, no pretendo ser descarado, pero ¿es eso…?

—¿Una espada oculta bajo el vestido? Sí.

—Ya veo. Y ¿cómo has podido…?

—Creía que no pretendías ser descarado. —Le apretó el brazo—. Vamos —lo animó con una confianza que no sentía—. Adelante.

El brillo de las lámparas de araña se derramaba por las ventanas del palacio, casi demasiado cegador para mirarlo. Elisabeth era consciente de la cantidad de miradas curiosas que recibían mientras subían las escaleras, ya que todo el mundo estaba deseando ver a la primera acompañante que Nathaniel llevaba al baile. Le latía con fuerza el corazón. Deseó no ser más que una pareja de verdad, preparada para pasarse la noche bailando, riendo y bebiendo champán.

En lo alto de la escalinata, un par de criados los invitaron a entrar. Despacio, soltó a Nathaniel. Las columnas subían hacia un techo abovedado pintado de nubes y querubines en movimiento. Las nubes de color oro y crema recorrían el cielo azul pastel mientras los querubines agitaban las alas. El arco del otro extremo del vestíbulo conducía al salón de baile, cuya entrada dejaba caer una cortina de hojas doradas. Los invitados exclamaban, encantados, al atravesar aquella ilusión y desaparecer dentro del salón de baile.

Un sirviente se acercó a Elisabeth para tomar su capa. Ella vaciló antes de deshacer el lazo que le ataba la prenda al cuello y sentir la seda deslizársele entre los dedos, antes de desprenderse de la piel y el terciopelo. Después, se resistió al impulso de cruzar los brazos sobre el pecho. El aire le congelaba la piel desnuda como si se hubiera quitado una armadura.

Nathaniel la miró y se detuvo. Todavía no había visto su vestido. Las lámparas de araña proyectaban prismas sobre su tela color marfil y aportaban un lustre plateado a la seda fruncida. Las hojas doradas fluían por el corpiño y se arracimaban en la parte superior para formar un escote festoneado, y de nuevo en el dobladillo del vestido, donde flotaban encima de una capa transparente de organdí. Los pendientes de perlas le temblaban sobre el cuello como

astillas de hielo.

El magíster había guardado silencio durante todo el camino hasta palacio, así que le resultaba imposible adivinar sus pensamientos. En aquel momento, abrió mucho los ojos; parecía perdido.

—Elisabeth —dijo con voz ronca—. Estás…

—Sensacional —lo interrumpió un hombre que corrió a estrechar la mano de Nathaniel. A Elisabeth se le cayó el alma a los pies al reconocer a lord Ingram, de la cena de Ashcroft—. Sensacional volver a verlo, señor Espinosa. Solo quería felicitarlo por su excelente trabajo con las ilusiones. Cuando oímos que se las habían encargado a usted este año, ¡esperábamos encontrarlo todo decorado con esqueletos! —Dejó escapar un rebuzno de risa ante su propio chiste. Nathaniel apretó la mandíbula, pero lord Ingram no se percató de ello—. Y ¿quién es esta joven tan encantadora?

Se giró hacia Elisabeth, la miró de arriba abajo y volvió a mirarla al darse cuenta de que era casi una cabeza más alta que él.

—Es la señorita Escriba, querido —dijo lady Ingram cuando llegó a su lado—. La de los periódicos.

—Ah. Ah… —Lord Ingram se balanceó sobre los talones—. Señorita Escriba, tenía la impresión de que la habían enviado… Bueno, resulta poco apropiado que lo… Por favor, discúlpenme —añadió cuando lady Ingram tiró de él con una sonrisa helada en el rostro.

El hombre la acompañó sin rechistar, aunque volviendo la vista atrás de vez en cuando para mirarlos.

A Elisabeth se le hundió más aún el ánimo. Ahora que se fijaba, vio que los rumores circulaban por todas partes. Las mujeres se paraban a mirarla y después susurraban a sus acompañantes; sus labios formaban la palabra «hospital». Nadie más intentó acercarse a ellos cuando se dirigieron al salón. Los cotilleos brotaban a su paso, ocultos detrás de manos enguantadas y sonrisas correctas.

—Estoy arruinando tu reputación, ¿no? —preguntó Elisabeth al ver cómo se desarrollaba el espectáculo.

—No te preocupes. Llevo años esforzándome por arruinarla. Puede que, después de esto, las familias influyentes dejen de intentar catapultar a sus hijas por encima de la valla de mi jardín. Cosa que ocurrió de verdad en una ocasión. Tuve que ahuyentarla

con una pala.

Elisabeth sonrió, incapaz de resistirse a la sonrisa de Nathaniel. Pero volvió a ponerse seria al acercarse al arco.

—¿Te arrepientes? —le preguntó el magíster.

Ella negó con la cabeza e intentó no hacer caso de la opresión que sentía en los pulmones. Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Y, aunque no lo fuera, aunque el salón de baile estuviera a rebosar de los demonios de Ashcroft, seguiría adelante; no tenía elección.

Al atravesar la cortina de hojas, el asombro triunfó brevemente sobre el miedo. Estaban en una gran cámara convertida en un claro del bosque. Un grupo de mariposas de color zafiro revolotearon a su alrededor, brillantes como gemas, y después se alejaron a toda prisa hacia la orquesta y se desperdigaron entre los instrumentos. Las enredaderas rodeaban los atriles y las flores silvestres rodeaban las mesas de aperitivos. La escena encantada estaba llena de invitados vestidos de seda, pieles y diamantes, que se reían de asombro mientras las hojas caían flotando de las lámparas del techo.

Pero no había belleza capaz de hacerles olvidar que Ashcroft los esperaba en algún lugar de aquella maravilla.

—¿Le apetece algo de beber, señorita?

Incluso antes de volverse, Elisabeth sabía a quién se encontraría al lado. Aun así, estuvo a punto de dar un respingo cuando vio a Silas: rubio y de ojos castaños, vestido con la librea de palacio, con una bandeja cargada de copas de champán. Parecía completa y resignadamente humano. Nathaniel y ella eligieron sus copas con mucho teatro para ganar unos segundos.

—Gracias por hacer esto —susurró Elisabeth.

Silas suspiró.

—Le aseguro que no habría aceptado participar de haber sabido que esta indignidad formaba parte de su propuesta original. La librea no es de mi talla y no serviría esta cosecha tan aborrecible ni a un plebeyo. Sin ánimo de ofender, señorita Escriba.

Elisabeth tosió para disimular la risa.

—Faltaba más.

Los demonios no tenían permitida la entrada a palacio, pero Nathaniel había conseguido colar a Silas aquella tarde, con la ilusión y todo, cuando fue a lanzar el encantamiento en el salón de

baile. Silas había estado vigilando desde entonces.

—El canciller Ashcroft está al otro lado del salón —les dijo—, hablando con lady Ingram. Creo que se prepara para acercarse. Me quedaré por aquí.

Tras decir aquello, los saludó con la cabeza y se mezcló entre los asistentes.

A Elisabeth se le revolvió el estómago. Estiró el cuello para localizar al canciller, pero, a pesar de que su altura le permitía ver hasta el otro lado del salón, había demasiadas personas tapándole la vista.

Nathaniel le dio la mano.

—Por aquí. He localizado al grupo adecuado. El príncipe Leopold es una persona sensible, seguro que escucha lo que tengamos que decir.

La inesperada sensación de sus dedos entrelazados la dejó con la mente alborotada. Se obligó a concentrarse. Estaba tirando de ella hacia un grupo de personas que incluía a lord Kicklighter, todas ellas haciendo reverencias a un joven con uniforme militar rojo.

—¿Es ese? ¿El príncipe?

Nathaniel asintió.

—Antes me gustaba, aunque parezca increíble. Entonces se dejó crecer ese bigote. O asesinó a un jerbo y se lo pegó a la cara. Por más vueltas que le doy, no sé si es una cosa o la otra.

Ella lo miró, sorprendida.

—No sabía… Quieres decir que…

—También me gustan las chicas, Escriba —repuso Espinosa con mirada traviesa—. Las dos cosas. Si vas a fantasear sobre mi vida amorosa, insisto en que sea con precisión.

Ella frunció el ceño.

—No estoy fantaseando sobre tu vida amorosa.

—Qué raro. Esto es territorio desconocido. Las jóvenes suelen estar encantadas de dedicar una buena parte de su cerebro a la tarea de contemplar mi esplendor.

—¿También las que te lanzan champán a la cara?

—Eso solo pasó una vez, muchas gracias por mencionarlo, y había circunstancias… —De repente, su alegría se desvaneció—. Da igual. Aquí viene. Recuerda lo que practicamos.

—Nathaniel —dijo Ashcroft detrás de ellos—. Señorita Escriba.

Qué alegría volver a verla.

Su voz se deslizó por la espalda de Elisabeth como un hilo de sudor frío. Se preparó y se volvió hacia él. En cuanto lo miró a los ojos, todo el peso de sus recuerdos de la mansión Ashcroft cayó sobre ella. Se le secó la boca y le temblaron las manos. Se le había olvidado lo guapo que era de cerca, lo mucho que parecía un héroe de cuento de hadas con aquel pelo dorado y aquella sonrisa encantadora. Lady Ingram estaba a su lado, deseosa de llegar hasta el fondo del misterio de la reaparición de Elisabeth lo antes posible. Por un momento, fue como si volviera a estar atrapada allí, sin posibilidad de escapar.

La multitud se apartó discretamente. Los demás invitados siguieron con sus conversaciones, pero Elisabeth percibía que seguían atentos a ellos. Aunque parecían ocupados en otras cosas, estaban pendientes de cada palabra.

—Nos preocupamos mucho cuando desapareció del hospital Leadgate —dijo Ashcroft. La preocupación de la que hablaba se le veía en las arrugas que le rodeaban los ojos; la misma preocupación con la que la había engañado unas semanas antes—. Temíamos haberla perdido en las calles. Algunas zonas de la ciudad pueden ser de lo más peligrosas para una joven sola.

—Tienes razón —dijo Nathaniel, que estudió el traje color gris perla de Ashcroft y se detuvo en su bastón, que tenía el mismo puño con cabeza de grifo que en el Observatorio—. Estaba en peligro —siguió diciendo mientras volvía a concentrar su mirada desdeñosa en el rostro del canciller—, pero resulta que los criminales de las calles no son ni la mitad de malos que los que viven en mansiones.

A Ashcroft se le congeló la sonrisa. Quizá fueran imaginaciones de Elisabeth, pero le pareció ver una chispa de incertidumbre, la sombra de una sospecha incipiente.

—He oído que su recuperación ha sido milagrosa, señorita Escriba —dijo sin inmutarse, tras volverse de nuevo hacia ella—. ¿Es eso cierto?

Cualquiera podría haber bañado, vestido y cepillado el pelo a Elisabeth para después llevarla al Baile Real, aunque no le quedara nada dentro de la cabeza. Sabía que eso era lo que esperaba Ashcroft, puede que incluso lo que daba por sentado: que no era más que una muñeca viviente, incapaz de responderle. Había

llegado el momento de que descubriera que, a pesar de todo lo que le había hecho, no había logrado acabar con ella. La idea le dio fuerzas y decisión, como la espada al rojo que hace hervir el agua cuando se sumerge en ella.

—No me he recuperado —dijo, y oyó exclamaciones ahogadas a su alrededor—. Soy la misma ahora que cuando usted me internó en el hospital Leadgate siguiendo la recomendación de un médico que apenas habló conmigo. El único milagro es que haya sobrevivido.

Ashcroft abrió la boca para contestar, pero ella lo cortó.

—Es una vergüenza llamar hospital a Leadgate. —Recordó la cara de tristeza de Mercy y supo que ella no era la única muchacha que habían silenciado durante demasiado tiempo—. La supervisora Leach acepta dinero de mecenas adinerados que abusan de los pacientes por placer. O, al menos, lo hacía antes de que se entregara a las autoridades esta mañana.

Eso había sido obra de Silas; había regresado de madrugada, renegando sobre la suciedad de la parte baja de la ciudad.

La voz atronadora de lord Kicklighter le dio un buen susto:

—Canciller Ashcroft, dígame, ¿no es ese el mismo hospital que usted financia?

—Me aseguraré de esclarecer el asunto —dijo el canciller, aunque su sonrisa era más tensa y sus ojos habían perdido la afable calidez de siempre—. Tenga en cuenta que estas acusaciones las hace…

—¿Una joven con la que esperaba lucrarse? —preguntó Nathaniel con una ferocidad que sorprendió a Elisabeth—. Al fin y al cabo, la supervisora Leach ha presentado unos documentos que lo relacionan con la trama. ¿O existe alguna otra razón más apremiante por la que deseara quitarse de en medio a la señorita Escriba, canciller? Quizá quiera iluminarnos al respecto.

—Lo recuerdo todo, Ashcroft —añadió ella en voz baja—. Todo lo que me hizo. Esas tardes en el estudio. El hechizo que usó conmigo. Los diablos.

La conmoción recorrió a los presentes como una onda expansiva.

—Dios mío —murmuró alguien—, ¿ha dicho diablos?

Ashcroft ya no fingía sonreír.

—Esas acusaciones son absurdas. Por favor, recuerden que a la pobre señorita Escriba le diagnosticó histeria un médico acreditado.

Sufre de ansiedad extrema. Tiene alucinaciones.

—Creo que no me imaginé a los demonios —dijo Elisabeth—. Salieron en la prensa.

Alguien dejó escapar una risa nerviosa. Los invitados miraban a Nathaniel, la miraban a ella y después a Ashcroft. El ambiente había cambiado.

La joven contuvo el aliento. Habían practicado unas cien veces las siguientes palabras del magíster.

—Si de verdad no tiene nada que ocultar —dijo él, despacio, con los ojos clavados en el canciller—, seguro que a todos nos gustaría escuchar por qué tenía tanta prisa por silenciar a uno de los testigos de la investigación sobre las grandes bibliotecas. Ahora mismo, casi da la impresión de que no quería que se descubriera al saboteador.

El salón entero guardó silencio, a la espera de al respuesta. Lord Kicklighter aprovechó aquel instante para pasarle información al príncipe Leopold en lo que él sin duda consideraba un susurro:

—Sí, el hospital Leadgate. Ese es. Unas acusaciones muy perturbadoras…

Cuando la orquesta empezó a tocar con un revuelo de violines, Ashcroft dio un respingo. Varias personas retrocedieron para apartarse de él. Lady Ingram agarró a su marido del brazo y se alejó rápido, muy tiesa, lo que indicaba que no quería verse relacionada con aquel escándalo tan inesperado.

—Discúlpenme —dijo el canciller, brusco, ofreciendo a los presentes una imitación forzada de su sonrisa habitual—. Unos asuntos urgentes me reclaman.

Dicho lo cual, dio media vuelta y se marchó.

Todos lo observaron salir, boquiabiertos. Los invitados se apartaban para dejarlo pasar. Se veían cabezas agachadas cuchicheando por doquier, entre las joyas relucientes, a medida que la noticia de lo sucedido se propagaba como el fuego por el salón. Muchos lanzaban miradas de horror a Ashcroft. Nadie, salvo Elisabeth y Nathaniel, prestó atención al sirviente de palacio que dejó su bandeja y, un segundo después, siguió a Ashcroft por la puerta.

El brillo de las arañas de luces ocupaba todo el campo visual de Elisabeth. Las burbujas de la copa de champán tintineaban contra el cristal, cada una de ellas convertida en una explosión en miniatura

bajo las puntas de sus dedos. De repente, en el salón de baile había demasiada luz, demasiado ruido, demasiadas personas, todas ellas mirándola.

—¿Señorita Escriba? —El rostro de un hombre desconocido apareció ante ella. La joven notó que el sonido fluctuaba de una forma extraña mientras se presentaba como funcionario del Magisterium—. Si tuviera un momento para hacer unas declaraciones…

—Mañana —lo interrumpió Nathaniel. Estaba examinando a Elisabeth con atención. Ella se sintió eternamente agradecida cuando la tomó del brazo—. Vamos a un lugar más tranquilo.

Su memoria pareció dar un salto adelante. Primero estaba abriéndose paso entre la multitud y, un segundo después, Nathaniel la sujetaba en el pasillo y permitía que se aferrara a él mientras los pulmones se le rebelaban. Cada trabajoso trago de aire le golpeaba las costillas como un puñetazo. Puntos negros le bailaban por el rabillo del ojo.

—Ya se ha acabado. Respira. Respira, Elisabeth.

Ella apoyó la frente en su hombro y cerró los ojos con fuerza. Era consciente de que se agarraba a él con tanta fuerza que probablemente le estuviera haciendo daño, pero no podía evitarlo. Era como si colgara del borde de una torre y temía caer si se soltaba.

—Lo siento —jadeó.

—No pasa nada.

—No…, no sé por qué…

—No pasa nada —repitió él. Tras una pausa, añadió—: Cuando te suceden cosas horribles, a veces la promesa de algo bueno es casi igual de aterradora.

Elisabeth no sabía cuánto tiempo llevaban allí. Por fin dejó de temblar y, cuando abrió los ojos de nuevo, descubrió que estaban en un pasillo con multitud de ventanas y cuadros. No había nadie a la vista, aparte de un criado con una bandeja, al final del vestíbulo. Les llegaban algunas notas lejanas de música del salón de baile.

—¿Cómo has sabido qué hacer? —graznó tras volverse hacia Nathaniel.

La expresión del magíster era inescrutable.

—Por experiencia. Los meses siguientes a la muerte de mi padre,

apenas era capaz de salir de casa sin que me diera un ataque parecido.

Ella contuvo el aliento. Se percató de que todavía estaba agarrada a su chaqueta, así que se obligó a soltarla.

—Lo siento.

—Ya te he dicho que no pasa nada.

—Lo digo por ti. Siento que tuvieras que pasar por eso.

Él guardó silencio un momento. Después apartó las cortinas y miró por la ventana más cercana.

—Ashcroft se metió en su carruaje hace unos minutos y se fue a toda prisa. Ahora mismo está saliendo un carruaje del Magisterium tras él. Al parecer, ni siquiera necesitábamos a Silas.

Elisabeth respiró hondo unas cuantas veces más y aceptó con cautela su victoria. El plan había funcionado. Lo que había sucedido era real.

—¿Has visto la cara que ponían? Creo que de verdad… —Hizo una pausa—. Nathaniel.

El joven se había apoyado en la pared y parpadeaba con fuerza. Estaba a punto de preguntarle si se encontraba bien cuando dejó la copa en el alféizar, derramando parte del champán con el movimiento. Elisabeth no había tocado su bebida, estuviera donde estuviera, pero estaba claro que él no había sido tan cuidadoso. Ahora que se fijaba mejor, distinguió la oscuridad de sus pupilas dilatadas. Estaba enrojecido y llevaba el pañuelo desaliñado.

—Nathaniel…

—¿Puedes venir conmigo? —le preguntó él rápidamente, como si temiera lo que ella pudiera decir—. Me gustaría enseñarte algo.

—¿Qué pasa con Ashcroft? —preguntó ella, vacilante, con un nudo en el pecho.

—Sospecho que no tendremos que volver a preocuparnos por él. Esta noche, al menos. Puede que después tampoco. —Bajó la vista y se le movió un músculo de la mandíbula—. Es que he pensado que podríamos…

La joven se percató enseguida de lo que pasaba y se mareó un poco. Si las sospechas contra Ashcroft cuajaban, todo cambiaría, y pronto. No habría más noches en el estudio de Nathaniel, sentados cerca, compartido una cena frente al fuego. Tendría que enfrentarse a su futuro y quizá en su futuro no estuviera él.

—Sí —respondió, y antes de que el joven se lo pensara mejor, le dio la mano.

Advirtió vagamente que la música se había vuelto dulce y triste. Como si hubiera salido de su cuerpo, vio que la envolvía en su chaqueta con sumo cuidado y la sacaba por las puertas de cristal del final del vestíbulo.

El aire nocturno le enfrió las mejillas ruborizadas. La grava del sendero hacia los jardines crujía bajo sus pies. Se oía el chapoteo de una fuente. Los setos altos los rodeaban, perfumados con el aroma melancólico de las rosas ya pasadas, y el brazo de Nathaniel le calentaba el costado. Después de su ataque en el pasillo, se sentía adormilada, distraída y rara, lastrada por el peso de las palabras que callaban.

Por fin llegaron a una puerta casi oculta por los setos. Nathaniel encontró el pestillo y entraron.

Elisabeth contuvo el aliento. El verano no había perdido su fuerza en aquel lugar secreto. Las rosas florecían en cien tonos distintos de perla y escarlata, y su perfume embriagador anegaba los senderos cultivados. Al final del jardín vallado había un pabellón de mármol blanco que brillaba a la luz de la luna, con balcones cubiertos de enredaderas. Caminaron cogidos del brazo y pasaron bajo cenadores que chorreaban flores; las baldosas del suelo estaban alfombradas de pétalos.

—¿Cómo descubriste todo esto? —preguntó ella mientras subían los escalones del pabellón. Le daba miedo que pudiera desaparecer bajo sus pies en cualquier instante, como una ilusión.

—Mis padres me traían cuando era pequeño. Creía que eran las ruinas de un castillo antiguo. Maximilian y yo nos pasábamos muchas horas jugando por aquí. —Hizo una pausa—. No había regresado desde entonces. Mi hermano… ahora tendría catorce años.

Guardaron silencio. Habían llegado arriba. Por encima de una balaustrada en la que se entretejían las rosas blancas, se veían los jardines y el palacio. Las ventanas relucían como diamantes engarzados en piedra y las torres quedaban enmarcadas por las estrellas. Estaban demasiado lejos para distinguir dónde se encontraba el salón de baile entre tanta luz: era un mundo diferente, uno lleno de música, bailes y risas.

La tristeza le formó un nudo en la garganta. Examinó a Nathaniel, pálido e igual de distante que el palacio. No sabía qué decir ni cómo cubrir el abismo que los separaba. No soportaba la idea de abandonarlo como había hecho todo el mundo, todos menos Silas, cuyo servicio tenía un coste horrible. El dolor de todo aquello le cantaba dentro como si fuera música, con cada nota convertida en una herida.

—Lo siento —dijo Nathaniel—. No te he traído aquí para hablarte de mi familia.

—No —respondió ella, y negó con la cabeza—. Por favor. Nunca te disculpes conmigo por eso.

—No es un tema demasiado apropiado para una celebración.

Elisabeth vio que volvía a replegarse en sí mismo, a prepararse para cerrar las compuertas.

—No eres como Baltasar —le soltó al darse cuenta de que quizá fuera su única oportunidad para decírselo—. Lo sabes, ¿no?

Al magíster se le contrajo el rostro. Durante un momento horrible, creyó que se echaría a reír. Entonces respondió:

—Tienes que saber algo sobre mí. Cuando mi padre empezó a investigar el ritual, yo sabía perfectamente lo que planeaba. No intenté detenerlo. Esperaba que funcionase. Quería que Max y mi madre volvieran. Habría hecho cualquier cosa, por malvada que fuera, por conseguirlo.

—Tenías doce años —dijo Elisabeth con ternura.

—Lo bastante mayor como para distinguir el bien del mal. —Finalmente, la miró con ojos sombríos—. Mi padre era un buen hombre. Fue bueno toda su vida, salvo al final.

Su cara decía: «Así que ¿cómo va a haber esperanza para mí?».

—Tú eres bueno, Nathaniel —le dijo ella en voz baja antes de ponerle una mano en la mejilla—. Lo eres.

Bajo su mano, un estremecimiento lo recorrió. La miraba como si se ahogara, como si ella lo hubiera empujado y ahora no supiera qué hacer.

—Elisabeth —consiguió decir convirtiendo su nombre en una plegaria.

A ella se le paró el corazón. Nathaniel tenía los ojos tan oscuros y turbulentos como un río en pleno invierno, y estaba muy cerca. Se sentía al borde de un precipicio y, si se inclinaba hacia delante,

caería. Caería y se ahogaría en él; jamás volvería a la superficie a por aire.

Se inclinó hacia él y sintió que él hacía lo mismo. Le daba vueltas la cabeza. Nada podría haberla preparado para aquello: que daría su primer beso a la luz de la luna, rodeada de rosas, con un joven que invocaba tormentas y ordenaba a los ángeles que extendieran las alas. Era como un sueño. Se preparó para la conmoción y la zambullida, para sofocar la agonía de su interior, la que le tensaba el alma hasta estar a punto de romperla.

Sus labios se rozaron, y los de Nathaniel eran de una suavidad sublime; fue apenas un segundo, pero más embriagador que el perfume de las rosas.

—No sabes a champán —dijo ella en un suspiro, asombrada—. Creía que sabrías a champán.

Esta vez, Nathaniel sí que se rio, y Elisabeth lo sintió como un temblor del aire en la mejilla.

—No he bebido nada. No me parecía buena idea.

—Pero…

¿Se había imaginado aquel momento en el vestíbulo? Cuando él había perdido de repente el equilibrio, como desorientado, justo después de haber mirado afuera y…

Se le puso el vello de punta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Nathaniel.

—No lo sé —respondió ella mirando a su alrededor—. Si no querías hablar sobre tu familia, ¿por qué me has traído aquí?

—Pues… —Frunció el ceño—. Qué raro, no consigo…

No lo sabía. No lo recordaba. Porque él no había tomado la decisión de llevarla allí, sino que había sido otra persona. Se levantó la falda de un tirón y desenvainó *Asesina de Demonios* mientras se giraba para mirar el resto del pabellón.

Entre las sombras, alguien empezó a aplaudir.

—Me ha descubierto antes de lo que esperaba, señorita Escriba —dijo Ashcroft al salir a la luz de la luna, en plena palmada.

Elisabeth apenas podía respirar.

—Lo has embrujado —susurró. *Asesina de Demonios* le tembló en las manos.

—Tranquila, la espada no será necesaria —dijo Ashcroft—. Solo he venido para negociar.

Echó un brazo atrás y tiró de algo. Unas cadenas de hierro sonaron contra el mármol y una figura delgada cayó despatarrada a sus pies. Al principio, Elisabeth no entendía lo que veía: pelo blanco largo, suelto sobre la piedra. Un rostro bello pero deformado por el sufrimiento; los ojos sulfúreos clavados en el suelo.

—Dame a la chica —le dijo Ashcroft a Nathaniel— y yo te devuelvo a tu demonio.

Veintiséis

Nathaniel empalideció. Por un instante pareció más joven, un niño asustado a punto de perder de nuevo todo lo que tenía.

—Silas.

Las cadenas se agitaron y Silas miró a Nathaniel con los ojos empañados por el dolor. El esfuerzo de aquel movimiento tan insignificante parecía demasiado para él. Volvió a caer sobre el mármol y se le cerraron los ojos.

Nathaniel lo miró y, poco a poco, se le endureció el gesto, como el rastrillo de una cámara acorazada al bajar. Cuando terminó, no le quedaba expresión alguna. Dio un paso hacia Ashcroft.

—¿Qué quieres de Elisabeth? —exigió saber pronunciando cada sílaba como si estuviera tan afilada como el cristal.

—¿Acaso no lo has averiguado ya? Llegar hasta Prendergast, naturalmente. Sé que la señorita Escriba puede acceder a él. —Ashcroft esbozó una sonrisa anodina al verles la cara de horror—. No sois los únicos que tienen un espejo mágico. Deberías echarles un vistazo a las defensas de tu casa, Nathaniel. Algunos de esos hechizos llevan siglos sin actualizarse. Y tampoco te vendría mal ordenar un poco tu estudio.

A Elisabeth se le revolvió el estómago. Recordó con claridad los aparatos en el escritorio del estudio de Nathaniel, con todas sus lentes y espejos. Todas esas noches en las que se había creído segura junto al fuego; la presencia de Ashcroft oscurecía esos recuerdos como una mancha. Se esforzó por comprender aquella

violación de su intimidad.

—Así que antes estabas fingiendo —concluyó en voz alta—. Querías que pensáramos que habíamos ganado.

—No ha sido la experiencia más agradable del mundo, lo confieso, pero no importa mucho. Dentro de unos días, a nadie le van a importar los cotilleos del baile.

La sangre se le agolpó en los oídos. Aferró con más fuerza *Asesina de Demonios*. Sin pensar, se movió.

—Yo de ti no lo haría —le advirtió Ashcroft, parándola en seco.

Giró la cabeza del grifo de su bastón y de él salió una espada que brillaba a la luz de la luna. Apoyó el borde en el cuello de Silas, que dejó escapar una voluta de humo. El demonio no se movió ni soltó ningún sonido, pero le aletearon los párpados, como si luchara por permanecer consciente.

—No ha sido fácil dominarlo —siguió diciendo Ashcroft—, ni siquiera teniendo ya preparada la trampa. Estoy medio convencido de matarlo, aunque solo sea para quitarme un problema de encima.

—Espera —dijo Nathaniel con voz ronca. Ashcroft levantó la vista, expectante. La espada se apartó un milímetro del cuello de Silas. De lejos, Elisabeth oyó terminar a Nathaniel—: Te reto a un duelo.

—¿Un duelo de hechiceros? —dijo Ashcroft entre risas—. ¡Santo cielo! Ya sabes que están prohibidos desde las Reformas. ¿Estás seguro?

Nathaniel asintió, rígido.

—Vale, de acuerdo. Al menos será una novedad.

—Nathaniel —susurró Elisabeth.

Él la miró a los ojos. Lanzó una mirada rápida y deliberada a Silas, y después se giró sobre los talones. Caminó hasta el otro extremo del pabellón, se volvió de nuevo hacia ellos y miró a Ashcroft desde allí. Oyeron su voz retumbar mientras se remangaba:

—Las reglas de un duelo son las siguientes: no pueden participar nuestros demonios. No hay armas, aparte de la hechicería. Una vez que empecemos, luchamos a muerte. ¿Aceptas?

—Por mi honor —respondió Ashcroft.

Su ojo color rubí lanzaba destellos. Se guardó la espada en el cinturón y caminó hacia delante hasta colocarse frente a Nathaniel.

Ashcroft no pensaba jugar limpio, pero Nathaniel tampoco. En

cuanto Elisabeth liberara a Silas, serían tres contra uno. Se puso en tensión, preparándose. Mientras Ashcroft y Nathaniel se saludaban con la cabeza, el tiempo entre cada latido de corazón pareció alargarse una eternidad. Ninguno de los dos levantó la cabeza una vez bajada. Los miró, vacilante. Estaban concentrados y tenían cerrados los ojos; entre dientes, ambos murmuraban encantamientos.

Nathaniel fue el primero en acabar. Se enderezó con un látigo de fuego esmeralda en la mano cuyas llamas escupían ascuas verdes por el mármol. Pero, cuando el látigo restalló en el aire, Ashcroft hizo un movimiento con la mano, como si cortara el aire, y lo apartó a un lado sin sufrir daño alguno. Un manga desgarrada les desveló la transformación de su brazo: la piel estaba cubierta de una armadura de escamas doradas y tenía garras en los dedos. Cuando sonrió, los dientes caninos se alargaron hasta convertirse en colmillos afilados.

No tenía tiempo para quedarse a ver lo que pasaba después. Se fue a por Silas y cayó de rodillas a su lado. Recorrió con las manos las cadenas que le sujetaban las muñecas a la espalda, y le rodeaban el pecho, la cintura y las piernas. Cada vez que le tocaban la piel al descubierto, se la dejaban en carne viva y llena de ampollas humeantes. Se estremeció al notar sus manos, pero no parecía controlar del todo sus sentidos. A ella le dio un vuelco el corazón cuando se le subieron un poco las esposas y vio las marcas ennegrecidas en ambos lados de los brazos, como si los hubieran atravesado con una estaca de hierro.

Por más que buscaba, no encontraba ningún punto débil, ninguna unión, ni siquiera un candado que sujetara los eslabones. Era como si las cadenas se hubieran enrollado en él y se hubiera fundido sin dejar marcas.

Silas tomó aire como pudo.

—Señorita Escriba —dijo con voz ronca—, detrás de usted.

Elisabeth se volvió. Una figura elegante estaba sentada en la barandilla, con la espalda apoyada en un cenador repleto de rosas tardías. Un rayo perdido de luz de luna le enseñó unos dedos que colgaban tranquilamente de una rodilla, con las uñas pintadas de rojo sangre. El resto no se veía, oculto por las flores y las sombras, pero Elisabeth supo de quién se trataba incluso antes de que

hablase.

—¿Acaso tomas a mi señor por imbécil? —dijo Lorelei, ahíta de satisfacción—. Él jamás dejaría a Silas desprotegido. Aunque confieso que he disfrutado con tus intentos infructuosos de liberarlo.

La joven alzó la espada para colocarla entre ellas. De no muy lejos le llegó el ruido del látigo de Nathaniel y, justo después, un grito ahogado de dolor. No sabía si pertenecía a Ashcroft o al magíster. No se atrevía a apartar la mirada de Lorelei.

—Suelta la espada, querida —le dijo el demonio—. No hay por qué luchar. Si te rindes, mi señor te acogerá de nuevo. Ya has visto lo bien que trata a sus invitados. Vestidos nuevos cada noche, baúles llenos de joyas y todos los bollos de ciruela que desees. ¿A que suena tentador?

—No. Me usaría para llegar hasta Prendergast y después me mataría.

La seda se deslizó por la piedra cuando Lorelei bajó de la barandilla y salió a la luz de la luna. Llevaba un vestido de color obsidiana que brillaba con matices metálicos, como las plumas de un estornino. El verde titilante de la magia de Nathaniel, unido al dorado de la de Ashcroft, se reflejaba en las profundidades de sus ojos carmesís.

—No, porque ahora comprende lo que vales —dijo el demonio en voz baja, sin apartar su mirada hambrienta de la joven—. Una chica que puede resistirse a la magia es muy especial. Imagínate lo útil que le resultarías: alguien capaz de distinguir cualquier ilusión, inmune a la influencia de los demonios. Eso sería una gran ventaja en los próximos días. —Los labios escarlata esbozaron una sonrisa —. Y, si permaneces a su lado, te lo recompensará. Te lo prometo.

—¿A qué te refieres con eso de los próximos días? —Elisabeth movió un poco las manos para sujetar mejor la espada y notó que el pomo estaba resbaladizo por el sudor—. ¿Qué quiere Ashcroft de Prendergast?

—Ay, vaya —respondió Lorelei, que esbozó otra sonrisa enigmática—. ¿He dicho demasiado?

Elisabeth se dijo que no tenía sentido escuchar a los demonios. Eran mentirosos. Embusteros. Traidores hasta la médula.

Salvo cuando no lo eran.

Oyó un roce metálico detrás de ella: Silas intentaba, en vano, levantarse. La joven cambió de postura y se colocó entre Lorelei y él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el demonio, que había entornado los ojos e intentaba descifrar las intenciones de Elisabeth. Primero se le distinguió la sorpresa en la cara y, después, el disfrute —. ¡Serás estúpida! ¡Te preocupas por él!

Elisabeth no respondió con palabras, sino con la espada. El borde de *Asesina de Demonios* atravesó el aire con un silbido y pasó a un pelo del vientre de Lorelei cuando ella dio un elegante paso atrás, con la larga melena negra arremolinada en torno a su cuerpo.

—Esto es incluso mejor de lo que me había imaginado —dijo, resplandeciente de alegría—. Silas no corresponde tus tiernos sentimientos, por si no lo sabías. Algún día lo comprenderás.

Elisabeth atacó una y otra vez, implacable, conduciendo a Lorelei de nuevo hacia la barandilla. El demonio se reía cada vez que la esquivaba, y su risa era un sonido tintineante y eufórico. Estaba provocando a la joven, jugando con ella. Pero no lo haría por mucho tiempo. Subestimaba la fuerza de voluntad de Elisabeth; un instante después, ahogó un grito y se llevó la mano a la mejilla. Se quedó donde estaba, paralizada, mirándola con los ojos muy abiertos. Un hilillo de sangre le caía entre los dedos. *Asesina de Demonios* le había cortado la cara.

Y, justo en ese momento, tenía la punta de la espada en el hueco del cuello.

Desde aquel ángulo, Elisabeth veía la otra batalla que tenía lugar en el pabellón. El látigo de Nathaniel había dejado manchas negras en los puntos en los que había achicharrado el mármol. Los dos hombres estaban sin aliento, pero seguían en pie. Se sintió aliviada. Aunque Nathaniel tenía un corte en la manga y el cuello de la camisa se le pegaba por el sudor, no parecía herido. Por encima del nudo desatado del pañuelo, su rostro era una máscara: concentrado, con el pelo oscuro enredado, y los ojos y el mechón de la sien del mismo tono plateado luciente.

El látigo restalló de nuevo y la lengua de llamas esmeralda intentó llegar hasta Ashcroft, que logró apartar el hechizo, aunque después gritó y cayó sobre una rodilla que se sujetó con su mano

demoníaca.

El golpe del magíster había sido un amago. Mientras Ashcroft estaba concentrado en el látigo de Nathaniel, los rosales que trepaban por la balaustrada habían cobrado vida y se le habían enredado en el tobillo. Cuando se movió para arrancárselos con las garras, otros salieron disparados y le sujetaron la muñeca. Las espinas lo apretaron con más fuerza y le tensaron el brazo. Nathaniel avanzó con gesto sombrío.

Asesina de Demonios seguía apoyada en el cuello de Lorelei, sin vacilar. Transcurrió un segundo y, de repente, sin explicación alguna, Lorelei dejó de estar allí.

Elisabeth dio un traspiés hacia delante y se giró a toda prisa. El demonio estaba de pie sobre la barandilla a varios metros de distancia y los pétalos giraban con la brisa creada por su velocidad sobrenatural. Mientras Elisabeth la observaba con incipiente horror, Lorelei se llevó los dedos a los labios y silbó.

El gruñido de respuesta arrancó ecos por todo el pabellón. Elisabeth se agachó justo a tiempo. El cenador estalló como si hubiera recibido un cañonazo y disparó rosas destrozadas y astillas de madera pintada en todas direcciones. Un diablo pasó corriendo delante de ella y se detuvo patinando en el mármol, donde se sacudió las hojas que se le habían quedado enganchadas en los cuernos. Después dejó escapar un aliento humeante y clavó sus ojos rojos en Elisabeth. Otros diablos subieron a grandes zancadas la escalera; se les veían moverse los huesos y los tendones debajo de las escamas.

Se giró para intentar calcular cuál de los demonios atacaría primero. Apuntó con *Asesina de Demonios* a un objetivo y después al segundo, con la punta de la espada temblando de desesperación. No podía enfrentarse a los diablos y a Lorelei a la vez.

Al descubrir a Elisabeth arrinconada, Nathaniel palideció. Vaciló en medio de un encantamiento. Era la reacción que Ashcroft había estado esperando.

El tiempo pareció ralentizarse cuando una grieta de luz dorada apareció en el aire, frente a Ashcroft, que saltó a ella, a través de ella, y desapareció del lugar en el que se encontraba para aparecer detrás de Nathaniel. Los rosales que lo tenían atrapado cayeron al suelo como cuerdas rotas.

Nathaniel se volvió. Elisabeth gritó. La mano de Ashcroft rasgó el aire con aquellas garras largas como cuchillos. El golpe acertó al magíster con la fuerza suficiente como para empujarlo un paso atrás.

Al principio, parecía no haber sufrido daño y Elisabeth albergó la loca esperanza de que no le hubiera dado. El joven tenía cara de sorpresa, casi de desconcierto. Entonces retrocedió otro paso, tambaleante. Miró abajo, donde unos puntos habían aparecido en su camisa, primero pequeños, pero cada vez más grandes, floreciendo como amapolas y empapando la tela hasta que tuvo todo el pecho resbaladizo y rojo. El látigo le desapareció de la mano con un chisporroteo. Cayó de rodillas.

Elisabeth empezó a ver borroso. Salió disparada hacia delante y golpeó a ciegas al diablo que estaba agachado entre Ashcroft y ella.

El hierro mordió las escamas. El diablo aulló mientras ella tiraba de la espada para sacársela del hombro y golpeó de nuevo, y de nuevo, apenas consciente de su cuerpo, con una fuerza salvaje que se apoderó de ella en cuanto vio a Nathaniel aturdido y sangrando. Tras un último chillido, el diablo se derrumbó. Elisabeth usó su cuerpo como trampolín incluso antes de que cayera al suelo. Por un momento, se sintió capaz de volar. *Asesina de Demonios* brillaba como luz de luna líquida, envuelta en vapor; la chaqueta de Nathaniel se hinchó de aire detrás de ella y el viento le silbaba en los oídos.

Pero no llegó a acabar el salto. Un peso se estrelló contra ella en pleno vuelo y la tiró de nuevo al suelo. Su mundo se disolvió en un enredo de aliento apestoso, escamas de obsidiana y un chorro de saliva caliente en el cuello. Se le cayó la espada, que arrancó chispas del mármol al patinar por el suelo hasta perderse de vista. Justo cuando empezaba a comprender que el segundo diablo la había atacado, una zarpa le pisó las costillas y la sujetó contra el suelo. Vio puntos negros cuando el peso le vació de aire los pulmones.

En un ángulo de noventa grados, vio a Ashcroft desenvainar su espada. Nathaniel estaba ahora inclinado hacia delante, con una mano en el suelo y la otra sobre el pecho. Un río de sangre le bajaba por la muñeca.

La desesperación nubló los pensamientos de Elisabeth. No veía

ninguna forma de sobrevivir. Bueno, ella sobreviviría, ya que sería el premio que el canciller se llevaría de vuelta a la mansión Ashcroft. Se dio cuenta, hundida, de que prefería morir al lado de Nathaniel.

—Debo reconocer que es una pena verte marchar —dijo Ashcroft—. El último heredero de la gran casa Espinosa, perdido antes de tiempo. —Examinó a Nathaniel mientras pasaba el pulgar por el borde de la espada para comprobar su filo—. Por otro lado, siempre has estado empeñado en ser el último, ¿no? Harías lo que fuera por evitar que naciera otro Baltasar… u otro Alistair.

El magíster dejó caer los hombros. Su otra mano tocó el suelo para soportar su peso y dejó una huella ensangrentada al mover los dedos. Ashcroft lo observó con compasión.

—Así que supongo que, en cierto modo, no estoy más que dándote lo que siempre has querido.

Nathaniel levantó la vista con ojos claros y fríos. En el mármol, usando su sangre, había dibujado un sello enoquiano. Y estaba empezando a desprender una luz esmeralda.

El canciller se quedó sin expresión en el rostro. «Así que esa es la cara que pone cuando de verdad lo sorprenden», pensó Elisabeth. El sello brillaba con más fuerza y Ashcroft retrocedió con un grito de dolor mientras se cubría los ojos con un brazo. La joven cerró los suyos y sintió la onda expansiva mágica pasarle por encima como un cosquilleo de chispas.

El suelo tembló. El mármol crujió y se desmenuzó. Cuando abrió los ojos, que estaban llorosos, vio los rosales, cuyos tallos ahora eran gruesos como troncos de árbol, soltando trozos de balaustrada. El pabellón estaba aprisionado en un enredo de espinas que se veían sobrenaturales a la luz de la luna, como algo salido de un viejo cuento de hadas. Las espinas colosales atravesaban tanto piedra como diablos. Mientras observaba, siguieron creciendo, curvándose y retorciéndose, envolviendo los cuerpos de los demonios mientras sus puntas relucientes se estiraban hacia el cielo estrellado.

No olió sangre ni carne achicharrada ni ningún otro hedor. Solo el aroma dulce y melancólico de las rosas. Ya no notaba la presión sobre el pecho y, cuando volvió la vista atrás, el diablo que la había atacado estaba envuelto en vegetación. La luz se le escapó de los ojos mientras unos capullos se abrían para convertirse en hojas y lo

ocultaban.

Ashcroft se tambaleó, desorientado y parpadeando. Se tropezó con las espinas entrelazadas que habían crecido a su alrededor como una jaula. Elisabeth solo tenía ojos para Nathaniel. Mientras lo observaba, el joven se bamboleó y se desmayó en un charco de sangre.

Dio un grito y fue hacia él. Y, al hacerlo, cayó en manos de Lorelei, que la esperaba.

El demonio la envolvió en su abrazo, duro y frío. Una calma entumecedora la rodeó, y obligó a sus pensamientos a frenar y a sus músculos a relajarse. Se convirtió en un insecto atrapado en una telaraña.

—Relájate, querida —le murmuró Lorelei al oído—. Ya casi ha acabado. Cuando mi señor se libere, se encargará rápidamente del joven Espinosa. ¿Oyes cómo se le va parando el corazón? Yo sí. —Le recorrió con las uñas la cara y la oreja, y le acarició el pelo. Las manos la giraron—. Mira cómo muere.

Eso fue un error. Al ver a Ashcroft aplastar las espinas para llegar a Nathaniel, Elisabeth lo sintió todo a la vez: el dolor de los cortes y moratones, la sangre que le bombeaba por las venas, el aire nocturno en los pulmones, la brisa refrescándole las mejillas. Lo que la rodeaba se volvió nítido y claro como el agua, ya que la influencia de Lorelei se desvanecía como el humo.

Y allí estaba Silas. En algún momento de la batalla, había conseguido ponerse en cuclillas. Aunque un dolor atroz le empañaba los ojos, la observaba con calma y una intención clara. A su lado estaba *Asesina de Demonios*, casi podía tocarla con las manos encadenadas. El demonio miró la espada y después a Elisabeth. Estaba esperando la señal de la muchacha.

Elisabeth no podía asentir con la cabeza porque Lorelei lo vería. Despacio, como un gato, parpadeó.

La espada se deslizó por el mármol. Cuando la tuvo a su alcance, Elisabeth pisó la empuñadura y la volteó en el aire. No hizo caso de la puñalada de dolor cuando la atrapó por la hoja y la empujó hacia atrás, clavándola en el cuerpo de Lorelei.

El cuerpo ofreció menos resistencia de la que esperaba. Lorelei se ahogó, tosió. Apretó con movimientos convulsivos los brazos de Elisabeth.

—¡Cómo te atreves…! —dijo entre dientes.

Y desapareció. La muerte de un demonio de alta jerarquía no era como la de un demonio menor. No dejaba cadáver, solo zarcillos de vapor que rodearon a Elisabeth en un último abrazo, con un leve olor a azufre.

Sin pensar, se acercó a Silas dando traspiés. Metió la espada a través de uno de los eslabones de la cadena y la retorció haciendo palanca con todas sus fuerzas. El metal chirrió. El eslabón se dobló y se abrió.

Demasiado tarde. Por el rabillo del ojo vio que Ashcroft alzaba la espada por encima del pecho de Nathaniel. No llegaría a tiempo. Y Silas, debilitado…

Las cadenas cayeron al suelo con estruendo, vacías sobre las baldosas.

La espada de Ashcroft reflejó la luz de la luna y trazó un arco descendente.

Y la punta brotó roja, sobresaliendo de la espada de Silas, tras atravesarlo hasta el corazón. En cuestión de un aliento, había aparecido entre los dos hombres y había usado su cuerpo de escudo.

El mundo se paralizó. El silencio cayó sobre ellos como escarcha. El pelo suelto de Silas le ocultaba el rostro. Al cabo de un momento, su mano pálida se levantó para tocar el hierro que le sobresalía del pecho, casi con curiosidad, aunque, al hacerlo, sus garras dejaron escapar volutas de vapor.

—No lo entiendo —dijo Ashcroft con voz entrecortada—. No te ha ordenado que lo hagas.

Silas lo miró. Sus expresiones no podían ser más distintas. Silas era un santo esculpido con un semblante bello, impasible, indiferente a la emoción y el dolor. Y Ashcroft era un mortal que, por primera vez en su vida, se enfrentaba a algo que no comprendía.

—De haberlo dejado morir —dijo Ashcroft—, vuestro trato se habría cerrado. Habrías recibido la vida que te prometió. Pero, ahora, lo has perdido todo.

—Sí —susurró Silas—. Lo percibo. Se ha ido.

Ashcroft abrió mucho los ojos.

—¡Dime por qué, demonio! Dime qué ganas con…

Un hilo de sangre cayó de la comisura de los labios de Silas; era

de un rojo sorprendente, en marcado contraste con la palidez de su piel. Cerró los ojos, al parecer con alivio. Después, se desvaneció.

En cuanto la espada de Ashcroft quedó libre, Elisabeth estuvo allí para detenerla. El hierro chocó contra el hierro y obligó al canciller a retroceder, empeñando toda su energía en ello. El canciller consiguió bloquearla con torpeza unas cuantas veces; entonces, *Asesina de Demonios* se enganchó en la empuñadura de la otra espada y Elisabeth tiró de ella para quitársela de las manos; la espada salió volando fuera de su alcance.

Vio el pánico en la cara de Ashcroft. Sobresaltada, la joven se percató de que ahora sus dos ojos eran azules. No solo había desaparecido su marca demoníaca, sino que, dentro de la manga derecha, que estaba hecha jirones, volvía a haber un brazo normal. Sin Lorelei, ya no era un hechicero, sino tan solo un hombre normal.

Levanto las manos vacías, despacio, para rendirse.

—¿Me va a matar, señorita Escriba? —preguntó con una expresión solemne muy poco propia de él—. Si lo hace, cambiará para siempre. Se internará en un camino del que no se puede regresar. Créame, lo sé.

Elisabeth bajó un poco la espada. Ashcroft aprovechó su momento de vacilación para retroceder. Moviéndose más deprisa de lo que cabría esperar, se metió entre los rosales y saltó por encima del borde del pabellón.

La joven corrió hasta llegar a la balaustrada derruida; el corazón le latía a toda velocidad y tenía el cuerpo en tensión, listo para perseguirlo. Podría haberlo alcanzado fácilmente: al parecer, se había torcido un tobillo al saltar, ya que caminaba cojeando entre el enredo de rosas. Podía perseguirlo, atraparlo y acabar con sus planes para siempre.

O podía correr en dirección contraria y buscar la ayuda que necesitaba para salvarle la vida a Nathaniel.

Veintisiete

El resto de la noche pasó como en un sueño. Primero, la desorientación provocada por el brillo del palacio, seguida por las caras sorprendidas de los invitados que Elisabeth se encontró en los salones. Después recordaba gritos y mucho movimiento. Llamaron a un médico. Alguien preguntó por la herida de su mano, pero ella explicó que la sangre era de Nathaniel, lo que hizo que todos corrieran al exterior. Lo siguiente que supo fue que estaba en el jardín de rosas mientras dos hombres metían el cuerpo inconsciente del magíster en un carruaje.

Su estado era grave. Se daba cuenta por la urgencia del médico y los gritos pidiendo ayuda. Intentó acercarse a él, pero la retuvieron. Tenían que saber qué había sucedido. «El canciller», dijo, pero nadie la creyó, hasta que un hombre llamó su atención desde lo alto del pabellón y les enseñó la espada de Ashcroft, cuyo pomo de grifo era inconfundible.

Caos. La voz resonante de lord Kicklighter se impuso sobre el escándalo. Un invitado la ayudó a llegar al carruaje, y qué aspecto más extraño tenía la ropa de gala de los presentes, salpicada por aquí y por allá de la sangre de Nathaniel. Su vestido también estaba destrozado. A Silas no le iba a hacer ninguna gracia; se habían pasado el día entero comprando juntos, y él se había sentado con mucha paciencia mientras le probaban prendas y se las ajustaban, proceso durante el cual Elisabeth debía permanecer muy quieta para que la modista no la pinchara con sus alfileres. Se imaginaba a

la perfección la cara que pondría.

Entonces recordó que a Silas lo habían atravesado con una espada y ya no estaba.

En el carruaje iba con Nathaniel y el médico. Las ruedas daban botes sobre el suelo desnivelado y, en un ocasión, Nathaniel gruñó. Tenía la frente perlada de sudor, pero la mano helada. Elisabeth no recordaba habérsela cogido. El médico estaba ocupado aplicando presión en el pecho del magíster. Miró una vez la mano herida de la joven, después le miró la cara y no dijo nada.

Aparcaron en la puerta de la casa de Nathaniel, donde se había reunido una multitud. La mitad del salón de baile parecía haberlos seguido hasta Hemlock Park, y ahora se mezclaba con periodistas y hechiceros en pijama. Todos los hogares de la calle estaban iluminados, con las ventanas abiertas y personas asomadas. Ella apenas se fijó en el bullicio porque no era tan extraño, ni de lejos, como lo que estaba sucediendo con la casa.

Las gárgolas habían cobrado vida. Merodeaban por la línea del tejado y, entre rugidos, se enroscaban en las ménsulas. Los arbustos espinosos que crecían en los descuidados jardines que rodeaban la casa se habían estirado hasta convertirse en setos altos e impenetrables que se agitaban con aire amenazador cuando alguien se acercaba a la verja de hierro. Nubes oscuras bullían sobre ellos.

—Las defensas están activadas —le dijo el médico—. La casa reconoce que su heredero está en peligro y hará lo que sea para protegerlo. El problema es que no queda nadie más de su linaje para ayudarnos a atravesarlas. Señorita Escriba, ¿confía Nathaniel en usted?

Ella vio a los hombres sacar al magíster del carruaje. Para poder llegar hasta sus heridas, el médico le había quitado la camisa. Las zonas de piel limpias de sangre estaban blancas como el papel. La cabeza se le cayó a un lado y los brazos le colgaban, flojos. Su pelo negro era como tinta derramada alrededor del rostro ceniciento; negro, ni rastro de plata. Se quedó aturdida. No debía ser así.

—No lo sé —respondió—. Sí. Creo que sí.

—Es poco convencional, pero no tenemos mucho tiempo. Intente acercarse a la casa. Si algo la amenaza, retírese rápidamente. Preferiría no acabar con dos pacientes entre manos esta noche.

El barullo cesó cuando Elisabeth avanzó hacia la vivienda. Los

presentes la observaban, ansiosos. Reconoció uno de los rostros, una de las muchachas que habían cotilleado sobre ella en el invernadero de Ashcroft; en ese momento parecía afligida, aferrada a la mano de una amiga.

Durante el viaje en el carruaje, Elisabeth no había soltado la espada. Brillaba junto a su costado cuando cruzó el umbral de la puerta abierta de la verja hacia los arbustos espinosos, cuyas ramas torcidas se alzaban sobre ella. Al instante, dejaron de moverse. Un susurro recorrió el arbusto. Entonces, las ramas se retiraron y abrieron un camino hasta la puerta principal. Una gárgola se arrodilló, después otra, y todas inclinaron la cabeza como siervos ante el regreso de su reina.

Todo estaba en silencio. Recorrió el sendero y subió los escalones. Cuando llegó al pomo, el pestillo se corrió solo y la puerta se abrió sin que la tocara.

Pasmada, se apartó para que pasara el médico. El hombre recorrió el camino a toda prisa mientras daba instrucciones a los hombres que cargaban con Nathaniel y tomaba el pulso al paciente. Una joven con gafas entró corriendo con ellos, cargada de bolsas y maletines. Detrás de ellos, las ramas volvieron a cerrarse y se entretejieron como los hilos de un telar para bloquearle el paso a la muchedumbre. Lo último que vio Elisabeth antes de que se cerraran las espinas fue a un periodista mirándola. Tenía cara de asombro y se le había caído el lápiz al suelo, donde yacía, olvidado.

Siguió la procesión escaleras arriba, incapaz de apartar la mirada del rostro inconsciente de Nathaniel. No había sitio para ella en su dormitorio, así que se quedó fuera; se aplastaba contra la pared cada vez que la ayudante del médico pasaba con un aguamanil o una pila de sábanas ensangrentadas.

Nadie decía nada, pero estaba claro que Elisabeth estorbaba allí. Entumecida, bajó la escalera. Se quitó la chaqueta de Nathaniel y la colgó en el perchero. Se percató de que había unas cuantas gotas de sangre en el suelo del vestíbulo y usó su vestido para limpiarlas porque, total, la seda de color marfil ya estaba destrozada. Después se sentó en el primer escalón, con la cabeza zumbando, llena de ruido blanco. Desde arriba le llegaba vagamente el sonido de pies arrastrándose por el suelo, acompañado de una conversación tensa. El tictac del reloj de pie estaba acompasado con el latido de su

corazón.

A partir de aquel momento, Ashcroft era historia. Todo saldría en la prensa de la mañana. El mundo entero sabría quién era en realidad. Sin embargo, no parecía una victoria, no sin Silas y con Nathaniel desangrándose en la planta de arriba. No con Ashcroft huido.

No, la batalla todavía no había terminado. Habría sido una estupidez pensar lo contrario. Se quedó sentada un poco más, meditándolo, y después se levantó y se metió con aire decidido en el estudio de Nathaniel, donde cogió la lupa de su escritorio y la tiró al suelo para machacarla con el talón. Se metió en la habitación de al lado, donde encontró otro espejo que arrancó de la pared. No se detuvo ahí. Fue dejando un rastro de destrucción a su paso por toda la casa. Los cristales se rajaban, se rompían y estallaban sobre alfombras, y sus fragmentos relucientes rebotaban en los muebles. Ningún espejo era seguro. Destrozó con la empuñadura de *Asesina de Demonios* el de la salita en la que se había pasado tantas horas estudiando grimorios y vio su reflejo astillarse antes de caer al suelo. Cuando terminó con la planta de abajo, subió y fue dejando otro rastro de cristales por los pasillos.

Le daba la sensación de que debería sentir algo, pero no. La mano herida no le dolía, a pesar de que la sangre bañaba el pomo de la espada. Los espejos, con sus voluminosos marcos, cedían sin esfuerzo. Era como si estuviera hecha de luz y aire, apenas anclada al mundo físico, a la vez imparable y a punto de deshacerse, arder y alejarse flotando.

Por fin llegó a su dormitorio. Recogió el espejo mágico. Intentó explicarle a Katrien lo sucedido, y ella le hizo varias preguntas que no pudo responder porque, en cierto momento, las palabras habían dejado de tener sentido. Cuando terminaron de hablar, Elisabeth envolvió el espejo en una funda de almohada y lo tiró por la tolva de la ropa sucia. Ashcroft no podría espiarla desde allí. Después se dispuso a asegurar el resto de la habitación de la única manera que sabía.

Una cantidad de tiempo incalculable después, volvió en sí, con *Asesina de Demonios* en la mano buena, rodeada de madera y cristales rotos. Pensó: «A Silas no le va a hacer ninguna gracia». Y: «Lo ayudaré a limpiarlo».

La tristeza, cuando llegó, la golpeó como un puñetazo en el estómago. Se dobló y se dejó caer en el suelo mientras respiraba con jadeos entrecortados. No estaba hecha ni de aire ni de luz. Era débil y abrumadoramente humana, y sentía dolor, más del que podía soportar. Silas se había ido. No sabía lo que haría Nathaniel ni cómo se lo iba a contar ni si soportaría la expresión de su rostro cuando lo hiciera. No sabía si Nathaniel volvería a despertar.

Lloró hasta que el mundo se ablandó y emborronó a su alrededor, y, por fin, no supo nada más.

Cuando abrió de nuevo los ojos, que estaban hinchados, se encontró con una mujer desconocida sentada en una silla, en la esquina de la habitación. La luz de la tarde entraba a través de las cortinas. Elisabeth se miró, lo cual le resultó sencillo porque estaba en su cama, recostada sobre las almohadas. Tenía un vendaje en la mano herida. *Asesina de Demonios* estaba sobre la colcha, al otro lado, y todavía la aferraba entre los dedos.

—El doctor Godfrey y yo no conseguimos quitársela, ni siquiera cuando se quedó dormida.

Elisabeth miró de nuevo a la mujer. Al final se dio cuenta de que no era una desconocida, sino la ayudante del médico, delgada y con gafas, con un delantal blanco almidonado. Tenía la parte delantera manchada de sangre, pero no parecía molestarle.

—Me llamo Beatrice —dijo—. Soy la que la ha estado atendiendo.

A Elisabeth se le paró el corazón durante un segundo. No podía apartar la mirada del delantal manchado.

—¿Es la sangre de…?

—Está bien. Al menos, todo lo bien que cabría esperar. Bébase esto.

Acercó un vaso de agua a los labios de la joven y la observó dar un par de tragos antes de seguir hablando con calma, como si para ella aquello no fuera más que una mañana normal, igual que una conversación cualquiera mientras tomaba el desayuno.

—El magíster Espinosa ha perdido mucha sangre, pero el doctor Godfrey confía en su recuperación. Los hechiceros pueden sobrevivir a heridas extraordinarias con la ayuda de las defensas de

su hogar. Aun así, no debería salir de la cama hasta que haya empezado a curársele la herida del pecho.

El alivio le estremeció el cuerpo entero. Se enderezó para levantarse, pero después se paró y reprimió un gruñido. Le dolía todo. Incluso los huesos.

—En su habitación hay un espejo —dijo—. Tengo que…

Beatrice le puso una mano en el hombro.

—El doctor Godfrey y yo ya nos hemos encargado. —Después añadió con más amabilidad—: Nos dijo lo que había estado haciendo anoche cuando la encontramos en el suelo. ¿No lo recuerda?

Elisabeth no lo recordaba y prefería no imaginarse en qué estado la habían descubierto, pero se sentía agradecida por que la hubieran tomado en serio. Bajó la vista y apretó los dientes como reacción a las protestas de su cuerpo.

—¿Puedo ver a Nathaniel? —preguntó.

—Si quiere, aunque todavía tardará varias horas en despertarse. Cuando lo haga, puede que todavía no sea el de siempre. Le hemos dado láudano para el dolor.

Ayudó a Elisabeth a ponerse un camisón y la acompañó por el pasillo. La joven no estaba segura de si hubiera podido hacerlo sola. Mientras avanzaba tambaleándose como una anciana, Beatrice le contó la suerte que había tenido de no romperse nada.

—Después de unos golpes tan fuertes, es lo más habitual.

Después miró de soslayo la espada que Elisabeth todavía llevaba en la mano.

Cuando llegaron al umbral de Nathaniel, contempló la escena. El joven parecía perdido en la inmensidad de su cama de cuatro postes, con sus columnas talladas y sus cortinajes de brocado oscuro. Tenía la cabeza girada hacia un lado y el ángulo de la luz del sol le recorría uno de los pronunciados pómulos y convertía sus rasgos en una escultura. Bajo el cuello abierto del camisón, tenía el pecho envuelto con vendas.

Por algún motivo, no le parecía bien verlo así. Su respiración era tan superficial que el pecho apenas subía y bajaba. El rostro permanecía inmóvil: la frente suave, la boca floja. Unas sombras azules le teñían la piel bajo los ojos. Era como si fuera a romperse si lo tocaba, como si se hubiera transformado en una sustancia

distinta a la carne y el hueso, tan frágil como la porcelana.

Beatrice la ayudó a sentarse en un sillón al lado de la cama y se volvió para marcharse. Se detuvo en el umbral, y su trato profesional se abrió como una cortina para dejar entrever la desconfianza que se ocultaba debajo.

—¿Es cierto que el magíster Espinosa no tiene sirvientes humanos? —preguntó—. ¿Solo un demonio?

—Sí, pero no tenga miedo. Silas, porque ese era su nombre, ya no está aquí. Y, aunque lo estuviera, no… —Elisabeth intentó encontrar las palabras, poseída por una necesidad abrumadora de explicar, de hacer que Beatrice lo comprendiera. Le parecía inaceptable que nadie más supiera quién era Silas y lo que había hecho. Así que concluyó con dificultad—: Se sacrificó para salvar la vida de Nathaniel.

La mujer frunció el ceño, asintió y se fue, impasible. «Cree que lo hizo siguiendo órdenes de Nathaniel». Y así, sin más, Elisabeth fue consciente de que nadie apreciaría nunca el acto final de Silas. Era una historia que nadie creería. Se había desvanecido como la niebla y no había dejado atrás nada más que rumores: la criatura temible que había servido a la casa Espinosa.

Aquella injusticia la sobrecogió, notó que le picaban los ojos como si le clavaran agujas. Guardó silencio un buen rato, con la cabeza gacha, parpadeando para reprimir las lágrimas.

Oyó un susurro de tela. A su lado, Nathaniel se había movido. Contuvo el aliento cuando le vibraron las pestañas, a pesar de que sus movimientos, más que un esfuerzo consciente por despertarse, parecían la reacción a un sueño. Siguiendo un impulso, le apartó un mechón de pelo de la frente. El cabello se le resbaló entre los dedos, más suave que la seda. Elisabeth tenía muy poco que ofrecerle, pero, al menos, que supiera que no estaba solo.

Nathaniel abrió un poco los ojos, que brillaban y no lograban enfocar nada.

—¿Silas? —susurró.

A Elisabeth se le rompió el corazón. Terminó de meterle el mechón detrás de la oreja y le dio la mano. Lo observó sumirse en el sueño, reconfortado.

La pérdida de su marca demoníaca le dejaba claro que había recuperado las dos décadas de vida que le había prometido a Silas.

Aun así, le resultaba imposible alegrarse por él. Sabía que, de haber tenido la oportunidad, habría entregado aquellos años sin pensárselo dos veces con tal de traerlo de vuelta.

Pasaron las horas. Beatrice iba y venía, y le llevó una comida fría que había logrado preparar en la cocina. Más tarde, el doctor Godfrey cambió los vendajes de Nathaniel. Elisabeth se agarró con fuerza a los brazos del sillón mientras el médico apartaba las gasas para dejar al descubierto cuatro líneas irregulares que le abrían el pecho en diagonal. Iban desde la parte inferior de las costillas de un lado a la clavícula del otro y estaban cerradas con puntos de sutura. Se obligó a no apartar la vista y recordó el zarpazo de Ashcroft y el rostro inexpresivo de Nathaniel al retroceder, tambaleante. Estaba claro que las heridas dejarían unas cicatrices permanentes y muy visibles.

Cuando el doctor Godfrey terminó de cambiarle los vendajes, puso la palma de la mano en la frente de Nathaniel y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —le dijo ella precipitadamente.

—Le está dando fiebre. Es habitual en este tipo de heridas. La fiebre causada por las heridas puede ser peligrosa, pero, en este caso, las defensas deberían evitarle daños mayores. —Hizo una pausa—. ¿Magíster Espinosa? ¿Nos oye?

Nathaniel, desde la cama, dejó escapar una tos débil. Elisabeth se sentó en el borde del asiento, con todos los músculos en tensión. El joven no tardó en abrir los ojos, que eran de gris pálido del cuarzo. La miró en silencio y examinó su rostro como nunca antes lo había hecho o como si temiera haberlo olvidado mientras dormía. Por fin dijo:

—Te has quedado conmigo.

Su voz no era más que un suspiro, un aliento.

Ella asintió. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tragó saliva, pero las palabras brotaron de todos modos, imparables:

—Lo siento. Todo esto es culpa mía. Fue idea mía enfrentarnos a Ashcroft en el baile. Sin mí, nada de esto habría sucedido.

Una arruga apareció entre las cejas del magíster. Al principio, creyó que le costaba recordar, pero entonces dijo:

—No. El espejo mágico… ¿Cómo ibas a saberlo? —Hizo una pausa para reunir fuerzas. Era como si cada respiración le doliera—.

Ashcroft. ¿Lo atrapaste?

Ella negó con la cabeza, entre lágrimas. No quería contarle el resto, pero tenía que hacerlo.

—Silas…

La voz le sonaba rara, aguda, no parecía la suya. Se le formó un nudo en la garganta. No pudo terminar.

La arruga de la frente se hizo más profunda. Vio el momento en que empezó a entenderlo. No apartó la mirada del rostro de Elisabeth, aunque se quedó muy quieto.

Se oyeron cubiertos en el pasillo. Beatrice. Había bajado a preparar el té.

Nathaniel se puso alerta. Antes de que Elisabeth pudiera detenerlo, se sentó de golpe. Al instante se quedó gris de dolor, se inclinó a un lado y consiguió apoyarse en un codo, pero no hizo ruido alguno. Miraba la puerta con tal intensidad, esperanzado, que, cuando Beatrice apareció y lo vio, se quedó paralizada.

—Si quiere sentarse —le dijo el doctor al magíster—, le pondremos unas almohadas. No se esfuerce demasiado tan pronto.

Nathaniel no parecía oírlo. El presentimiento de una catástrofe inminente la dejó aturdida. Beatrice sostenía la misma bandeja de plata que siempre usaba Silas. La mirada de Nathaniel se tornó dura, salvaje, casi ciega.

—Fuera —dijo en voz baja.

Beatrice y el doctor se miraron.

—Los dos. Fuera.

La mujer se acercó a la mesita para dejar la bandeja, después dio un paso atrás y entrelazó los dedos sobre el delantal. Tenía el porte de alguien acostumbrado a tratar con pacientes difíciles, pero no sabía que, para Nathaniel, lo que había hecho era imperdonable.

Su crimen era simple. Le había llevado el té. No era Silas.

—Puede que el láudano lo… —empezó a decir con calma Beatrice.

Nathaniel se levantó de la cama, agarró la bandeja y la estrelló contra la pared. Todos dieron un respingo cuando la porcelana se hizo añicos y dejó una mancha de té que chorreaba por el papel pintado de la pared.

—¡¡Fuera!! —rugió el joven—. ¡Fuera de mi casa!

Su voz rebotó por todas partes, como un gran eco. Las paredes

temblaron y crujieron de manera inquietante; una lluvia de polvo de yeso del techo cayó en la cama. El joven, en camisa de dormir y pantalones de pijama, jadeaba; la fiebre le ardía en los ojos.

—Vamos, Beatrice —dijo el doctor tras cerrar su maletín de cuero con un chasquido.

Lanzó una última mirada a Nathaniel mientras urgía a su ayudante a salir de la habitación. Los oyeron bajar por la escalera. Un momento después, se cerró la puerta principal.

Elisabeth miró por la ventana. El sol estaba bajo en el cielo y su luz roja parpadeaba entre los arbustos espinosos. Las ramas enredadas se abrieron para dejar pasar al doctor Godfrey y Beatrice, y después volvieron a cerrarse.

Se giró hacia Nathaniel, boquiabierta.

La ira del magíster se había desvanecido, aunque no así el brillo febril de los ojos.

—Vamos, Escriba —dijo con aire jovial—. Tenemos que salir de inmediato. ¿Te importa que me apoye en ti?

—Espera —protestó ella—. Se supone que debes quedarte en la cama.

—Ah. Esto explica por qué mis piernas no funcionan. —Miró con aprobación a *Asesina de Demonios*—. Bien, has venido preparada.

—Pero… —Al ver que se desplomaba, corrió a sujetarlo para que no se diera contra el suelo. Estaba tan flojo que le costó bastante echarse su brazo sobre los hombros—. ¿Adónde vamos?

Nathaniel se rio como si le hubiera preguntado lo más absurdo del mundo.

—Vamos a invocar a Silas, por supuesto. Lo vamos a traer de vuelta.

Elisabeth abrió los ojos como platos. No sabía que recuperar a Silas fuera posible. Pero supo enseguida adonde tenían que ir sin que él se lo dijera en voz alta: a la habitación prohibida. La que estaba cerrada con llave.

Tardaron una eternidad en recorrer el pasillo, haciendo pausas cada vez que él se quedaba inconsciente, hasta que parpadeaba y recuperaba el sentido. Aquello no podía ser buena idea. De haber tenido algo de sentido común, Elisabeth habría dado media vuelta para meterlo en al cama. A ella no la asustaría como a Beatrice y al doctor; y, aunque, lo hiciera, no podría recorrer el pasillo él solo.

Sin embargo, en cuanto se le ocurrió la idea, su conciencia se rebeló contra ella.

Nunca le perdonaría esa traición. Y ella no pensaba dejarlo solo, como cuando tenía doce años, sin nadie más en el mundo que cuidara de él. En aquel momento era la única persona que le quedaba.

Cuando llegaron a la puerta, Nathaniel susurró una frase en enoquiano y chascó los dedos. No funcionó. Parpadeó y miró el pomo sin comprender nada; entonces, soltó una palabrota.

—Silas era el que se encargaba de las llaves. Normalmente, yo solo…

Chascó de nuevo los dedos. Su magia había desaparecido. La joven le vio en la cara lo mucho que lo trastornaba su ausencia, como si hubiera alargado una mano para sujetarse y no hubiera encontrado más que aire vacío. Sin ella, no sabía qué hacer.

—Espera.

Elisabeth levantó la espada y estrelló la empuñadura contra el pomo. El primer golpe abolló el tirador. El segundo, lo envió al suelo.

Nathaniel empezó a temblar. Ella lo miró, preocupada, hasta que vio que se reía.

—Escriba —dijo.

—¿Qué? —repuso ella frunciendo el ceño.

—Es que… eres tan…

Se reía tanto que no podía terminar la frase y jadeaba de dolor, impotente. Hizo un gesto con la mano para imitar el movimiento de un martillo al clavar un clavo.

—Creo que has tomado demasiado láudano —dijo ella.

Después, sin mayor problema, abrió la puerta de un empujón y lo arrastró al interior.

El hedor a combustión etérea estuvo a punto de ahogarla. Al mirar a su alrededor, se le erizó el vello de la nuca. Las cortinas estaban cerradas y dejaban entrar la luz justa para distinguir que la habitación parecía vacía. Unos cuantos objetos que no lograba identificar estaban tirados por el centro de la habitación, como si los niños que vivían allí hubieran abandonado sus juguetes. Por primera vez en varias semanas sintió la presencia imaginaria de los fantasmas de la casa, de los muertos de Nathaniel. Con cuidado, lo

dejó en el suelo y fue a abrir las cortinas.

El polvo se arremolinaba entre la luz que inundó el cuarto. Al bajar la mirada, se apartó de un salto: había un pentagrama muy elaborado grabado en las tablas del suelo, bajo sus pies, y los surcos estaban ennegrecidos por el fuego y cubiertos de suciedad. Unas manchas oscurecían la madera, tanto dentro del dibujo como a su alrededor; manchas de sangre. Algunas eran tan grandes que se preguntó si marcaban el lugar donde había muerto alguien. Los objetos que había vislumbrado resultaron ser velas medio derretidas ancladas en sus charcos de cera en cada una de las puntas del pentagrama. Otros dos objetos esperaban en el suelo, junto al círculo: una caja de cerillas y una daga con el metal opaco por la capa de polvo.

Recordó lo que le había dicho Silas semanas atrás: «Será mejor que no lo vea». Allí era donde había llegado al mundo mortal, no en una sola ocasión en el pasado lejano, sino una y otra vez.

Nathaniel se peleaba con la caja de cerillas, ya que le temblaban demasiado los dedos para encender una. Elisabeth se metió la espada bajo el brazo y se la quitó.

—Quiero ayudar —le dijo—. ¿Cómo se hace?

El joven la miró, muy pálido, mientras el ángulo abrupto de la luz atravesaba la fina tela de la camisa de dormir y, al volverla traslúcida, dejaba ver la silueta de su cuerpo debajo. Él mismo parecía un fantasma.

—¿Estás segura?

Aquello era peor que usar el espejo mágico. Peor incluso que robar en la Biblioteca Real. El primer día de su aprendizaje, Elisabeth había jurado proteger el reino de la influencia demoníaca. Si participaba en una invocación y el rumor se hacía público de algún modo, aunque solo fuera una mera especulación, se le cerrarían las puertas de todas las grandes bibliotecas. Ningún alcaide hablaría con ella. Sería una apestada en el único mundo al que había pertenecido.

Sin embargo, sus juramentos no significaban nada si le exigían abandonar a las personas que le importaban en su momento de mayor necesidad. Si eso era lo que debía hacer para ser alcaide, es que ser alcaide no era su destino. Tendría que decidir por sí misma lo que estaba bien y lo que estaba mal.

Aunque no habló, Nathaniel le vio la respuesta en la cara. Cerró el puño contra el suelo. Ella creyó que intentaría disuadirla, pero entonces dijo:

—Enciéndelas por orden, en sentido contrario al de las agujas del reloj. Asegúrate de permanecer fuera del círculo. No cruces las líneas. Eso es importante.

Elisabeth encendió con torpeza una cerilla usando la mano vendada y fue moviéndose alrededor del pentagrama grabado. Con cada cerilla parecía inmolar algo pasado e iniciar algo nuevo. Muchos de sus recuerdos estaban marcados por las llamas. La luz de las velas sobre los granates de *Asesina de Demonios*. El alcaide Finch, con el brillo rojizo de una antorcha sobre el rostro, preguntándole si había estado tratando con demonios. El *Libro de ojos* reducido a cenizas que se llevaba el viento.

Al apagar la última cerilla, levantó la mirada y vio que Nathaniel tenía la daga en la mano. Antes de poder reaccionar, se pasó la hoja por la muñeca, junto a la cicatriz que le subía por el antebrazo. No era más que un corte superficial, pero ver sangre perlándole la piel le provocó un burbujeo de ansiedad en el corazón que no había sentido nunca antes por nadie. Cuando terminó, la daga se le cayó de las manos.

—No te acerques —le dijo el joven. Después colocó la muñeca sobre el borde del círculo y dejó una mancha roja en la madera. Cuando volvió a hablar, su voz rebosaba un poder antiguo—: Por la sangre de la casa Espinosa, yo te invoco, Silariathas.

Silariathas. El verdadero nombre de Silas. No se le escapó de la cabeza como las otras palabras en enoquiano que le había oído a Nathaniel, sino que se le quedó pegada al instante, ardiente, como grabada a fuego en la superficie de sus pensamientos.

En el exterior, el sol se ocultó detrás de los tejados y sumió la habitación en sombras. Una brisa agitó el aire estancado y apagó a la vez las cinco velas. Las anillas de las cortinas tintinearon al moverse las cortinas. Y una figura apareció en el centro del pentagrama.

No llevaba nada más que una tela blanca a la cintura, medio caída. En su desnudez no era solo esbelto, como antes le había parecido, sino flaco, casi cadavérico. Las sombras le marcaban las costillas, los huesos de la muñeca, los afilados bordes de los

omóplatos, una forma elegante en su sobriedad, como si se hubiera desprendido de todo lo innecesario. El pelo liso, sin recoger, le caía formando una cascada de plata que le llegaba más allá de los hombros y le ocultaba el rostro gacho. El pecho, donde lo había atravesado la espada, estaba impoluto. Así parecía distinto: más bello, más aterrador. Menos humano que nunca.

Levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, Nathaniel.

Veintiocho

Durante un instante, no pasó nada. Cuando Nathaniel miró a Silas desde el suelo, tenía la cara de un hombre a punto de lanzarse a una batalla que se sabía capaz de ganar, pero a un coste terrible. Elisabeth no lo entendía. No esperaba que tuviera lugar una reunión jubilosa dentro de un pentagrama empapado de sangre, pero… aquello no estaba bien. La sonrisa de Silas tenía algo extraño.

—Silas —dijo la joven tras dar un paso adelante—, ¿estás bien?

—No —le ordenó Nathaniel con un tono brusco y urgente que la golpeó como una bofetada. La cogió por la muñeca—. No toques el círculo.

Podría haberse sacudido de encima al magíster sin problema, aunque lo que de verdad la detuvo fue la mirada de Silas. Tenía las pupilas tan dilatadas que los iris parecían negros, rodeados por un fino borde amarillo, como el sol durante un eclipse total. En sus ojos no había ni rastro de su personalidad de siempre, ni siquiera alguna señal de que la reconociera.

—No puede cruzar las líneas —le explicó Nathaniel—, pero, en cuanto las toques, reclamará tu vida. Te matará.

Aquello no tenía sentido. La mañana anterior, Silas le había llevado el desayuno. La había ayudado a ponerse el vestido para el baile y le había enganchado los pendientes. Pero Nathaniel no diría algo así si no fuera en serio.

—¿Qué le ocurre? —susurró Elisabeth.

El joven cerró los ojos con fuerza un momento. Las sienes le

brillaban de sudor y le pegaban a la cabeza unos cuantos rizos.

—Tiene hambre —respondió tras una larga pausa—. Lo habitual es invocar a los demonios de alta jerarquía justo después de que su anterior señor muera. Una vez saciados, es más sencillo negociar con ellos. Pero hace seis años que…

«Que murió Alistair Espinosa —pensó ella—. Que Silas recibió su último pago».

—Silas no es humano —siguió explicando Nathaniel—. Cuando está así, el tiempo que hemos pasado juntos, lo que acordamos… Nada de eso importa. La intensidad del hambre lo supera todo.

Y Silas no solo tenía hambre, sino que estaba famélico. Poco a poco, volvió a mirar al magíster con aquellos ojos tan inquietantes. Si le importaba que estuvieran hablando de él, no dio señales de ello. Ni siquiera quedaba claro que los hubiera oído.

—Silariathas —dijo Nathaniel con una calma que Elisabeth no comprendía, aunque quizá fuera el láudano, la pérdida de sangre o, simplemente, que ya se había enfrentado antes a esta torsión de Silas—. Te he invocado para renovar nuestro trato. Te ofrezco veinte años de mi vida a cambio de tus servicios.

—Treinta —repuso Silas en voz baja y ronca.

Nathaniel respondió de inmediato, sin vacilar:

—Veinticinco.

—¿Tan poco me ofreces? —Silas miró a Nathaniel como si fuera un insecto que se arrastraba por el suelo. Sus susurros la aguijoneaban como el granizo—. Recuerda quién soy. Antes de estar al servicio de la casa Espinosa, lo estuve de emperadores y reyes. El agua de los ríos se teñía de rojo con la sangre de los mortales que mataba siguiendo sus órdenes. Tú no eres más que un niño, y me rebajo a doblarte la ropa y prepararte el té. Treinta años o me buscaré otro amo, uno que me recompense como me merezco.

A Nathaniel le temblaron los párpados. Hizo una mueca y se llevó una mano al pecho para agarrarse las vendas a través de la camisa. Cuando dejó escapar un grito ahogado, Elisabeth se dio cuenta de que usaba el dolor para mantenerse consciente. Estaba apagándose y, en cualquier instante, cedería. Haría lo que fuera por recuperar a Silas, incluso entregar el tiempo que quizá no tuviera.

La joven no podía soportarlo. Silas observaba sin compasión, sin tan siquiera interés, el sufrimiento del muchacho que lo quería,

cuya vida él mismo se había esforzado tanto por salvar.

—¡Nathaniel está herido, Silas! —exclamó—. ¿Es que no lo ves?

Silas dejó de mirar al magíster, despacio, como si le costara apartar la vista, y se fijó en ella. Elisabeth se quedó sin aliento al ver el vacío de sus ojos, oscuros como la noche, pero no vaciló.

—Sé que todavía te importa. Hace unas horas te sacrificaste por él. No malgastes eso pidiéndole demasiado. ¿Y si no tiene treinta años para darte?

—Señorita Escriba —susurró el demonio, y a ella se le puso la piel de gallina; así que, al fin y al cabo, sí que la reconocía. En realidad, eso era aún peor—. Sigue confundiéndose conmigo. Cuando intercepté la hoja del canciller lo hice sabiendo que volverían a invocarme, esta vez a cambio de una recompensa mayor. Ve usted sacrificio donde solo hay egoísmo.

—Eso no es verdad. Yo lo vi.

—Si desea demostrarlo, solo tiene que entrar en el círculo.

Entonces, ella vio la verdad: la tensión de los músculos, la maldad que pugnaba por atravesar aquella máscara fría y hambrienta. Si daba un paso adelante, la mataría; no podría contenerse. Pero no quería hacerle daño. Tampoco quería robarle tres décadas a Nathaniel. Lo creía con todo su corazón.

—Quítame a mí esos diez años más.

—Elisabeth, no —graznó el joven.

Ella siguió adelante:

—Tú mismo dijiste que mi vida no se parecía a ninguna otra que hubieras visto. Te gustaría probarla, ¿verdad?

Silas entreabrió los labios. Elisabeth vio una chispa en sus ojos negros. Fuera cual fuera la batalla que se libraba en su interior, no alteró la superficie helada. Al fin, suspiró.

—Sí.

—Pues acéptala. Acabemos de una vez.

Recordaba la noche que Silas le había dado a *Asesina de Demonios*, cuando se le había acercado y le había dado un susto. Se sentía como entonces, viendo una luz horrible que se apagaba dentro de él cuando el hambre cedía. Silas bajó los párpados. Con los ojos gachos, miró el suelo.

—Entiendes que solo puedo servir a los mortales de uno en uno. Mientras camine por este mundo, quedarás marcada, pero no

recibirás nada a cambio.

—Lo sé.

—Las mismas condiciones que antes, ¿señor Espinosa?

Nathaniel estaba apoyado en un brazo que le temblaba del esfuerzo de mantenerlo derecho y no le quedaba energía para mirarlos. El silencio se alargó. Elisabeth vio que intentaba reunir la fuerza necesaria para resistirse, para discutir, hasta que descubrió que no le quedaba voluntad y había agotado sus últimas reservas. Por fin asintió, hundido.

Silas salió del pentagrama y se arrodilló ante ellos. Tomó la mano sin vendar de Elisabeth y se la besó. Cuando sus labios le rozaron la piel, un contacto tan sedoso como los pétalos de una rosa, sintió que la promesa de los diez años que le había prometido le salía del cuerpo y se metía en el del demonio; era una sensación debilitante que la dejó mareada como cuando la sangre se sube a la cabeza. A continuación, Silas tomó la mano de Nathaniel y repitió el gesto. La joven vio que la plata volvía al pelo de Nathaniel, comenzando por las raíces, como un hilo de mercurio Huyéndole por los mechones.

—Soy su devoto servidor —le dijo Silas—. A través de mí se le concede el arte de la hechicería. Obedeceré cualquier orden que me dé.

Exhausto, Nathaniel hablaba arrastrando las sílabas:

—Odias que te dé órdenes. Si te las doy, siempre consigues que lo lamente.

La sombra de una bella sonrisa iluminó el rostro del demonio.

—Aun así.

Poco a poco, fue a levantarse, pero no consiguió hacerlo. Nathaniel lo había abrazado y lo sujetaba con fuerza. El demonio no estaba acostumbrado a eso, no cabía duda. Se quedó donde estaba, agachado, paralizado, con los ojos abiertos como platos, mirando la coronilla de Nathaniel como si esperase que su mirada diera por casualidad con una excusa lo bastante buena como para liberarlo de aquel inconveniente. Como no se le presentó la excusa, levantó una mano y la colocó con cuidado encima de los rizos alborotados de su amo. Así permanecieron un rato, hasta que Nathaniel aflojó la presión y dejó caer los brazos que sujetaban a Silas por la cintura. Se había desmayado.

Silas bajó la vista y suspiró. Después recolocó las extremidades de su señor y cargó con él como cuando era un niño que se había dormido junto al fuego y lo llevaba escaleras arriba, a la cama. Realizó la maniobra con tanta familiaridad que Elisabeth comprendió que lo había hecho multitud de veces, aunque, sin duda, cuando el magíster era mucho más pequeño. Silas cargaba sin problemas con el peso de su amo, pero estaba claro que Nathaniel, ya crecido, era un bulto incómodo de transportar, por decirlo suavemente.

—Me ocuparé de acomodar al señor Espinosa —comentó Silas antes de pararse a olisquear el aire junto a Elisabeth—. Después, señorita Escriba, le prepararé un baño. Creo que también sería conveniente hacer la cena. Y… ¿es que nadie ha encendido las lámparas? —Parecía agraviado—. Me ausento menos de veinticuatro horas y el mundo se desmorona.

La vida y el orden regresaron a la casa. La luz espantó la oscuridad que presionaba las ventanas. Se cambiaron las sábanas, se hicieron las camas y se quitaron de en medio los restos de comidas anteriores. Los fragmentos de espejo desaparecieron de todas las habitaciones. Por fin, tras pasar el índice por un aplique de la pared e inspeccionarlo en busca de polvo, Silas anunció que iba a preparar la cena y se metió en la cocina. Elisabeth se sentó unos minutos a solas con Nathaniel para verlo dormir. Sintió la tentación de apoyar la cabeza en la colcha e imitarlo, pero se obligó a levantarse y bajar. Tenía que hablar con Silas.

Recorrió la casa en silencio. Aun así, cuando estaba cerca de la cocina, él habló sin volverse:

—He encontrado el espejo espía, señorita Escriba —dijo con voz apacible—. Para futuras ocasiones, no le aconsejo que use la tolva de la colada para librarse de objetos mágicos.

Avergonzada, la joven entró y se encaramó a un taburete junto al fuego. Todavía se veía el rastro dejado por Beatrice al usar la cocina: una tabla de cortar con un pan encima, los restos de verduras picadas. Una olla hervía al fuego. Cuando Nathaniel la echó, estaba haciendo sopa.

Silas vestía de forma impecable, de nuevo con su uniforme de

sirviente y el pelo recogido, y examinaba con aire desdeñoso el trabajo de Beatrice. Mientras Elisabeth lo observaba, recolocó la tabla para que estuviera en paralelo con el borde de la encimera. La joven intentó buscar en su interior algún rastro de resentimiento, de miedo, de rabia, pero no encontró nada. El demonio siempre había sido sincero con ella sobre lo que era.

—¿Qué has hecho con el espejo? —le preguntó.

—Lo he dejado en el desván, de cara a un retrato de Clothilde Espinosa. Si el canciller decide mirar por él, espero que se lleve una sorpresa muy desagradable. —Antes de que ella pudiera responder, añadió—: ¿Podría probar ese caldo y decirme cómo está?

Elisabeth encontró un cucharón y lo metió en la olla.

—Está bueno —dijo.

—Pero no excepcional, ¿no?

—Supongo que no —respondió ella, sin saber bien si existía algún caldo que fuera excepcional.

—Eso me temía —suspiró—. Tendré que empezar desde el principio.

Lo vio picar zanahorias y cebollas, hipnotizada por el movimiento rítmico del cuchillo sobre la tabla. Después de la noche anterior, parecía imposible que sus manos de alabastro tuvieran aquel aspecto tan impoluto. De repente, recordó las heridas quemadas y humeantes, y puso una mueca.

—Silas —dijo con cautela—, ¿cómo te capturó Ashcroft?

El cuchillo se detuvo. Elisabeth no sabía si la tensión que le parecía verle en los hombros era real o imaginada.

—Usó un aparato inventado por el Collegium durante las Reformas, diseñado para controlar a los hechiceros rebeldes capturando a sus criados. No me lo esperaba. No lo había visto desde la época en la que serví al bisabuelo del señor Espinosa.

—Lo siento —respondió ella, muerta de culpa—. Si no te hubiera pedido que fueras…

—No se disculpe conmigo, señorita Escriba —la interrumpió con voz crispada, que era lo más parecido a un gesto de enfado que le había visto—. Fue culpa mía, de mi descuido.

Elisabeth lo dudaba. Silas era muy meticuloso. No obstante, le dio la impresión de que al demonio no le habría gustado que se lo dijera en voz alta. Al final, el demonio habló de nuevo:

—Ha bajado para preguntarme por la vida que me ha entregado. Desea saber cómo funciona.

Ella se enderezó, sorprendida.

—Sí.

—Pero ahora se lo está pensando mejor.

—Me preguntaba si… quizá sería mejor no saberlo. —Vaciló—. Si supiera…, si me lo contaras, creo que cambiaría mi forma de vivir. Siempre estaría pensando en ello y no quiero que sea así.

Silas siguió cortando, consciente de que la muchacha no había terminado de hablar.

—Pero me gustaría saber… cómo ocurre. ¿Lo haces tú? ¿O simplemente…?

Se imagino cayendo muerta, con el corazón parado de repente. Eso no sería tan horrible, al menos para ella. Pensar en ver a Nathaniel morir así…

—No —respondió Silas—. No es así. —Le tocaba vacilar a él. Siguió hablando con delicadeza—: Es imposible saber cuántos años vivirá un humano ni de qué forma morirá. La vida es como el aceite de una lámpara. Se puede medir, pero el ritmo al que se consuma dependerá de qué intensidad se elija a diario, de lo fuerte que arda la llama. Y no hay forma de predecir si alguien tirará la lámpara al suelo y se romperá, cuando podría haber ardido mucho más tiempo. En eso consiste lo impredecible de la vida. Es bueno que no tenga muchas preguntas, puesto que desconozco las respuestas. Una parte del combustible, de la fuerza vital que una vez les perteneció al señor Espinosa y a usted, ahora la guardo dentro. Es lo único que puedo decirle. El resto es una incógnita.

Elisabeth, pensativa, apoyó la espalda en las piedras calientes de la chimenea.

—Ya veo.

Curiosamente, la explicación de Silas le resultó reconfortante; la idea de que no le quedaban un número de años predeterminado, que ni siquiera Silas conocía su destino.

La calidez de las piedras le calmó los músculos doloridos. Se le caían los párpados. Era como si parte de ella estuviera en la cocina, escuchando el suave repiqueteo de las ollas y las sartenes, mientras otra parte seguía en Summershall, soñando con las manzanas del otoño, con el mercado saturado de luz dorada. Al final, Silas la

despertó al ponerle los cubiertos delante. Le gruñó el estómago al llegarle el delicioso aroma a tomillo que brotaba de la olla al fuego. Parpadeó para terminar de despertarse, lo vio levantar la tapa de la olla y miró en el interior.

Se preguntó cómo podía saber Silas si estaba terminado, ya que el sabor y, seguramente, el olor, no le resultaban apetecibles.

—¿Te enseñó a cocinar uno de los criados? —le preguntó, adormilada.

—No, señorita —respondió él mientras se enderezaba para coger un cuenco—. Los criados humanos no me hablaban, ni yo a ellos. Aprendí con la práctica, por necesidad. El apetito de un niño humano de doce años da casi tanto miedo como el de un demonio. Y la falta de modales; me estremezco al recordarlo.

Con aire culpable, Elisabeth cogió la servilleta y se la puso en el regazo, consciente de la mirada que Silas acababa de echarle por debajo de las pestañas.

—Así que no empezaste a cocinar hasta que murió Alistair.

Él asintió y le sirvió sopa en el cuenco.

—Al principio, no tenía ni la más remota idea de cómo cuidar del señor Espinosa. Llegó a mí en muy mal estado; se había hecho un corte muy feo en el brazo al sacarse sangre para la invocación; por eso tiene la cicatriz, porque entonces yo no contaba con los conocimientos suficientes para curarla como era debido…

Silas empezó a moverse más despacio hasta quedarse quieto por completo. Tenía la mirada perdida; ya no miraba nada de la cocina, sino al pasado. La luz del fuego bailaba en su rostro juvenil y concedía a sus rasgos de alabastro la ilusión del color. Ni siquiera eso bastaba para que pareciera mortal. Elisabeth era consciente del enorme abismo que los separaba: su edad inconmensurable; las vueltas inescrutables que daban sus pensamientos, como los engranajes de una maquinaria.

—Primero aprendí a preparar el té —dijo él al fin, hablando más para sí que para ella—. Cuando los humanos quieren ayudar, siempre se están ofreciendo una taza de té.

A Elisabeth se le formó un nudo en el pecho. Se imaginó a dos Silas distintos: el del pentagrama, con los ojos oscuros y vacíos por el hambre, y el del pabellón a la luz de la luna, con una espada clavada en el pecho y cara de enorme alivio.

—Lo quieres —dijo la joven.

Silas le dio la espalda y tapó de nuevo la olla.

—Antes no lo entendía —siguió diciendo ella en voz baja. Retorció la servilleta bajo la mesa—. Lo cierto es que no lo había creído posible. Hasta hoy mismo no he entendido por qué…

«Por qué le habías quitado veinte años de vida a Nathaniel», quería decir, pero no lo hizo.

Silas se levantó y dejó el cuenco frente a ella.

—Disfrute de la cena, señorita Escriba. Voy a ver al señor Espinosa y a intentar convencerlo de que tome algo de caldo.

Al volverse, Silas vio algo próximo al rostro de la joven y se detuvo. Alargó una mano hacia ella, de modo que sus zarpas le pasaron cerca del cuello, y sostuvo un mechón de pelo. A ella le dio un salto el corazón. Tenía varios cabellos plateados entre los tirabuzones castaños que se le derramaban a Silas por la mano. La marca de Silas. No era tan visible como la de Nathaniel, pero tendría que ocultarla, quizá cortársela para evitar sospechas.

—Casi se me había olvidado —murmuró él mientras contemplaba la plata como si estuviera hipnotizado—. Es una señal de confianza extraordinaria que mi señor le haya permitido oír mi verdadero nombre. Hace siglos que nadie ajeno a la casa Espinosa lo conoce. Ahora, si lo desea, puede invocarme. Pero debe saber algo más. También tiene poder para liberarme.

A ella se le había quedado la boca seca, a pesar de las volutas de vapor que brotaban de la sopa.

—¿A qué te refieres?

Él la miró a la cara. A la luz del fuego, sus ojos parecían más dorados que amarillos.

—Obligado a la servidumbre, existo como una pálida imitación de mi verdadero ser, mientras que el resto de mi fuerza permanece encerrada. Dentro del pentagrama entrevió lo que soy en realidad, aunque solo fue un breve destello. Si me liberara, sería un azote para este mundo, un cataclismo sin parangón.

Un escalofrío bajó por la espalda de Elisabeth. ¿Le estaba pidiendo que lo liberase? Seguro que no. Pero no se le ocurría ningún otro motivo para que le contara aquello.

—De pequeño, el señor Espinosa me propuso un plan —susurró Silas—. Le gustaba la idea de liberarme, de que fuéramos iguales,

en vez de amo y criado. Le dije que no lo hiciera. Ahora mismo le hago la misma advertencia a usted, aunque no creo que la necesite. No me libere, señorita Escriba, pase lo que pase, por atroz que sea la situación, porque le aseguro que yo soy peor.

La miró a los ojos un instante más, y después se enderezó e inclinó la cabeza.

—Buenas noches, señorita —le dijo, y se marchó, dejándola petrificada junto al fuego.

Veintinueve

A la mañana siguiente, Silas recogió del portal el ejemplar de *El informador de Brassbridge*. Una gárgola había estado mordisqueándolo, pero todavía podía leerse y el pulso empezó a galoparle cuando lo alisó sobre los pies de la cama de Nathaniel y volvió a colocar en su sitio los jirones desgarrados.

El nombre de Ashcroft estaba por todas partes. Iba de un titular a otro, incapaz de decidir por cuál empezar. Había una columna a la izquierda: «DUELO MORTAL SUME EL BAILE REAL EN EL CAOS». Después, a la derecha: «EL MAGISTERIUM SE APRESURA A NOMBRAR NUEVO CANCILLER». Pero el texto en negrita que ocupaba el centro de la página era el más emocionante de todos: «OBERON ASHCROFT, CANCILLER DE LA MAGIA, IMPLICADO EN EL SABOTAJE DE LAS GRANDES BIBLIOTECAS».

Se inclinó sobre el papel y empezó a leer:

> Debido a sus múltiples intentos de silenciar a Elisabeth Escriba, testigo clave de la investigación, se cree que el canciller Ashcroft está relacionado con la reciente serie de ataques a las grandes bibliotecas. Se busca por intento de asesinato e invocación ilegal de demonios menores. El Magisterium ha establecido un perímetro en torno a su propiedad, donde, al parecer, se oculta, pero todavía no ha sido capaz de salvar sus defensas…

Perdió el hilo al acordarse de lo que le había dicho Ashcroft cuando llegó a su casa por primera vez: sus defensas eran lo bastante poderosas para repeler el ataque de un ejército. Puede que el Magisterium esperara su rendición, pero Elisabeth no lo veía posible. Ashcroft no se dejaría atrapar tan fácilmente. Y, en el pabellón, casi había hablado como si ya no importara que lo descubrieran; como si todo aquello fuera irrelevante si su plan tenía éxito.

Nathaniel gimió en voz baja. Ella levantó la vista, pero no se había despertado. Se retorcía, agitado por la fiebre, con las mejillas sonrojadas y el pelo húmedo de sudor. Lo vio girar la cabeza y mascullar algo inaudible con la boca contra la almohada. La camisa suelta se le pegaba al cuerpo, pero le había dejado al descubierto una clavícula reluciente.

Elisabeth se levantó y escurrió uno de los trapos en la palangana que tenía cerca. Cuando lo dobló y se lo colocó en la frente, notó el calor que le irradiaba la piel incluso antes de acercar la mano. El joven hizo una mueca, como si le doliera el contacto con el trapo. Ella probó a acariciarle los rizos mojados, y él suspiro y se quedó quieto. Empezó a respirar con más calma.

Algo se tensó dentro de ella, como la cuerda de un violín a la espera del contacto de un arco. Al mirarlo, le dolía el corazón con una canción que no tenía ni palabras, ni notas, ni forma, pero que, a pesar de ello, se empeñaba en hacerse oír; era una sensación parecida al sufrimiento, ya que resultaba demasiado grande para que su cuerpo la contuviera. En el pabellón había sentido algo similar, cuando estaban a punto de besarse.

Se acercó a la ventana y apoyó las mejillas ardiendo en el cristal frío. Fuera seguían cayendo los puntos de luz de los copos de nieve. Había empezado a nevar durante la noche, poco después de que Nathaniel se despertara gritando y delirando por culpa de una pesadilla, y después se sosegara en los brazos de Silas. Como después había sido incapaz de dormirse, estaba despierta para ver los primeros copos flotando en el aire. No había parado desde entonces. Ahora una gruesa capa cubría las gárgolas, que se sacudían de vez en cuando lanzando relucientes nubes de humo blanco. Una capa de hielo barnizaba las ramas de los arbustos espinosos y los tejados del otro lado de la calle. Contempló la

escena, asombrada. Nunca había visto una tormenta de invierno adelantarse tanto.

Con el rostro contra el cristal, fue consciente de un ruido lejano, una especie de zumbido… Eran gritos, distorsionados por el cristal emplomado hasta convertirlos en una vibración diminuta. Frunció el ceño y entornó los ojos para ver a través de la nieve. La escena que apareció ante ella era tan ridícula que tuvo que parpadear, por si se estaba dejando llevar por su imaginación.

Había un hombre pegado al seto, con los brazos y las piernas enredados en ramas espinosas, pidiendo ayuda a gritos mientras una gárgola con forma de león avanzaba hacia él. La joven abrió mucho los ojos al descubrir que el hombre llevaba uniforme de cartero. Se ajustó el camisón y corrió escaleras abajo.

La puerta principal se abrió de golpe sin tocarla y por ella entró una ráfaga de aire frío que lanzó unos cuantos copos de nieve al interior del vestíbulo. Apenas se fijó en el frío helado que le recorrió el cuerpo al hundírsele los pies descalzos en la nieve.

—¡No le hagas daño! —le gritó a la gárgola, que estaba lista para saltar sobre él, con la cola moviéndose como un látigo.

El rostro extravagante, al parecer esculpido por alguien que nunca había visto un león, dejó de rugir cuando Elisabeth se aproximó y le puso una mano en el hombro.

—Gracias a dios que está aquí —balbuceó el cartero—. No sabía que el puñetero seto cobraría vida. No hay quien entienda a los hechiceros. ¿Por qué no usan su magia para recoger sus paquetes y nos ahorran el trabajo a las personas corrientes?

—Creo que no son lo bastante prácticos —respondió ella mientras lo ayudaba a zafarse de las ramas—. La última vez que vi a Nathaniel conjurar un objeto, estuvo a punto de caerme en la cabeza y matarme. Gracias.

Le dio la vuelta al paquete que le acababa de entregar y se le aceleró el corazón al ver el nombre garabateado sobre la dirección del remitente: Katrien Dignapluma.

El cartero se despidió con la mano. Ya había iniciado una retirada veloz a través del pasadizo que se había abierto en el seto.

—Dígale a ese hechicero suyo que deje ya lo de la nieve. Está nevando por toda la ciudad, ¿sabe? No es solo en Hemlock Park. A este ritmo, esta noche tendremos el río congelado. La mitad de las

casas de mi ruta están bloqueadas por la nieve, el tráfico es una pesadilla…

Ella estuvo a punto de protestar, pero entonces pensó en que Nathaniel había estado mascullando incoherencias desde su pesadilla y temblando con escalofríos muy violentos. No sería la primera vez que lanzaba hechizos mientras dormía.

Levantó la vista hacia el cielo, que estaba blanco como la leche, con asombro renovado. Los copos caían en espiral, y se le posaban en el pelo y las pestañas. El silencio se había apoderado de la calle, que solía ser bulliciosa, y era tan profundo que casi oía los cristales de hielo tintinear entre las nubes: un repiqueteo alto, claro y sordo, como si alguien tocara las notas más altas de un piano, muy por encima de los tejados. «Esto lo ha hecho Nathaniel», pensó.

Se repitió mentalmente lo que había dicho el cartero: «Ese hechicero suyo». ¿Es lo que pensaban todos? De repente, se sintió torpe, como si el mundo se hubiera movido unos cuantos grados sobre su eje. Se aferró al paquete y corrió adentro.

Arrancó el envoltorio en el estudio y contuvo el aliento mientras desenrollaba un mapa precioso de Austermeer. Se le había olvidado que iba de camino. Katrien lo había enviado por correo hacía dos semanas, al inicio de sus reuniones, después de descubrirlo acumulando polvo en uno de los almacenes de la Gran Biblioteca. Pensaban colgarlo sobre la chimenea.

Elisabeth se puso de puntillas y lo hizo. Después retrocedió y vio que Katrien había rodeado con círculos de tinta roja los ataques de Ashcroft. Knockfeld. Summershall. Fettering. Frunció el ceño, pescó pluma y tintero del escritorio y rodeó también Fairwater. Tras marcar las cuatro bibliotecas, Harrows se convertía en el quinto y último objetivo de un círculo casi perfecto y casi completo que rodeaba el reino.

Poco a poco, se sentó. El patrón le recordaba a algo. Una idea a medio concebir le asomaba a la cabeza, pero se le escurría entre los dedos cada vez que intentaba asirla y siempre acababa fuera de su alcance. Recorrió el mapa con la mirada una y otra vez. Junto a la biblioteca real, en el mismo centro del círculo, Katrien había dibujado un signo de interrogación. No habían llegado a averiguar si Ashcroft pretendía atacar Brassbridge después de Harrows.

Por un momento, lo que la rodeaba se desdibujó y volvió a

encontrarse en la mansión Ashcroft, alzando la copa de champán para brindar. Oyó su voz junto a la de los invitados, repitiendo con ellos «por el progreso». Una risa fantasmal le retumbó en los oídos. ¿Qué se le escapaba? Frustrada, se apretó los párpados con los nudillos hasta que no vio más que estallidos de color.

No debería estar tranquila y a salvo en la casa de Nathaniel. Debería estar fuera, haciendo algo, luchando contra Ashcroft. Pero esa batalla no podía ganarla sola. El tiempo pasaba y lo único que le restaba era esperar.

La fiebre de Nathaniel por fin cedió a la mañana siguiente. Cuando Silas le cambió las vendas, las tiras de lino estaban limpias. Las heridas de debajo ya no estaban en carne viva y roja, sino que se habían curado hasta dejar cicatrices rosas, sanas y relucientes, como si hubieran transcurrido varias semanas.

—Es obra de las defensas —le explicó Silas a Elisabeth al verle la cara mientras él se preparaba para quitarle los puntos a Nathaniel —. Los antepasados del señor Espinosa imbuyeron de magia los cimientos de la casa durante cientos de años. Hechizos de protección y de sanación diseñados para proteger a sus herederos.

La nieve fue amainando hasta convertirse en un fino polvo rutilante a medida que avanzaba la tarde, y fue una suerte, porque el montículo blanco del alféizar ya tenía casi medio metro de profundidad y la gárgola que se había colocado en el tejado estaba enterrada. El silencio inundaba la casa, como si hubieran rellenado las paredes de plumón. Sin nada más que hacer, Silas se había transformado en gato y dormía enroscado en los pies de Nathaniel, con el hocico bajo el rabo. Elisabeth los contempló, somnolienta, sorprendida al ver que Silas dormía. Siempre se lo había imaginado despierto toda la noche, abrillantando la plata o merodeando por las calles de Brassbridge haciendo recados misteriosos. ¿Tendría su propio dormitorio en la mansión? Nunca había visto dónde guardaba la ropa. Mientras se le cerraban los párpados, pensó que en algún momento se lo preguntaría a Nathaniel…

Abrió los ojos un rato después y vio que ya había oscurecido. Las llamas crepitaban en la chimenea, y Silas le había echado una manta sobre las piernas. Se quedó sin aliento cuando miró a

Nathaniel. Estaba despierto. Se había sentado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y observaba las sombras del pasillo con una mano apoyada en el pecho vendado y una mirada indescifrable en aquellos ojos grises iluminados por las velas dispuestas en varios puntos de la habitación. Cuando Elisabeth se movió, él la miró y respiró hondo con dificultad. Le brillaban los ojos, angustiados.

—Diez años, Elisabeth —dijo con la voz quebrada por la emoción—. No deberías haberlo hecho. No deberías haberlo hecho por mí.

La joven llevaba muchas largas horas de espera mentalizándose para aquello, intentando imaginarse cómo reaccionaría él cuando se recuperara lo suficiente para recordar lo sucedido, pero no estaba preparada para la intensidad de su expresión. Creía que se enfadaría con ella o que quizá la regañara por su estupidez. Al advertir la desesperación tan cruda con la que la miraba, se dio cuenta de que no podía haber estado más equivocada. Todos los argumentos que tenía ensayados desaparecieron uno a uno.

—¿Habrías hecho lo mismo por mí? —le preguntó en voz baja —. Creo que sí.

—Eso no es…

Pero no pudo terminar porque su cara decía: «Por supuesto; eso y más. Cualquier cosa. Lo que fuera». Aunque cerró con fuerza los ojos para no seguir traicionándose, Elisabeth ya había visto lo suficiente como para estremecerse.

—Cuando Silas te trajo de vuelta, supe que no saldría nada bueno de nuestra colaboración —siguió diciendo el magíster sin que se le alterase el tono—. Todos los días deseaba que te fueras. —Se pasó una mano por la cara—. Creía o esperaba que, después de la batalla, hubieras recuperado la sensatez. Que me despertaría y descubriría que te habías ido. —Eran palabras duras. Ella contuvo el aliento y esperó el resto—. Pero te quedaste conmigo. Y yo me alegré, como el egoísta que soy; jamás en mi vida había deseado algo con tanta intensidad. Maldita seas, criatura incontrolable y obstinada. Has conseguido que por fin crea en algo. Y la sensación es tan horrenda como me imaginaba.

Elisabeth se limpió la humedad de las mejillas.

—No te gustaría si fuera controlable —repuso, y él dejó escapar

una risa que era suave y atormentada, como si la joven le hubiera clavado un cuchillo entre las costillas.

Elisabeth creía comprender lo que sentía el magíster, ya que ella también lo había sentido: una especie de mezcla de júbilo y dolor, un anhelo insoportable del corazón.

—Seguro que tienes razón —dijo él con voz ronca—. Aunque debo reconocer que podría haberme ahorrado el momento en que casi muero aplastado por una estantería, el día que nos conocimos.

—Eso solo pasó una vez. Y había circunstancias atenuantes.

Esta vez, Nathaniel se rio con más ganas, sorprendido. La miró a los ojos y Elisabeth se quedó sin aliento. El deseo que sentía por ella era evidente, una sensación tan tangible como un hilo invisible que se tensaba entre ellos. El joven se enderezó y apartó la mirada, que acabó recalando en la ventana.

—¿Ha estado nevando? —preguntó.

—Lo has hecho tú, mientras dormías. —Al verle la cara de horror, se le cayó el alma a los pies y añadió a toda prisa—: No pasa nada. No le has hecho daño a nadie. No es más que nieve. —Se levantó y le dio la mano—. Ven a mirar.

Nathaniel no parecía muy convencido, pero salió de la cama con movimientos rígidos y permitió que lo ayudara a llegar al asiento de la ventana. Cuando se sentaron allí, Silas abrió un ojo. Los observó un momento, y después saltó al suelo y salió de la habitación.

Apenas había hueco para los dos en los cojines del asiento de la ventana. Un frío helado entraba por el cristal, pero el cuerpo de Nathaniel estaba caliente de la cama y cerca del suyo, con una pierna doblada pegada a la de ella.

La nieve había transformado la ciudad. A pesar del crepúsculo azul, veía a una distancia casi imposible por encima de los tejados, con sus tejas pintadas de blanco; era un paisaje luminoso y claro. De las chimeneas brotaban volutas de humo. Las nubes se abrieron para revelar un cielo resplandeciente. Todos los brillos se refractaban: la luminosidad cálida y bruñida de las farolas y el lustre frío de las estrellas disipaban la oscuridad hasta casi desterrarla. La noche nunca caería del todo en presencia de tanta luz.

Esperaba que las calles estuvieran vacías y, en su mayor parte, lo estaban, tanto de tráfico como de compradores. Sin embargo, los

habitantes de la ciudad salían de todos modos a la nieve, bajo la luz dorada de las farolas, algunos en grupo, otros de la mano, en pareja, todos caminando en silencio hacia el mismo lugar. Había algo sagrado en la procesión, como la visión de los santos pasando de esta vida a la otra.

—¿Adónde van? —preguntó Elisabeth.

—Al río —dijo Nathaniel, que empañó el cristal con su aliento. Despacio, relajó los hombros—. Cuando se congela, van a patinar.

—¿Incluso a oscuras?

Muy lento, como si soñara, el joven asintió.

—Llevo años sin hacerlo; antes iba con mi familia. Encienden hogueras a lo largo de la orilla y asan tantas castañas que se puede llegar hasta allí guiándose por el olor. —Hizo una pausa—. Si quieres, puedo llevarte este invierno.

Había un número infinito de razones para negarse. Era poco probable que siguiera allí en el invierno. Quizá ni siquiera estuviera viva. Ashcroft estaba en su mansión, a menos de veinte minutos en carruaje de allí, maquinando.

No obstante, a Elisabeth le parecía que la maldad no podía existir en ese preciso instante, en ese lugar, no con todas aquellas personas peregrinando al río a la luz de las farolas; había demasiada belleza en el mundo para que la maldad albergara alguna esperanza de triunfar.

—Me encantaría —dijo.

—¿Estás segura? Yo ya me estoy empezando a arrepentir. Acabo de imaginarte deslizándote a toda velocidad con unas cuchillas pegadas a los pies.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Él sonreía. Elisabeth se percató de lo mucho que había echado de menos aquella sonrisa: la cara de travieso que le dejaba, la risa que le chispeaba en los ojos como rayos de sol bailando sobre el agua. Al mirarse y transcurrir los segundos, la sonrisa empezó a desvanecerse.

—No pares —le dijo ella, pero no sirvió de nada; Nathaniel volvía a estar serio.

Sin embargo, no se trataba de la misma seriedad de antes. La textura del aire había cambiado. Era muy consciente de cada punto en el que sus cuerpos entraban en contacto, cuerpos que ya no estaban calientes, sino que ardían con unas llamas que le llegaban a

las mejillas y le tensaban el vientre; era una expectación dulce y levemente dolorosa.

Tragó saliva.

—Quería preguntarte… —dijo Elisabeth— por cuando estábamos en el pabellón, cuando… —La mirada de Nathaniel casi le impidió continuar—. ¿Eras tú? ¿O era el hechizo de Ashcroft el que te controlaba?

No respondió con palabras, sino que se inclinó sobre ella y la besó con aquellos labios tan suaves como la seda mientras le enredaba los dedos en el pelo.

Después, el joven se apartó. Elisabeth se sintió decepcionada hasta que vio que solo se apartaba lo justo para apoyar la frente en la suya.

—Dios mío, estoy condenado desde el momento en que te vi echar a un demonio de mi carruaje de un golpe de palanca. ¿Cómo no te dabas cuenta? Silas lleva poniéndome cara de fastidio desde hace semanas.

Ella se rio. De repente, muchas de las cosas que él había dicho y hecho cobraron sentido. Se sintió transformada por la revelación. No existía nada más que sus alientos mezclados, el frío de la ventana contra su costado y el recuerdo de la suavidad de los labios de Nathaniel todavía sobre los suyos. Le tocaba a ella inclinarse sobre él.

—Espera —le dijo el joven, aunque le costó pronunciar la palabra—. Esto es… No deberíamos…

—¿Por qué no?

—Porque no es justo para ti. No puedo ofrecerte un futuro decente. Ya de pequeño renuncié a la esperanza de tener una vida buena o normal. Someterte a eso, arrastrarte a las sombras conmigo…

Sintió una enorme ternura por él. Con Nathaniel, todo era siempre muy complicado. Le tomó la mano que él le había apoyado en la mejilla y entrelazaron los dedos.

—Ya estoy contigo y me va estupendamente. Me bastas tal y como eres, Nathaniel Espinosa. No deseo nada más.

Entonces se besaron de nuevo, con ansia. En el pabellón había estado en lo cierto: era como ahogarse, una zambullida desesperada, sin aliento, ingrávida, y la boca de Nathaniel era tan

vital como el aire. El mundo se alejó de ellos mientras se hundían en un abismo de sensaciones insondables. Lo abrazo, deseando sentirlo cerca, y vio que ahogaba un jadeo. Recordó, demasiado tarde, el pecho vendado. Antes de poder disculparse, él la aplastó contra los cojines.

Sobre ella, con las manos apoyadas a ambos lados, la observó con ojos oscuros y labios sonrojados. El pelo suelto y alborotado proyectaba sombras azules sobre las superficies angulares de su rostro; Elisabeth pensó vagamente que necesitaba cortárselo pronto o empezar a recogérselo como Silas.

Nathaniel apoyó todo su peso en un brazo mientras, con el otro, buscaba el cinturón de la bata de Elisabeth. Ella asintió, con el corazón en la garganta. Lo vio deshacer el nudo con destreza y abrir la prenda con un cuidado infinito. La luz de las velas brillaba sobre el satén crema pálido del camisón. La joven era consciente de que se le había acelerado la respiración, del movimiento de su pecho, del cosquilleo del borde de encaje y de la tela suave que se le pegaba al cuerpo.

—Luché contra el *Libro de ojos* en camisón —le susurró.

—En tal caso, creo que estoy perdido.

No sabía si bromeaba o no, porque, por su cara, casi parecía sufrir una agonía. Se compadeció y le apoyó las manos en los hombros para tirar de él mientras que los nervios la recorrían, temblorosos, como una nota de música.

Esta vez se besaron más despacio, con timidez, después de pasar el primer impulso embriagador. Nathaniel le sujetó la cara entre las manos, le acarició el pelo y le también el costado hasta encontrar la cintura; los dedos, encallecidos, se le enganchaban en el satén. La piel de Elisabeth era tan sensible a su contacto que se sorprendió estremeciéndose de placer; la tela resbaladiza del camisón se le fundía con el cuerpo y era como si no llevara nada. Se concentró en el calor de sus labios y su aliento, en la deliciosa presión de la mano de Nathaniel sobre su cadera, en los músculos que se le movían en la espalda al pasar las puntas de los dedos entre sus hombros, maravillada de lo fuerte que parecía, de la forma en que sus cuerpos se amoldaban, como si encajaran. Cuando giró la cabeza para dejar que le besara el cuello, el aire helado de la ventana le supo a nieve y luz de estrellas. La ciudad titilaba a través de los dibujos de la

escarcha.

El tiempo pareció ralentizarse. Reflejadas en el cristal, las vacilantes llamas de las velas permanecían inmóviles. Los copos de nieve flotaban suspendidos en el aire. No sabía si era obra de Nathaniel o se trataba de una clase de magia muy distinta.

Una alegría feroz y urgente le vibraba en el cuerpo. Se sentía capaz de saltar por la ventana y echar a volar, de elevarse por encima de los tejados, inmune al frío. Cerró los ojos y se aferró a la espalda de Nathaniel, perdida en la sensación abrumadora de su boca contra la piel.

Alguien llamó a la puerta.

El calor le abrasó las mejillas cuando ambos se enderezaron a toda prisa. Unos minutos después, se abrió la puerta. Silas debía de haberla cerrado en algún momento y Elisabeth prefería no pensar en lo que habría visto.

—Estamos visibles —dijo mientras se cerraba los bordes de la bata.

La puerta se abrió con un crujido. Como siempre, la expresión de Silas no traicionaba sus pensamientos. Elisabeth se sintió muy tonta por imaginarse que, después de tantos siglos viviendo entre humanos, podría haber adquirido la capacidad de sorprenderse con el comportamiento de ambos.

—Señor, señorita Escriba, siento molestarles, pero deben venir de inmediato. Está pasando algo con el *Codex Demonicum*.

Durante una fracción de segundo, Elisabeth se quedó paralizada, con las palabras de Silas retumbándole en los oídos. Entonces se puso en pie de golpe, a punto de volcar el sillón en su premura por recuperar a *Asesina de Demonios*, que estaba en la esquina. Sin pensárselo dos veces, salió corriendo.

Se le empañaron los ojos. Tosió. La niebla se había apoderado de la escalera y el humo subía desde el vestíbulo formando nubes oleaginosas. El hedor agrio e inconfundible del cuero quemado le cerraba las fosas nasales. Fue vagamente consciente de que Nathaniel y Silas la seguían escaleras abajo.

—¿Se ha derramado algo sobre el *Codex*? —gritó por encima del hombro mientras repasaba mentalmente las precauciones que habían tomado.

Después de la noche en que el grimorio se había convertido en

malefactor, había procurado no encender velas cerca. Pero quizá una de las pociones del estudio hubiera estallado o un artefacto mágico…

—No, señorita —contestó Silas—. Hasta hace un momento, todo estaba bien.

A Elisabeth se le revolvió el estómago. Si el *Codex* no había sufrido daños en aquel lado, solo podía significar una cosa.

Ashcroft había encontrado el modo de entrar.

Treinta

Cuando Elisabeth llegó al estudio, se detuvo en seco y entornó los ojos para protegerlos del humo que llenaba la habitación. Se le heló la sangre en las venas al contemplar la escena. El *Codex* flotaba varios centímetros por encima del escritorio de Nathaniel con las hojas abiertas en un ángulo tan horrendo que se arriesgaba a romperse el lomo. A lo largo de los bordes de las páginas bailaban las brasas y el cuero de la cubierta burbujeaba como brea hirviente.

Nathaniel apareció junto a ella con la camisa sobre la nariz para no respirar el humo.

—Es como si lo torturaran.

Eso es justo lo que temía Elisabeth.

—Tengo que entrar —dijo, y se dispuso a acercarse al grimorio, pero él la sujetó por el brazo.

—Espera. No tenemos ni idea de lo que está pasando. Podrías quedarte atrapada dentro.

Estaba pálido. Elisabeth sintió una punzada de arrepentimiento que la atravesó de extremo a extremo. Habría dado lo que fuera por volver atrás en el tiempo, por estar de nuevo arriba con él, lejos de sus problemas.

—Tienes razón, pero no tenemos alternativa. Si Ashcroft está torturando a Prendergast, debo detenerlo o, al menos, intentarlo.

Abrió la boca para objetar, pero ella no oyó lo que le dijo. Ya había alargado una mano para coger el *Codex*, cuya cubierta la abrasó como si fuera un hierro al rojo, a pesar de las vendas, y el

mundo se alejó dando vueltas.

Apareció de golpe y porrazo en el taller de Prendergast, y estuvo a punto de resbalarse con el suelo mojado. Era como si se hubiera producido un terremoto. La mesa estaba tirada de lado; había grietas astilladas en las vigas del techo. Un temblor sacudía la dimensión y los tarros se deslizaban por los estantes combados, se estrellaban contra el suelo y derramaban sus viscosos contenidos.

Y, esta vez, no había llegado sola. La mano de Nathaniel le sujetaba el hombro. Silas estaba a su lado, agarrado a la muñeca de su amo. Se miraron. O Prendergast los había dejado entrar adrede o ya no era capaz de evitar que entraran.

—Vaya, estupendo —dijo débilmente el hechicero—. Más visitas. Perdonad que no me levante para ofreceros un té.

Estaba tirado en el suelo entre los estantes inclinados, como si alguien lo hubiera lanzado allí como un trapo usado. Elisabeth corrió a su lado. El hombre estaba pálido como un cuenco de gachas y tenía el rostro deformado por el dolor.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Ashcroft?

Un ataque de tos sacudió a Prendergast. Cuando se recuperó, respondió entre jadeos:

—No habéis coincidido por poco. Hemos mantenido una conversación muy agradable. —Elisabeth reprimió la frustración cuando vio que la tos volvía a sacudir la delgada figura—. Ayúdame a sentarme, muchacha —dijo al fin—. Así. Quiero ver lo que le ha hecho a mi… Ay.

Guardó silencio. Elisabeth siguió su mirada. Al otro lado de la habitación, las brasas ardían en los bordes rotos de las tablas del suelo, igual que ocurría con las hojas del *Codex*. Remolinos de cenizas se internaban en el vacío.

—Esta dimensión se desmorona —le explicó Nathaniel a Elisabeth mientras se le acercaba—. No podemos quedarnos mucho. Unos minutos, a lo sumo.

Prendergast abrió mucho los ojos.

—Tú. Tú eres un Espinosa. —Se volvió hacia la joven y escupió —: ¿Cómo se te ocurre traer a alguien como él? ¿Es que no sabes quién es?

Nathaniel se puso tenso y, por reflejo, se pasó una mano por el pelo; ella se percató de que era para que el mechón plateado fuera

menos visible.

—Veo que no eras amigo de Baltasar.

Prendergast resopló.

—Por supuesto que no, así se lo lleven los demonios. Los que teníamos algo de sentido común procurábamos mantenernos alejados de él. Ni siquiera Cornelius se le acercaba. Y tú eres su viva imagen, muchacho.

Nathaniel parecía descompuesto. Elisabeth no podía permitir que el otro hechicero siguiera con aquello.

—Tenemos que saber lo que ha pasado —lo interrumpió—. ¿Va a volver Ashcroft? No hay razón para que marchara, a no ser que…

Dejó la frase en el aire. Prendergast no la miraba a los ojos.

—A no ser que le haya contado su secreto.

—En mi defensa diré que el dolor es mucho más persuasivo cuando llevas cientos de años sin sentirlo.

Se encogió al verle la cara a Elisabeth.

—¿Qué le ha contado? ¡Necesitamos saberlo!

—Si crees que voy a dejar que la verdad caiga en manos de un Espinosa…

—¡Da igual! ¡Se ha acabado! —exclamó ella, que resistió el impulso de sacudirlo hasta que le castañetearan los dientes—. Todo esto, todo lo que ha hecho… —añadió señalando el taller— no servirá para nada si no nos ayuda. Nathaniel está aquí para detener a Ashcroft. Da igual si se lo cree o no, porque se está quedando sin tiempo. Es su última oportunidad para enmendarlo.

Prendergast dejó caer la cabeza. Puso una mueca que le retorció los labios. Pasaron varios segundos antes de que tomara una decisión.

—Observad con atención —les ordenó en tono agrio—. No pienso repetirme.

Se sacó seis anillos de aquellos dedos cadavéricos. Mientras Elisabeth y Nathaniel lo miraban, perplejos, empezó a colocarlos en el suelo. Lo entendieron todo al verlo poner el último anillo. Elisabeth conocía aquella forma como la palma de su mano. Un anillo en el centro, los otros cinco organizados alrededor a intervalos regulares para formar un círculo.

—¿Qué es este patrón? —preguntó el hechicero.

—Las grandes bibliotecas —respondió ella.

Nathaniel, a la vez y con la misma seguridad, contestó:

—Un pentagrama.

Se hizo el silencio.

Elisabeth miró de nuevo, más atenta. Dibujó mentalmente las líneas entre los anillos de Prendergast y las conectó para crear una estrella dentro del círculo. La forma era un pentagrama, sí, pero también un mapa de las grandes bibliotecas. Las dos cosas.

El terror le aplastó el pecho y la dejó sin aire en los pulmones.

—En sentido contrario al de las agujas del reloj —susurró. Cuando la miró Nathaniel, añadió—: Llevo dándole vueltas a algo todo el día, desde que llegó el mapa de Katrien. Ahora sé lo que es: los ataques a las grandes bibliotecas están sucediendo en sentido contrario a las agujas del reloj. Knockfeld, Summershall, Fettering, Fairwater. Después, Harrows. El patrón me ha recordado a cuando encendí la velas para invocar a Silas.

—Sigue, muchacha —la urgió Prendergast, al que le brillaban los pozos oscuros de sus ojos—. Ya casi lo tienes.

Se volvió hacia él y le dijo:

—Cornelius construyó las grandes bibliotecas.

—Sí. Las construyó para formar un círculo de invocación.

A Elisabeth le daba vueltas la cabeza. Se preguntó, casi como de paso, si estaría enferma. No quería creer a Prendergast. Si decía la verdad, el Collegium se había fundado a partir de la mentira más negra que se pudiera imaginar. Su propia vida era una mentira. La magia que le fluía por las venas, la belleza y la majestad de las grandes bibliotecas… ¿Todo para esto?

Habló titubeando mientras avanzaba dando traspiés:

—Los malefactores… Ashcroft quería que los derrotaran, ¿no? De ahí los sabotajes: los usa como si fueran velas.

Prendergast asintió.

—Un ritual de este tamaño exige algo más que cera y mecha. Cuando se destruye un malefactor, se libera una cantidad enorme de energía demoníaca. Si ubicas un sacrificio de esa naturaleza en cada punta de un pentagrama, se reúne el poder suficiente para rasgar el velo e invocar a algo mucho mayor.

Elisabeth se clavó las uñas en las palmas de las manos. De nuevo, recordó lo que le costó atravesar el *Libro de ojos* con *Asesina de Demonios*, vio las gotas de tinta que se derramaron al

retorcer la hoja. Ella misma había llevado a cabo una parte crucial del plan de Ashcroft.

—Pero ¿por qué? —intervino Nathaniel—. ¿Por qué crear un círculo tan grande? Los pentagramas corrientes funcionan de sobra. No hay ninguna razón para… —Hizo una pausa, entornó los ojos y clavó la mirada en Prendergast—. Ashcroft necesitaba algo de usted antes de completar el ritual. ¿Qué era?

El hechicero le devolvió la mirada dejando clara su hostilidad hacia él.

—Un nombre. Eso es lo que he estado protegiendo todos estos años.

—Un nombre —repitió el joven, sin inflexión.

—Sabes que existen demonios menores, los individuos de los escalafones más bajos de la sociedad demoníaca. Y sabes que existen demonios de alta jerarquía que los dirigen, como el que tienes ahí. Pero hay otra cosa que manda sobre los demonios de alta jerarquía. En el trono del Altermundo se sienta una criatura de poder casi ilimitado. Y esa criatura es un arconte.

Tanto Nathaniel como Elisabeth se volvieron hacia Silas. Su rostro era tan inescrutable como una escultura de mármol, pero miraba fijamente a Prendergast y sus ojos emitían un brillo amarillo, procedente de una fría luz interior. Asintió de manera casi imperceptible: Prendergast decía la verdad.

El hechicero sonrió sin ganas.

—Cornelius y yo éramos amigos íntimos, o eso pensaba yo. Le hablé de mis viajes al Altermundo. Teorizamos que el verdadero nombre del arconte podría usarse para invocarlo, suponiendo que un hechicero lograra realizar un ritual a la altura, lo que yo no creía posible. Durante muchos años, no volvimos a tratar el tema. Entonces, un día, me preguntó por el nombre del arconte. Para entonces ya había empezado a construir las grandes bibliotecas. Cuando me di cuenta de lo que planeaba y me negué a decírselo, la ira se apoderó de él. Hasta ese momento, creo que de verdad esperaba que lo ayudarse. Veía al arconte como un recurso, algo que aprovechar y controlar por el bien de la humanidad…

—El progreso —murmuró Elisabeth.

Qué ignorante había sido, qué ignorantes habían sido todos al alzar las copas para bendecir el plan de Ashcroft.

—La arrogancia —la corrigió Prendergast—. No es posible controlar a una criatura como el arconte. Sin embargo, el heredero de Cornelius va a intentar invocarlo. Esta noche.

Elisabeth miró a Silas.

—¿Qué ocurrirá si lo consigue?

—Si se permite la entrada del arconte en este mundo, su poder destrozará el velo que separa ambos reinos. —Silas apretó los labios —. Los demonios correrán libres y matarán sin freno alguno a los humanos.

Ella se levantó tan deprisa que se le subió de golpe la sangre a la cabeza.

—Tenemos que detenerlo —dijo, y miró a Nathaniel.

La desesperanza que le atisbo en la mirada fue como un puñetazo en el estómago.

—Incluso contando con toda la fuerza del Magisterium, tardaríamos horas en atravesar las defensas de Ashcroft. No tenemos tanto tiempo. Para entonces, ya habrá terminado el ritual.

—Entonces, id a Harrows —dijo Prendergast— y evitad el último sacrificio.

—Pero es un viaje de tres días —protestó Elisabeth.

—No necesariamente.

Prendergast se agarró al estante más cercano y se puso en pie como pudo. Se tambaleó entre las estanterías rotas y recorrió con los dedos los tallos, los cráneos y los libros tirados entre ellas. Por fin dio con una cadena de cuyo extremo colgaba un ónice. No, no era eso; era un cristal redondo lleno de sangre.

—Solo yo logré descubrir cómo viajar entre dimensiones, cómo plegar la realidad como un tapiz y unir una ubicación con la otra. La magia vive en mi sangre. Como ya no poseo forma física, esta es la única muestra que queda. —Torció el gesto—. Y aquí estoy, a punto de entregársela a un Espinosa.

Elisabeth no soportaba la desconfianza evidente en su rostro.

—Nathaniel no es Baltasar —le espetó—. Se lo juro, es distinto.

Prendergast la miró con amargura.

—Hay la sangre suficiente para transportaros a los tres a Harrows y regresar. —Le lanzó el frasco a Nathaniel, que lo atrapó con una mano, sobresaltado—. Úsalo con precaución, muchacho. Se cobrará un precio.

Mientras el joven se colgaba la cadena del cuello, el otro hechicero se alejó cojeando. Levantó una silla y le lanzó una mirada lúgubre a la mesa volcada. Elisabeth la colocó en su sitio, aunque sabía que sus esfuerzos no servirían para nada. Las brasas ya se habían comido unos cuantos metros más de suelo. En cuestión de minutos, la zona en la que se encontraban acabaría consumida y la mesa caería al vacío.

Otro temblor sacudió el taller. La madera crujió y más tarros se estrellaron contra las tablas. Los dedos de Prendergast se abrían y cerraban, agarrados al respaldo de la silla.

—¿Y usted? —preguntó Elisabeth—. ¿Podemos llevarlo con nosotros?

Él negó con la cabeza. Poco a poco, como si le dolieran todas las articulaciones, se acomodó en el asiento, de cara a la oscuridad que se acercaba.

—Vete, muchacha —dijo con voz ronca—. Mi tiempo se acaba. Reza por que el tuyo tenga mejor fin.

Treinta y uno

Elisabeth cayó. Las imágenes pasaban junto a ella como escenas entrevistas por la ventanilla de un carruaje a la fuga. Colinas en sombras. Árboles recortados contra el cielo nocturno. El campo bajo la luna creciente. Y vistas desconocidas, como un bosque gris con las ramas retorcidas envueltas en niebla y unas ruinas cubiertas de flores luminosas. No corrían a través del mundo mortal ni a través del Altermundo, sino por algún lugar intermedio.

No podía cerrar los ojos. En aquel lugar de inexistencia no sentía el viento ni el aliento, solo la presión de la mano de Nathaniel en la suya, acompañada de la sensación de caer.

Y, entonces, el viento se estrelló contra su cuerpo. Le arrancó el aire de los pulmones y le tiró del pelo. El frío le atravesó los huesos hasta la médula. El suelo se tambaleaba bajo ella como si hubiera estado girando en círculos; las estrellas daban vueltas sobre su cabeza.

Trastabilló y pisó aire vacío. Un brazo la agarró por la cintura y tiró de ella hacia atrás. Unas piedras cayeron del borde de la roca en la que había estado un segundo antes y se precipitaron en silencio hacia los árboles de abajo. Los tres se habían materializado en el borde de un precipicio. Aturdida, contempló la vertiginosa caída mientras Silas los apartaba del barranco.

—Parece que estamos en el lugar correcto —comentó—, pero, en el próximo viaje, puede que sea buena idea apuntar mejor, señor.

Nathaniel se rio, una carcajada salvaje. Después se dobló y vomitó. Algo oscuro salpicó las agujas de pino del suelo.

—No es su sangre, señorita Escriba —le dijo Silas cuando ella gritó, alarmada.

Después guio a Nathaniel hacia un canto rodado y lo sentó con aire decidido antes de que se derrumbara.

Claro. El frasco medio vacío colgaba del pecho de Nathaniel, con la mitad superior del cristal cubierta de limo rojo. Para usar la magia de Prendergast, había tenido que bebérselo. Le había explicado los principios del hechizo mientras saltaban del *Codex* en desintegración de vuelta a su estudio, donde corrieron a calzarse y ponerse los abrigos por encima de los pijamas. Aquello era magia de sangre, estrictamente prohibida por las Reformas, cosa que, en opinión de Elisabeth, Nathaniel anunció demasiado alegremente antes de llevarse el vial a los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó la joven, que notaba unas arcadas abriéndose paso entre el alivio.

Nathaniel sonrió, aunque todavía parecía algo pachucho.

—No te preocupes, he tragado sustancias mucho menos saludables. Por ejemplo, una vez me prohibieron a perpetuidad la entrada a los terrenos de un lord por…

—Vamos a dejar esa historia para otro momento, señor Espinosa —lo interrumpió Silas sin prestar atención al ceño fruncido de su amo—. Si no me falla la memoria, el camino de tinta pasa junto a esta colina y la Gran Biblioteca está a menos de medio kilómetro en esa dirección. Llegarán en cuestión de minutos.

—¿No vienes con nosotros? —le preguntó Elisabeth.

—Soy un demonio, señorita Escriba —contestó con delicadeza.

Ella se miró las manos, que estaban cerradas formando puños. Silas había luchado contra Ashcroft con tanto ahínco como cualquiera de ellos. Pero, si los acompañaba, los alcaides intentarían matarlo en cuanto lo vieran. Aquella injusticia le revolvía el estómago.

Silas le vio la cara.

—Les acompañaré hasta la carretera. Mientras no me vean, no debería haber problema.

Descansaron unos minutos más hasta que Silas desapareció entre los árboles. A Elisabeth le pareció ver por dónde se había ido: una

rama temblorosa y un relámpago blanco que podría haber sido el pelaje de un gato. Ayudó a Nathaniel a ponerse de pie y lo miró, preocupada, cuando se tambaleó. A ella ya se le había pasado el mareo, pero solo había experimentado de segunda mano la magia de Prendergast. Encima, el magíster ni siquiera tendría que haber salido todavía de la cama.

Un colchón mullido de agujas amortiguaba sus pasos cuando bajaron por la colina, dejando atrás pinos y piedras que sobresalían de la tierra como huesos rotos. Por encima de ellos, la cordillera dentada de Elkenspine se erguía hacia las alturas; sus cimas eran de blanco puro y resultaban imponentes contra el cielo nocturno. La nieve caía desde los picos como banderines llevados por el viento. Elisabeth se estremeció. El viento que atravesaba las ramas cargaba en su aullido con la soledad y el aislamiento del paisaje; ya habían empezado a picarle las orejas del frío.

Más adelante vieron luces que parpadeaban entre las pesadas ramas de los abetos. Fue lo primero que Elisabeth vislumbró de la Gran Biblioteca. Cuando llegaron a la carretera y se abrió la vista, ambos se pararon en seco.

Tuvieron que echar la cabeza atrás para contemplar toda la estructura. Se alzaba como una ciudadela negra tallada directamente en la base de la montaña. La luz de las lámparas iluminaba las cristaleras, que eran altas y terminadas en arco, y estaban protegidas con rejillas de hierro. Las antorchas se consumían a lo largo de la muralla que la rodeaba por delante y que era tan alta que Elisabeth no distinguía a ninguno de los guardias que la patrullaban por arriba, aunque sabía que los alcaides estaban allí, observando.

Avanzaron con cautela. Habían erigido barricadas en el camino, tachonadas de pinchos metálicos que apuntaban hacia fuera. Nathaniel y ella se miraron. Las barricadas no estaban diseñadas para que no escaparan los grimorios, sino para que no entrara nadie. La biblioteca estaba preparada para aguantar un asedio.

Cuando terminaban de recorrer las intrincadas defensas, el sonido de sus pisadas rebotaba con aire amenazador en el muro. Elisabeth no veía por ninguna parte una puerta o entrada en el hierro remachado del exterior, que se alzaba imponente sobre ellos.

—¡Hola! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Su voz rebotó entre las altas almenas, convertida en un sonido exiguo y desolado. Durante un instante, solo hubo silencio. Entonces obtuvo su respuesta en forma de cacofonía estruendosa, metálica y chirriante: la fricción de los engranajes, el despertar de una maquinaria inmensa empotrada en la pared. El suelo tembló. Le llamó la atención algo que se movía en la muralla: cañones que giraban para apuntarlos. Pensándolo mejor, quizá cañones no fuera la palabra más adecuada. La boca de cada uno de ellos era lo bastante grande para que una persona se metiera dentro.

Se puso en tensión, horrorizada.

—No van a dispararnos, ¿verdad? ¿Nathaniel?

Él tenía los ojos cerrados y el rostro en calma, y movía los labios sin emitir sonido alguno mientras los engranajes seguían con su estrépito. A Elisabeth se le taponaron los oídos con la humedad creciente. Levantó la vista hacia el cielo que cubría la Gran Biblioteca y que, de repente, hervía de nubes, cuya parte inferior despedía una amenazante luz verde.

Las figuras se apartaron de los cañones cuando un rayo se partió en dos y cayó sobre la muralla; escaparon por poco. Se abrió una rendija por encima de Elisabeth y el magíster, y un par de ojos los miraron con rabia. Un alcaide.

—¡Identifícate, hechicero! —gritó.

—Excelente —dijo alegremente Nathaniel—. Por fin he llamado vuestra atención. Soy el magíster Nathaniel Espinosa y esta es la señorita Escriba. Sin duda nos precede nuestra reputación. Venimos con un mensaje urgente para el director.

Si sus nombres tuvieron algún efecto en el alcaide, no dio muestras de ello. De hecho, todavía parecía más inclinado a matarlos que a hablar con ellos.

—Nadie puede entrar ni salir de la biblioteca. No hacemos excepciones, ni siquiera para un magíster. Márchense o abriremos fuego.

—Espere. —Elisabeth tiró de la cadena que llevaba al cuello, sacó su granllave y la sacó a la luz. Pensó en la conversación que había escuchado entre la señora Wick y el director de la Biblioteca Real—. Le aseguro que el director Hyde querrá vernos.

El alcaide abrió mucho los ojos al ver la granllave, e incluso más al oír el nombre del director. Como ella suponía, aquel nombre solo

lo conocía un círculo muy selecto. Para la mayoría, era el director sin más. Con un poco de suerte, el alcaide daría por sentado que Elisabeth estaba allí en nombre del Collegium.

Antes de perder el valor, siguió hablando:

—Sabemos que el saboteador planea atacar esta noche. Hemos venido para evitarlo. —Entonces, tuvo un momento de inspiración —. Llevo a *Asesina de Demonios*, la espada de la anterior directora de Summershall.

—Enséñemela.

Elisabeth se abrió el abrigo y dejó que la luz de las antorchas se reflejara en los granates de la espada. Esperaba que Irena entendiera que la usara para aquello.

Los ojos del alcaide iban de Nathaniel a ella. Después cerró la puerta de golpe. Los engranajes empezaron a traquetear de nuevo. Sin embargo, esta vez no se movían los cañones: una lámina de hierro se hizo a un lado y dejó al descubierto un rastrillo oculto en la base de la muralla.

—Entren —ordenó la voz del alcaide.

Tras un momento de vacilación, obedecieron. Unos piñones con forma de rueda y tamaño colosal se movieron detrás de ellos cuando la pared volvió a bajar. Ahora estaban atrapados entre la pared y la rejilla, en una especie de celda exterior. El espacio apestaba a lubricante para maquinaria y era lo bastante grande como para que cupiesen un carruaje y un equipo completo de caballos. A juzgar por los signos de desgaste en los adoquines, era algo que pasaba a menudo. Cualquier persona que entraba o salía de la Gran Biblioteca tenía primero que parar allí para una inspección.

Al otro lado de los barrotes, la luz de las antorchas iluminaba un patio lúgubre. Los adoquines estaban cubiertos de una capa blanca que en un principio confundió con escarcha, aunque después comprendió que debía de ser sal.

Esperaron varios minutos, cambiando el peso de un pie a otro para mantenerse calientes. Por fin, el alcaide apareció al otro lado de la rejilla.

—El director accede a verlos, pero con condiciones. Nada de armas y tendrán que llevar grilletes. —Miró a Nathaniel mientras levantaba un manojo de cadenas y esposas—. Grilletes de hierro.

El joven hizo una mueca.

—Así no podré hacer magia —le explicó a Elisabeth en un susurro. En voz alta, añadió—: De acuerdo. Aceptamos.

Si Nathaniel estaba dispuesto a que le quitaran su magia, ella no pensaba protestar por tener que entregarles *Asesina de Demonios*. Aun así, experimentó una resistencia puramente física cuando lo intentó. Primero, su mano no quería soltar la espada y el alcaide tuvo que tirar de ella, de modo que Elisabeth sintió una punzada de dolor en la palma antes de soltarla. Él le entregó sus pertenencias a un segundo alcaide que desapareció entre las sombras. Entonces, Nathaniel y Elisabeth se dieron media vuelta para que los esposaran con las manos a la espalda.

El rastrillo subió con un chirrido.

—Síganme —dijo el alcaide.

Las cadenas de los grilletes tintinearon al pasar entre los dos sombríos ángeles de obsidiana que flanqueaban la puerta. El viento se paró de forma abrupta al cruzar el umbral, reemplazado por un silencio polvoriento lleno de gruñidos y cuchicheos de papel. Había un puñado de lámparas de aceite que poco servían para despejar la penumbra opresiva de la biblioteca. La mayor parte de la luz entraba a través de una cristalera alta decorada con escenas dibujadas en tonos tristes de gris y carmesí que proyectaba charcos fracturados de luz de luna sobre las enormes estanterías negras. Un bibliotecario de rostro severo los miró y después se alejó arrastrando los pies por el laberinto de pasillos, con la túnica manchada revoloteándole alrededor de los tobillos. Elisabeth había oído rumores sobre que los bibliotecarios consideraban trabajar en Harrows más como un castigo que como un privilegio. Ahora entendía por qué.

Allí no se respiraba el ambiente cálido y acogedor que indicaba la presencia de grimorios amistosos y bien tratados, sino una vigilancia fría y húmeda, y el aire apestaba a abrillantador de madera y moho. A diferencia de las otras grandes bibliotecas, no había grimorios a la vista; todas las estanterías estaban protegidas por una rejilla de hierro. Al pasar junto a los estantes, los libros les bufaron con rabia. Era como si caminaran a través de un tribunal a oscuras soportando la censura de unos jueces invisibles.

—Aquí no hay grimorios por debajo de la clase cuatro —les

explicó el alcaide al verle la cara a Elisabeth—. Solo textos de máxima seguridad.

Sonaba orgulloso.

Sin previo aviso, un temblor recorrió las baldosas de mármol bajo sus botas. Más engranajes, pensó Elisabeth, hasta que un aullido ahogado brotó del suelo, un sonido que no era ni humano ni mecánico.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto Nathaniel, sobresaltado.

—Un malefactor preso en las mazmorras. Clase ocho. —El alcaide le dedicó una sonrisa desagradable; estaba claro que disfrutaba de aquella oportunidad única de aclararle algo a un hechicero—. Protege la entrada a la cámara acorazada. A veces lo usamos para las prácticas.

El comentario molestó a Elisabeth, aunque no se atrevió a dar su opinión. Subieron por una escalera estrecha en espiral, sin luz, entre crujidos de madera, y salieron a un pasillo igual de estrecho y deprimente, al final del cual el alcaide llamó a una puerta, la abrió y se hizo a un lado.

Al entrar, el alcaide tocó el brazo de Elisabeth. Ella se tensó, pero, tras una mirada hostil a Nathaniel, el hombre se limitó a mascullar:

—El director es un poco duro de oído. Leer los labios le ayuda.

El consejo había ido dirigido solo a ella. Tardó un momento en comprender por qué: Nathaniel era un hechicero, una persona ajena a la biblioteca en la que no se podía confiar. La joven no entendía a qué venía la rabia que le producía el comentario. En realidad, hasta hacía poco pensaba lo mismo que él. Pero no quería ser la aliada y la confidente de aquel hombre, aunque solo lo pensara el alcaide, y dejar a Nathaniel como un intruso.

Un fuego bajo ardía en la habitación y teñía de oro las cabezas del ciervo, los lobos y los jabalís montadas en las paredes; sus placas ocupaban casi todo el espacio disponible. La figura que estaba de pie frente al fuego parecía también un animal: alto y ancho, con una gruesa manta de piel sobre los hombros de su abrigo de alcaide. El viento agitaba las ventanas batientes abiertas de la torre, de modo que la corriente de aire revolvía los papeles del escritorio.

Nathaniel y ella se quedaron en el umbral como niños enviados

al despacho del director del colegio, a la espera de que Hyde se girase para mirarlos. El magíster se revolvió, incómodo, incapaz de disimular su impaciencia.

Por fin, el director habló. Su voz profunda y grave le recordó a Elisabeth la de un oso.

—Nadie ha conseguido nunca infiltrarse en la Gran Biblioteca de Harrows, ni hombre ni grimorio, en los trescientos años que lleva en pie desde que la excavaran en la montaña. Ha soportado tempestades y todos los asedios a sus puertas. Dicen que va a haber un ataque esta noche. ¿Cómo lo saben y por qué debería creérmelo?

Antes de poder detenerlo, Nathaniel dio un paso hacia el escritorio.

—Señor, imagino que el alcaide le ha dicho nuestros nombres. Después de que el canciller atentara contra nuestras vidas y de la anterior intervención de la señorita Escriba…

Una tabla del suelo crujió cuando el director Hyde se volvió hacia ellos. El magíster guardó silencio y Elisabeth se quedó helada. El rostro de Hyde era más cicatriz que piel, ya que estaba lacerado por unas marcas brutales de garras a las que parecía casi imposible que hubiera sobrevivido. Asomándose a través de aquel paisaje de carne destrozada estaban sus ojos, que eran brillantes, duros y, sobre todo, rebosaban suspicacia. Recorrió con la mirada la boca de Nathaniel. Se había girado lo bastante deprisa como para oír o ver el final de su frase.

—¿Qué está diciendo sobre el canciller de la Magia? —gruñó.

Al principio, no le encontraban sentido a la pregunta. Entonces, tras un rápido cálculo mental, a Elisabeth se le cayó el alma a los pies. Se volvió hacia su compañero.

—Con razón el alcaide no reconoció nuestros nombres —susurró —. No les han llegado las noticias. El Collegium seguramente envió un jinete a cada una de las grandes bibliotecas justo después del suceso, pero el mensaje no llegará a Harrows hasta entrada la noche. —Miró de nuevo a Hyde, inquieta—. No saben lo de Ashcroft.

—Maldita sea, no lo tuve en cuenta. Si nos hubiéramos traído un periódico… —Nathaniel se aclaró la garganta y siguió en voz más alta—. Director, permítame que se lo explique. El canciller Ashcroft es un traidor. Hace dos noches se descubrió que él era el

saboteador.

Hyde los miró y tomó nota de la familiaridad con la que se trataban. «Estamos tomándonos demasiadas confianzas para su gusto», entendió. Ninguna bibliotecaria que se preciara se dignaría a hablar con un hechicero como lo hacía ella, y mucho menos con un magíster. Como si fueran amigos íntimos. Sin embargo, no creía que aquello importara tanto como las noticias que le estaban dando. Seguro que Hyde se lo tomaba en serio…

—Escriba —dijo el hombre al fin—. Reconozco el nombre. Es usted de la Gran Biblioteca de Summershall.

Ella asintió; un presentimiento la llevó a apretar la mandíbula.

—El canciller me retuvo prisionera en su mansión —explicó—. Mientras estaba allí, me enteré de sus planes. El resto de la historia es complicado. Pero Nath… el magíster Espinosa le está diciendo la verdad. Cuando llegue el jinete del Collegium, lo verificará todo.

—¿Todo, incluido el ataque contra esta biblioteca?

Nathaniel miró a Elisabeth antes de responder. Cada vez procedía con más cautela.

—No, eso lo descubrimos nosotros y hemos venido directamente. No hemos tenido tiempo de avisar al Collegium. El canciller está sacrificando los grimorios como parte de un ritual. Le aseguro que no exagero cuando afirmo que el destino de todo el reino está en juego.

—Director, por favor —intervino ella—. Harrows es el último paso del plan del canciller. Usted ya sabía que este debía de ser el siguiente objetivo del saboteador, dado el patrón de sus ataques. Podría estar infiltrándose en la biblioteca en este preciso instante.

Decir aquello fue un error. Hyde rodeó su escritorio haciendo crujir el suelo con su peso. Su sombra cayó sobre ella, tan helada como la corriente que entraba por la ventana. Cuando habló, lo hizo con una calma peligrosa:

—¿Y cómo es posible que hayan llegado a Harrows antes que el jinete más rápido del Collegium? No, magíster Espinosa, quiero que me responda Escriba.

Ella tragó saliva.

—Magia —contestó, y la voz solo le tembló un poco—. Usamos magia.

Al director se le ensombreció el rostro.

—¿Me está diciendo que ha recurrido a la hechicería, Escriba?

No podía desdecirse. Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Sí. Y lo haría de nuevo, en caso necesario.

El puño del director le agarró primero la pechera de la capa y la arrugó entre sus dedos enormes, también repletos de cicatrices; después, la levantó del suelo.

—Suéltela —le espetó Nathaniel.

Se oyó un forcejeo y el ruido metálico de las cadenas; se había intentado abalanzar sobre Hyde, pero el alcaide que lo vigilaba lo había detenido.

El director no le prestó atención al magíster. No hacía más que contemplar el rostro de Elisabeth, a pocos centímetros del suyo, asqueado. La joven sentía una vergüenza ardiente, tan real y físicamente dolorosa como el golpe de una vara, pero no apartó la vista. Las enseñanzas del Collegium todavía ejercían poder sobre ella, quizá siempre lo hicieran, pero había crecido y las había superado, como un árbol joven que crece alrededor de un clavo e integra ese elemento extraño en su interior, por muy venenoso que sea. Sin embargo, no había pasado por todo lo que había pasado, no había luchado y sufrido solo para ceder ante aquel hombre como una aprendiza escarmentada.

—La han corrompido —gruñó él.

—Si eso es cierto, nos han corrompido a todos desde el principio. Ya sabe que las bibliotecas en las que servimos las construyó un hechicero. ¿Alguna vez se ha cuestionado el porqué?

La respuesta fue un ceño fruncido. Por supuesto. Aquel no era un hombre que se planteara preguntas. Se había pasado la vida siguiendo órdenes hasta convertirse en la persona que las daba, un piñón sustituido por otro piñón idéntico para que la maquinaria de la biblioteca siguiera funcionando igual que desde hacía siglos.

Aun así, no renunciaba a la esperanza de hacérselo entender.

—¿Alguna vez ha visto un círculo de invocación, director? —insistió—. No, supongo que no, pero seguro que puede imaginarse…

—¡Silencio! —gritó el hombre, salpicándole la cara de saliva.

Elisabeth se quedó sin habla, sumisa por culpa del aturdimiento, mientras el director levantaba la otra mano y le agarraba sin miramientos un mechón de pelo. Ella comprendió, demasiado tarde, lo que estaba buscando y lo que había encontrado. La plata brillaba

entre las cicatrices de los dedos de Hyde.

—Llevas la marca de un demonio —rugió.

Silencio. Un silencio horrendo en el que oyó el ruido rasposo del director al tomar aliento.

—Director —intervino Nathaniel; el pánico que se intuía en su voz era real—, le juro por mi honor que la mente de la señorita Escriba sigue siendo suya y que esta situación es mucho más complicada de lo que pueda…

Se calló con un gruñido cuando el alcaide le dio un rodillazo en el estómago para silenciarlo. Elisabeth apenas lo oyó. «Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde». Si hubiera recordado cortarse el mechón plateado…

Una mueca de asco deformaba el rostro de Hyde. Lanzó por los aires a Elisabeth, que aterrizó despatarrada en el suelo. Cayó mal y gritó cuando los grilletes le golpearon la espalda.

—¡Elisabeth!

—No escucharé ninguna de vuestras mentiras —dijo el director —. Eres una vergüenza para el Collegium, chica. Corrompida. Mancillada. Confundida por los demonios.

Cada una de sus palabras era como una patada en el estómago.

—¿Es que se ha vuelto loco de remate? —rugió Nathaniel—. ¡Ha arriesgado la vida para venir! ¡Está intentando salvarlo, imbécil!

Hyde se giró hacia él.

—Y no me cabe duda de que tú eres el responsable de conducir a esta muchacha a la oscuridad. Veo lo que se oculta tras esta vil manipulación. —Después se dirigió al alcaide—. Llévalos a las mazmorras. No se puede confiar en ellos. El tiempo dirá si nos cuentan la verdad o están involucrados en el sabotaje.

A través de una bruma de tristeza, Elisabeth fue consciente de que el alcaide la ponía de pie y la llevaba hacia la puerta. A juzgar por el torrente de vituperios posterior, a Nathaniel lo estaban trataban de manera similar. Nunca lo había visto tan enfadado. Incluso notaba un débil hedor a magia en el aire, como si aquella rabia bastara para superar el efecto del hierro.

Volvieron a bajar por la escalera en espiral, dejaron atrás las estanterías, bajaron un poco más y no tardaron en avanzar a trompicones por las piedras bastas de un pasadizo subterráneo mientras desviaban la mirada para apartarla del chisporroteo de las

antorchas. Los acompañaba el ruido metálico de las cadenas. Entonces, empujaron a Elisabeth al interior de una celda en la que no había nada más que un cubo en una esquina y algo de paja en el suelo. A Nathaniel lo empujaron tan fuerte que cayó de rodillas, incapaz de frenarse con las manos atadas. Y cerraron la puerta.

El alcaide hizo una pausa antes de darles la espalda. Miró a Elisabeth sin expresión alguna en el rostro y puso la mano en la empuñadura de la espada.

—No es demasiado tarde para evitarlo —le dijo ella con sus últimas fuerzas—. Todavía hay tiempo…

—No hablo con traidoras —la interrumpió, y se fue sin decir nada más.

Oyeron el eco de sus botas por el pasillo hasta que todo quedó en silencio.

Treinta y dos

Elisabeth se quedó paralizada, demasiado sorprendida para reaccionar. Después se abalanzó sobre los barrotes. Se volvió y los palpó con las manos atadas en busca de alguna pieza suelta de metal, de mortero desmenuzado, de una bisagra oxidada, de cualquier cosa que pudiera usar para sacarlos de la celda. Era más fuerte que una persona normal. Si conseguía encontrar un punto débil.

—Para, Elisabeth.

Era como si Nathaniel hablara un idioma extranjero. Apretó los dientes y tiró con más fuerza, aunque, al hacerlo, una puñalada de dolor le atravesó la mano herida. Se sentía poseída por una energía salvaje, la misma que sintió al acabar con el demonio en el pabellón o la vez que había roto todos los espejos de la casa de Nathaniel.

Después de aquella noche, nunca la dejarían entrar en una Gran Biblioteca. Pero eso daría igual si Ashcroft tenía éxito y ya no quedaban bibliotecas. En ese momento no sabía si estaba más furiosa con el canciller o con el director Hyde. Pensar que el mundo iba a llegar a su fin por culpa de las decisiones de un único hombre mezquino al mando… Que eso era lo único que hacía falta para condenarlos a todos…

—¡Elisabeth! —exclamó Nathaniel.

Ella se volvió hacia él y recordó, de repente, con gloriosa claridad, que el alcaide no había confiscado el vial de Prendergast.

—¿Puedes usarlo para liberarnos? —preguntó.

Él respiraba con dificultad mientras la observaba. Tardó un momento en entender lo que le estaba preguntando.

—No. No mientras esté cubierto de hierro. Escucha —siguió, pero ella lo cortó y se volvió de nuevo hacia los barrotes.

—Era pasada la medianoche cuando luchamos contra Ashcroft —dijo la joven—. El Collegium no puede haber enviado a nadie antes de eso. El jinete tardará varias horas en llegar.

«Estaremos encerrados en una mazmorra mientras el reino arde».

—Elisabeth, te estás haciendo daño.

—No.

Después del primer latigazo de dolor, se sentía bien.

Nathaniel se colocó entre los barrotes y ella antes de que pudiera empezar de nuevo.

—Mírate las manos —dijo con una expresión extraña.

Ella se retorció para mirarse por encima del hombro mientras levantaba las manos lo mejor que podía, dentro de los limitados confines de los grilletes. La luz tenue de la antorcha del pasillo le bañó la piel, y vio que el magíster tenía razón: la sangre le oscurecía la venda de la palma. Tenía dos uñas casi arrancadas de cuajo.

—Siéntate —le pidió él mientras usaba un hombro para conducirla hacia el fondo de la celda—. Tómate un momento para descansar.

Ella obedeció a regañadientes.

—No llegamos a descubrir cómo Ashcroft llevaba a cabo sus ataques. Si está trabajando con alguien o… —Se calló, afectada por lo poco que sabían en realidad—. Tenemos que estar preparados para lo que sea.

—Y no lo estarás si te haces daño peleándote con la puerta de una celda. En serio, Escriba. No tenemos por qué escapar solos. Silas vendrá a rescatarnos.

Silas, se le había olvidado.

—Pero ¿cómo sabrá que necesitamos ayuda?

—Lo sabrá. Cuando me meto en un lío, lo percibe. —Nathaniel hizo una mueca mientras apoyaba la espalda en la pared para bajar despacio hasta el suelo y sentarse, en una postura incómoda, con las manos sujetas y los hombros contra la piedra—. A veces me

pregunto si es porque da por hecho que me meteré en líos, por defecto, cuando él no está para evitarlo, pero prefiero achacarlo a su intuición sobrenatural.

La culpa le clavó las garras. Era Nathaniel el que debía descansar, no ella. Preocupada, se puso en cuclillas a su lado. Un instante después, él se deslizó de lado unos centímetros hasta que su hombro descansó sobre el de Elisabeth.

La energía frenética abandonó los músculos de la joven, y la dejó agotada y fría. Su respiración era lo único que se oía en el silencio subterráneo del calabozo. Recordaba bien el silencio de Summershall, que era opresivo y te jugaba malas pasadas. Era incapaz de imaginarse hasta qué punto sería mucho peor estar encerrada a solas en Harrows, sabiendo que en algún punto del laberinto de piedra se encentraba la cámara acorazada más segura del reino, cuyos habitantes dormidos eran lo bastante poderosos como para destruir ciudades enteras, si los liberaban…

Se quedó sin aliento.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nathaniel.

Ella se volvió hacia él.

—El grimorio que escribió Baltasar, ¿se llamaba *Crónicas de los muertos*?

Él se puso rígido. Su rostro había adquirido una aspecto espectral, con ojos como estanques oscuros a la tenue luz de la antorcha. Por un momento, Elisabeth creyó que no le respondería. Al final, asintió.

Ella no quería decírselo, pero no le quedaba más remedio.

—Está aquí. Aquí, en Harrows. Lo trasladaron en secreto la noche que robé el *Codex*.

Nathaniel se puso en pie como pudo.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Se me olvidó. Estaban pasando muchas cosas a la vez. —El corazón se le encogió de pena al ver al joven darle la espalda y ponerse a dar vueltas por la celda. Tras vacilar un momento, le preguntó—: ¿Cuánto sabes sobre las *Crónicas*?

Él se paró en seco y miró hacia el pasillo. Cuando habló, la voz le salió algo entrecortada:

—Contiene el hechizo que usó Baltasar para alzar su ejército, entre otros rituales necrománticos. En cuanto a qué poderes

manifestaría como malefactor, eso es un campo de estudio de los bibliotecarios, no mío. —Ella guardó silencio, a la espera. Se estaba callando algo. Al final, el joven apoyó la frente en los barrotes y siguió hablando—: Mi…, mi padre lo leyó. Nunca logré identificar qué fue lo que cambió después de ese momento. A veces me daba la impresión de que se había traído algo con él. Otras, era como si se hubiera dejado atrás una parte de él.

Elisabeth examinó el rostro de Nathaniel, las líneas duras de su perfil.

—Lo siento.

—¿El qué?

«Todo», pensó ella.

—Yo te metí en esto. No estarías aquí si no fuera por mí.

—Tienes razón. Estaría solo, en mi estudio, sintiéndome desgraciado y pasando mis últimas horas sin saber que los demonios estaban a punto de apoderarse del mundo.

Regresó para sentarse a su lado y apoyar la cabeza en la pared de piedra.

—Me gusta más esta versión. La versión en la que estás tú.

—¿Aunque muramos?

Nathaniel cerró brevemente los ojos.

—Este último mes ha sido el más feliz de mi vida desde que tenía doce años, a pesar de los demonios menores, el consumo de sangre y la amenaza inminente de un apocalípsis demoníaco. Creo…, creo que ya estaba un poco muerto antes de que llegaras. —Giró la cabeza para mirarla—. Es un honor luchar a tu lado, Elisabeth, dure lo que dure. Me has recordado cómo se vive. Merece la pena tener algo que perder.

La joven tragó saliva. No tenía nada que decir; solo podía pensar en lo intolerable que le parecía que, al principio, el rostro de Nathaniel le pareciera tan cruel. Siguiendo un impulso, se dobló como pudo y le apoyó la cabeza en el pecho. Tras una pausa, él descansó la barbilla sobre el pelo de Elisabeth, que se limitó a escuchar los latidos de su corazón en la oscuridad.

El momento se alargó durante un tiempo imposible de calcular y, con él, los pensamientos de Elisabeth se extendieron, proyectaron hacia el exterior. Se imaginó la Gran Biblioteca desde arriba, sus antorchas titilantes y sus torres negras alzándose muy por encima

de la tierra virgen.

¿Cuánto tardaría Silas en encontrarlos? No compartía del todo la certeza de Nathaniel. Las defensas de aquel lugar no se parecían a nada que hubiera visto antes. Aunque Silas lograra escalar el muro vertical que rodeaba el edificio, estaba forrado de hierro y patrullado por alcaides. Y eso no era más que el principio; después, tendría que colarse en la biblioteca y atravesar innumerables puertas de hierro cerradas a cal y canto hasta llegar a las mazmorras.

Después de esperar lo que bien pudieron ser horas, se enderezó.

—¿Crees que han atrapado a Silas? —preguntó.

—Creo que no —respondió una voz susurrante desde el pasillo, algo dolida—. No soy un aficionado.

—¡Silas! —exclamaron ambos mientras corrían a los barrotes.

Él suspiró y se dejó ver.

—No tan alto, si no les importa.

Nathaniel esbozó una sonrisa irreprimible; Silas tenía un aspecto sobrenatural a la luz de la antorcha, pero impoluto y sereno, como si se tratara de una noche normal en casa.

—¿No estás herido?

Silas agitó una mano para descartar la pregunta, que consideraba indigna de él.

—Veo que han conseguido que los encarcelen. —Se agachó para examinar la puerta, se sacó un llavero de alcaide del bolsillo y sostuvo el hierro con cuidado, enrollado en un pañuelo—. ¿Cuántas van ya, señor? Diría que es la tercera vez que lo saco de una celda.

Nathaniel tosió.

—Malentendidos menores en ambos casos —le aseguró % Elisabeth.

Silas sacó una de las llaves del llavero y la usó para abrir los grilletes de Nathaniel. Mientras el joven le quitaba a Elisabeth los suyos, Silas eligió una segunda llave y la probó en la puerta. Hablaba apaciblemente, con las pestañas ocultándole en parte los ojos.

—Al menos, esta vez lleva la ropa puesta, señor.

—Que sepas que fue un accidente y que al público presente no le pareció nada mal. Una mujer llegó a enviarme flores. —Después se dirigió a Elisabeth—: No te preocupes, tenía cuarenta años y se

llamaba Mildred.

Silas apartó la mano en cuanto se abrió la puerta y dejó escapar un gruñido al soltar las llaves. Un zarcillo de vapor le brotaba de los dedos. Al intentar hacerse a un lado, Elisabeth lo atrapó a media zancada y lo abrazó, seguida de Nathaniel, que repitió el gesto por el otro lado. El demonio se quedó paralizado, rígido por completo, soportando su afecto como lo haría un gato doméstico de raza pura cuando lo estruja un bebé. Cuando se rebulló, por fin lo soltaron.

—Nunca volveremos a hablar de esto —les advirtió mientras se sacudía las mangas—. Señorita Escriba, si tiene la amabilidad de seguirme, creo que han llevado su espada a la armería.

Ella recogió el llavero y los tres avanzaron por el pasillo en fila de a uno, con sigilo, retirándose a las sombras cada vez que se acercaba la antorcha de una patrulla. Por suerte, Silas sabía bien adonde ir y, tras varios minutos, llegaron a una puerta reforzada con hierro que Elisabeth abrió con una de las llaves. Ahogó una exclamación al ver la habitación del otro lado. La luz de las antorchas no solo les mostró espadas, sino una extensa colección de hachas, lanzas, arcos e incluso un arma con pinchos que supuso que sería un lucero del alba. Tras recuperar *Asesina de Demonios* de un estante, cogió un cinturón y se lo abrochó a la cintura. Se llenó de balas de sal los bolsillos del cinturón mientras Nathaniel, al que le hacía gracia su entusiasmo, la miraba.

—¿Y ahora qué? —inquirió él.

Elisabeth se guardó una última bala.

—Tenemos que encontrar la cámara acorazada y evitar que entre quien haya venido. Silas, ¿has pasado por delante de camino a las mazmorras?

Silas había estado paseándose por los pasillos, con las manos entrelazadas en la espalda, mirando las armas con una expresión indescifrable. Se había detenido frente a un dispositivo antiguo de aspecto cruel que colgaba del techo, parecido a una jaula gigante con pinchos oxidados. A Elisabeth le dio un vuelco el corazón al mirar primero los pinchos y después las muñecas del demonio.

—No —respondió tras darle la espalda al artefacto—, pero percibo las emanaciones psíquicas de los grimorios. Los llevaré hasta ella.

No dejó entrever que aquel fuera la misma clase de aparato que

Ashcroft había usado para atraparlo. Elisabeth le echó un último vistazo a la habitación antes de salir y vio los estantes de armas desde otra perspectiva. Para Silas, aquel lugar era una cámara de tortura.

Cuando regresaron al pasillo, el suelo tembló con la fuerza de un aullido familiar.

—Debemos de estar cerca del malefactor —dijo Nathaniel.

Silas inclinó la cabeza.

—No hay forma de evitarlo. Todas las rutas que llevan a la cámara pasan por aquí.

Doblaron la esquina con cautela. Al final, el pasadizo se abría a una caverna, un espacio tan grande que el techo desaparecía en una bruma de humo y sombras. Unas estalactitas colgaban como dientes de la oscuridad insustancial de arriba. Bajo ellas, iluminada por fuegos encendidos en braseros achicharrados, había una especie de anfiteatro excavado en la piedra. Se oyó un ruido metálico cuando recorrieron la pasarela de metal que lo rodeaba, bordeada de barandillas. Una escalera (una de varias) descendía hasta el suelo cubierto de serrín, que estaba lleno de arañazos y surcos, como los que haría un animal inquieto.

O un monstruo.

Mientras observaban la escena, el malefactor apareció ante ellos. Era del tamaño de una casa pequeña, fornido pero tosco, y a su forma de oso le faltaban las orejas, una nariz e incluso ojos, y en la piel del hocico se le veían costuras cruzadas y mal cosidas. Arrastraba una cadena pesada, cada uno de cuyos eslabones valdría para enyugar un buey; el otro extremo estaba unido a un sistemas de engranajes y poleas fijado a la pared de la caverna. El monstruo meneó la cabeza adelante y atrás, desorientado por el dolor del collar de hierro que llevaba al cuello. Las llagas abiertas supuraban tinta, que le bajaba por los hombros dándole un aspecto mojado a las cicatrices antiguas que le recorrían la piel con tapa de cuero. Nathaniel lo miró con desazón. Elisabeth sintió arcadas al recordar la explicación que les había dado arriba el alcaide.

—Esto está mal —dijo—. No es un muñeco de prácticas, no pueden golpearlo con armas mientras sufre por culpa de las cadenas.

Silas se detuvo a su lado, impasible.

—¿Cree que es una criatura malvada, señorita Escriba?

Ella apretó la empuñadura de *Asesina de Demonios*. Empezaba a comprender que la maldad no era un concepto tan simple como había imaginado. Quizá no estuviera mal que los malefactores desearan hacer daño a los humanos, a los humanos que los habían creado, aprisionado y torturado con sal y hierro, y que, al final, los habían confinado en formas retorcidas.

—Esto no es culpa suya —dijo al fin—. No eligió ser un monstruo.

Si Silas opinaba algo al respecto, no lo dijo. Nathaniel señaló algo.

—Mira. Ahí está la cámara.

En el otro extremo del anfiteatro, a nivel del suelo, había un rastrillo empotrado en la piedra. Si alguien bajaba para intentar llegar hasta él, el inquieto malefactor lo destrozaría. A no ser que lograra primero terminar con el sufrimiento del monstruo.

Siguiendo un impulso, desenvainó *Asesina de Demonios* y se dirigió a la escalera. Nathaniel la agarró por el brazo. Antes de que pudiera objetar, le dio la vuelta y la atrapó contra la piedra. Ella tardó un momento en entender lo que pasaba. El magíster estaba rígido, con el cuerpo tenso como un arco, pero no la había agarrado porque sintiera el deseo repentino y apasionado de besarla contra la pared de una mazmorra, sino porque estaba usando su abrigo oscuro para ocultarlos a la vista.

No estaban solos. Al principio, solo oyó los elaborados ronquidos y gruñidos del malefactor, pero después distinguió los pasos sobre la pasarela cercana. Por el rabillo del ojo, vio al director Hyde meterse en el camino que habían seguido por el pasadizo. Contuvo el aliento hasta que el hombre se volvió, con el ceño fruncido, hacia la dirección contraria; por suerte, su mirada suspicaz no detectó su escondite, que estaba a pocos metros de distancia. Cuando siguió adelante, sin sospechar nada, se desinflaron de alivio.

Aunque la sensación no les duró mucho. Hyde debía de estar de patrulla, de camino a inspeccionar la cámara. Al margen de lo que les hubiera dicho en el despacho, era un hombre demasiado vigilante para desoír por completo una advertencia como la suya. No obstante, al bajar allí, se ponía a sí mismo y a sus llaves justo donde Ashcroft los necesitaba.

Un chirrido metálico ensordecedor retumbó por la caverna. Hyde había usado su llave del director para activar la polea. Los engranajes giraron y levantaron la pesada cadena eslabón a eslabón. El malefactor bramó y forcejeó con su collar en un gesto inútil; por mucho que se debatiera, la maquinaria lo arrastraba por el serrín. Cuando el cabestrante se detuvo con un chasquido metálico, la cadena estaba tan tensa que la parte delantera del malefactor colgaba del suelo. Era como un toro esperando a que lo sacrificaran, con la cabeza gacha y chorreando tinta de las llagas abiertas de nuevo.

Hyde bajó por la escalera más cercana y cruzó el anfiteatro sin dignarse a mirar atrás. Abrió con llave el rastrillo, entró y lo cerró.

La maquinaria cobró vida otra vez. Despacio, la polea empezó a bajar al malefactor. Alarmada, Elisabeth se percató de que solo tenían unos segundos para cruzar el anfiteatro.

—Tenemos que seguir a Hyde —dijo mientras se dirigía a la escalera—. ¿Dónde está Silas?

Nathaniel movió la cabeza hacia arriba. La joven le siguió la mirada y deseó no haberlo hecho: Silas se había ocultado de Hyde trepando por la pared de la cueva y estaba allí colgado, como una araña, mirándolos con sus inhumanos ojos amarillos.

—Ya nos alcanzará —dijo Nathaniel—. Vamos.

Unos segundos más tarde, las botas de Elisabeth pisaron el serrín. Cuando Nathaniel aterrizó a su lado, el malefactor volvió su rostro cosido y lloroso hacia ellos. La rueda de la polea gruñó cuando el monstruo se arrastró hacia delante, estirando su cadena al límite mientras olisqueaba a ciegas el aire. Nathaniel le echó un vistazo crítico a la antigua maquinaria, agarró la muñeca de Elisabeth y la urgió a ir más deprisa.

Estaban a medio camino del rastrillo, corriendo hombro con hombro, cuando se oyó un estruendo ensordecedor que sacudió la caverna y un objeto rebotó en el suelo junto a ellos provocando una lluvia de serrín: la rueda de la polea.

No hubo tiempo para reaccionar, solo podían correr. Elisabeth palpó el llavero y eligió al tacto la llave más grande. Esa tenía que ser la que solo podían usar los alcaides. El problema era que no sabía con certeza si abriría aquel rastrillo en concreto. Según lo cerca que estuvieran de la cámara, quizá solo sirviera la llave

personal del director, en cuyo caso no habría tiempo para dar media vuelta y enfrentarse al malefactor; lo tendrían encima y los aplastaría en un instante.

El rastrillo estaba más y más cerca. La sombra del monstruo se alargaba sobre ellos y la tierra temblaba con sus zancadas. Levantó la llave. La mano seguía firme cuando la introdujo en la cerradura, pero el malefactor era demasiado rápido. Su sombra los sumió en la oscuridad…

Y, de repente, desapareció y los bañó de nuevo la luz de los braseros. Pasmada, volvió la vista atrás. El malefactor estaba tirado en el suelo a cierta distancia, inconsciente, y Silas se interponía entre ellos con una mano alzada, como si acabara de darle una bofetada a alguien. Le goteaba tinta de las uñas.

Elisabeth se obligó a cerrar la boca y giró la llave. Un mecanismo se activó dentro de la pared y los dientes del rastrillo se levantaron del suelo. Silas no se movió. Nathaniel lo agarró por la parte de atrás del abrigo y lo arrastró al interior del pasadizo.

Durante un instante horrendo, Elisabeth temió que Silas estuviera herido, pero entonces vio que solo se miraba la mano manchada, asqueado. Le ofreció una esquina de su abrigo. Sin comentar nada, él la usó para limpiarse las garras.

No había ni rastro de Hyde, ni siquiera un destello de su antorcha en aquella oscuridad tan absoluta. Nathaniel conjuró una llama verde en la mano e iluminó con ella una escalera descendente cuyos escalones brillaban de humedad. En algún lugar goteaba el agua, invisible. Elisabeth abrió mucho los ojos ante la inesperada belleza del túnel. La piedra era del negro puro de la obsidiana, con vetas de minerales brillantes.

—Silas, ¿sabes si hay alguien más aquí abajo? —le preguntó en voz queda, aunque, si el director era tan corto de oído como para no haber dado ya media vuelta, dudaba que hablar supusiera una diferencia.

Silas terminó de examinarse las uñas y miró hacia el fondo de las escaleras.

—Esta montaña está llena de pirita; supongo que eligieron la ubicación justo por eso. La presencia de tanto hierro inhibe mis sentidos. Me temo que no sé decirlo con certeza.

—Por si te ayuda —dijo Nathaniel—, no había ni rastro de

magia en el anfiteatro. No creo que nadie haya logrado dejar atrás al malefactor antes de que llegara Hyde.

—A no ser que Ashcroft conozca una entrada secreta —comentó Elisabeth—. Cornelius tenía esto planeado desde el principio. Pudo haber construido un pasadizo oculto en la montaña, algo que solo él conociera.

—¿Es posible que algo semejante siga escondido después de tanto tiempo?

—Creo que sí. Yo encontré todo tipo de pasadizos secretos en Summershall y los bibliotecarios mayores no tenían ni idea.

Siguieron su camino en silencio. Nathaniel apagó su llama cuando el brillo rojizo de la antorcha de Hyde apareció de nuevo más adelante, delineando la capa de pieles que llevaba sobre los hombros. Mientras ellos avanzaban con sigilo, él lo hacía con pasos decididos sobre la piedra desnuda. Sostenía la antorcha en alto con una mano y apoyaba la otra en la espada, sin detenerse ni una vez para mirar atrás.

Elisabeth contuvo el aliento. En cualquier momento lo haría…, en cualquier momento…

El corazón se le subió a la garganta cuando la luz de la antorcha se derramó sobre una irregularidad en el suelo: un par de botas sobresalían de un túnel adyacente. Como Hyde miraba al frente, no parecía haberse dado cuenta. Siguió andando.

Ellos tres se pararon, de modo que Hyde pudiera avanzar unos cuantos pasos mientras ellos contemplaban al alcaide caído en el túnel. Era una mujer, todavía armada, despatarrada en el suelo. La antorcha se le había caído en un charco y se había apagado. No tenían la luz suficiente para comprobar si seguía respirando.

—Está viva —susurró Silas—. No está herida, solo dormida.

Se miraron: el hechizo del sueño. El ataque ya había empezado. Pero Hyde estaba ya casi en la cámara y ellos no habían visto ni rastro del atacante.

La verdad la golpeó como un puñetazo en el estómago.

Elisabeth abandonó toda pretensión de sigilo.

—¡Detenedlo! —gritó mientras se abalanzaba sobre Hyde—. ¡Que no entre en la cámara!

Demasiado tarde. El rastrillo del final del pasadizo bajó y dejó a Hyde al otro lado. Elisabeth patinó en el suelo y se paró.

El hombre se giró para mirarlos a través de los barrotes. Una sonrisa le estiró las cicatrices hasta convertirlas en algo grotesco. La expresión estaba fuera de lugar en sus rasgos, aunque, aun así, tenía algo que le resultaba familiar. Era una sonrisa que había visto muchas veces: en los salones dorados de la mansión Ashcroft; en el salón de baile de palacio; en el pabellón de las rosas, a la luz de la luna.

No pertenecía a Hyde, sino al canciller Ashcroft.

Treinta y tres

—Veo que ya lo ha averiguado, señorita Escriba —dijo Ashcroft con aquella voz tan sofisticada que resultaba incongruente en los labios de Hyde—. Si le soy sincero, me sorprende que haya tardado tanto. Al fin y al cabo, conoció al *Libro de ojos*.

El *Libro de ojos*.

De improviso, todas las piezas que faltaban encajaron en su sitio. Cuando Elisabeth luchó contra el malefactor en Summershall, el monstruo la había provocado con la verdad sobre el asesino de la directora. Irena en persona le había descrito los hechizos que contenía: una magia que permitía a los hechiceros introducirse en la mente de las personas, leer sus pensamientos e incluso controlarlos. ¿Cómo conocía el *Libro de ojos* la identidad del saboteador? La respuesta era sencilla: no era la primera vez que se lo encontraba. Dado su estatus, Ashcroft sería una de las pocas personas con permiso para estudiar un grimorio tan peligroso.

Para llevar a cabo sus planes no necesitaba un cómplice, ni siquiera abandonar la comodidad de su mansión.

—Ha estado poseyendo a los directores —dijo, aturdida—. Los ha obligado a convertirse en saboteadores.

—¿Disculpe? —preguntó Ashcroft tras acercarse más a los barrotes y fruncir el ceño mientras se rascaba la oreja de Hyde—. La verdad es que apenas oigo lo que dice. Es un inconveniente, la verdad, pero no importa. No tendré que llevar este cuerpo durante mucho tiempo.

Tras hacer girar el llavero con aire travieso, dio media vuelta y se internó en la cámara acorazada.

A Elisabeth le rugía la sangre en los oídos. Nada la parecía real. Examinó la cámara como si estuviera soñando: una caverna natural inmensa con paredes resplandecientes de pirita. Enormes ángeles de piedra vigilaban a los lados, tallados en obsidiana, y de sus manos ahuecadas brotaba hierro fundido que chorreaba hasta el suelo. Un canal circular conducía el metal líquido alrededor de la habitación, como un foso. Ashcroft llevó el cuerpo de Hyde a un puente estrecho de piedra negra y los bordes del abrigo le temblaron por culpa de la distorsión del calor. Sus movimientos presentaban una torpeza extraña, e incluso se sacudió de lado y estuvo a punto de caer por el borde.

—Hyde sigue ahí dentro —comprendió Elisabeth, conmocionada —. Está intentando hacerse con el control.

Y entonces pensó: «Eso es lo que le pasó a Irena».

Sin previo aviso, un estallido de fuego esmeralda pasó junto a ella y le chamuscó la punta de las orejas. Se metió a través de la reja y fue tras Ashcroft como un ciclón. Pero, al acercarse a él, se deshizo en una lluvia de chispas verdes.

Nathaniel dejó caer el brazo y soltó una palabrota.

—Demasiado hierro.

Ashcroft, que seguía avanzando a tirones y trompicones, se sacudió una brasa residual de la capa de Hyde.

—Sé lo que está pensando, señorita Escriba —dijo sin volverse. Ya había cruzado el puente—. Se está preguntando qué sentiría la querida y bella Irena cuando entré en su mente y la obligué a traicionar todo lo que amaba. Pobre mujer, nunca sospechó nada. Le lancé el hechizo hace años, en la sala de lectura de Summershall. Cuando eres el canciller de la Magia, no cuesta mucho solicitar una reunión privada con una directora. Mi magia vivió dentro de ella casi una década, a la espera de que la activara.

Elisabeth respiró hondo. Como si hubiera sido el día anterior, recordó el olor asfixiante a combustión etérea que se había quedado pegado al sillón de la sala de lectura: el residuo permanente de un hechizo antiguo y poderoso. Fue medio consciente de que Nathaniel la ayudaba a no caer.

—Irena también se resistió, por supuesto. Tenía una voluntad

fuerte, como usted. Estuvo allí, conmigo, todo el tiempo, todo el camino hasta la cámara, hasta el preciso instante en que el *Libro de ojos* la derribó.

Elisabeth dejó escapar un ruidito, algo entre un grito y un sollozo. Ashcroft no prestaba atención. Ya había llegado al centro de la cámara.

Un trío de enormes columnas de obsidiana dominaba el centro de la sala y subía hasta el techo, intacto. En el suelo, entre las columnas, habían grabado una llave y una pluma cruzadas. Ashcroft pisó el símbolo al acercarse y alzó la antorcha de Hyde.

—Magnífico, ¿verdad?

Al principio, no sabía a qué se refería. Entonces, la luz llegó hasta la columna más cercana. El humo se arremolinaba dentro de la piedra traslúcida y envolvía una figura suspendida entre cadenas. Como agitado por la proximidad de Hyde, la niebla empezó a bullir y vieron relámpagos dentro de sus profundidades. Cada titileo iluminaba la cubierta de un grimorio encuadernado en escamas negras relucientes con bordes de plata. La cubierta se inflaba y desinflaba a intervalos regulares, como si el grimorio respirase.

Las columnas no estaban pensadas para sostener el techo, sino que contenían a los clase diez.

—El *Librum Draconum* —dijo Ashcroft con una pizca de asombro genuino que le ablandó la voz—. Creado usando la piel de un Lindwurm, el último dragón de Austermeer, extinto en el siglo XIV por culpa de la caza. Los hechizos de su interior pueden invocar tormentas y terremotos cataclísmicos, desastres naturales capaces de cambiar el mundo…

Avanzó hacia la siguiente columna y acercó la antorcha. Dejó escapar un suspiro de anhelo. Dentro de las cadenas no colgaba nada… Bueno, sí que había algo reflectante y en movimiento continuo, como un espejo, con una superficie que fluía como el agua. Cuando Elisabeth intentaba mirarlo, le dolía la cabeza.

—El *Oraculis* —murmuró Ashcroft—. De origen desconocido. Sus hechizos permiten ver el futuro, o eso sugieren las teorías, aunque todas las personas que lo han leído se han suicidado justo después. Una pena. Me habría encantado estudiarlo.

Se acercó a la tercera vitrina. A través de la obsidiana traslúcida, la antorcha iluminó la piel palpitante de un corazón vivo. Se

aferraba a la cubierta del grimorio como un tumor repugnante cuyas venas cubrían el cuero y sellaban las páginas. Las venas se abultaban rítmicamente, como si bombearan sangre, pero el brillo verde que las animaba era puro embrujo, la magia de la casa Espinosa. La necromancia era lo que mantenía con vida aquel corazón muerto tiempo atrás.

—Ah, las *Crónicas de los muertos*. —Ashcroft dio unos toquecitos en la vitrina y sonrió con aire pensativo cuando el corazón reaccionó con un espasmo—. Los que intentan abrir este libro sucumben de inmediato a su magia. Salvo tú, Nathaniel. El libro es tuyo. Te llama, sin duda. ¿Te gustaría conocer el trabajo de tu antepasado?

—No lo hagas —graznó el joven, que tenía los dedos blancos de apretar los barrotes.

Elisabeth recuperó los sentidos de golpe, en medio de una marea de furia.

—¡No funcionará! —gritó a través del rastrillo—. ¡No podrá controlar al arconte! Va a hacer pedazos el mundo. Cuando lo invoque, ¡será el primero en morir!

Ashcroft hizo una pausa para mirarlos mientras se llevaba una mano a la oreja.

—Confieso que nunca se me ha dado demasiado bien leer los labios —dijo al fin, y dejó escapar una risa triste—. Me está pidiendo que pare, ¿verdad? Ay, señorita Escriba, no lo entiende. No puede entenderlo. Este es el propósito que me legó mi padre, y su padre antes que él, y así a lo largo de trescientos años. Formo parte de algo más grande que yo mismo. —Echó la cabeza atrás para contemplar la columna—. Con el poder del arconte a mi disposición, la humanidad se transformará. Se acabaron la enfermedad, la pobreza y la guerra. Será una maravilla, una era gloriosa en la que todo es posible y todos los sueños se harán realidad…

Dejó la frase en el aire. Los ojos le brillaban de la emoción. Incluso llevando la forma de Hyde, todavía permeaba parte de la luz y el magnetismo natural de Ashcroft.

«Cree de verdad en lo que está diciendo», pensó Elisabeth, horrorizada. En el fondo, él no se veía como el villano, sino como el héroe.

El hombre se aclaró la garganta.

—Veamos. —Se paseó en círculo para examinar el sello del Collegium en el suelo—. Cornelius se enfrentó a un problema con la construcción de esta biblioteca. ¿Cómo se libera un grimorio de una cámara acorazada llena de hierro varios metros por debajo de una montaña? Por suerte, fue la propia tecnología del Collegium la que proporcionó la solución.

Fue a desenvainar la espada de Hyde, pero se detuvo de repente. La mano del director se había aferrado a la empuñadura y los músculos se resistían, abultados. Se le puso la cara morada mientras las dos mentes luchaban por el control. Elisabeth sintió que se le encendía en el pecho una chispa de esperanza, como si se ahogara y lograra salir a tomar aire.

—El hierro debe de haber debilitado el hechizo de Ashcroft: —Se volvió hacia Nathaniel, que estaba blanco como la cal y miraba las *Crónicas*. No creía que pudiera oírla, así que se dirigió a Silas—: ¿Podrías entrar de algún modo?

Silas se encontraba varios pasos atrás, como un fantasma en la oscuridad del pasadizo. Dio un paso adelante y fue a tocar el rastrillo. Elisabeth lo observó, alarmada, pero la mano del demonio se detuvo a un milímetro de las gruesas bandas de hierro reforzado.

—Me temo que no. Esta puerta se diseñó para evitar que entraran criaturas como yo. Aunque pudiera, en el interior de la cámara no contaría con todas mis fuerzas.

Con razón Silas se había estado quedando atrás. Con el brillo rojo infernal del hierro fundido, parecía difuminado, casi enfermo.

El ruido del metal contra la piedra hizo que volviera a prestarle atención a Ashcroft. Había conseguido liberar la espada de Hyde, aunque, con el tirón, había caído hacia delante, a punto de soltar el arma. Mientras la joven lo observaba, consternada, el canciller arrastró la hoja por el suelo hasta colocarla en vertical sobre el sello del Collegium y cargar en ella todo su peso. Entonces, como una llave que encaja en una cerradura, la punta de la espada se introdujo en un mecanismo oculto del sello. Entre sudores y temblores de esfuerzo, Ashcroft la giró hacia la derecha.

Al principio, no pasó nada, pero, al cabo de unos segundos, un ruido metálico retumbó en la cueva. El suelo tembló con el movimiento de unos engranajes invisibles al despertar la

maquinaria de la Gran Biblioteca. Una grieta irregular recorrió el techo. Al otro lado de la cámara, uno de los gigantescos ángeles de obsidiana empezó a girarse, no por arte de magia, sino por la mera voluntad de los piñones, aunque su rostro permanecía inmóvil y sereno. El chorro de hierro fundido que le caía de las manos se redujo a un goteo. Al ponerse de lado, bloqueaba el canal, de modo que el foso acabó vaciándose a sus pies.

Donde antes estaba el ángel, se abrió un pasaje. Sin embargo, Elisabeth tenía los ojos clavados en el techo, ya que la grieta se había extendido por la caverna hasta dividir la roca sobre el rastrillo. Cuando agarró los barrotes y los sacudió, notó que cedían un poco.

Ashcroft estaba inclinado y el rostro de Hyde se retorcía de forma grotesca. Se acercó dando traspiés a la columna de las *Crónicas* y se apoyó en ella con una mano que no dejaba de cerrarse en un puño. Con la otra, levantó a duras penas su llave de director hacia una ranura de la columna.

Todavía quedaba tiempo. Ashcroft falló una, dos veces, y la llave se desviaba sobre la piedra. Elisabeth se lanzó contra el rastrillo. El metal gruñó al moverse un par de centímetros por un lado y la rejilla se flexionó un poco al entrar en contacto con su hombro.

Ashcroft, con los labios estirados para enseñar los dientes, por fin consiguió meter la llave en su sitio. Cuando la giró, se abrió un panel. Una niebla teñida de verde brotó por él, se derramó por el suelo y lamió las botas de Hyde.

Pum pum. Pum pum. Pum pum. Las convulsiones de aquel corazón muerto y vetusto resonaron en la caverna y le retumbaron a Elisabeth en los huesos. El hedor estuvo a punto de hincarla de rodillas. Era como encontrarse en la entrada de una cripta, respirando podredumbre y magia antigua, el olor de los cráneos plagados de escarabajos, de musgo sobre las tumbas desmoronadas.

El rastrillo chirrió cuando deslizó el hombro en el hueco y usó la pared del pasadizo como palanca. Pero era demasiado tarde.

Demasiado tarde para detener a Ashcroft, que metió la mano dentro e introdujo los dedos en el corazón.

Treinta y cuatro

Las venas del corazón latían con una luz esmeralda. Empezaron a extenderse, a crecer enrollándose como raíces por las cadenas mientras lanzaban parte de sus zarcillos al exterior. Los pensamientos de Elisabeth se quedaron estancados en la ilustración de un sistema nervioso que recordaba de los textos de anatomía del señor Hargrove. Las *Crónicas* estaban convirtiéndose en un malefactor, empezando por el corazón.

En cuestión de segundos, la forma en expansión del monstruo llenó el interior de la columna. Unos dedos con garras se agarraron a los bordes de la abertura; los tendones al aire goteaban tinta. Elisabeth recordó las sombras de aquellas garras alargándose por la Biblioteca Real, intentando alcanzar a los alcaides que empujaban su jaula con ruedas por el pasillo.

Ashcroft se tambaleó hacia atrás y se llevó una mano al pecho. Con ojos desorbitados, se abalanzó sobre la espada que estaba tirada junto al sello. Ya no era Ashcroft, sino Hyde. El canciller había terminado su trabajo y había cedido el control del cuerpo dejando al director a merced de las *Crónicas de los muertos*, como debió de hacer con Irena tras liberar al *Libro de ojos*.

La mano del malefactor salió disparada. El metal tembló cuando se lanzó hacia Hyde y se quedó a pocos centímetros de él, frenado por los límites de la cadena que le rodeaba la muñeca. Los eslabones se torcieron cuando alargó más las zarpas para intentar agarrarlo.

Hyde estaba decidido, se le había endurecido el rostro. Levantó la espada.

—No mientras yo esté al mando —gruñó—. No mientras me quede un hálito de vida, abominación.

—Entonces, muere —susurró el malefactor con una voz como el viento que brota de un sepulcro.

Una de las zarpas se enderezó y tocó la mejilla de Hyde.

El rostro del director perdió toda expresión. Una luz verde le fluyó por las venas del cuello, le tembló por la mejilla y llegó hasta la mano del malefactor. El hombre parpadeó una vez. Después cayó muerto; cuando llegó al suelo, ya era un cadáver blanqueado y arrugado. Su cuerpo estalló en una nube de polvo con el impacto, como si llevara varios siglos disecándose en un mausoleo.

La mano del malefactor se estremeció cuando la vida robada le latió en la muñeca. Las grietas se extendieron por la columna. Fue la única advertencia antes de que el pilar estallara en mil pedazos de obsidiana. Una forma alta y demacrada salió de los escombros, oscurecida por remolinos de polvo. De las muñecas le colgaban cadenas rotas y un par de astas le coronaban la frente.

Elisabeth había visto antes aquella forma, durante la noche que había pasado con Nathaniel en el Bosque Negro. Baltasar le había arrancado el corazón a uno de los miembros del pueblo del musgo y lo había usado en el grimorio. Un dador de vida transformado en asesino; no se podía imaginar nada más profano.

Como si percibiera sus pensamientos, la cabeza del malefactor empezó a mirar a uno y otro lado. Le ardían los ojos verdes a través del polvo. Los contempló, inmóvil, por un largo instante. Aunque no era mucho más alto que el *Libro de ojos*, su presencia exudaba una malevolencia antigua y purulenta que estremeció de terror a Elisabeth y le dejó la piel helada. El instinto le gritaba que alzara *Asesina de Demonios*, pero no podía moverse.

Al cabo de unos segundos, el monstruo pareció perder interés. Les dio la espalda en dirección al pasadizo, pisó la zona seca del canal y desapareció en la oscuridad del otro lado.

El llavero tintineaba dentro del bolsillo de la joven. Temblaba como si se hubiera pasado la noche a la intemperie en pleno invierno. Aun así, se limpió en el abrigo el sudor de las palmas de las manos y redobló sus esfuerzos por abrir el rastrillo. Si dejaban

escapar al malefactor, moriría mucha gente. Después de lo que acababa de ver, no estaba segura de que los alcaides pudieran detenerlo. ¿Y si seguía el camino de tinta hasta Brassbridge y les chupaba la vida a todos los pueblos con los que se encontrara de camino, dejando solo polvo a su paso?

Por el rabillo del ojo vio que Nathaniel miraba al malefactor.

—Nathaniel, ayúdame —le pidió entre dientes.

Él no apartó la mirada del pasadizo.

—¿Has oído eso? —preguntó.

Sonaba raro, casi dormido. Ella se detuvo y lo observó. Parecía mucho más tranquilo que un instante antes. Sin embargo, tenía los ojos brillantes, como cuando le dieron láudano. Ni siquiera el resplandor rojizo de la cámara disimulaba su palidez.

—La voz —siguió diciendo—. Estaba hablando… Quería… ¿No has oído lo que ha dicho?

Elisabeth se estremeció por el escalofrío que le recorrió la espalda. Miró a Silas, que sacudió un poco la cabeza: él tampoco había oído nada. El sirviente, con precaución, le puso una mano en el brazo a Nathaniel.

—Señor.

Nathaniel frunció el ceño y se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento —dijo, ya con una voz más normal—. No sé qué me ha ocurrido. Claro que estaré encantado de unirme a ti en tu peligroso acto de heroísmo, Escriba. Solo tienes que decirlo.

Nathaniel apoyó las manos en los barrotes y empujaron juntos. Con un último gruñido agonizante, el rastrillo se dobló hacia dentro lo suficiente para meterse de lado. Silas saltó detrás de ellos con su forma de gato y aterrizó en el hombro de Nathaniel. No dejó de mover el rabo cuando cruzaban corriendo el puente, mientras el calor del canal, todavía humeante, les soplaba en ráfagas, como una forja.

Elisabeth se obligó a no bajar la vista cuando pasaron junto al uniforme vacío de Hyde, ni a levantarla para mirar hacia los demás grimorios de clase diez, que habían despertado de su estupor con la huida de las *Crónicas*. Un relámpago centelleó a través de la columna del *Librum Draconum* y una música tenue emanó del *Oraculis*, como carrillones agitándose con una brisa lejana.

Ella llegó primero al pasadizo y se detuvo en seco. El hedor a

podredumbre y piedra del malefactor anegaba la entrada. Todas y cada una de las fibras de su cuerpo se rebelaron ante la idea de seguir adelante, pero apretó la mandíbula, desenvainó *Asesina de Demonios* y continuó. Un momento después, una llama verde prendió en la mano de Nathaniel e iluminó la fina capa de sudor que le cubría la frente. Sonrió cuando corrió a ponerse a su lado, pero ella sabía que no era más que fachada. Estaba incluso más asustado que ella. Estaba a punto de enfrentarse a lo que poblaba sus pesadillas. Sin embargo, la expresión de hacía un minuto, casi de paz…

Se sintió inquieta.

—¿Qué te dijeron las *Crónicas*?

Él le echó un vistazo rápido, aunque apartó la vista con la misma velocidad y la clavó en el camino.

—Creo que lo habré imaginado. —Se rio de una forma muy poco convincente y después se obligó a contestar—: Quería que fuéramos con él. Que nos uniéramos a él. Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué demonios iba a quererlo?

Elisabeth vaciló. Las *Crónicas* solo habían hablado con Nathaniel. Dudaba que la invitación fuera extensible a los tres.

—Si vuelve a hablarte, prométeme que no le escucharás y que harás lo posible por bloquear su voz.

A Nathaniel se le movió la garganta al tragar saliva.

—Prometido.

Ella esperaba que bastara con eso, pero no las tenía todas consigo.

El malefactor no los estaba esperando; había seguido adelante. Cuando el túnel empezó a ascender, lo primero que oyó Elisabeth fueron las campanas de advertencia de la Gran Biblioteca tañendo con tristeza a través de la piedra, un sonido que le insufló valor en las venas, como si fuera fuego. Si los alcaides se habían organizado a tiempo, todavía quedaba esperanza.

El pasadizo acababa en una empinada escalera. Arriba, al parecer, el malefactor había salido a la fuerza por lo que quedaba de tierra, de modo que había creado una abertura irregular por la que se veía un círculo de cielo nocturno. Tras trepar por los adoquines rotos por la erupción, se encontraron en medio del caos de la batalla.

El frío golpeó a Elisabeth como una bofetada. Los cañones retumbaban y los fogonazos rojos iluminaban el patio cubierto de sal de la Gran Biblioteca. El aire sabía a pólvora. Los alcaides pasaban corriendo junto a ellos, demasiado ocupados para dedicarles una mirada. Entre cañonazo y cañonazo, unos gritos desgarradores se imponían al pitido de los oídos. Más adelante había un agujero en el muro; su maquinaria había quedado reducida a unas ruinas humeantes. Cuando Elisabeth miró a su alrededor para intentar ubicarse, un alcaide retrocedió por la brecha, tambaleante, mientras el gris se extendía por sus rasgos como si fuera escarcha. Cuando ya casi había llegado a las puertas, se convirtió en polvo.

El siguiente bombardeo iluminó a una figura que se alzaba sobre la muralla, con las puntas de las astas apuntando a la luna. De un movimiento lateral, las astas derribaron un cañón y lo lanzaron por los aires en medio de una lluvia de piedras.

Elisabeth dio un paso vacilante atrás. No parecía posible, pero…

—Se ha puesto enorme —gritó por encima del estruendo.

—Gana fuerza con cada vida con la que acaba —le respondió a gritos Nathaniel—. Cada vez será más grande y poderoso.

Se volvió hacia él mientras el viento le enredaba el pelo.

—Tenemos que detenerlo.

El magíster posó su mirada gris en ella durante unos segundos. Después asintió. Inclinó la cabeza y movió los labios. Unas nubes barrieron la luna y se tragaron las estrellas. Durante un instante, el viento se detuvo por completo. Una calma espeluznante se hizo con el patio cuando los cañones dejaron de disparar, incapaces de localizar su objetivo a oscuras. Incluso el tañido de la campana parecía amortiguado. En aquel silencio repentino, el encantamiento de Nathaniel pareció aumentar de volumen y las sílabas enoquianas rebotaban en los muros.

—Es el hechicero —gritó un alcaide—. ¡Ahí está!

Es lo que había temido Elisabeth: sin pruebas de la implicación de Ashcroft, Nathaniel parecía ser el responsable de la huida de las *Crónicas*. Mientras los alcaides corrían hacia ellos, ella se colocó delante de él con *Asesina* en la mano. Silas saltó del hombro de Nathaniel y se transformó en humano antes de caer al suelo.

Asesina de Demonios chocó contra la espada del primer alcaide

y la vibración le subió por el brazo. Él contaba con la ventaja de la habilidad, pero ella era más alta y fuerte. Usó con temeridad la espada para bloquear sus golpes hasta que se encontraron hoja contra hoja.

—¡Él no es el saboteador! —gritó por encima de las armas cruzadas.

El alcaide no la escuchó. Tenía las venas del rostro hinchadas mientras la empujaba y su espada se deslizó ruidosa y peligrosamente por el borde de *Asesina de Demonios*. Se le revolvió el estómago al darse cuenta de que quizá tuviera que luchar contra él en serio, puede que incluso arriesgarse a matarlo. No podía frenarlo durante mucho tiempo más sin que uno de los dos resultara herido.

Silas, que estaba cerca, esquivó con facilidad el golpe de otro alcaide y apareció detrás de él en el mismo instante. Agarró la muñeca del hombre y se la retorció. Se oyó un crujido nauseabundo, el alcaide chilló y soltó la espada. Antes de que el arma cayera, Silas ya había pasado al siguiente atacante, a la velocidad del rayo. Uno a uno, los alcaides cayeron como piezas de ajedrez alrededor de Nathaniel, gimiendo y acunando sus extremidades rotas.

El viento azotó el patio. Nathaniel alzó la cabeza, con el cabello alborotado y un brillo esmeralda alrededor de los ojos. El fuego le bailaba en la punta de los dedos. Él mismo parecía un demonio. Con los dientes apretados, masculló las últimas sílabas del encantamiento.

Elisabeth ahogó un grito cuando se vio flotar, cuando vio que las puntas de sus botas, ingrávidas, apenas rozaban los adoquines. La electricidad crepitaba en el aire, sobre su ropa, y le ponía el pelo de punta. La energía siguió acumulándose hasta que creyó que le estallarían los tímpanos… y entonces se liberó en una descarga que le recorrió el cuerpo, acompañada de un trueno que sonó como si el cielo se hubiera estrellado contra la tierra. La gravedad la devolvió al suelo mientras un relámpago se encendía al otro lado del muro. Golpeó una, dos, tres veces y siguió haciéndolo; cada uno de aquellos rayos cegadores y fulminantes se retorcía entre las astas del malefactor y le bajaba por el cuerpo como ríos de luz verde.

Cuando por fin cesaron los relámpagos, había demasiado humo

e imágenes residuales moradas para que Elisabeth viera lo que había sucedido. Pero hizo una suposición cuando un temblor sacudió el patio, como si algo pesado hubiera caído, y unos vítores brotaron de la muralla.

Elisabeth apartó al alcaide de un gran empujón. El hombre se tambaleó, vacilante. Otros alcaides habían llegado al lugar, pero no se acercaron, sino que se limitaron a mirar a Nathaniel.

El pecho del magíster subía y bajaba, agitado. Las chispas le revoloteaban alrededor; rayitos en miniatura le crepitaban entre las puntas de los dedos y los adoquines. Como si no bastara con eso, encima sonreía.

Uno de los alcaides dio un paso adelante.

—Quietos —ordenó una voz desde arriba.

Una mujer baja y fornida con el pelo muy corto los observaba desde una de las escaleras que subían en zigzag por el lado interior de la muralla. Saltó por encima de la baranda y aterrizó al lado de Elisabeth.

—La batalla todavía no ha terminado —dijo con autoridad— y estas dos personas no son nuestro enemigo. Los que todavía podáis andar, hacedle hueco en la muralla al hechicero. Es un magíster. Lo necesitamos. —Como ninguno reaccionaba, gritó—: ¡Moveos!

Antes de que Elisabeth pudiera responder, la urgieron a subir la escalera junto a Nathaniel. La alcaide al mando los miraba de reojo.

—No hagan que me arrepienta. ¿Alguno de los dos ha visto al director?

—El malefactor lo ha matado —respondió Elisabeth con voz ronca.

Ella parecía triste, aunque no sorprendida.

—Supongo que eso significa que ahora soy la directora. —Hizo una pausa y miró a Silas antes de volver a Nathaniel—. Es su demonio, ¿no?

—Ah —respondió el joven mientras se sacudía las últimas chispas de los dedos. Evitó mirar a los alcaides heridos que todavía rondaban por el patio agarrándose las piernas rotas—. Me temo que sí, directora.

La alcaide (la nueva directora) tenía el ceño fruncido. Elisabeth se preparó para el desastre, pero lo único que respondió la mujer fue:

—Es un poco pequeño.

Dicho lo cual, siguió con la vista al frente.

Las botas hicieron retumbar la rejilla metálica. Cuando llegaron arriba, el humo se alzaba sobre ellos en nubes pestilentes. Entre la bruma, los alcaides que manejaban los cañones no eran más que manchas oscuras medio visibles a la luz de las antorchas. Elisabeth corrió a las almenas y bajó la mirada. Una masa humeante yacía tirada en la base de la muralla, rodeada de barricadas hundidas cuyos pinchos combaban el humo que se llevaba el viento. Sin embargo, el malefactor caído no se había convertido en ceniza.

—No está muerto —gritó.

—Le estaría muy agradecida si lo matara del todo, magíster —dijo la directora—. Lo más rápido posible, por el bien de todos.

Ocultos por el humo, Nathaniel y Elisabeth se observaron. Ella sabía la verdad: era imposible contener a un monstruo tan peligroso. Ashcroft no les había dado ninguna oportunidad. Se imaginaba las *Crónicas* sueltas y desbocadas por Brassbridge, destrozando torres con las garras, y dejando un reguero de muertos y moribundos a su paso. ¿Cómo sería en comparación con una invasión de demonios? ¿Cuántas víctimas, cuánta destrucción? No lo sabía. Era como si se encontrara detrás de una balanza, con los ojos vendados, y fuera responsabilidad suya sopesar un desastre con el otro, elegir la forma en que acabaría el mundo. Mientras Nathaniel y ella se miraban a los ojos, el destino de miles de personas pendía de un hilo ante ellos y no había tiempo ni para hablar ni para pensar, solo para actuar.

—Sí —dijo, y cada palabra fue una agonía—. Hazlo.

—Dudo que sirva de algo lanzarle más rayos —respondió Nathaniel tras volverse de nuevo hacia la directora—. Tendré que hacer algo distinto. Deme un momento.

Cerró los ojos. Elisabeth cerró la mano libre, retrocedió un paso y se puso al lado de Silas. Él miraba por encima de la muralla con el rostro inmutable y el viento agitándole el pelo, que empezaba a salírsele de la cinta. Ella se aferró a una última esperanza.

—¿No hay nada que puedas hacer?

—No soy capaz de obrar milagros, señorita Escriba. —Apenas movió los labios al hablar, como si de verdad se los hubieran tallado en alabastro—. No puedo luchar contra la criatura; es una

creación de mi anterior señor. Las órdenes de Baltasar me lo prohíben, aunque hayan transcurrido siglos desde su muerte.

A ella se le ocurrió una idea, aunque vaciló. Lo que decía Silas no era del todo cierto. Si lo liberaba de su servidumbre, ya no estaría obligado a cumplir las órdenes de Baltasar… ni de nadie. Podría evitar que aquello sucediera. Tendría poder para salvarlos a todos.

—Pero no lo haría —murmuró—. Ya sabe que no lo haría.

Su tono la frenó en seco.

—Lo siento —dijo ella, aunque no estaba segura por qué, si por la idea que se le había ocurrido o por el hambre que veía en la mirada de Silas.

Él agachó la cabeza. Entonces, de repente, abrió mucho los ojos.

—Abajo —gritó—. ¡Abajo!

Era la primera vez que lo oía alzar la voz. Todo se volvió del revés cuando los agarró a Nathaniel y a ella, y los lanzó al suelo. El malefactor se alzó sobre la muralla; le brotaba humo de la boca y de las ranuras de las fosas nasales, y los ojos despedían un verde nauseabundo y necromántico. Silas los aplastó todo lo que pudo justo cuando un brazo colosal barría las almenas. El viento aulló sobre Elisabeth, aporreándole los sentidos y desgarrándole la ropa. Una horrible succión gris le desdibujó la consciencia; era como si su vida fuera una vela azotada por una ventisca. Perdía el oído y la vista. Hubo una erupción de llamas verdes antes de que el mundo se abriera y se fragmentara como un caleidoscopio. Retazos de sonido. Movimiento. Una voz.

—Elisabeth. —La voz pertenecía a Nathaniel, que hablaba con emoción apenas contenida—. Elisabeth, ¿me oyes?

Su rostro flotaba sobre el de la joven como una pálida mancha borrosa recortada en la oscuridad. Tenía la mejilla tiznada de hollín y unas brasas verdes daban vueltas por el aire nocturno detrás de él. La acunaba con un brazo mientras, con el otro, le apretaba la mano, desesperado. Ella se quedó sin aliento cuando se vio los dedos, arrugados y sin color. Sin embargo, mientras los observaba, el contacto del malefactor fue perdiendo efecto. Recuperó la sensibilidad en la mano, acompañada de diminutos pinchazos.

Nathaniel la ayudó a levantarse cuando intentó hacerlo sola. A su alrededor, destrucción. Las llamas esmeralda lamían las almenas

y bailaban sobre los uniformes vacíos tirados por la muralla. Se oyó un único cañonazo y un grito le retumbó en los oídos: el malefactor. Cerca de ella, la directora ladraba órdenes e intentaba reunir a los alcaides supervivientes.

—Estoy bien —dijo Elisabeth mientras aferraba mejor *Asesina de Demonios*—. Estoy preparada.

Nathaniel tenía una expresión peculiar. Miró de reojo a Silas y dio un paso atrás. Ella empezó a protestar antes incluso de que él hablara.

—Voy a alejarlo de aquí…

—No.

—Tengo que hacerlo. Soy la única persona a la que no afecta su magia.

—Espera —insistió ella—. No deberías. La voz… Puede que no seas capaz de resistirte a ella.

—No te preocupes. Tengo una idea. No hay tiempo para explicaciones, pero… —Empezó a darle la espalda y un látigo abrasador le apareció entre las manos; su luz lo transformaba en una figura alta y esbelta. Lo último que vio de él fue la sombra de una sonrisa—. Confía en mí.

El malefactor, que estaba un poco más adelante, terminó de arañar la torre y se volvió mientras le caían por los hombros trozos de piedra. Aunque se parecía al espíritu del musgo que habían visto en el Bosque Negro, la corteza que tenía por piel estaba oscurecida y podrida, se abría en algunos puntos y dejaba al descubierto un brillo verde interior. Nathaniel, que caminaba hacia él, parecía diminuto en comparación y su látigo, un simple hilo de luz.

Elisabeth no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados. Se metió la espada en el cinturón y corrió hacia el cañón más cercano, cuyo anterior operario ya no era más que un uniforme y un puñado de polvo. Apartó los restos y se subió al asiento del artillero.

El aparato no tenía nada que ver con los cañones de estilo medieval sobre los que había leído en los libros. Como el resto de los mecanismos de la Gran Biblioteca, era un instrumento complejo repleto de engranajes y pistones. Agarró una rueda y probó a girarla a la izquierda; su frío metálico le heló los dedos. La maquinaria, ruidosa, cobró vida y sacudió el asiento con tal violencia que no salió volando porque estaba bien sujeta a la rueda. Tras un gruñido

de protesta, el cuerpo del cañón viró varios metros a la izquierda. Ahora, arriba. Tiró de una rueda cercana y el cañón apuntó hacia arriba. Solo quedaba una palanca junto a su cadera. Tenía que ser lo que disparaba el cañón.

El látigo de Nathaniel se desenrolló, listo para golpear, pero el joven no lo usó. Se quedó quieto, mirando al malefactor que se alzaba ante él. A Elisabeth le dio un vuelco el corazón al recordar su rostro absorto en la cámara. «Muévete —le urgió—. Lucha».

En el silencio, el bosque exhaló. El viento se arremolinó sobre la muralla, apestando a podredumbre, como si hubiera brotado de la boca de un cadáver. Las ramas se doblaron. Las ramas crujieron. Y una voz susurró:

—Espinosa…

—¡No le escuches! —gritó Elisabeth.

El pulso se latía contra el cuello del abrigo cuando bajó la palanca.

Del interior del mecanismo surgió un sonido traqueteante, como eslabones de una cadena elevándose. El cañón se estremeció y la abertura ardió con una luz roja. Entonces, se sacudió con el retroceso, lo que la dejó con los dientes castañeteando y el brazo dormido hasta el codo. Aun así, consiguió no soltarlo.

Se oyó un silbido agudo y fino, y después un golpe. Se levantó y se agarró a la rueda para mantener el equilibrio. La luz verde hervía alrededor de una bola metálica empotrada en el pecho del malefactor. Elisabeth sabía que la bala de cañón debía de ser enorme, pero, contra la figura colosal del monstruo, parecía una canica.

El malefactor apenas reaccionó y ella empezó a preguntarse si su idea era una tontería. Entonces, la bola de cañón estalló.

El monstruo chilló cuando las astillas de su piel de corteza salieron volando. Una nube blanca se formó alrededor del cráter dejado por la bala: sal. La bala de cañón era una bola de sal cubierta de hierro.

Mucho más abajo, Nathaniel sacudió la cabeza como si intentara librarse de unas telarañas. Tensó los hombros y atacó con el látigo. La llama crepitó al enroscarse en una de las muñecas del malefactor. Tiró para desequilibrar al monstruo y alzó la otra mano, que soltó una ráfaga volcánica de fuego verde. El malefactor estuvo

a punto de caer, pero se sujetó clavando las garras en una almena. Mientras caían las brasas humeantes, miró a Nathaniel a los ojos, lo bastante cerca de él para agarrarlo.

—Te conozco —susurró en vez de hacerlo—. Hijo de la casa Espinosa, señor de la muerte.

—No —graznó él, y dio un paso atrás.

—¿Por qué ocultas tu naturaleza? ¿Por qué rechazas la llamada de tu sangre?

Elisabeth sintió una puñalada de terror en el pecho.

—¡Nathaniel! —gritó.

Él no reaccionó, ni siquiera parecía oírla.

—Ya veo —repuso el malefactor—. Quieres salvar a la muchacha que amas. Pero ya sabes la verdad de la magia: no hay poder mayor que el que nace del sufrimiento. —Se acercó más a él; su boca de dientes afilados no dejaba de echar humo—. Únete a mí —susurró—. Señor de la muerte, conviértete en la oscuridad que te atormenta. Mata a la muchacha.

Nathaniel movió el brazo hacia su costado mientras el látigo se apagaba. Se giró poco a poco. Elisabeth no reconoció su expresión. Tenía el abrigo desgarrado y los ojos ribeteados de rojo.

Con la boca seca, la joven giró las ruedas y apuntó con el cañón. Bajó de nuevo la palanca. Mientras Nathaniel avanzaba hacia ella, las llamas le bailaban sobre los hombros y le descendían por los brazos como flores de una planta extraña y traslúcida.

El cañón tosió. Las piedras saltaron a pocos metros del malefactor. Había fallado. No podía apuntarle a la cabeza sin arriesgarse a darle a Nathaniel.

Unas llamas verdes iluminaron la muralla. El cielo sobre ellos hirvió con una masa de nubes de tormenta. Rodeado de una corona de fuego, el magíster parecía intocable, apenas humano.

A Elisabeth le temblaron las manos sobre los controles.

—¡Nathaniel, para!

No la escuchaba. Mientras seguía avanzando, los relámpagos recorrieron el cielo y trazaron arcos eléctricos entre los picos de las montañas. La tierra tembló cuando la nieve se desplomó en avalancha desde una cresta cercana y derribó los árboles que salpicaban la cuesta con la fuerza suficiente para arrasar una aldea. Elisabeth no había visto nunca una destrucción tan brutal. Peor aún,

Nathaniel ni siquiera parecía ser consciente de lo que estaba haciendo.

De repente, se le ocurrió algo horrible. Podía ajustar la puntería del cañón. Las balas eran de hierro; si le disparaba una, no podría detenerla. Si eso era lo que había que hacer, si era el único modo de acabar con aquello, de evitar que se convirtiera en otro Baltasar…

Una mano fría la detuvo.

—Espere —dijo Silas.

Llevaba el pelo suelto, al viento. La joven no entendía cómo podía estar tan tranquilo.

Tenían a Nathaniel casi encima. La magia le velaba los ojos. Las llamas se le paseaban por el cuerpo como si fueran una capa. En cuestión de segundos, sería demasiado tarde para detenerlo.

—Elisabeth.

La voz le retumbaba, henchida de poder e irreconocible. Extendió la mano. El fuego retrocedió y le dejó la manga libre para que pudiera cogérsela.

«Confía en mí», le había dicho.

Recordó el día que se conocieron, cuando él le ofreció la mano y ella vaciló, segura de que le haría daño. Pero él nunca había sido capaz de llevar a cabo los horrores que se había imaginado, los actos malvados… No Nathaniel, no su Nathaniel, aquel joven al que tanto torturaba la oscuridad de su interior porque, en realidad, era una buena persona.

Oyó de nuevo las palabras del malefactor: «La muchacha a la que amas». La verdad de aquella afirmación le resonó dentro como el tañer de una campana.

Despacio, bajó del cañón. El calor hacía titilar el aire, pero no sintió dolor. Era como si se hubiera puesto una armadura, como si fuera invencible. Avanzó hacia las llamas esmeralda, que se abrieron para dejarla pasar, curvándose como olas encrespadas para no tocarla. La mano de Nathaniel esperaba, extendida.

Sus dedos se encontraron. Él cerró los ojos. Entonces fue cuando lo vio: el frasco de Prendergast, vacío, sobre su pecho.

El malefactor aulló de furia al percatarse del truco, aunque ya era demasiado tarde. Corrió hacia ellos con la boca abierta, su cabeza cada vez más cerca, su aliento fétido sobre ellos, hasta que la magia se apoderó de ellos y Harrows desapareció.

Treinta y cinco

Elisabeth, Nathaniel y Silas se materializaron en un salón desconocido, en medio de un grupo de mujeres que disfrutaban del té de la tarde. Al menos, disfrutaban de él hasta que la cabeza cercenada de las *Crónicas* aterrizó en su mesa de centro.

El golpe aplastó las patas de garra de la mesa e hizo temblar la porcelana guardada en los armarios con puertas de espejo de la habitación. Decapitado a la altura del cuello, con las astas cortadas, el malefactor parecía un trozo de carbón del tamaño de un canto rodado. Elisabeth lo miró, conmocionada, y supuso que se había acercado lo suficiente a Nathaniel como para quedar atrapado en el hechizo. Pero estaba claro que la magia de Prendergast no había sido capaz de transportar entre dimensiones algo tan grande como el cuerpo entero del malefactor, así que solo había llegado la cabeza. Al relajársele los músculos, al monstruo se le salió la lengua de la boca, que cayó sobre la alfombra como una babosa gigantesca y brillante.

Alguien dejó caer una cucharilla. Las mujeres estaban petrificadas, con los vestidos de seda salpicados de tinta negra. Ninguna dijo nada cuando la cabeza empezó a desintegrarse y a escupir brasas sobre el revestimiento de la pared.

—Discúlpenme, señoras —dijo Nathaniel.

Después hizo una reverencia con la que se le soltó un poco de hollín del pelo. A continuación, puso los ojos en blanco y procedió a desmayarse de bruces en el suelo.

Ahí empezaron los chillidos. Las tazas de té salieron volando. Mientras las mujeres huían de la habitación entre tropezones con el borde de la alfombra, Elisabeth se hincó de rodillas junto a Nathaniel y lo hizo rodar para ponérselo en el regazo. Tenía cada centímetro de piel tiznado de hollín. El abrigo, achicharrado, todavía humeaba un poco y el fuego le había chamuscado las cejas. En algún momento se había cortado en la frente; la joven no sabía ni cuándo ni cómo, pero tenía la cara cubierta de sangre. Le acercó los dedos al cuello y se relajó al comprobar que su pulso era firme.

—¿Este era su plan? —le preguntó a Silas, y señaló la cabeza del malefactor.

Como si su gesto fuera la gota que colmaba el vaso, la cabeza se desmoronó y quedó reducida a un montón de cenizas.

Tras mirar a Nathaniel, Silas suspiró.

—A decir verdad, señorita, sospecho que no tenía plan alguno, sino que improvisaba sobre la marcha.

—Aj. ¿Dónde estamos? ¿Alguien lo sabe? —preguntó Nathaniel al abrir uno de sus ojos grises, de una palidez sorprendente en contraste con la cara manchada de hollín y sangre. Miró a su alrededor, suspicaz, como si no estuviera seguro de querer levantarse ya, y entonces abrió el otro ojo, despacio, y lo clavó en el de Elisabeth—. Hola, peligro andante.

Ella se rio, temblorosa de alivio. Mientras le acariciaba el pelo para apartárselo de la cara, que estaba pegajosa, sintió una ternura insoportable.

—Yo también te quiero —le dijo.

Nathaniel frunció el ceño. Después volvió la cara a un lado y parpadeó varias veces.

—Gracias a dios —dijo al fin—. Creo que el amor no correspondido no me habría sentado bien. Podría haber empezado a escribir poesía.

Elisabeth siguió acariciándole el pelo.

—Eso no suena tan mal.

—Te aseguro que todo el mundo lo habría encontrado más desagradable que la necromancia.

Ella se rio de nuevo sin poder evitarlo. Se sentía imbuida de una felicidad chispeante, ligera, como el sol de una mañana de primavera después de que cesara la lluvia y se alejaran las nubes,

cuando el mundo se veía nuevo, limpio y reluciente, transformado en su mejor versión, de una belleza sobrecogedora. La inmensidad de aquel sentimiento hizo que le dolieran las costillas. Se pasó los nudillos por la mejilla, consciente de que Silas los observaba.

Nathaniel la miró de reojo.

—Escriba, sé que estoy imponente aquí tirado, en el suelo, cubierto de sangre, cosa que, según me cuentan, algunas chicas consideran atractivo, curiosamente, y si eres una de ellas no te voy a juzgar, pero, por favor, no llores. No es más que una herida superficial. Volveré a luchar contra el mal en cuestión de minutos.

Ella se sorbió los mocos.

—No estoy llorando. Es que me pican los ojos. Hueles fatal.

—¿Qué? Yo nunca huelo fatal. Huelo a sándalo y seducción masculina. —Levantó la cabeza para olerse y amagó unas arcadas —. Olvida lo que he dicho.

—La próxima vez, quizá debiera considerar la posibilidad de no prenderse fuego, señor —comentó Silas.

Se oyó un estrépito en el pasillo. Un par de criados aparecieron en el umbral, uno de ellos armado con una espada antigua que parecía sacada de la repisa de la chimenea y que le temblaba en las manos.

—Ríndase sin oponer resistencia, hechicero —anunció después de una mirada de ánimo de su compañero—, y no le haremos daño.

Nathaniel entornó los ojos.

—Me suena tu cara. ¿Estamos en la mansión de lady Ingram?

«Eso espero», pensó Elisabeth, porque la mancha de tinta de la alfombra parecía permanente.

—Pues… —dijo el criado de la espada, vacilante.

—Excelente.

Antes de que Elisabeth pudiera detenerlo, el magíster se puso de pie y miró a su alrededor mientras se balanceaba peligrosamente. Ella lo tomó de un brazo y Silas, del otro. Sin darse cuenta, al parecer, de que no podía caminar solo, se dirigió a la puerta mientras explicaba:

—Pretendía que el hechizo nos dejara cerca de la Biblioteca Real. Estamos a pocas manzanas de distancia.

Elisabeth recordaba el mapa de Austermeer en el que Katrien había dibujado un signo de interrogación junto a la Biblioteca Real,

en el centro.

—Ahí es donde Ashcroft concluirá la invocación —comprendió —. Está en el centro del pentagrama.

—Exacto. Espero haber estropeado el ritual al llevarnos con nosotros parte de las *Crónicas*, pero era tan grande que quizá se liberara la suficiente energía demoníaca en Harrows, de todos modos.

—Entonces no podemos perder el tiempo.

Un reloj de pie marcaba la hora en la esquina. Como en una nube de irrealidad, vio que solo eran las ocho y media de la tarde. Lo que en Harrows le habían parecido años, en realidad había durado un par de horas.

Cuando se acercaron, el criado los amenazó con la espada, aunque sin muchas ganas. Puso cara de alivio cuando Elisabeth la agarró por la hoja y se la quitó de la mano. Después examinó el arma, que no servía para nada, y la metió en el paragüero que estaba de camino a la puerta.

Salieron a un sueño de invierno. La noche se llenó de risas cuando una familia pasó en grupo junto a ellos, envuelta en mitones y bufandas, con los patines de hielo colgados de los dedos. Un único carruaje avanzaba en dirección contraria y la nieve amortiguaba hasta casi silenciar los cascos del caballo. Había velas encendidas en las ventanas de las casas de la calle, lo que permitía vislumbrar el interior: una mujer que dejaba a un bebé en un moisés, un sabueso que dormitaba frente a una chimenea, al lado de la pantuflas de su amo. El aliento de Elisabeth formó una nube blanca en el aire.

Aquella sensación de paz fue desconcertante. Durante un momento, se quedó desorientada, como si hubiera alucinado todo lo sucedido desde que salieron de Brassbridge.

Entonces, la luz alcanzó los tejados de las torres cercanas. Se protegió los ojos cuando prendió la estatua de un pegaso piafante, deslumbrante contra el cielo oscuro, como una lentejuela de bronce cosida en terciopelo. Las ventanas de la torre emitieron destellos dorados y rosas cuando la luz siguió derramándose por ella. Cuando llegó a la altura de la calle, barrió la nieve y la transformó en una cortina de diamantes cegadora que brillaba en las ramas heladas de los árboles. Se le cortó el aliento. Pensó instintivamente: «Está saliendo el sol». Pero no, no podía ser.

El caballo que tiraba del carruaje piafó y se asustó con el brillo, lo que hizo tintinear sus riendas. La familia que había pasado junto a ellos se volvió para lanzar exclamaciones de asombro. Las puertas de toda la calle se abrieron; los vecinos asomaban la cabeza y se protegían los ojos con la mano mientras proyectaban largas sombras sobre la nieve.

—¡Mirad! —gritó alguien—. ¡Magia!

Unas cintas doradas luminosas bailaban por el cielo, entre centelleos y ondulaciones, lo que le recordó a Elisabeth la descripción de la aurora boreal que había leído en una ocasión. Era asombroso. Espectacular. Un amanecer en el fin del mundo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Los músculos de Nathaniel estaban en tensión.

—Combustión etérea. Materia del Altermundo que arde al entrar en contacto con el aire de nuestro mundo. —Vaciló—. Nunca había visto una reacción tan potente, solo había leído al respecto.

Silas se escabulló por debajo del brazo de Nathaniel y salió a la acera, donde alzó el rostro hacia la luz. Le bañó las facciones y diluyó sus ojos amarillos. Parecía casi anhelante, como un ángel que contempla el cielo sabiendo que no volverá a pisarlo. Simplemente dijo:

—El arconte ya está aquí.

Elisabeth y Nathaniel se miraron. Después salieron corriendo, patinando y tropezando por la nieve. Durante un instante horrendo, la joven temió que Silas se quedara atrás, absorto, pero ya estaba de nuevo a su lado y sujetó el codo del magíster sin esfuerzo antes de que resbalara en el hielo.

—Su presencia ha abierto una grieta en el Altermundo —les explicó—. Cuando se libere del círculo de invocación, el velo entre los dos mundos se romperá sin remedio.

—Pero ¿todavía no ha sucedido? —preguntó Nathaniel.

Silas negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Entonces, todavía podemos evitarlo —dijo Elisabeth.

Silas la miró durante un instante y después apartó la vista. Observó con una expresión inescrutable a su señor y ella se preguntó en qué estaría pensando.

—Lo intentaremos, señorita Escriba.

Los peatones abarrotaban la calle que pasaba por delante de la

Biblioteca Real; eran patinadores que regresaban del río con las mejillas sonrosadas y las bufandas crujientes de nieve. Todo el mundo miraba hacia la cúpula que cubría el patio interior. La luz resplandeciente había quedado reducida a un brillo pálido que daba vueltas dentro del cristal y bañaba la zona en un crepúsculo acuoso. Las cintas doradas todavía bailaban alrededor del edificio, entre las estatuas de mármol y las volutas talladas, pero cada vez eran más tenues, lo que arrancó suspiros de decepción de la multitud allí reunida.

A Elisabeth se le formó un nudo en el estómago. La imagen era preciosa, sin duda. Y no podía ser menos oportuna. Por lo que veía, aquellas personas pensaban que se trataba de un espectáculo de magia diseñado para ellas.

—¡Váyanse de aquí! —gritó mientras se abría paso con el hombro—. ¡Huyan! ¡Están en peligro!

Algunos se giraban para mirarla, desconcertados; la mayoría ni siquiera podía oírla por encima del barullo. Y había otro sonido más fuerte que ahogaba todo lo demás, un sonido como de saltamontes estridulando en un campo, que subía de volumen y caía sobre ellos. Gritos.

Por fin, la gente empezó a correr, pero no se movía lo bastante deprisa. Los presentes se desperdigaron en distintas direcciones cuando un demonio menor saltó rugiendo y mordiendo entre ellos; le brillaban los dientes bajo aquella luz fantasmal. Con el rabillo del ojo, Elisabeth vio que una niña tropezaba con un patín tirado en el suelo y caía, y que los ojos rojos del demonio se fijaban en ella. Soltó a Nathaniel y se abalanzó sobre él sin pensárselo dos veces, espada en mano.

El demonio se volvió para enfrentarse a ella y solo vaciló cuando la hoja de *Asesina* se le clavó en uno de los cuernos y siguió cortando, separando hueso y tendones como si fueran de mantequilla, y no paró hasta que el fragmento dio contra los adoquines, humeante. Elisabeth trastabilló hacia atrás y se preparó para el contraataque del demonio, pero no lo hubo. Su cuerpo se derrumbó sobre la calle, sin vida. Había estado a punto de partirlo por la mitad.

Entonces vio a otro diablillo de pie sobre una mujer que gritaba, pero el demonio cayó y se le apagó la luz roja de los ojos antes de

que pudiera actuar. No entendió lo que pasaba hasta que una mancha pálida pasó a toda velocidad y un tercer demonio se derrumbó, sin vida. Silas recorría la muchedumbre como un bailarín, dejando caras de asombro a su paso. Sus uñas reflejaban la luz al atacar y desgarrarle el cuello a los diablos antes, incluso, de que lo vieran llegar. Sintió un escalofrío de asombro, seguido de una primitiva punzada de miedo. Estaba entreviendo al Silas de antes, al que dejaban suelto en un campo de batalla, rodeado de lanzas y banderas, y transformaba el frente en una implacable danza de la muerte. Solo que, por aquel entonces, eran los humanos los que sangraban con cada golpe de garra.

Como si percibiera la mirada de Elisabeth, se detuvo lo justo para saludarla con la cabeza. Ella le devolvió el saludo y le dio la espalda, convencida de que él se encargaría de los demonios a los que ella no llegara.

Vio un destello de luz esmeralda; el látigo de Nathaniel había restallado a su lado. Él se tambaleaba un poco, pero le dedicó una sonrisa temeraria en la que la blancura de sus dientes destacaba sobre la cara manchada de hollín. Le murió una objeción en los labios cuando el látigo atacó a un diablo que amenazaba a un grupo de personas. Crepitando y escupiendo brasas, tiró del demonio y lo colocó delante de la espada de Elisabeth.

Derribó al demonio sin vacilar. Le latía el pulso en los oídos. Después de la batalla de Harrows, aquello parecía un juego de niños. Ya nada podía detenerlos.

Se abrieron paso hasta la biblioteca, ganando terreno poco a poco. Los innumerables golpes le habían dejado los brazos entumecidos y la sangre vibrándole en las venas. Cada vez que un demonio iba a por ella, el látigo de Nathaniel lo apartaba. Y siempre que uno cargaba contra él, Elisabeth lo recibía con su espada. Docenas yacían a sus pies.

Pero no era suficiente. Seguían llegando más, una corriente demoníaca continua que bajaba por los escalones de la Biblioteca Real y saltaba a través de sus ventanas en un estallido de cristales de colores. Entre los tres estaban manteniéndolos a raya, pero no podían entrar sin dejar a los diablos sueltos por la ciudad.

Elisabeth notó el aliento caliente de Nathaniel en la oreja.

—Entretenlos.

Antes no habría entendido su petición. Ahora, se giró sin vacilar y bloqueó al demonio que se abalanzó sobre él cuando el magíster hincó una rodilla en el suelo y apoyó la mano en los adoquines. El pelo le cubría la frente y lo ocultaba todo menos el perfil recto de los pómulos y la boca torcida en una mueca de concentración.

La magia cortó el aire. Elisabeth derribó al diablo de un golpe. Ahora que nada le tapaba la vista, fue testigo del momento en que el hechizo de Nathaniel hizo efecto.

Una hilera de bibliotecarios encapuchados tallados en bajo relieve decoraba la fachada de la biblioteca, de un extremo al otro. Mientras los miraba, levantaron la cabeza y apretaron con más fuerza el farol de piedra que llevaban en la mano. El mármol se desmoronó cuando se liberaron del edificio y dieron un paso adelante, marchando como un regimiento sin rostro hacia la refriega. Mientras caminaban, canturreaban una endecha solemne que le retumbaba en los huesos como el giro de una piedra de molino.

Sobre ellos, las estatuas de los ángeles se estiraron, suspiraron y desplegaron las alas. Sus rostros serenos se volvieron para contemplar el campo de batalla. Uno se bajó de su puesto y lanzó por los aires a un diablillo. Otro, sin aspaviento alguno, agarró la esquina de una cornisa esculpida y la arrancó del edificio para después tirársela a un demonio con tal fuerza que lo dejó aplastado en el suelo. Santos y frailes se unieron a la batalla lanzando de todo, desde quemadores de incienso de mármol a volutas de piedra. Las gárgolas se apearon de sus desgastadas repisas para hacer frente a los demonios.

Los aullidos de dolor rasgaron la noche cuando cambió el curso de la batalla. Era como el hechizo que había usado en Summershall, pero multiplicado por cien. No solo había insuflado vida a las estatuas de la Biblioteca Real, sino que había creado un ejército entero a sus órdenes.

Boquiabierta, Elisabeth casi no se fijó en el demonio que corría hacia ellos hasta que fue demasiado tarde. Evitó con torpeza sus mandíbulas y vio que sus zarpas la atacaban desde el otro lado. Entonces, algo parecido a un gong le resonó en los oídos y el demonio salió volando y acabó aplastado por los cascos de bronce del pegaso de lo alto de la torre. Tras su victoria, sacudió la crin y

levantó las patas delanteras. El suelo tembló cuando las volvió a bajar y dejó los adoquines agrietados por toda la plaza.

—Eso debería mantenerlos ocupados —dijo Nathaniel.

Después se puso de pie, pero perdió de repente el color de la cara, que adquirió un horrendo tono blanco.

Elisabeth lo sujetó antes de que se cayera. Su cuerpo emanaba calor, incluso a través del abrigo, como si de nuevo tuviera fiebre.

—Demasiada magia —dijo arrastrando las sílabas, mientras se le cerraban los párpados—. Necesito un momento.

Se le formó un nudo en el pecho. Apenas unas horas antes, el joven era incapaz de levantarse de la cama. Desde entonces, los había transportado no una, sino dos veces, de una punta a otra del reino. Había invocado fuego y relámpagos, y había despertado a un ejército de piedra. Era un milagro que hubiera permanecido en pie hasta entonces.

—¿Puedes seguir?

—Por supuesto que sí. —Le dio una palmadita en el brazo para tranquilizarla—. Puede que esté inservible, pero quizá mi apostura resulte ser crítica para la moral. ¿Silas?

Silas, como salido de la nada, se transformó en gato y se le subió al hombro. Nathaniel tomó aire para darse fuerzas y se enderezó, de repente muy mejorado.

—Silas es el conducto de mi magia —explicó, sonriente—. En momentos como este, puede prestarme parte de su fuerza.

Elisabeth sintió el impulso de besar a Silas, pero la expresión de sus ojos amarillos le dejó claro que nadie lo había intentado antes y sobrevivido. Una vez segura de que Nathaniel podía andar solo, subió los escalones de dos en dos y esquivó a un diablo que caía rodando en sentido contrario. La batalla les había hecho perder unos minutos muy valiosos. No se permitió pensar que quizá ya fueran demasiado tarde.

La imagen que la esperaba arriba la detuvo en seco. La enorme entrada conducía al patio interior y estaba rodeada de estanterías del suelo al techo que se reflejaban en las baldosas pulidas. Sin embargo, al fondo, donde debería haber estado el arco, se veía un cielo cobalto salpicado de estrellas. Los libros sueltos flotaban alrededor de los bordes del portal, que parecía abierto con un cuchillo. Mientras lo observaba, un diablillo de escamas verdes se

abrió paso por la abertura y correteó estantes arriba para observarlos desde allí con unos relucientes ojos de ónice.

—Eso es una grieta que da al Altermundo, ¿verdad?

—Seguramente, una de muchas —respondió Nathaniel entre jadeos cuando llegó a su lado—. Tenemos que encontrar otra forma de entrar.

—No la hay. No sin la llave de un bibliotecario mayor.

Las llaves de Harrows que todavía le tintineaban dentro del bolsillo no entrarían en las cerraduras de las puertas interiores de la Biblioteca Real. Miró a su alrededor para observar los pasillos adyacentes que se repartían a derecha e izquierda. Llevaban a cámaras de estudio, salas de reuniones, los armarios de suministros de los que sacaba la mopa y el cubo todas las mañanas…

Dejó escapar un jadeo ahogado.

—Sé adonde ir. Seguidme.

Dobló la esquina sin mirar atrás.

Nathaniel le pisaba los talones.

—Si vas a atravesar otra estantería, asegúrate primero de que yo no esté en medio.

—No hará falta. Voy a pedírselo con amabilidad.

Sin prestar atención a su cara de pasmo, buscó con la mirada unos estantes concretos. Ojalá hubiera prestado más atención aquel día. ¿Dónde estaban Gertrude y ella cuando sucedió? Siguió adelante, dejando atrás otras grietas que recorrían las paredes y el techo del pasillo, como si los hubiera desgarrado un monstruo invisible con sus zarpas. La influencia del Altermundo se colaba en la biblioteca por todas partes. Los bustos de los antiguos directores se habían levantado de sus pedestales y flotaban en ángulos surrealistas. Las velas colgaban del aire y las cortinas se hinchaban con un viento inexistente. Intentó no pensar en por qué no sonaba la campana, en por qué no veía a nadie por los pasillos; era demasiado fácil imaginarse a los bibliotecarios absorbidos por la inmensidad estrellada del Altermundo, desaparecidos para siempre.

Allí. Allí era donde los estantes se habían abierto para desvelarle un pasadizo secreto. Aunque no sabía si lo había activado sin pretenderlo, apoyó la palma de la mano en los grimorios y la frente en sus lomos.

—Por favor —jadeó—. Dejadme entrar.

El calor atravesó el cuero y le tocó la piel. Los libros se estremecieron, como si susurraran entre ellos para llevar el mensaje hasta el exterior. Elisabeth dio un paso atrás y el panel se abrió.

Nathaniel se rio, asombrado. Cuando lo miró, vio que él la miraba a su vez con ojos relucientes. Así la había contemplado en el baile, cuando la había visto por primera vez con el vestido.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Sabía que hablabas con los libros. Lo que no sabía era que te escuchaban.

—Hacen más que escuchar.

Las tablas del suelo crujieron cuando entró en el pasadizo. Respiró hondo para saborear el polvo del aire, cerró los ojos y visualizó la Biblioteca Real como si fuera su propio cuerpo, con sus bóvedas de techos altos, sus habitaciones secretas y sus innumerables misterios, con la magia que fluía por su interior.

—Hemos venido para evitar que Ashcroft invoque al arconte —anunció a las paredes que la rodeaban, sintiéndose mucho menos tonta de lo que temía. De algún modo, sabía que algo la escuchaba —. Lo que está haciendo… nos destruirá a todos. Sé que ya os está destrozando. ¿Podéis llevarnos hasta él?

Era la primera vez que intentaba algo así: hablar no solo con un libro, sino con todos ellos, solicitar la ayuda de la biblioteca. No sabía si funcionaría. Una brisa pasó junto a ella y agitó una telaraña que le acarició la mejilla como una mano insustancial. Y entonces…

Un escalofrío hizo temblar el suelo. Elisabeth abrió los ojos de par en par cuando la madera del pasadizo empezó a crujir y chirriar. A su alrededor, las tablas se ondulaban como teclas de piano al tocarlas y deformaban las paredes. La transformación siguió adelante levantando polvo y abriendo un camino que antes no estaba allí. El pasadizo se reorganizaba para enseñarles el camino.

Ella echó a correr.

—¡Vamos!

A su lado, Nathaniel conjuró una llama débil para iluminar sus pasos. La joven se preocupó al ver el aspecto enfermizo del fuego, pero, aparte de eso, el hechicero parecía estar bien. Lo que estuviera haciendo Silas estaba funcionando.

El pasadizo reconstruía su forma sin parar delante de ellos y los

hizo doblar tantas esquinas medio patinando que era imposible saber adonde se dirigían. No sabía bien si era cosa de su imaginación, pero sentía que la magia de la biblioteca también le corría por el cuerpo, impulsaba sus pasos y le ensanchaba los pulmones; era una sensación vivificante, como si fuera más que humana.

Por fin llegaron a lo que parecía ser un callejón sin salida, pero ella siguió corriendo y, en efecto, la pared salió disparada hacia fuera para abrirles el camino antes de que chocara con ella. Era la parte de atrás de una estantería: habían llegado al otro lado del pasadizo.

Salieron dando tumbos a un lugar envuelto en niebla y silencio. La luz tenue de las lámparas las convertía en borrones amorfos a su alrededor, como docenas de lunas brillando a través de una bruma densa. Elisabeth tardó un momento en comprender dónde estaban. La estantería que se había abierto para ellos gruñó al volver a cerrarse; fue un ruido profundo, tembloroso, casi subterráneo, que acabó con un chasquido que arrancó un eco del techo alto. Al ruido lo siguieron unos susurros que correteaban entre la niebla.

—Estamos en los archivos restringidos —dijo, sorprendida. Aunque la bruma se le pegaba a la cara como un velo, sabía por dónde ir—. Por aquí.

—¿Por qué iba la… —oyó a Nathaniel intentar darle sentido a lo que acababa de suceder— biblioteca a traernos aquí?

—No estoy segura.

Habría sido mucho más rápido llevarlos al patio interior en vez de conducirlos por el ala noroeste. Se obligó a no llevarse la mano a la empuñadura de *Asesina de Demonios* mientras avanzaba. A pesar de la malevolencia del lugar, seguro que la biblioteca no deseaba hacerles daño.

Cuando estaban a medio pasillo, el vapor se disipó un poco. Pudieron ver las estanterías que se alzaban a su alrededor y la niebla arremolinada en las estanterías inferiores como si estuvieran en un acantilado. Al parecer, se habían adentrado en los archivos más que en su anterior incursión.

Sin previo aviso, una forma blanca enorme se alzó a la luz de la lámpara, por encima de ella, y Elisabeth retrocedió, alarmada, pero no era más que el cráneo de una ballena cuyo esqueleto colgaba del

techo mediante miles de cables, hasta perderse entre las sombras. De nuevo, tuvo la inquietante sensación de que los archivos no eran un pasillo tan recto como parecía. Que una persona podría perderse allí dentro, desorientarse inexplicablemente y meterse en alguna zona que no existía unos segundos antes.

Mientras avanzaban, no dejaba de darle vueltas a la pregunta de Nathaniel: ¿por qué los había llevado hasta allí la biblioteca? A su alrededor, los grimorios guardaban silencio. Era como si escucharan, como si esperaran. Conteniendo el aliento. Como si esperasen a que sucediera algo…

Aflojó el paso al notar que algo se movía cerca de ellos. La niebla, arremolinada por una corriente.

—Cuidado con las ilusiones —dijo sin volver la vista atrás. Nathaniel dio un brinco al oírla; había estado mirando un libro con dientes humanos engarzados—. Puede que los grimorios intenten engañarnos.

—A ti no, querida…

Elisabeth se giró. La voz había salido reptando de entre la niebla y resultaba imposible identificar su origen. Examinó los estantes, pero no vio nada que le indicara qué grimorio había hablado.

Desde la dirección contraria, otra voz dijo:

—Y supongo que podemos hacer una excepción con los demás humanos…

—Circunstancias especiales, ya sabes —susurró una tercera.

—No os tocaremos ni un pelo. Prometido.

—¿Y bien? ¿Cuándo vas a empezar, muchacha? Estamos esperando.

Impotente, Elisabeth miraba a una estantería y a otra, buscando en vano a sus interlocutores.

—¿A qué os referís? —preguntó—. ¿Qué queréis de mí?

Pero las voces habían guardado silencio.

Nathaniel dio un paso adelante y fue a ponerle una mano en el hombro, pero se detuvo, indeciso. Resultaba evidente que no había oído a los grimorios.

—¿Elisabeth?

Ella negó con la cabeza.

—No es nada.

Siguieron adelante, dejando estantes y más estantes atrás, pero

se sentía frustrada. Sí que era algo. Los habían llevado a los archivos por algún motivo, pero no sabía qué podía ser más importante que llegar hasta Ashcroft e impedir el ritual lo antes posible. Si es que lograban detenerlo ellos tres solos, con la magia de Nathaniel medio gastada…

«Ah». La respuesta surgió ante ella, más bella que un amanecer. Sin pensárselo dos veces, dio media vuelta y corrió hacia las estanterías.

—Pero ¿qué…? —dijo Nathaniel, consternado—. ¡Elisabeth!

Los grimorios no sisearon ni se agitaron ni le escupieron tinta. Sencillamente esperaban, expectantes. Ella se puso de puntillas para desenganchar la cadena que sujetaba el estante más cercano. Tiró de ella para sacarla. Después, se volvió hacia el magíster con el extremo en las manos mientras los libros desplegaban sus páginas detrás de ella y se alzaban.

—La biblioteca quiere contraatacar.

Treinta y seis

Nathaniel la siguió de estante en estante, mientras ella abría jaulas y arrancaba cadenas. Aquello iba en contra de todo lo que le habían enseñado, pero no sentía culpa, ni duda, ni vergüenza. Era como si una presa se hubiera roto en su interior y el cañón de agua arrastraran las incertidumbres a su paso.

Todo se llenó de gritos de júbilo. Los grimorios que llevaban varios siglos sin probar la libertad desplegaron sus alas de pergamino y echaron a volar. Otros se tiraron de los estantes y corretearon por el suelo, hojeando sus páginas alegremente. La penumbra sombría del pasillo dio paso al caos.

—Espera, ¿estás segura de que es buena idea? —preguntó Nathaniel—. Cornelius construyó la biblioteca. Está pensada desde el principio para invocar al arconte. —Dio un paso a un lado cuando un grimorio le pasó por encima de las botas, aleteando—. ¿Y si es una especie de…?

Dejó la frase inconclusa, pero sabía lo que quería decir: un truco. Una trampa. No lo culpaba. Sin embargo, ella al fin comprendía.

La biblioteca pertenecía tanto a Ashcroft y su plan como Elisabeth a los padres desconocidos que la trajeron al mundo. Poseía vida propia, se había convertido en algo mucho mayor de lo que Cornelius pretendía. Porque las bibliotecas no contenían libros corrientes, sino conocimiento al que se había insuflado vida. Sabiduría a la que se había dado voz. Cantaban cuando la luz de las

estrellas entraba a través de las ventanas. Sentían dolor y sufrían. A veces eran siniestros y grotescos, pero también lo era el mundo exterior. Y eso no lo hacía menos merecedor de luchar por él, porque, allá donde había oscuridad, también había luz.

Aquel era el propósito de Elisabeth. No convertirse en alcaide con la esperanza de demostrar su valía a unas personas que no la entenderían nunca. No era la que portaba las cadenas, sino la que las rompía. Era la voluntad encarnada de la biblioteca.

Lo sentía, sentía la consciencia de la biblioteca barrerla, recorrerla como una corriente veloz. Cientos de miles de grimorios unidos en uno solo.

Carecía de las palabras necesarias para explicárselo a Nathaniel. Por el momento. Así que lo miró a los ojos y dijo:

—Confía en mí.

Lo que vio en la cara de la joven lo detuvo en seco. Asintió. Y entonces, como si apenas pudiera creerse lo que hacía, se volvió hacia el estante que tenía detrás y empezó a desenganchar una cadena.

Juntos corrieron pasillo abajo y liberaron a todos los grimorios que estaban a su alcance. Con cada cadena que quitaba, el valor de Elisabeth brillaba con más fuerza. Ashcroft había cometido un error. Había ido a su biblioteca. A su hogar. Esta vez, no escaparía a las consecuencias.

Llegó hasta una jaula conocida y se detuvo, olvidando por un momento el ruido y los papeles que volaban por el aire. Un rostro arrugado flotaba en la oscuridad, con su cinta acabada en aguja brillando entre las sombras.

—¿Nos ayudarás? —le preguntó Elisabeth.

La voz de muchos tonos habló como si le hiciera gracia:

—¿Es guapo ese Ashcroft?

—Mucho.

—Magnífico. Muéstrame el camino, querida.

No tenía llave para abrir la jaula, pero tampoco la necesitaba. Metió la espada entre los barrotes y la giró para doblar el hierro viejo y frágil hasta que se curvó lo suficiente y el grimorio pudo salir por el hueco. Después agarró la bola de cristal del *Illusarium* y salió corriendo. Una ilusión fantasmal apareció a su lado: la directora, Irena, con el cabello rojo lava flotando en la niebla. El

orgullo le iluminaba la cara cuando esbozó una sonrisa apenas perceptible dedicada a Elisabeth. Antes de que la joven pudiera llamarla, desapareció, de nuevo disuelta en la nube de vapor.

Nathaniel dejó escapar un jadeo ahogado. Al principio, ella pensó que también había visto a Irena, pero, cuando lo miró, estaba observando otro punto de la niebla, donde las figuras de una mujer sonriente y un niño pequeño muy serio en traje se alejaban en un remolino. Silas miró hacia el mismo sitio con ojos brillantes como piedras preciosas. El *Illusarium* le había enseñado otra cosa a Nathaniel: su familia. Ella buscó su mano y entrelazaron los dedos, apretándolos con fuerza.

Unos segundos después, atravesaron la puerta. Una oleada de grimorios salió detrás de ellos al ala noroeste, pisándoles los talones. Dirigiendo la marejada de pergamino y cuero, pasaron a toda velocidad por delante de los ángeles esqueléticos tallados en el arco y doblaron la esquina para darse de bruces con un ejército de demonios.

A Elisabeth casi se le para el corazón. Escamas, cuernos y papos ocupaban cada centímetro del patio. Las grietas subían en espiral por las estanterías escalonadas que llegaban hasta la cúpula, cuyo cristal índigo había empezado a resquebrajarse y los fragmentos flotaban, relucientes, recortados contra el cielo del Altermundo. Entraban multitud de demonios menores por segundo. Los diablillos correteaban por las barandas y los goblins saltaban a cuatro patas por los balcones. Había cientos de demonios. Probablemente, miles.

Aun así, las fuerzas de Ashcroft estaban en minoría.

Un diablillo dejó de mordisquear una estantería para mirarlos. Entonces, despacio, levantó la cabeza. Abrió mucho los ojos, que eran negros, y en ellos se reflejó un enjambre de puntitos que aumentaban de tamaño a cada segundo que pasaba. Una sombra alargada recorrió el patio cuando los grimorios cayeron sobre él.

Elisabeth se preparó. Un instante después, su mundo se disolvió en una vorágine de páginas. Nathaniel y ella estaban de la mano, con la melena al viento, y Silas se aferraba con las uñas al abrigo de su amo, mientras todo lo demás quedaba oculto por un ciclón, en apariencia interminable, de pergaminos que los golpeaban como si de miles de alas se tratase. Solo olía tinta, magia y polvo. Durante un instante, fue incapaz de respirar. Entonces, tan abrupto como

una bandada de pájaros al pasar, el torrente cesó y pudieron ver lo que los rodeaba.

Por cada demonio había una docena de grimorios. Un goblin se derrumbó, tragado por un montón de libros que se tiraron sobre su cuerpo como un banco de pirañas, desgarrando y mordiendo. Un diablillo chilló cuando unas páginas se cerraron sobre sus largas orejas y lo elevaron en el aire. Cerca de él, un rostro arrugado se alzó por encima de un par de demonios y los evaluó como una modista profesional. Una aguja se abalanzó como un látigo entre los dos y cayeron al suelo, entrelazados con el hilo. Por todo el patio, los demonios zozobraban, aullando por los cortes de papel y cegados por la tinta.

Llamados a la acción, los grimorios se dejaban caer de los balcones en cascadas de oro y cuero de colores. Nubes de polvo se alzaban cuando caían sobre las baldosas desde tres, cuatro e incluso cinco plantas de altura. En la sala de los catálogos atisbaron unas plumas de pavo real y el gemido operístico de *madame* Bouchard hizo que los demonios salieran corriendo mientras se daban palmadas en las orejas.

—¡Tenemos que encontrar a Ashcroft! —gritó Elisabeth. Su voz sonaba como el zumbido de un mosquito, apenas audible con todo el barullo—. ¡Tiene que estar por alguna parte!

Nathaniel le sujetó el hombro y señaló. Algunos fragmentos de la cúpula habían empezado a arremolinarse hacia el centro del patio, como absorbidos por una fuerza invisible. Se miraron y después echaron un vistazo al caos que tenían delante. Los grimorios estaban ganando, pero tenían que ganar más deprisa.

En un momento de inspiración, Elisabeth dejó el *Illusarium* en el suelo y estrelló la empuñadura de *Asesina de Demonios* contra el orbe para romper el cristal. La niebla salió a chorros por las grietas y la rodeó de una nube gris húmeda y pegajosa. Cuando terminó de salir el vapor, el contenedor rodó, vacío. Ella lo contempló, desconcertada. ¿Había algo dentro o no?

—Aaah —exhaló una voz fantasmal salida de ninguna parte y de todas a la vez.

La niebla hirvió por el patio y redujo a los combatientes a sombras. Los diablos se abalanzaban sobre las figuras que brotaban de ella, pero desaparecían antes de que llegaran y volvían a

aparecer detrás de ellos, juguetonas. Aprovechando la distracción, los grimorios atacaron con más ahínco. Elisabeth vio que un goblin intentaba salir de la bruma, pero una fuerza invisible lo volvió a meter dentro, dejando tan solo una onda silenciosa en el vapor. Después oyó chillidos y gemidos. Y, de repente, los sonidos cesaron y reinó un silencio espeluznante.

Nathaniel y ella corrieron mientras la niebla se disipaba y sus jirones rodeaban los cuerpos derribados de los demonios. Casi no se lo creía. No quedaba ni uno en pie.

—Mira —dijo el magíster—. ¿Qué están haciendo?

Las páginas susurraban. Uno a uno, los grimorios salían de la niebla. Se reunieron en grupos y subieron en espiral hacia los balcones, como bandadas de pájaros que alzaban el vuelo a cámara lenta. Elisabeth abrió mucho los ojos al ver adonde se dirigían: cada uno de los grupos iba hacia una de las grietas.

Lo primero que pensó, pasmada, era que las grietas los absorbían e intentaban destruirlos, pero los grimorios no se estaban resistiendo. Ascendían pacíficamente, con un propósito. Cada vez que un libro tocaba la superficie de una grieta, lanzaba un destello y se desintegraba, convertido en cenizas…, y los bordes de la grieta se encogían hacia dentro un poco, como heridas que empezaban a cicatrizar. Sus cantos resonaron por toda la cúpula rota: notas altas y claras, tan puras y argentinas como la luz de las estrellas.

—Están intentando cerrar las grietas —dijo Elisabeth, con el corazón en un puño—. Están sacrificándose para salvar la biblioteca.

Allá iba madame Bouchard. Y, ahí, cayendo en una lluvia de ceniza, estaba el clase cuatro que escupía a los aprendices todas las mañanas. Cada uno de aquellos libros poseía un alma. Muchos tenían siglos de antigüedad y eran irreemplazables. Y algunos acababan de saborear la libertad por primera vez desde su creación; solo unos minutos de libertad tras una vida entera de encierro. Aun así, cantaban mientras daban la vida.

A Elisabeth se le saltaron las lágrimas. No podía permitir que su sacrificio fuera en vano.

La niebla ya casi había desaparecido por completo; la cortina de humo se iluminaba. Cuando las últimas volutas desaparecieron, Nathaniel y ella entraron dando traspiés en el centro del patio, en la

invocación de Ashcroft.

Más adelante había una figura rodeada de fragmentos de cristal, como planetas alrededor del sol. Era más alta que un hombre, más esbelta y luminosa, pero ni siquiera entornando los ojos para mirarla se distinguían sus rasgos. Elisabeth tuvo la extraña sensación de que era como la luz del sol reflejada en un espejo: cambiante e intangible, un mero espectro de algo mucho mayor, radiante y terrible de contemplar.

Con la cabeza gacha, observaba al humano a sus pies.

Ashcroft.

El hechicero tenía la cabeza levantada y miraba al arconte, fascinado, bañado en su gloria, ajeno a la batalla que había tenido lugar a su alrededor. El resplandor le transformaba la cara. Parecía una década más joven con aquella expresión de anhelo casi inocente. Le chorreaba sangre por la muñeca izquierda, que tenía agarrada con la otra mano. Había una daga tirada en el suelo.

Elisabeth sintió una chispa de esperanza. Todavía no había terminado el ritual. El arconte seguía dentro del círculo formado por el mapa de las bibliotecas dibujado con mosaicos en el suelo, por el que ella había caminado decenas de veces sin sospechar nunca su propósito.

—¿Ves los ojos de Ashcroft? —murmuró Nathaniel—. Ha desaparecido la marca. No ha invocado de nuevo a Lorelei.

«Así que no puede usar la magia para luchar contra nosotros», pensó ella. Animada, alzó la espada por encima del hombro. El brillo de la luz sobre la hoja llamó la atención de Ashcroft. Como si los hubiera estado esperando, abrió los brazos y esbozó una sonrisa infantil.

—¡Señorita Escriba, Nathaniel! —exclamó—. Esperaba que vinierais. Vuestro papel en esto ha sido tan importante que quería que lo vierais. ¿A que es espléndido?

Detrás de él, una parte del palco se desintegró, y los restos de barandas y estantes se quedaron flotando alrededor de la grieta. Los grimorios seguían frenando la destrucción, pero no podían superar el poder del arconte.

—¡Tiene que detener el ritual! —le gritó ella.

—¿Detener el ritual? —preguntó él, entre risas.

—Va a destruirlo todo. ¡La biblioteca se hace pedazos! —Apuntó

con *Asesina de Demonios* las rendijas de cielo del Altermundo que se retorcían sobre ellos—. Si esto es lo que está haciendo el arconte ahora, ¿qué cree que va a pasar cuando lo libere?

—Ay, señorita Escriba, ojalá lo comprendiera. —Sus ojos, ahora azules, rezumaban sinceridad—. Observe.

Se soltó la muñeca herida y la inclinó hasta que una gotita de sangre salpicó el mosaico. La sangre desapareció al instante, como si nunca hubiera existido. Alargó el brazo y le enseñó el corte, que se había curado y no había dejado ninguna marca.

—¿Lo ve ahora? —insistió—. Cuando lo obligue a servirme, cuando cumpla mis órdenes, cualquier cosa será posible. Cambiaré el mundo.

No tenía sentido razonar con él. Nathaniel parecía haber pensado lo mismo. Soltó el látigo y las llamas crepitaron. Silas se acurrucó sobre su hombro y cerró los ojos, como si se concentrara para darle toda su fuerza.

Ashcroft se rio de nuevo. Esta vez, en el sonido se distinguía un timbre maníaco. Barrió el aire con la mano y un arco de luz avanzó hacia ellos, cada vez más ancho.

Imposible. ¿Como…?

No tenía tiempo para pensar. Hincó una rodilla en el suelo delante de Nathaniel y alzó la espada sobre la cabeza. El arma vibró al rasgar la luz. Cuando se levantó, la hoja estaba al rojo vivo y notaba la empuñadura más caliente de lo necesario y pegajosa, como si hubiera empezado a fundirse. Estremecida, se dio cuenta de que podría romperse si intentaba bloquear otro hechizo.

Un segundo arco de luz voló hacia ellos. Se tiraron al suelo y les pasó a pocos centímetros de la nariz, lo bastante cerca como para cortar varios pelos blancos de la cola de Silas. La luz barrió todo el patio interior antes de apagarse. Por un momento, Elisabeth creyó que no había tocado nada más. Entonces, una estatua cayó de lado y se estrelló contra el suelo con un corte limpio a la altura de los tobillos.

Para crear el hechizo, Ashcroft ni siquiera había necesitado pronunciar un encantamiento.

—¿Cómo lo hace? —gritó Elisabeth.

Nathaniel tenía la mandíbula apretada y el rostro brillante de sudor.

—Debe de estar recibiendo el poder del arconte. Incluso antes del trato, rebosa como una fuente.

«Y no tardará en ahogarlo».

Rodaron, cada uno hacia un lado para evitar otro arco que abrió una sima en el suelo, entre ellos, cortando el mármol con la misma facilidad que un cuchillo corta una porción de mantequilla blanda. Después, otro los hizo retroceder. A Nathaniel no le daba tiempo a lanzar un hechizo, suponiendo que tuviera fuerzas para hacerlo. Los ataques se sucedían sin pausa, demasiado incesantes para hacer algo que no fuera reaccionar.

—Silas… —empezó a decir, pero la expresión de sus ojos la silenció.

No podía transformarse sin dejar indefenso a Nathaniel. Si tardaban una fracción de segundo de más en esquivar aquellos arcos de luz, el joven estaría muerto antes de tocar el suelo.

Así que todo quedaba en sus manos.

Dentro del círculo, la luz del arconte había aumentado de intensidad y se derramaba por las baldosas. Parecía haber crecido varios metros. Y su silueta era más clara: distinguía la forma de las alas y el halo alrededor de la cabeza podía ser una corona. Más escombros se veían atraídos a su órbita, fragmentos de bronce y marfil de los balcones que se unían al reluciente río de cristal que le rodeaba el cuerpo. Trozo a trozo, la biblioteca se hacía pedazos.

Sin prestar atención a todo aquello, Ashcroft parecía embelesado, con los ojos vidriosos, nublados por una brillante niebla blanca. Era como si la luz le ardiera dentro, como si brotara de su interior. Cuando Elisabeth se agachó para esquivar su último ataque y se levantó de un salto, decidida, él sonrió, no a ella, sino al arconte, y levantó los brazos en un gesto de súplica.

La joven corrió hacia él. Rayos de luz descendían como estrellas caídas y se derramaban sobre las baldosas, a su alrededor. Los misiles eran veloces como flechas, demasiado para seguirlos, imposibles de esquivar. Solo podía seguir corriendo. Durante un momento se sintió sin aliento, invencible. Entonces, detrás de ella, oyó algo que le paró el corazón: un grito de dolor. Nathaniel.

—¡Sigue! —le gritó el joven.

Después usó el látigo para atrapar una de las muñecas de Ashcroft y hacerle perder el equilibrio. Elisabeth se estrelló contra

él un segundo después y lo tiró al suelo con tanta fuerza que el hechicero se golpeó la cabeza contra las baldosas. Antes de que pudiera recuperarse, ella lo empujó boca abajo contra el suelo y le tiró de los brazos para juntárselos a la espalda. Recordó los grilletes que le habían puesto a Nathaniel en Harrows y se quitó la cadena de gruesos eslabones de hierro en la que llevaba la granllave para atarle con ella las muñecas, tirando bien, sin ninguna consideración por sus manos, que enrojecerían y se hincharían en cuestión de minutos. Después lo levantó por el cuello de la camisa y le puso la hoja de la espada al cuello.

Él se estremeció y perdió el brillo de los ojos. Entonces parpadeó, aturdido, intentando concentrarse.

—No puede matarme, señorita Escriba.

—Esta vez lo haré —dijo, sin reconocer su voz, ronca de furia. Todavía oía el grito de Nathaniel en su cabeza—. Si llegamos a eso, si es necesario.

—Ah, me temo que no me refería a eso. —Levantó la vista hacia la cúpula que se desintegraba—. Si no lo obligo a servirme, moriremos todos juntos.

Automáticamente, Elisabeth miró a Nathaniel. Se le quedó la boca seca al verlo despatarrado en el suelo, agarrándose la rodilla, con una mueca de dolor. La sangre le oscurecía la pernera del pantalón. Silas había vuelto a su forma humana y se estaba arrancando el pañuelo del cuello para hacerle un torniquete a su amo en el muslo, pero algo en sus movimientos, la forma en que paraba los dedos de vez en cuando, en que miraba el rostro de Nathaniel, casi como si supiera…

«No».

—¿Qué está diciendo? —le preguntó mientras el corazón, frenético, se le lanzaba contra las costillas una y otra vez. Se giró hacia Ashcroft—. ¿Qué quiere decir?

—No se puede revertir la invocación del arconte. No tras mi muerte, nadie puede. No se trata de un demonio corriente; no hay vuelta atrás. ¿Lo entiende ahora? Debe dejarme terminar. Debe permitirme someterlo.

No. No podía ser cierto. Seguro que mentía.

Porque si no…

Recordaba cómo había mirado Silas a Nathaniel cuando corrían

hacia la Biblioteca real. «Lo intentaremos», había dicho. Se preguntó si ya lo sabría, si sabía desde el principio que su causa estaba perdida desde que había empezado la invocación. Miró a Silas, que le devolvió la mirada. Nunca había parecido tan viejo ni tan afectado.

—Lo siento, señorita Escriba —le dijo.

La luz del arconte parpadeó. Una risa inhumana y discordante reverberó en el cerebro de Elisabeth, clavándole astillas en los pensamientos. El suelo entró en erupción y se llenó de grietas que rompieron las baldosas. La galería que se encontraba a mayor altura (que ya era la única que quedaba), se hundió como una cinta al desenrollarse, y la baranda y las escaleras se alzaron por los aires. Por encima de ellos, las constelaciones del Altermundo se habían tragado la cúpula, pero los grimorios seguían ascendiendo en ríos interminables para acabar convertidos en cenizas. Tanta pérdida, tanto sacrificio… ¿Cómo podía ser el final?

Le daba vueltas la cabeza. Cuando Ashcroft intentó zafarse de Elisabeth, los dedos entumecidos de la joven lo soltaron. Como si estuviera muy lejos, lo observó arrastrarse hacia el círculo, ponerse torpemente de rodillas y levantar el rostro hacia la luz.

—Por fin ha llegado la hora. Grande entre los grandes, me gustaría hacer un trato contigo.

De nuevo, las carcajadas sacudieron la biblioteca. El arconte aumentó de tamaño y sus llamas se alargaron hasta más allá de los balcones de la segunda planta. Elisabeth ya no sabía bien si las espinas que le rodeaban la cabeza eran una corona. Ahora, las formas empezaban a parecer cuernos.

Ashcroft gruñó y se dejó caer hacia delante mientras sacudía la cabeza para librarla de aquel horrible sonido. La confusión le nublaba el rostro cuando lo levantó de nuevo.

—No lo entiendo. ¿Estás hablando conmigo, grande entre los grandes? No oigo tu voz.

—Nunca la oirás, canciller —susurró Silas, que estaba sentado dándole la mano a Nathaniel—. No eres más que una hormiga que intenta tocar la superficie del sol. Si oyeras su voz, arderías hasta que tus oídos quedaran reducidos a carbonilla y tu mente, a ceniza.

Ashcroft no apartó la vista del arconte en ningún momento.

—No, yo soy distinto, es mi derecho de nacimiento. Durante

trescientos años, este ha sido mi destino. Mi padre y su padre…, todos nosotros hemos dedicado nuestras vidas a esto. Soy digno… —dijo con voz ronca.

El arconte inclinó su cornuda cabeza sobrenatural a un lado y a otro para inspeccionar los confines del círculo sin prestar atención a nada más. La piel de Ashcroft adquirió un tono grisáceo. Bajó la vista al círculo, a las baldosas que se habían agrietado y, así, roto el dibujo.

Una mano gigante luminosa presionó el aire y empujó. El hedor a metal quemado inundó el patio interior cuando las garras se retorcieron, enfrentadas a una membrana invisible, y después la atravesaron hasta llegar al otro lado del círculo. Ashcroft se echó hacia atrás, eclipsado por la luz que se estiraba sobre él. Cuando descendió la palma, no intentó moverse, se quedó allí sentado, mirando, esperando el final, y Elisabeth tuvo que reconocer que no le habría importado ver al canciller aplastado como si fuera una mosca.

Sin embargo, la mano se estrelló sobre un hueco vacío; la joven lo había agarrado por un brazo y lo había alejado de allí a rastras. Como si fuera una bolsa de basura, lo tiró a un lado.

—¿Por qué? —preguntó al rodar, mirándola desde abajo como había mirado al arconte un instante antes—. ¿Por qué ha…?

—Quería verle la cara cuando se diera cuenta de su error. De que todo lo que ha hecho no ha servido para nada, de que ha herido y matado para nada.

Detrás de él, las zarpas del arconte arañaron el mármol. Su luz se alargó más hasta casi tocar la cúpula y tapar medio patio al extender las alas. Empequeñecido por su inmensidad, era increíble lo diminuto que parecía Ashcroft. Tenía la frente perlada de sudor; consiguió decir con voz ahogada:

—¿Satisfecha, señorita Escriba?

Elisabeth había estado deseando que llegara aquel momento: verlo con la confianza destrozada, arrebatado su poder. No obstante, ahora que lo tenía, se daba cuenta de que no valía la pena en absoluto.

—No —respondió, y le dio la espalda.

Al canciller se le torció el gesto. Fue hacia ella, arrastrándose como pudo, con ojos ciegos.

—Tiene que creerme. Necesito que lo entienda. Todo lo que he hecho ha sido por el bien del reino. Por favor…

Ella le dio una patada, y él dejó escapar un grito de angustia y acabó despatarrado por el suelo.

Sin importarle lo que le pasara después, se fue con Nathaniel. Al acercarse ella, se le movieron los párpados, pero no despertó. Se agachó para darle la mano y vio que Silas todavía le sostenía la otra, aferrándola entre las suyas como si fuera de cristal.

La luz se derramaba sobre el magíster, reflejada en el suelo, cada vez más potente. Se suponía que el arconte los mataría en cualquier momento, pero ella solo podía pensar en que la mano del joven estaba demasiado fría.

—¿Siente dolor?

Silas habló sin apartar la vista de la cara de Nathaniel.

—No. Cuando llegue el final, será rápido para los dos. Supuse que así sería más sencillo: que lucharan juntos y cayeran deprisa, en vez de soportar la muerte de su mundo sin albergar ninguna esperanza. —Hizo una pausa para alisarle la solapa del abrigo y enderezarle con cuidado el cuello de la camisa. Como si fuera una noche corriente, pensó Elisabeth, y tuviera que ponerlo presentable para salir—. Me disculpo por haberme tomado semejante libertad.

A ella se le formó un nudo en la garganta mientras las lágrimas empezaban a caer.

—¿Qué te pasará a ti?

Se traicionó al vacilar un instante. Por fin, dijo:

—Eso no importa, señorita.

—Sí que importa.

Alargó un brazo para tocar la mejilla de Silas. Las pruebas a las que se habían enfrentado aquella noche le habían dejado la mano sucia, asquerosa comparada con la perfección remota del demonio. Sin embargo, permaneció muy quieto y le permitió tocarlo, y ella se sorprendió al descubrir que su piel parecía humana, no una estatua de alabastro.

Sintió una serenidad extraña. Solo le restaba una cosa. Era el fin del mundo y ya no tenían nada que perder.

—Gracias. Solo quería decirlo antes de…

La miró bajo las pestañas. Elisabeth vio el momento en que Silas lo entendió. Si antes pensaba que estaba inmóvil, en aquel instante

se volvió de piedra. Aunque no le cambió la expresión, a sus ojos asomó una mezcla de desdicha y esperanza, y un hambre tan infinita que se le abría bajo la piel, como la oscuridad devoradora de una noche sin estrellas. La luz era cegadora; el arconte estaba ya casi sobre ellos.

—Silariathas. —El nombre enoquiano le salió de la garganta y le rodó por la lengua como fuego—. Silariathas —repitió con la voz ronca de poder—, te libero de tu servidumbre.

Se le dilataron las pupilas, la negrura se tragó el oro. Es lo único que Elisabeth pudo ver antes de que la intensidad de la luz la obligara a apartar la mirada. Un pulso recorrió la biblioteca y le revolvió el pelo, como si alguien hubiera lanzado una piedra a la superficie de la realidad y su onda expansiva se extendiera hacia fuera. Sujetó la mano de Nathaniel y esperó la muerte. Sin embargo, pasó un segundo, después otro… y no sintió nada.

Nathaniel abrió los párpados unos milímetros. El mechón plateado había desaparecido. Medio atontado, intentó enfocar la vista.

—¿Silas? —consiguió decir.

Poco a poco, Elisabeth levantó la vista. Durante un instante creyó haber muerto, al fin y al cabo, y estar soñando. Silas estaba de pie junto a ellos, con un brazo levantado, bloqueando la luz del arconte. «No Silas. Silariathas». Del cráneo le salían unos cuernos en curva, blancos como la porcelana, que acababan en unos puntas afiladísimas. Los ángulos de su rostro se habían tornado inquietantes y crueles, ya que su delicada belleza se había limado hasta adquirir una definición inhumana. Tenía las orejas puntiagudas; las garras se habían alargado, y eran finas y afiladas como cuchillas.

No parecía haberse fijado en el arconte. Observaba a Nathaniel con ojos negros y hambrientos.

—¿Te atreves a dirigirte a mí con ese nombre? —siseó.

Con una sacudida desdeñosa del brazo, apartó la mano del arconte. Después se volvió hacia Nathaniel y se agachó a su lado. Temblaba; se le agitaba el cabello.

—¿Eres consciente de lo que soy, de lo que le haré a tu mundo mientras sus gentes huyen gritando por la tierra rota? —dijo con un susurro ronco y horrendo.

Nathaniel no parecía asustado. Puede que no estuviera lo bastante consciente como para sentir miedo, lo que explicaría lo que hizo a continuación: tomó la mano de Silariathas y la acarició con torpeza, como si fuera el demonio el que necesitara consuelo, en toda su gloria inmortal, y no al revés.

—No pasa nada, Silas —le aseguró.

—No me hables, insecto —le escupió Silariathas, y se zafó de él.

Rodeó el cuello del joven con las manos y, al apretar, le perforó ligeramente la tierna piel con las uñas. Cuando apareció una gota de sangre, fue él quien reaccionó y no Nathaniel: un escalofrío le recorrió la espalda. Nathaniel intentó esbozar una sonrisa.

—Si me matas, no pasa nada.

Silariathas se quedó paralizado. Dejó de apretar.

—Eres idiota —dijo entre dientes, a través de unos labios que apenas se movían.

Nathaniel no parecía haberlo oído. Estaba perdiendo la consciencia demasiado deprisa.

—No pasa nada —repitió—. Sé que duele. Lo sé. —Y, antes de irse del todo, masculló—: Te perdono.

El silencio posterior fue tan profundo que Elisabeth no oía más que el lamento argentino de los grimorios sobre su cabeza. Hasta el arconte había guardado silencio; los miraba, con la cabeza ladeada, como si aquello fuera algo que nunca hubiera visto antes.

Silariathas levantó la cabeza. Elisabeth siguió su mirada y reconoció el grimorio que volaba sobre ellos, un rostro arrugado, el brillo de una aguja. Sin hablar, lo vieron ascender para incinerarse: una criatura horrenda, atormentada y mortífera, monstruosa pero no ajena al amor, capaz de realizar un acto final de redención. Elisabeth no sabría decir qué pensaba Silariathas al respecto. En aquellos ojos negros devoradores no había nada que ella reconociera. Sin embargo, cuando volvió a mirar a Nathaniel, atisbó la sombra de su otro yo: la criatura que había visto pasar de niño a joven, a la que había acostado y cuidado cuando estaba herida, a la que había servido el té, arreglado el pañuelo y sostenido la mano cuando sufría pesadillas. Silas brillaba a través de la máscara fría y cruel como una luz tras un cristal.

Se inclinó sobre Nathaniel. Elisabeth tragó saliva. Sin embargo, se limitó a llevarse su mano a los labios y besarla, como había

hecho después de su invocación, aunque el dolor que le suponía hacerlo le deformaba el rostro y el hambre luchaba por controlarlo a cada segundo. Entonces, dejó la mano del joven, se levantó y se enfrentó al arconte.

—Silas —susurró Elisabeth.

El dolor se extendió como una ola por las facciones del demonio al oír su voz. Cerró los ojos para ahuyentar el hambre.

—No soy su igual —repuso con voz ronca—. No puedo luchar y ganarle. —Cada palabra le costaba—. Pero tengo la fuerza suficiente para ponerle fin al ritual y obligarlo a volver al Altermundo.

La joven no podía respirar. Tenía los pulmones tensos como un tambor, cerrados en torno a un grito que no escapaba. Vio de nuevo la espada que atravesó el corazón de Silas. Los demonios no podían morir en el mundo humano, pero si entraba en el círculo y los abandonaba…

—¿Qué hará Nathaniel? —consiguió preguntar con voz ahogada.

Silas hizo una pausa aún mayor. Por fin respondió en un tono que casi parecía de nuevo el suyo:

—Me temo que tendrá que aprender a vestirse sin ponerse la ropa del revés. Tendrá veinte años más para perfeccionar ese arte. Esperemos que con eso baste. —Dio un paso adelante—. Cuida de él, Elisabeth.

A ella, las lágrimas le bañaban las mejillas. Asintió con un gesto brusco. Silas ahora parecía en calma, su cara transformada por el alivio. Esbozaba una débil sonrisa. La joven recordó lo que había pensado al ver la sonrisa de Silas por primera vez: que nunca había visto nada tan bello. Ni siquiera sabía que semejante belleza fuera posible.

Al comprender por fin lo que Silas pretendía hacer, el arconte ardió hasta alcanzar una altura aún mayor y batió sus alas sobre las ruinas. Fragmentos de mármol llovieron a su alrededor. Los azulejos se rompieron y el cristal de la cúpula centelleó como la nieve al caer. Pero ella solo veía el rostro radiante de Silas al adentrarse en la luz.

Epílogo

Elisabeth se revolvió en su asiento. En otras circunstancias, la espera la habría adormecido. El sol entraba a borbotones por la ventana que daba a los chapiteles de bronce del Collegium y proyectaba un rectángulo cálido sobre su silla. Oía los ronquidos del grimorio que descansaba abierto sobre el atril de la esquina y que, de vez en cuando, se despertaba para resollar, dispéptico, antes de volver a dormirse. La habitación olía a pergaminos y cera de abeja. Pero era el despacho de la señora Petronella Wick, así que Elisabeth estaba a punto de saltar como un muelle.

Casi se le para el corazón cuando un silbido fuerte, como de succión, rompió el silencio casi absoluto, seguido de un golpe y un traqueteo. No era más que una entrega a través del sistema de tubos neumáticos, que llegaba al despacho desde algún lugar de la Biblioteca Real. Aun así, se le pusieron blancos los nudillos. Si seguía apretando así los brazos de la silla, se le dormirían los dedos.

—¿Estás bien? —le preguntó Katrien.

Elisabeth movió la cabeza arriba y abajo esperando que el movimiento se asemejara lo suficiente al gesto de asentir.

—Si nos hubieran traído hasta aquí para cargarnos de cadenas —dijo Katrien—, estoy bastante segura de que ya lo habrían hecho.

Elisabeth miró a su amiga. Katrien vestía la túnica azul pálido de aprendiza y al cuello lucía su granllave. Era lo bastante baja como para que el borde de la silla le quedara por debajo de las rodillas, de modo que las piernas no le llegaban al suelo en una postura que

la hacía parecer más inocente de la cuenta.

—Pero nunca está de más ir preparada —siguió diciendo mientras alargaba el cuello para examinar con interés el contenido del escritorio. Sobre todo, estaba fascinada con el papeleo de la señora Wick, que no estaba escrito en letra normal, sino grabado con hileras de puntos con relieve—. He colado un juego de ganzúas y una lima metálica, por si acaso. Están en mi media izquierda.

—¡Katrien! ¿Y si alguien los encuentra?

—Entonces supongo que tendré que recurrir a la segunda lima. Pero, te lo advierto, esa te será más incómoda de recuperar si yo no puedo valerme sola. Está en mi…

Cerró la boca de golpe cuando vio que alguien giraba el pomo de la puerta. La señora Wick, resplandeciente con su túnica índigo, entró en el despacho. La luz del sol se reflejaba en el broche de la llave y la pluma cuando se sentó frente a ellas, detrás del escritorio. Aunque no las miró en ningún momento, Elisabeth experimentó la misma sensación de escrutinio que la última vez.

La última vez, cuando se sentó en aquel mismo despacho y mintió.

—Elisabeth Escriba. Katrien Dignapluma. Me ha parecido que lo más eficiente era encargarme de vosotras dos a la vez.

¿A qué se refería? Elisabeth le lanzó una mirada de terror puro a Katrien, que respondió encogiéndose de hombros.

—En primer lugar —dijo la señora Wick—, me gustaría poneros al día sobre la situación del espejo espía. Agradezco tu sinceridad, Escriba, por haber puesto su existencia en conocimiento del Collegium.

Después de la invocación del arconte, Elisabeth estaba demasiado cansada para no contarle la verdad (toda ella) en un chorro continuo de balbuceos a los alcaides que la habían rescatado de entre los escombros. Poco después, habían confiscado el espejo espía, que estaba en el desván de Nathaniel. Una puñalada de pánico le había acelerado el corazón. Por primera vez, se dio cuenta de que su sinceridad también podía meter en un lío a Katrien.

Sintió un gran alivio cuando la señora Wick continuó hablando:

—El Comité de los Preceptores, siguiendo mi recomendación, ha decidido omitir el espejo de vuestros historiales. Hay personas en el Collegium que no verían con buenos ojos el uso de un artefacto

mágico prohibido, aunque fuera con la intención de salvar el reino. Preferiría que esa información no cayera nunca en sus manos. —Giró un poco la cabeza—. Y, ahora, Dignapluma.

Katrien se enderezó en el asiento.

—¿Sí, señora Wick? —repuso con tal educación que Elisabeth se preparó mentalmente. Era el mismo tono que Katrien había usado antes de lanzarle a la cara un petardo al alcaide Finch.

Sin embargo, esta vez parecía que la muchacha hablaba con sinceridad.

—Me complace informarte de que el Comité también ha aprobado tu traslado como aprendiza de Summershall a Brassbridge, también siguiendo mi recomendación. Cuando concluya esta reunión, te enseñarán tu nuevo alojamiento en la Biblioteca Real.

Elisabeth tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir una carcajada de júbilo. Katrien y ella se sonrieron. A partir de entonces, vivirían a quince minutos de distancia.

—En mi sugerencia al Comité no solo ha influido tu trabajo contra Ashcroft —siguió explicando la señora Wick—, sino también tu valor al exponer los delitos del exdirector Finch. Si no hubieras investigado sus actividades, es posible que no lo hubiéramos atrapado nunca.

Las sonrisas de ambas se ensancharon. Resultó que Finch había estado usando sus nuevos privilegios como director para sacar ilegalmente algunos grimorios y venderlos a compradores privados. Mientras Katrien los ayudaba con Ashcroft, también tramaba un plan para liberar Summershall de su tiranía.

—Has hecho un trabajo excelente, Dignapluma. Estoy deseando ver cómo avanzas en tu carrera y, por supuesto, te proporcionaré todas las cartas de recomendación que precises. Hablando de lo cual, pasemos a Escriba.

Elisabeth se ruborizó de repente. Estaba tan convencida de su humillación inminente que no podía ni hablar, así que bajó la cabeza y se miró el regazo.

—En primer lugar —dijo la señora Wick—, sabía quién eras en cuanto entraste por la puerta de la Biblioteca Real. De haber tenido alguna objeción al respecto, no habría permitido que el encargado te contratara.

—Ah —repuso Elisabeth. Parpadeó—. ¿Cómo lo supo?

—La mayoría de las que vienen a buscar trabajo de doncella no reaccionan con tanto optimismo cuando les hablan de libros que le arrancan los dedos a la gente. El encargado estaba muy impresionado. Ahora tengo que darte algo. —Se sacó un paquete de la túnica y se lo pasó por encima del escritorio—. No te morderá los dedos —le dijo con frialdad al ver que la joven vacilaba.

No sin cierto resquemor, aceptó el paquete con manos temblorosas. Deshizo el nudo del cordón, dobló el papel azul y… dejó de respirar. Dentro había una granllave recién forjada y reluciente. La mayoría de las llaves de las grandes bibliotecas estaban deslustradas por los años y el uso, pero esta era nueva y brillaba como el oro.

—Sé que habrías preferido recuperar tu antigua llave, pero no fuimos capaces de recuperarla entre los escombros.

La voz de la señora Wick se desvaneció. Por un momento, Elisabeth se encontraba de nuevo allí, sintiendo el temblor del patio, viendo cómo se derrumbaba a su alrededor. Después de que Silas entrase en el círculo, la cúpula había cedido y los había dejado a todos (Ashcroft, Nathaniel y ella misma) enterrados bajo toneladas de escombros. Siguieron varios minutos de silencio mientras esperaba a que llegara la ayuda. Atrapada bajo las piedras, no tenía ni idea de si Nathaniel seguía con vida.

Parpadeó y, sin más, estaba de vuelta en el despacho iluminado por el sol. Se tocó con cuidado los brazos, pero los últimos moratones habían desaparecido hacía semanas.

—No pasa nada —dijo mientras levantaba la mirada—. Creo que estoy lista para una nueva. Pero ¿significa eso…?

La señora Wick asintió.

—Se te ha readmitido oficialmente como aprendiza, si decides aceptarlo. Te seré sincera: hay personas en el Comité que no deseaban permitir tu regreso. Pero había más que te consideran una heroína. A mí no me cabe duda de que te aceptarán para la formación de alcaide si decides seguir ese camino.

Elisabeth guardó silencio un momento.

—Ya no estoy segura de que… quiera ser alcaide. —No había nada comparable al alivio de decir aquellas palabras en voz alta—. Lo cierto —añadió, envalentonada— es que ya no sé qué quiero

hacer ni quién quiero ser. —Alzó la vista, que de nuevo se había concentrado en la granllave, y añadió—: El mundo es mucho más grande de lo que pensaba.

La señora Wick parecía pensativa.

—Sé que tu opinión sobre el Collegium ha cambiado. Pero recuerda que el Collegium en sí también puede cambiar. Solo necesita a las personas adecuadas para hacerlo. Existen otros puestos igual de importantes en la Gran Biblioteca en los que podrías marcar la diferencia. Los alcaides tienden a olvidar que no todas las batallas se ganan con espadas. —Su voz se volvió más amable—. Pero no tienes que decidirlo ahora mismo. Esta llave es la promesa de que, decidas lo que decidas, o no decidas, siempre serás bienvenida en las grandes bibliotecas.

Elisabeth echaba de menos vestir la túnica de aprendiza; las mangas largas resultaban útiles cuando no había un pañuelo cerca. Intentó no sorberse los mocos demasiado fuerte mientras se secaba las mejillas.

—Para terminar —dijo la señora Wick, volviéndose hacia ambas —, debo pediros que guardéis en secreto con qué propósito construyó Cornelius Ashcroft las grandes bibliotecas…, por ahora. En estos momentos, solo unas cuantas personas saben lo que sucedió ese día. La verdad saldrá a la luz tarde o temprano, pero los preceptores desean asegurarse de que, cuando lo haga, el Collegium estará preparado para capear la tormenta.

Y qué tormenta. Cuando Elisabeth salió del despacho, un minuto después, se preguntó qué reuniones estarían celebrando los funcionarios de túnicas de colores en salas polvorientas para debatir sobre la revelación de que las grandes bibliotecas se habían creado para invocar al arconte. La noticia no tardaría en hacer pedazos al Collegium. Y, por raro que pareciera, ella creía que sería para bien.

Ya era hora de arrancar los viejos engranajes y sustituirlos por algo nuevo.

Katrien y ella doblaron la esquina. Sumida en sus pensamientos, Elisabeth estuvo a punto de chocarse con un chico que llevaba la túnica de un bibliotecario menor.

—Hola —la saludó él, que se alegró mucho al verlas. Se volvió hacia una y otra—. ¿Eres Katrien Dignapluma? Me llamo Parsifal. Soy el que se supone que tiene que enseñarte tu habitación y el

resto de la biblioteca. —Se giró de nuevo hacia Elisabeth, sonriente —. Y tú debes de ser Elisabeth Escriba.

—Encantada de conocerte —respondió ella mientras le ofrecía una mano.

Él se la estrecho, con aire de conspirador. También parecía que intentaba guiñar un ojo…, o eso, o una mota de polvo había conseguido colársele detrás de las gafas y metérsele dentro. No estaba segura.

Había sido un alivio descubrir que seguía vivo. Al contrario de lo que temía, pocos bibliotecarios habían muerto durante la invocación. Cuando llegó Ashcroft con un ejército de demonios para empezar el ritual, se atrincheraron en los despachos del ala noroeste. Sorprendentemente, después de que se derrumbara el patio interior, Parsifal tomó prestada un hacha de la armería para sacarlos de allí.

Elisabeth se preparó para caminar sola. Antes de separarse, Katrien la agarró del brazo.

—¿Cómo estás, de verdad? —le susurró en voz baja.

Elisabeth intentó sonreír.

—Estoy bien.

Katrien se puso seria.

—Sé que te importaba mucho. Significaba mucho para ti.

Ella asintió y se le formó un nudo en la garganta.

—Ha sido… difícil. Pero las cosas están mejorando. —Esperando que no resultara demasiado evidente que pretendía cambiar de tema, miró a Parsifal—. Te caerá bien Parsifal. Es amable. Listo. Y… bueno, crédulo.

—Oh, perfecto —dijo Katrien.

—No lo metas en demasiados líos.

Le daba la sensación de que Parsifal iba a reemplazar a Stefan como colaborador involuntario de su amiga.

Ella sonrío.

—Lo haré, pero después lo sacaré de ellos. Lo prometo.

Elisabeth se animó al cruzar el patio interior. El ruido de los obreros y sus martillos casi ahogaba el crujido amistoso de las páginas. Los hechiceros habían terminado ya, pero los había visto trabajar levantando las galerías caídas, arreglando pilares y reconstruyendo estanterías, como una maravilla en los albores del

mundo. El patio no era del todo como antes; la mitad de los estantes estaban vacíos y no habían reemplazado el mapa del suelo. Pero unos rayos de luz de color zafiro seguían entrando por la cúpula recién reparada, y el aire todavía olía a polvo de pergaminos y magia. Cada vez que cerraba los ojos, sentía un movimiento, un susurro…, un fantasma de la conciencia que había despertado a la biblioteca para llamarla a la batalla, ahora de nuevo sumida en sueño largo y pacífico.

Cuando pasó junto a un grupo de bibliotecarios para salir por las puertas principales, el frío la sorprendió. Dentro hacía tanto calorcito que se le había olvidado que ya era invierno.

Una sombra larga y delgada estaba apoyada en una de las estatuas que flanqueaban la entrada. Al bajar los escalones, la sombra se apartó de la estatua y cojeó hacia la luz con la ayuda de un bastón. A ella se le aceleró el corazón. Tras pasar tantas horas atrapada bajo los escombros sin saber qué le había ocurrido a Nathaniel, todavía sentía un júbilo inmenso cada vez que lo veía.

La capa esmeralda era cosa del pasado. En su lugar, lucía un abrigo oscuro con el cuello vuelto hacia arriba para protegerse del frío. Destacaba especialmente en contraste con sus facciones pálidas y angulares, y con el pelo negro como la brea, agitado por el viento; ya se había acostumbrado a verlo sin el mechón plateado. Otra diferencia era el bastón, que nunca se alejaba de su lado. Al final, había heridas que ni las defensas de su casa fueron capaces de curar, sobre todo después de pasarse varias horas esperando a que lo rescataran.

Era un milagro que hubieran sobrevivido. Cientos de toneladas de piedra y cristal, y habían caído de tal modo que ninguno de los dos había fallecido. Un milagro, decían todos, pero Elisabeth sabía la verdad: había sido obra de la biblioteca, que cuidó de ellos hasta el final.

—Estás sonriendo —comentó él; le brillaban los ojos—. ¿Cómo ha ido?

Ella se metió la mano en el bolsillo y le enseñó la granllave, nueva y reluciente.

—Todavía no he tomado una decisión, pero ha ido… bien. Mucho mejor de lo que esperaba.

Sonaba sorprendida.

—Me alegro —respondió él con entusiasmo—. Ya era hora de que te pasara algo maravilloso.

—Según los periódicos, ya ha pasado. Se llama magíster Espinosa, el soltero más codiciado de Austermeer.

—Bah, ya sabes cómo les gusta exagerar. La semana pasada, sin ir más lejos, todavía decían que pensaba presentarme a canciller.

Al bajarse de la acera, dejó escapar un jadeo ahogado de dolor. Ella lo miró, preocupada, y lo cogió del brazo, que pasó a soportar buena parte de su peso.

—¿Te ha dado permiso el doctor Godfrey para caminar hasta aquí?

—No. Mañana va a dedicarme unas cuantas palabras nada bonitas. Pero, al parecer, mi herida va a ser permanente, así que creo que será mejor que me acostumbre a ir cojeando de un lado a otro. —Dio unos golpecitos en su bastón, pensativo—. ¿Crees que debería guardar dentro una espada, como Ashcroft?

Ella se estremeció.

—No, por favor.

El temblor se convirtió en escalofrío cuando un remolino de copos de nieve pasó junto a ellos. La joven entornó los ojos para mirar al cielo, asombrada, ya que hacía unos minutos estaba azul y ahora empezaba a cubrirse de suaves nubes de invierno. Los copos blancos bajaban en espiral, rodeaban la cúpula de la Biblioteca Real y revoloteaban alrededor del pegaso de bronce que coronaba su chapitel; Elisabeth estaba convencida de que el caballo alado estaba en una posición algo distinta.

Nathaniel también se había detenido a contemplar la imagen.

—¿Recuerdas la última vez que nevó en Hemlock Park?

—Por supuesto.

Se ruborizó al ver cómo la miraba. ¿Cómo iba a olvidarlo? La escarcha y la luz de las velas, la forma en que el tiempo pareció detenerse cuando se besaron y que él le había abierto con sumo cuidado el camisón, usando solo una mano…

No sabía cuál de los dos se había inclinado primero. Por un momento, no existió nada más que el roce de sus labios, tímido al principio, y después el calor de sus bocas, que lo consumía todo.

—Me parece recordar —murmuró Nathaniel mientras ella enredaba la mano en su pelo— que esto —dijo, y le dio otro beso—

es una vía pública.

—La vía no existiría sin nosotros —contestó ella—. Ni el público tampoco.

El beso siguió, dichoso, hasta que alguien les silbó.

Se rieron al separarse, con los labios sonrosados, y el aliento formó una nube de vaho entre ellos. De repente, la nieve le pareció demasiado oportuna a Elisabeth.

—No habrás sido tú, ¿no? —preguntó tras atrapar unos cuantos copos en la palma de la mano.

Se dio cuenta de su error en cuanto habló, pero, esta vez, a él apenas se le oscurecieron los ojos. Se limitó a chascar los dedos para demostrarle que no aparecía ninguna llama verde.

—Ay de mí, mis días de controlar el clima se acabaron. Lo que para algunos es un alivio, sin duda.

Ella agachó la cabeza mientras caminaban hacia Hemlock Park.

—¿Le has dado más vueltas a…, ya sabes?

Él guardó silencio mientras lo consideraba.

—Echo de menos hacer magia, pero no me sentiría bien si invocara a otro demonio —dijo al fin—. El Magisterium se ofreció a darme otro nombre de sus registros, pero no me están presionando tanto como creía. Ahora que ya no existen las *Crónicas de los muertos* y, con ellas, los hechizos de Baltasar, no es tan urgente tener a un Espinosa a la espera.

—Eso está bien —respondió Elisabeth.

Le dolía un poco el pecho. Hacía tan solo unos días, Nathaniel todavía era incapaz de mantener aquella conversación.

—Pues sí. Y así tendré tiempo para otras cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Veamos. Siempre he querido aprender esgrima. ¿Qué te parece? Estaría realmente imponente con un estoque.

Ella hizo una mueca.

—Tienes razón, las espadas son tu especialidad, no la mía. ¿Y hacer queso? ¿Arreglos florales? Hay tantas posibilidades que no sé ni por dónde empezar. —Hizo una pausa, sumido en sus pensamientos—. Puede que deba empezar por algo más sencillo. ¿Todavía quieres ir a patinar sobre hielo?

—¡Sí! —exclamó ella—. Pero…

Intentó no mirarle la pierna herida. Él esbozó una sonrisa.

—Hemos salvado el mundo, Escriba. Ya encontraremos el modo de hacerlo.

Ella se relajó. Tenía razón. Encontrarían el modo.

—Aunque tengas que tirar de mí en un trineo —siguió Nathaniel.

—¡No pienso tirar de tu trineo!

—¿Por qué no? Me atrevería a decir que eres lo bastante fuerte.

—Saldría en los periódicos —balbuceó ella.

—Eso espero. Guardaría el recorte. Lo podría añadir a mi álbum, junto con los artículos que cuentan que Ashcroft se pasará el resto de sus días en una mazmorra apestosa y plagada de ratas.

Ella se pasó lo que quedaba de camino sonriendo, admirando el polvo de nieve que empezaba a cubrir los tejados de Hemlock Park y hacía que alguna que otra gárgola agitara una oreja, indignada. Las casas estaban decoradas con coronas de flores y guirnaldas, en preparación para las vacaciones de invierno. Los carruajes pasaban junto a ellos con los techos espolvoreados de azúcar glas. Mientras tanto, los transeúntes se detenían para saludarlos con una inclinación de cabeza, se quitaban el sombrero o incluso se paraban para hacerles una reverencia, solemnes. Nadie conocía toda la historia, pero la batalla frente a la Biblioteca Real, su recuperación de entre los escombros y la posterior confesión de Ashcroft habían convertido a Elisabeth y Nathaniel en los salvadores de la ciudad.

De vez en cuando, un testigo de la batalla se les acercaba para preguntarles si aquel día los había acompañado una tercera persona. Alguien que había luchado junto a ellos en los escalones de la biblioteca, tan ligero y pálido como un fantasma, que aparecía y desaparecía en un segundo. Los testigos estaban desconcertados mientras lo preguntaban, como si recordaran a medias un sueño.

Elisabeth les respondía la verdad, pero no la creían, y sospechaba que nunca lo harían. No la historia completa: que era Silas quien de verdad los había salvado a todos.

En cuanto llegaron a casa, Nathaniel desapareció en su estudio mientras se quejaba sobre el papeleo. Se había ofrecido voluntario para ayudar a identificar los artefactos mágicos recuperados de la mansión Ashcroft, que se estaba restaurando para convertirla en un hospital de vanguardia. Lo más sorprendente era que lord Kicklighter en persona había tomado la iniciativa con todo el

entusiasmo de un general a la carga. Tras cerrar Leadgate, estaba inspeccionando las otras instituciones fundadas por Ashcroft.

El cansancio se apoderó de Elisabeth en cuanto entró en el vestíbulo. Qué curioso es que puedan existir tantos recuerdos en un solo lugar. Allí estaba el sillón en el que la había sentado Silas antes de discutir con Nathaniel para que la dejara quedarse. También había luchado allí contra el *Codex*, después de que se convirtiera en malefactor. Donde había limpiado la sangre de Nathaniel del suelo tras el Baile Real y donde se había sentado a esperar no una, sino dos veces, a que el doctor Godfrey le dijera si viviría o moriría. Y donde, su primera mañana allí, Silas había pasado los dedos enguantados por el espacio vacío de la pared…

Algunos días, los recuerdos le pesaban encima. Cada uno de ellos, por sí solo, era fácil de llevar, pero, al combinarse, le dificultaban el mero hecho de subir la escalera. Aun así, no los cambiaría por nada. Su existencia hacía de aquella casa, de aquel lugar, un sitio por el que merecía la pena luchar y ganar. Un sitio propio.

—¡Perdone, señorita! —la llamó Mercy, que pasaba volando, haciendo equilibrios con una mopa, una escoba y un cubo.

Elisabeth corrió a ayudarla, pero Mercy se rio y se la quitó de encima.

Era la primera criada que Nathaniel había aceptado contratar. Durante la tristeza de los primeros días, se había negado a tener en cuenta a nadie, hasta que Elisabeth localizó a Mercy usando los registros del hospital Leadgate y entró directa en la habitación, donde la muchacha había declarado categóricamente: «Estoy más que acostumbrada a las personas que gritan por la noche. Y tampoco voy a juzgarlo por ello». Se había mudado a la casa aquel mismo día.

—¡Llámame Elisabeth, por favor! —le gritó a Mercy antes de que girase la esquina y desapareciera.

No dejaba de explicarle que se sentía rara cuando alguien de su edad se refería a ella como «señorita». Sin embargo, no solo se sentía incómoda por eso. Lo cierto era que, cuando la llamaba así, le recordaba demasiado a Silas.

En vez de ir directa a su dormitorio, deambuló por el pasillo y dobló la esquina, donde la puerta, antes siempre cerrada, de la

habitación de invocaciones estaba entreabierta. Se asomó y miró a su alrededor, a las cajas y los muebles que se acumulaban dentro. Siguiendo un impulso, apartó a un lado dos sillas y una alfombra enrollada para destapar el pentagrama.

Nathaniel y ella se habían pasado allí innumerables noches durante su recuperación, cuando el joven no podía caminar más de dos pasos seguidos, pero insistía en recorrer el pasillo hasta el cuarto. Juntos habían encendido las velas una y otra vez. Noche tras noche, habían repetido el verdadero nombre de Silas.

No obstante, en ninguna de esas ocasiones les había respondido una brisa sobrenatural, ni se habían agitado las cortinas ni las llamas.

Nunca habían reconocido en voz alta que Silas había desaparecido. Suponía que eso era algo que ocurriría más adelante. Pero, un día, Mercy había tenido que cambiar de sitio algunas cajas y, tan práctica como siempre, las había metido allí. Más cajas se habían unido a las primeras, seguidas de otros cachivaches. Pasaron semanas sin que Elisabeth se percatara del cambio drástico sufrido por la habitación.

¿Era eso lo que significaba perder a alguien? El dolor nunca desaparecía, solo… se tapaba.

Meditabunda, movió las velas medio quemadas y volcadas para colocarlas en la posición correcta. Recorrió con los dedos los surcos del pentagrama. Todavía le dolía que Silas no tuviera ni un monumento conmemorativo ni una tumba. Aquel suelo grabado era lo único que les quedaba para recordarlo. En cierto modo, era como si nunca hubiera existido.

Tendría que hablar con Nathaniel al respecto. Quizá se les ocurriera algo juntos. Le daba la impresión de que sería de ayuda para Nathaniel tener un lugar que visitar y en el que poner flores de vez en cuando.

Por ahora, para ella, tendría que bastar con el pentagrama.

Encendió las velas en orden contrario a las agujas del reloj, por costumbre. Era una extraña forma de conmemorarlo, celebrar un velatorio ella sola en una habitación llena de muebles sobrantes. ¿Qué pensaría Silas si la viera? La ceremonia no estaría a la altura de sus expectativas, aunque dudaba que le importase, por mucho que fingiera lo contrario.

Después de encender la última vela y apagar la cerilla, se detuvo. Se le había ocurrido una idea, como una corriente errante, escurridiza e inesperada.

No, claro que no funcionaría… Aun así, no conseguía sacudírsela de encima.

Despacio, se pinchó el dedo con el cuchillo y tocó el círculo con su sangre. Se sentó en cuclillas. Todas las veces que habían intentado invocar a Silas habían usado su nombre enoquiano. Pero ¿y si…?

Había desafiado al arconte para salvarlos. Había traicionado a los suyos. La versión de él que había ganado al final no era Silariathas, despiadado y frío. Era su otro lado el que había luchado y salido victorioso, el que había demostrado ser su verdadero yo.

¿Y si…? ¿Y si…?

Se preparó e intentó calmar los furiosos latidos de su corazón.

—Silas —dijo sin más, hablando al silencio.

Al principio, nada. Entonces, el aire que tenía frente a la cara se agitó, como movido por un aliento. Una brisa sin origen definido hizo revolotear los flecos de la alfombra enrollada. Un papel voló por la habitación y terminó contra la pared.

Y las cinco velas se apagaron a la vez.

Agradecimientos

Es por todos conocido que la segunda novela puede ser difícil de escribir, y mi experiencia no fue una excepción. Les estaré eternamente agradecida a mi agente, Sara Megibow, y a mi editora, Karen Wojtyla, por su apoyo mientras me esforzaba por escribir este libro. Sin su comprensión y paciencia, nunca habría logrado terminar esta historia.

Le debo un agradecimiento enorme a todo mi equipo editorial de McElderry Books. Gracias, Nicole Fiorica, por responder con tanta amabilidad a las preguntas más ridículas. Gracias también a Bridget Madsen, Lisa Moraleda, Sonia Chaghatzbanian, Beth Parker, Justin Chanda, Anne Za_an, Chrissy Noh y Ellen Winkler por ayudar a que este libro alcanzase todo su potencial, tanto por dentro como por fuera. Y le debo el alma a Charlie Bowater, cuyas bellas ilustraciones de cubierta todavía me dejan pasmada cada vez que las veo.

A continuación, me gustaría disculparme con mis padres, que tuvieron que soportar mis rarezas inducidas por el estrés durante todo el proceso y también se aseguraron de que no me muriera de hambre. Un simple «gracias» no sirve ni para empezar. También debo darles las gracias a mi hermano mayor, Jon Rogerson, y a mi hermana honorífica, Kate Frasca; y a Denisa Frasca, por apoyar mi trabajo con tanto entusiasmo.

Jessica Stoops y Rachel Boughton: ya sabéis cuánto significáis para mí y que no sería la misma escritora ni la misma persona sin

vosotras dos. Gracias. Y gracias a mis queridas amigas Jamie Brinkman, Kristi Rudie, Erin Phelps, Nicole Stamper, Liz Fiacco, Jessica Kernan, Katy Kania y Desiree Wilson por ser el mejor grupo de personas que haya podido conocer.

A mis compañeras autoras Katherine Arden, Jessica Cluess, Stephanie Garber, Heather Fawcett, Emily Duncan, Isabel Ibañez Davis, Ashley Poston y Laura Weymouth, gracias por vuestra sabiduría, vuestra amistad y vuestros increíbles libros; este viaje habría sido muy solitario sin vosotras.

Por último, pero no por ello menos importante, siento un agradecimiento inconmensurable hacia las libreras independientes que han luchado por mi obra, entre ellas Allison Senecal, Nicole Brinkley, Sarah True, Cristina Russell y Rachel Strolle. Muchísimas gracias. Sois geniales.

Margaret Rogerson se licenció en Antropología Cultural por la Universidad de Miami y vive en Cincinnati, Ohio, donde se dedica a escribir, dibujar, jugar a videojuegos y ver más documentales de lo que se considera socialmente aceptable (según algunos).

Un encantamiento de cuervos (2017) es su primer libro, una novela fantástica que nada más publicarse entró en la lista de best sellers del *New York Times*.